

DAVID MAMMET CHICAGO



RBA

DAVID MAMET
CHICAGO

Traducción de
Efrén del Valle Peñamil

RBA

Título original inglés: *Chicago*.
Publicado por acuerdo con Custom House, un sello editorial de Harper Collins Publishers.
© David Mamet, 2018.
© de la traducción: Efrén del Valle Peñamil, 2018.
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2018.
Av. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona
rbalibros.com

Primera edición: noviembre de 2018.

REF.: ODBO385
ISBN: 978-84-9187-218-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 16.381-2018

EL TALLER DEL LLIBRE · REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

Impreso en España - *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

A LA MEMORIA DE J. M.

370.^a DIVISIÓN DE INFANTERÍA 1917-1919
SAINT-MIHIEL, SOISSONS

DEPARTAMENTO DE POLICÍA DE CHICAGO
1924-1953

... En tu mar, tierra adentro,
se halla CHICAGO, grande y libre;
el mundo entero se vuelve a mirarte,
Illinois Illinois.

CHARLES H. CHAMBERLIN, 1898

PRIMERA PARTE

1

Parlow y Mike estaban sentados en silencio en el apostadero. Delante de ellos habían colocado una malla de camuflaje fabricada con hojas y ramitas del pantano; el apostadero medía un metro y medio de profundidad. Habían excavado la tierra blanda y lo habían recubierto de leña desechada. No había llovido y el refugio estaba seco.

Ambos estaban medio recostados en el borde del apostadero. Parlow era, con diferencia, mejor cazador que su compañero; Mike había ido para hacerle compañía y pasar un día al aire libre.

Parlow miraba hacia el oeste y Mike hacia el este. El viento provenía del oeste, pero las posibilidades estaban igualadas: para posarse podían volar con el viento a favor o en contra. En el pantano cabeceaban quince señuelos. «No, podrían venir de cualquier lugar», pensó Mike. Para él era una alegría disfrutar del sol invernal.

—Envidio el éxito de los demás, sí —dijo Parlow—, pero nunca he envidiado los logros de nadie.

—Ajá —repuso Mike.

—Un cabrón ganó más dinero que yo —prosiguió Parlow—. Vendió un artículo a *Harper's*, engañó a un crítico. Hay gente que cae de pie y, a partir de entonces, todos los que los ven piensan: «Ese tío huele a éxito». Ya sabes cómo se llaman. Edmon Harper *Gaines*, Lucille Brandt Williams, cualquiera con tres nombres. Lee la reseña, soporta la prosa de lo que estaba pensando el público lector.

—No, no es imposible que la cultura sea un sembrado. Puede tener potencial o no tenerlo, pero supuestamente es capaz de dar algún fruto. ¿Qué

hace falta para fomentar el crecimiento...?

—Mierda —contestó Mike.

—Hace falta estiércol —respondió Parlow—. Animal o vegetal.

—Escríbelo para *Little Review* —dijo Mike.

—Les mandé mi artículo sobre la escuela Prairie de arquitectura.

—¿Y?

—Me contestaron que estaban pensándoselo y me dio vergüenza. Pero a la mierda; todo viene de los japoneses. Para quienes han visitado esa Tierra de Flores de Cerezo e inhalado las sugerentes fragancias de ese lugar ancestral, el anhelo insaciable de regresar es un precio muy bajo por haberla visto.

—El anhelo de regresar podría saciarse montándose en un puto barco —dijo Mike.

—¿Y quién tiene tiempo para eso? —preguntó Parlow—. Por no hablar del mareo.

—¿Qué fue lo que más te gustó de Japón? —preguntó Mike.

—Las mujeres diminutas a un precio razonable —respondió Parlow—. ¿Qué es lo que mueve el mundo? El mundo es como una rueda de hámster que da vueltas cuando se ejerce una fuerza motriz contraria. El mundo gira porque todos corren en la dirección equivocada.

—Y, por supuesto, allí llevan la dirección equivocada —apostilló Mike.

—Decir eso es terrible —replicó Parlow—. ¿Por qué van a llevar la dirección equivocada?

—Porque están en el hemisferio sur —precisó Mike.

—Japón está en la misma latitud que Cleveland —dijo Parlow—. ¿No has leído mi libro? Hablando de envidia: ese puto libro figuraba en la breve, brevísima lista de candidatos al Premio Literario Más Prestigioso.

—¿Qué te impidió recibirlo? ¿Unas fuerzas malignas? —dijo Mike.

—Yo atribuyo esa injusticia a un público hartado de relatos sobre incendios, terremotos, tifones y maremotos. Ya se han acostumbrado a la labor mundana pero necesaria de la reconstrucción y no les interesa —zanjó Parlow.

—Deberías haber vuelto antes a casa —dijo Mike.

—Sí, tienes razón.

Parlow había regresado en la primavera de 1924. Pidió una excedencia de seis meses en la sección local y se fue a Japón. Cuatro días antes de que finalizara la excedencia sobrevino el terremoto y Parlow era el Hombre sobre

el Terreno. Cuando se restablecieron las comunicaciones telegráficas, aunque fuera intermitentemente, ofreció el artículo al *Tribune*.

La competencia, pues había varios centenares de periodistas intentando enviar telegramas, pidió a Parlow que se ciñera estrictamente a los hechos. Y él sabía que, después, los editores los colorearían, reformularían e hincharían. Así era el periodismo y así era su trabajo. Pero él no quería plasmar solo los hechos, sino la historia de la tragedia.

Cuando hubo pasado el terremoto y trascendió que los muertos ascendían a cien mil y, como dijo Parlow, «es lo que hay», la mayoría de los periodistas volvieron a casa. Muchos escribieron libros y artículos para revistas, pero Parlow permaneció allí durante las primeras labores de reorganización y reconstrucción. Zarpó medio año después del desastre. Acertó al suponer que todos debían de conocer ya la historia del terremoto; él mismo estaba harto de ella, así que escribió sobre reconstrucción, instalaciones sanitarias y arquitectura, una materia que había estudiado antes de la guerra. Nadie compró su libro.

—Por eso no se vendió —le había dicho Mike—. Esto es lo que deberías haber escrito: un joven alférez, llamémosle Yoji, está enamorado de la hija pobre pero hermosa de un artesano japonés. Supongamos que es alfarero. Las montañas que se elevan detrás de su cabaña tradicional de papel de arroz, únicas en todo el territorio japonés, contienen la arcilla, reconocida a lo largo de los tiempos, con la que los emperadores japoneses, y solo ellos, ordenaron que se fabricaran los cuencos ceremoniales que...

Al oírlos, Parlow entrecerró los ojos. Mike hizo lo propio y solo acertó a distinguirlos: eran cuatro y llegaban escalonados, volando bajo y rápido de izquierda a derecha. El lado izquierdo era el de Parlow, quien en opinión de Mike esperó admirablemente el momento adecuado, que era justo antes de «demasiado tarde». Entonces se puso en pie, alcanzó al pato que volaba en cabeza y luego al segundo. Mike disparó al tercer pato por detrás y, cuando el cuarto estaba fuera de su alcance, abrió fuego nuevamente a sabiendas de que sería inútil.

Los pájaros de Parlow habían caído cual piedras y se encontraban unos cuarenta metros pantano adentro. Parlow ya estaba apartando la malla. Luego pasó la escopeta a Mike y salió. «Bueno, él los ha oído primero», pensó Mike. «Yo perdí audición por culpa de un motor radial y él tiene mucha mejor puntería. Es bueno disparando».

Parlow vadeó torpemente con el agua hasta la cintura. Era de estatura

media, con un cuerpo fornido y la cara redonda, y estaba quedándose calvo. Llevaba gafas de montura metálica y fumaba una vieja pipa *bulldog*. En invierno vestía *tweed* y en verano trajes de lino de color crema.

Él y Mike eran de la misma edad y medían lo mismo, pero cualquier testigo habría descrito al segundo como el más alto.

Regresaron al anochecer, siguiendo el río Fox hasta el club de caza del mismo nombre. Delante de la puerta, Mike se dio la vuelta.

—¿No te parece espléndido? —dijo.

—¿El qué? —preguntó Parlow.

Mike señaló el horizonte con el dedo índice, contemplando la hermosa panorámica, el pantano y el día que ya se apagaba.

El club consistía en una pequeña cabaña adquirida en un campamento de turistas y trasladada desde allí, y en ella cabían una estufa de leña y dos catres. Cada centímetro de pared estaba cubierto de ganchos hechos con hierro forjado, varillas de madera, puntas o astas y clavos que hacían las veces de percheros. De ellos colgaban enseres de caza, botas de pescador, abrigos, sombreros, cananas, bolsas para presas, correas de perro y portacazas para aves. En las paredes había también varias hileras de señuelos baratos confeccionados por campesinos y, en un alféizar, dos magníficas serretas talladas.

Cuando Parlow y Mike entraron en la cabaña, el ayudante estaba ocupándose de la estufa. Era un polaco pelirrojo de quince años, ancho como un establo. Parlow levantó el portacazas con los patos y dijo:

—¿Puedes preparar ocho?

El muchacho sonrió y cogió el portacazas. Los pájaros estaban ensartados por las patas en las anillas de la correa.

—Si lo cuelgas en la pared —dijo Parlow—, parece un magnífico cuadro de un holandés que se hartó de la lluvia y solo pintaba pájaros muertos.

—Mucha gente los ensarta por la cabeza —comentó el chico.

—Siempre me ha parecido monstruoso —repuso Parlow.

El chico cogió los patos y se dirigió al cobertizo, donde los limpiaría y prepararía.

—¿Cuántos quieres? ¿Uno? ¿Dos? —dijo Parlow—. Quédate dos, avaro de mierda. A ver si creces algún día.

El chico había preparado los patos y envuelto las pechugas con papel de estraza.

El propietario del Tokio hizo una reverencia a Parlow y a Mike en la puerta del restaurante. Parlow le entregó el voluminoso paquete de color marrón y le habló en japonés.

El propietario aceptó el detalle extendiendo las manos, y con una reverencia indicó que no merecía semejante regalo. Después, él y Parlow se dedicaron unas cuantas frases ceremoniosas.

—Corta ya, necesito una copa —intervino Mike—. Hay que querer a esos hijos de puta. Le dieron una buena tunda al zar.

—¿Y qué? —preguntó Parlow.

—Bueno, el mérito de la victoria es suyo —respondió Mike.

El propietario les llevó una tetera y dos tazas. La tetera contenía whisky del malo y Parlow llenó las tazas. Entonces, de la cocina salió un camarero con una bandeja en la que había dos cuencos pequeños de sopa, que dejó delante de ambos. A continuación hizo una reverencia, se alejó de la mesa y entró de nuevo en la cocina justo cuando salía una joven. Intercambiaron una palabra, cosa que, según observó Mike, hizo sonreír a Parlow. La joven pasó junto a su mesa y todos asintieron cortésmente. Después cruzó el pequeño salón-comedor hasta su puesto en la caja registradora y el chico volvió a hablar con ella.

Mike señaló la cocina.

—¿Qué ha dicho ese chaval? —preguntó.

—Algo en japonés —contestó Parlow.

Por supuesto, guardaba relación con Parlow y la joven. Se llamaba Yuniko y aparentaba entre dieciocho y treinta y cinco años. Había sido la amante de Parlow desde que este regresó de Japón.

Parlow ladeó la cabeza en dirección a la chica, que sonrió y se tapó la cara con la mano.

—Creo que, en algún momento —dijo—, ese momento en el que estemos a punto de concluir nuestra cena, me ausentaré un rato de Felicity y pasaré la noche con una amiga.

—¿Quién es esa tal Felicity? —preguntó Mike.

—Yo nunca venderé mi vida privada —respondió Parlow—. Pero sé que el Imperativo Biológico no te es desconocido.

—Madre mía —dijo Mike.

—Te has ofendido. Crees que tu amor es prístino mientras que el mío tiene un regusto a cosas más terrenales. ¿Se trata de eso?

—No está en la ciudad —dijo Mike.

—¿La irlandesa? —preguntó Parlow.

—La irlandesa, sí.

Parlow negó con la cabeza ante los antojos de un mundo incierto.

—Ahí lo tienes —dijo—. Pobre chico. Me recuerda a la vieja historia del joven pretendiente que muere de amor. El amor le ha sido denegado; ella tiene el típico padre cruel que se la lleva de allí. El joven pretendiente modela su imagen con paja...

—¿Por qué se la lleva? —preguntó Mike.

—«La pareja es inapropiada. Más detalles a continuación». Una imagen hecha de paja. Gasta sus últimas monedas en ropas elegantes y viste la imagen de paja con ellas. La adora. ¿Y la chica? Languidece. «¿Cómo podéis ser tan cruel, oh, padre?». El padre cede y lleva a la chica a casa. «Si tanto lo quieres, ahí lo tienes». Vuelven. El joven pretendiente acaba de ser decapitado por adorar a ídolos.

—¿Eso sucedió de verdad?

—Es demasiado bueno para contrastarlo —respondió Parlow—. Además, ¿dónde está tu sentido de la poesía?

—Se la han llevado a Wisconsin —dijo Mike.

—Vaya, es una lástima.

Los padres de la chica de Mike la habían llevado a Milwaukee a pasar el fin de semana.

Todos sabían que era demasiado mayor para que la obligaran a ir a esa excursión, pero fue de todos modos, y no hizo falta pronunciar el motivo real de su condena.

Mike se sentía solo.

En la sección local reinaba el silencio. La primera edición estaba terminada y la mayoría de los hombres se encontraban en el Sally Port bebiendo por alivio, por fatiga, por hábito o porque les daba la gana. Mike había decidido «emprender la Gran Hégira», como dijo Parlow en una ocasión, y acompañarlos.

La Hégira consistía en alejarse del escritorio, de la botella anexa y de la

compañía de los periodistas y bajar cuatro pisos hasta el Sally Port para beber más o menos el mismo licor más o menos en la misma compañía.

Cuando se puso el abrigo, miró con aire distraído una galerada clavada en la pared:

... en el arsenal de la Guardia Nacional faltan setenta y cinco metralletas Thompson del calibre .45, doscientas cincuenta pistolas Colt 1911 y doce mil balas del calibre .45. Cada metralleta iba acompañada de un manual de instrucciones, dos cargadores con capacidad para veinte balas, un cargador de tambor con capacidad para cincuenta balas, un estuche de lona y un asa y material de limpieza rudimentario.

—Sí, vale... —farfulló Mike antes de bajar rumbo al bar.

A menudo le parecía que las historias que contaban allí eran muy superiores a las que publicaba el periodicucho. Cuando expresaba su opinión solía recibir una reprimenda.

—¿Por qué crees que nos pagan? —le había dicho Crouch.

—Por publicar noticias curiosas —respondió Mike.

—Y una mierda —dijo Crouch—. Las curiosidades son demasiado interesantes para ser noticia.

—Entonces ¿qué es noticia?

—Es noticia —dijo Crouch— lo que hace que el consumidor se sienta lo suficientemente importante, cabreado o lo que sea para llegar hasta la página doce y encontrarse el anuncio de las alfombras de oferta.

—Yo creía que las noticias tenían que generar interés —dijo Mike.

—Por eso descartan tus artículos —repuso Crouch—. Si genera interés al ayuntamiento, te despiden. Si genera interés a Al Capone, acabas tan muerto como Jake Leiter. Si genera interés al coronel McCormick, a lo mejor la has cagado; él se lleva la impresión de que tu nombre es más importante que el suyo y no solo te echan, sino que te es imposible encontrar trabajo. Porque, escúchame bien, chaval, hay fuerzas vivas en la tierra. No somos uno de ellos, sino una distracción de la inquietante idea de su presencia.

Cogió el periódico doblado que tenía junto a él, sobre el banco.

—Mira esto —añadió—: «Desaparecen más coches de lujo en el North Shore. El aluvión de desapariciones de vehículos Packard, Duesenberg...» —leyó. Le dio la vuelta al periódico—. «Clamor ciudadano por los reiterados robos en el arsenal de la Guardia Nacional...» —dijo, y dejó caer el ejemplar—. Un periódico es un chiste. Existen para complacer a los anunciantes, para timar a los ciudadanos, gratificar su estupidez, permitir que los propietarios

recuperen parte de la inversión y ofrecer empleo putativo a sus pálidos y holgazanes hijos en ese circuito de jóvenes ilustres entre el Club Fort Dearborn y la Casa de Instrucción Everleigh.

—Que te den por culo —repuso Mike—, como decíamos en la Gran Guerra.

Los allí presentes hicieron un brindis y soltaron murmullos de aprobación. Algunos se incorporaron y dijeron: «Tiene razón».

—Que te den a ti también —había replicado Crouch—, como decíamos en la Gran Guerra, en la cual, aunque por edad no podían luchar, muchos no solo sufrieron aciagas bajas para nuestra juventud y nuestro bolsillo, sino el dolor constante de la desilusión y la calidad uniformemente precaria de los reportajes.

—Las mejores mentes estaban combatiendo —dijo Mike.

—Las mejores mentes siguen combatiendo —precisó Crouch—. No en un campo olvidado de Francia, no, ni en los campos de Flandes, oscurecidos por esas desafortunadas «amapolas», sino aquí, aquí, amigo mío, en las calles de nuestra hermosa ciudad, por el derecho al control del territorio y las rutas y métodos de distribución de esa sustancia que, en lo que antes de este contratiempo yo interpretaba como «camaradería», denominábamos licor. Esta batalla...

Mike se había puesto en pie.

—Tengo una confesión que hacer —dijo, y el bar enmudeció—. Igual que a la valerosa Bélgica y a sus célebres monjas, me han estado jodiendo —se oyó un tímido aplauso, que Mike silenció alzando las manos—. Me he visto corrompido por el periodismo, pero... Pero... Y ahora os pediré que contengáis vuestra incredulidad y, si acaso, vuestro desprecio: avergonzado, he llegado a una conclusión tan ajena al conocimiento general que...

—Vete al grano —interrumpió Crouch.

—He decidido no escribir una novela —dijo Mike.

En la respetuosa pausa, la mayoría de los presentes pidieron otra copa y esperaron. Mike encendió un cigarrillo, dirigiéndose todavía a sus oyentes.

—¡Escribe para el periodicucho! —gritó un periodista.

—Eso haré —respondió Mike—, pero no escribiré sobre el pequeño tiburón de agua dulce, sacado de los mejores acuarios y metido en la piscina del Club Fort Dearborn; tampoco sobre el capitán de policía arrepentido que, a media hora de una desgracia irremediable, tratando de saltarse la tapa de los sesos en el confesionario, le pegó un tiro a un monaguillo, aunque no a aquel

cuya historia estaba a punto de llevar a la ruina al penitente.

Desde la barra se oyeron rumores de «mezquina decisión» y similares.

—No escribiré sobre el sastre judío pobre pero honesto...

—Un elemento esencial de nuestra profesión —apostilló un gracioso.

—... que descubrió, cosidos en el forro de un abrigo que le habían dado y que debía arreglar para el funeral de un señor esos doce billetes de mil dólares, ni de la pugna con su conciencia, que lo empujaba a quedárselo todo, ni de su decisión de presentárselo al faraón (el señor Brown), ni de la generosidad del señor Brown al entregarle cincuenta pavos y prometerle trabajo ilimitado.

»Tampoco escribiré sobre el plutócrata abotargado al que mordió el tiburón, ni sobre los intentos de echar tierra sobre el asunto, lo cual, según he descubierto, igual que habéis descubierto todos, es la misión más sagrada de nuestra profesión. No emplearé mi pluma ni las pequeñas habilidades que pueda atesorar en esos artículos ni en la senda que pudiera elevarlos, si no al estatus de arte, sí al menos al de literatura.

—¿Por qué no? —preguntó Hanson.

—Porque está enamorado —respondió Parlow.

Los periodistas gritaron, aplaudieron o lanzaron vítores.

—El amor —dijo Crouch— es la muerte del periodismo igual que el coño es su analgésico. Es como la gonorrea para la fornicación o los remordimientos para el adúltero.

—¿Quién es la afortunada? —preguntó Kelly.

—Estos labios no pronunciarán su santo nombre —repuso Mike antes de sentarse.

2

Se llamaba Annie Walsh.

Al principio del cortejo, Mike pasó bastante tiempo coqueteando con ella.

Como era su costumbre, abordó la operación con cautela, una cautela que, a su juicio, consistía en evaluar con precisión el momento en el que su intenso anhelo de poseerla superara lo que él concebía como un respeto decente por su juventud e inocencia.

—Es como pilotar un avión —le dijo a Parlow—. Está diseñado para que exista un desequilibrio. La única manera de mantenerlo nivelado es hacer que vaya a algún sitio. Solo permanece inmóvil antes o después de ir a algún sitio o cuando ya no va a ninguna parte...

—Es demasiado joven —respondió Parlow.

—... por ejemplo, cuando el huno ha dado la puntada prohibida a la cola de tu avión y te ha dejado buscando un buen lugar donde morir.

—Guárdatelo para el libro —dijo Parlow.

—Todo estará en el libro de un modo u otro. Porque está en mí y, por tanto, debe salir.

—Estoy convencido de que fue una experiencia traumática —observó Parlow—. Pese a todo, fue pura diversión.

—Sí, fue divertido —dijo Mike—. Ese es el oscuro y sórdido secreto que llevamos los combatientes: una úlcera en el corazón.

—Has dicho que no estabas escribiendo un libro.

—El corazón es una amante veleidosa.

—La muchacha es demasiado joven —dijo Parlow—. Y como andes

jodiendo a la irlandesa, su padre te matará, y no es una metáfora.

—¿Y si me caso con ella? —preguntó Mike.

—Madre mía —dijo Parlow.

—Hay gente que se ha casado por menos.

—Pero ¿ya sabes si le gustas?

—Yo le gusto a todo el mundo —sentenció Mike—. Soy un tipo agradable... Tengo trabajo...

—¿Me ha parecido oír que quizá escribirás la novela?

—Puedo hacer ambas cosas.

—«Un hombre no puede servir a dos amos» —replicó Parlow—. ¿Quién dijo eso?

—El perro Lad* —dijo Mike.

—¿De qué hablas con esa niña? Porque sabe hablar, ¿verdad?

—No le hace falta —dijo Mike.

—¿Sabes qué? Ni siquiera te enamoras como lo haría un negro. Tú te enamoras como un paleta: ves a la chica, la metes a ella, a sus dos hijos y el banjo en la parte trasera de la camioneta y arrancas.

—Tienes razón —respondió Mike.

Mike había visto por primera vez a Annie Walsh detrás del mostrador de The Beautiful, donde había ido siguiendo una corazonada nacida de un recuerdo tras asistir a funerales de la mafia.

Cuando estuvo perfeccionada, le pareció una de esas ideas tan nítidas y sencillas que el receptor no podía creerse que nadie la hubiera explotado antes. Porque, pensaba Mike, como le ocurre a cualquiera que posea verdadera inspiración, ¿lo elegiría Dios a él, un tonto y un pecador, para dotarlo de este signo de Gracia? Y, sin embargo, lo había hecho.

Allí, en el funeral, cuyo homenajeado era un representante del South Side, un tal Alfonse Mucci, se hallaban las facciones enemigas, congregadas en la habitual muestra de «paz en el abrevadero». Y allí estaban Mike y sus compañeros, representantes de la sección local de los otros periódicos de Chicago, buscando un punto de vista que a ellos les resultara evidente pero fuera opaco para su competencia igualmente alerta.

La inspección de Mike peinó los rostros cabizbajos de los compañeros y asesinos de Mucci y luego los tributos florales, donde vio las habituales coronas, cruces y herraduras con sus típicos mensajes sentimentistas y,

atada con alambres a sus soportes de madera, una pequeña tarjeta.

La multitud se alejó de la tumba y aparecieron los enterradores, pero Mike se quedó allí. Rodeó la sepultura y se acercó a las flores. Después se agachó a leer las pequeñas tarjetas blancas y descubrió que cada una de ellas era una dirección para el repartidor: A. Mucci/Lakeside, 14:00 h. Todas llevaban el logotipo de su proveedor. En general, las más elaboradas habían sido enviadas por dos empresas: Flessa's, situada en el 2331 de Michigan Avenue y, por tanto, proveedora del South Side, y «The Beautiful: floristas distinguidos», en el 1225 de North Clark Street.

Mike había empezado a frecuentar ambos comercios, pues creía que podían surtirlo de cotilleos sobre el mundo del crimen, y no lo decepcionaron.

De los dos, los gerentes de Flessa's eran los más parlanchines, y les gustaba obsequiar a los clientes, cosa que Mike fingía ser, con historias sobre los grandes, aderezando el relato potencialmente árido del mundo de los negocios con las habladurías, cazadas al vuelo o confiadas al propietario, sobre los extravagantes antojos de la banda de Capone. Mike cribaba esas historias, ocurrencias, anécdotas y comentarios en busca de hechos, varios de los cuales fueron lo bastante acertados como para valerle un par de advertencias educadas de, como solía decirse, «los amigos del Pez Gordo». El Pez Gordo, también conocido como señor Brown, era Al Capone; esos amigos habían hablado con Flessa, quien, por su renovada reticencia, había trasladado el edicto a Mike, el cual restringió acto seguido sus pesquisas allí.

La respuesta de Mike a la Llamada de la Aventura, como tantos otros héroes, se había enfriado tras esa primera oposición. La Llamada reapareció una sosegada mañana de mayo. Había ido a buscar a Parlow para llevarlo a almorzar y lo encontró tecleando. Mike se sentó junto a la mesa y observó.

—Los ricos, los ricos, los ricos me ponen triste —había dicho Parlow—. En esta fabulosa tierra que Dios siempre tuvo el buen criterio de bendecir. Cuando cualquier...

—¿Ascensorista? —preguntó Mike.

—Ascensorista, sí —dijo Parlow—, puede amasar riqueza al instante por la mera posesión de un chivatazo; cuando quienes no tienen el más mínimo sentido común pueden lanzar dardos a una diana y comprar acciones cuyo potencial solo se ve limitado por la fe y las creencias del pueblo

estadounidense.

—¿A quién conoces que se haya hecho rico?

—Mi hermana, me parece, tenía una amiga en el salón de belleza cuyo marido, novio, contrabandista, amante, conocido... Y te diré más.

—Soy todo oídos.

—Estoy harto y quiero ver exclusivas colgadas de la pared. «Aquí tenemos» —pasó la mano por el montón de libros que había sobre la mesa— ejemplares anticipados de, ¿qué? Exclusivas: envasado de productos cárnicos, vías ferroviarias, teléfono, el mercado de valores, por el amor de Dios, la crianza. Cualquier picha brava con una máquina de escribir puede elaborar una denuncia contra el estilo de vida americano.

—Muchas son mujeres —precisó Mike.

—Me reafirmo en el comentario anterior —dijo Parlow—. Y en eso también hay dinero. «¡Una exclusiva!». El Consumidor de Littacher exclama: «Dios, qué astuto señalar y qué valiente relatar que todos somos cerdos corruptos echando raíces en la marga de la vida alimentada con heces».

—Yo te acuso de haber estado leyendo en francés —dijo Mike.

—¿Y qué si lo he hecho? —respondió Parlow—. ¿Acaso no es una lengua, como sin duda habrás notado en tu viaje allí, entre las antigüedades, sus siluetas desgastadas por el devenir del tiempo, los Gran Berta alemanes y el Tratado de Versalles?

—¿Qué te entristece de los ricos? —preguntó Mike.

—Lo mismo que a todos los que no son como ellos —dijo Mike—. Que viven mejor que nosotros. Y nosotros soportamos estoicamente nuestra inmerecida pobreza mientras ellos navegan en sus yates y se deleitan en sabe Dios qué depravaciones en cobertizos para barcos.

—Pero ¿no odias también a los pobres porque no tienen dinero? —dijo Mike—. Por tanto, ¿qué pueden ofrecerme, con la salvedad de una ira impotente porque de cuando en cuando llevo el cuello de la camisa limpio? Que les den por culo a los pobres. Además, exceptuando siempre a los delincuentes, han malinterpretado la situación, porque, ¿cómo proponen aumentar su patrimonio? Por apelación última al gobierno.

—Que les den por culo a los pobres —dijo Parlow.

—¿Y qué hay de...?

—No he terminado.

—¿Qué hay de las huelgas?

—No he terminado —insistió Parlow—. ¿Y qué es el gobierno sino el

nombre de guerra de matones y putas, de la avaricia, que, de ser practicada por quienes no ostentan un cargo político, provocaría su descuartizamiento? Yo apruebo las huelgas, pues comparten una inútil apelación a la «autoridad» y el delito. Así, la mente desconfiada podría abarcarlas bajo dos titulares con igual potencial para ser publicados.

—¿Existe un tercer titular? —preguntó Mike.

—Sí —dijo Parlow—. Su nombre es la legítima petición de la reparación de agravios.

—¿Y quién lo solucionará? —preguntó Mike.

—El *American* no —sentenció Parlow—, ni el *Daily News*, ni el *Tribune*, sino los garrotes de la Agencia Pinkerton, hechos con árboles plantados a tal propósito. —Sacó la hoja de la máquina de escribir y exclamó—: ¡Chico!

Luego colocó una hoja en blanco y empezó a escribir de nuevo.

—Ponlos contra una pared —dijo Parlow, que levantó la vista y gritó—: ¡CHICO, por el amor de Cristo!

Mike cogió la hoja escrita y la hizo ondear por encima de la cabeza.

—Y el chico no aparecía por ningún sitio —dijo.

Entonces, bajó la hoja y se puso a leer:

—«Página dos: de la Mejora Cívica. Los parques, obtenidos por Abraham Lincoln para nuestro uso perpetuo, son esa zona de transición tan querida por los arquitectos. No contienen la belleza de Chicago, sino que la hacen brotar. Contemplémoslos desde el este, cuando el ojo y el espíritu se alejan de la desolación del lago y ponen rumbo a la sutileza, la *urbs in horto*, de un jardín de cuarenta y dos kilómetros de extensión; una pausa, si se quiere, entre Naturaleza y Comercio, y se dirigen a...».

Parlow buscó a un becario.

—No leas esa mierda —le dijo a Mike.

—¿Qué es? —preguntó este.

Parlow se puso en pie.

—¡CHICO, por el amor de Cristo sangrando en la cruz! —gritó—. ¿Es que no hay nadie en esta empresa que haga su trabajo excepto yo?

En ese momento entró con parsimonia un becario en la sección local.

—¿Dónde te habías...? Inútil de mierda —dijo Parlow. El chico apretó el paso—. Sí, corre, corre, parásito de los cojones.

Mike le tendió la hoja y el becario la cogió y salió corriendo.

—¡Y vuelve! —gritó Parlow.

—¿Qué es esta porquería? —preguntó Mike.

—Un artículo sobre el embellecimiento —respondió Parlow.

—¿Por qué lo escribes?

—Es un favor.

—¿A quién? —preguntó Mike.

—No te lo voy a decir —repuso Parlow.

—Si lo hicieras, ¿qué me dirías?

—Es para la nueva señorita de la sección de cultura —dijo Parlow.

—Eres un vendido.

—Lo hago por dinero —dijo Parlow.

—¿Ella te paga? —Parlow se llevó un dedo a los labios—. ¿Por qué?

—Por lo visto, no sabe escribir —dijo Parlow.

—Todo el mundo sabe escribir —sentenció Mike.

—Ha tenido una vida acomodada. El nepotismo, ese gran igualador, le ha conseguido un trabajo, pero cuando le han impuesto el primer plazo de entrega, le ha entrado el pánico. Necesito una copa.

—Vamos a tomar algo —dijo Mike—. Podrías invitar tú.

Parlow negó con la cabeza y continuó escribiendo.

—De acuerdo, cuando termines —añadió Mike.

—No, necesito una copa ahora.

Mike abrió el cajón inferior del escritorio. La botella estaba allí, pero vacía. Parlow meneó la cabeza.

—Vete abajo —dijo Mike—. Vete, ya lo acabo yo.

Parlow se levantó y Mike ocupó su lugar frente a la máquina de escribir. Parlow le dio un beso en la cabeza, cogió el abrigo del perchero y salió de la sección local.

La página que había en la máquina de escribir decía: «... el amor de los nativos de Chicago por las flores...».

Parlow había bajado a emborracharse y Mike se quedó con el artículo inacabado: la única pista, aunque suficiente, sobre su contenido era «el amor de los nativos de Chicago por las flores».

La versión anterior había sido enviada a los tipógrafos y Mike solo podía intuir la identidad de los clichés aún disponibles. «Qué coño», pensó. «Que lo averigüen los de edición».

Después de «el amor de los nativos de Chicago por las flores» escribió

«lo cual», e hizo un alto.

¿A la gente de Chicago le gustaban las flores?

A las mujeres sí, eso lo sabía. A los hombres les daban igual. Los habitantes de Chicago no parecían sentir más amor por las flores que cualquier otro grupo, y probablemente les gustaban menos, pensó, pues eran personas más terrenales.

Pero a alguien le gustaban; de lo contrario, no habría floristas. Mike, como cualquier escritor que se enfrentara a una prueba o plazo estricto, empezó a soñar despierto. ¿Quién mantenía a los floristas? Los hombres que deseaban complacer a una mujer, las mujeres, los ricos y, recordó, los gánsteres. Y pensó que, en aquel sosegado día, tal vez pudiera recurrir de nuevo a la temática que lo había hecho célebre.

Parlow encontró a Mike en el Depósito de Cadáveres del periódico leyendo un ejemplar de 1923. Era una fotografía de un gran tributo floral.

—Los floristas —dijo Mike—. North Side.

—Sí, los irlandeses tienen los floristas y su entrada al North Side, sus apartamentos de lujo, felizmente abastecidos por los recaderos. «Espere aquí, joven. Voy al dormitorio a buscarle algo, etcétera, etcétera, etcétera». ¿Por dónde iba?

—Por los floristas —respondió Mike.

—El North Side —dijo Parlow— ha ampliado su actividad comercial con la venta de licor de contrabando, coca, opio y el control de los bares situados al norte de nuestro Rubicón, el río Chicago.

—La Nación de Ausonia en el Exilio es responsable de los enclaves negros en el South y el West Side, números, chicas y los analgésicos anteriormente mencionados. El North Side...

—Nails Morton —dijo Mike.

—Nails —añadió Parlow—. Sí, sobre el papel era florista. Y también el defensor del pueblo hebreo, pero era *El judío Süss* para O'Banion y su alegre pandilla de horticultores.

—Nails —dijo Mike—. De joven lo detuvieron por matar a alguna que otra alma cándida y por varias bromas pueriles, incluyendo «parsimonia sin intención de cooperar con la policía».

—El juez le pregunta: «¿Stateville o Francia?». Nail elige Francia y vuelve a casa convertido en un héroe. Se hace rico de la hostia y lleva guantes de piel amarillos. Un día, cabalgando por Lincoln Park, el caballo lo tira al suelo, le da una coz y lo mata. Es buenísimo.

—¿Y qué pasó con el caballo? —preguntó Mike.

—Aquella noche, el caballo está dándose un festín a costa de su amo, entran los esbirros de O'Banion y ra-ta-tá.

Mike siguió mirando el periódico.

—El caballo —dijo—. ¿Con qué le dispararon?

—¿Dónde estabas? —dijo Parlow—. Le dispararon con una metralleta. ¿No tienes sentido de la idoneidad...?

—En los tiempos de Roma lo habrían degollado —dijo Mike con aire distraído.

—El tiempo pasa. Por cierto, dejaron la metralleta encima del caballo muerto. Se deshicieron de ella porque estaba contaminada por «contacto con el animal». Es buenísimo. Weiss y Teitelbaum debieron de lamentar el derroche de cuatrocientos pavos.

—Yo también lo lamentaría —dijo Mike, que acercó la lupa al periódico.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Parlow.

Mike observaba la fotografía sosteniendo la lupa encima de la inscripción, formada con margaritas en medio de la herradura.

—«Los mejores deseos de quienes te desean lo mejor» —leyó.

—Oh, sí, el lenguaje de las flores es el «lenguaje del amor» —dijo Parlow.

—Estoy siguiendo una pista, ¿vale?

—¿Así lo llaman ahora?

—Así lo llaman —dijo Mike.

La reiteradas excursiones de Mike a The Beautiful eran cada vez menos productivas, pues su informante, Annie Walsh, era la hija increíblemente hermosa del propietario, que la vigilaba de manera constante y eficaz desde su despacho. Y, para demostrar su inquietud paterna, redujo su discurso a monosílabos. Aunque ello obstaculizaba los intentos de Mike por entablar una conversación útil, no impidió que este, silenciosa e irremediabilmente, se enamorara de la chica.

—¿Qué puedo hacer? —dijo a Parlow.

—Si tuvieras lo que denominaré «preferencias personales», ¿qué harías?

—Entraría en la tienda y diría: «Ponte el abrigo». Luego me la llevaría lejos de aquí y no la dejaría salir nunca de la cama.

Pero, hasta la fecha, apenas había hablado con ella, más allá de encargarse de flores que sirvieran para justificar su presencia en la tienda.

Evidentemente, Mike no engañaba al padre, quien, además de desconfiar de cualquier hombre sin importar la edad, era especialmente hábil a la hora de detectar el semblante de la lujuria, por disfrazado que llegara; tampoco engañaba a la hija, quien, como todas las mujeres sin importar la época, era perfectamente consciente de la presencia y el grado de interés de los hombres. El único ingenuo en aquella farsa era él. Y no solo lo pagaba con un anhelo no correspondido y con indecisión, sino con un disgusto no analizado pero persistente hacia cualquier duplicidad relacionada con su amor por la inocente chica. Porque, ¿acaso no se personaba ante ella bajo banderas doblemente falsas? ¿Acaso su burdo espectáculo como cliente no enmascaraba su concupiscencia y su carácter más vil como espía? ¿Y no podría decirse, pensaba, que la información que les sacara a ella o a su establecimiento podía valerles un castigo de la organización de O'Banion? Esta última reflexión no se le pasó por la cabeza en sus aventuras en el South Side, donde, en caso contrario, Mike se habría considerado tan «obligado a correr riesgos como el resto de nosotros».

Pero la chica no. No quería implicar a la chica.

Para ella no componía poesía, sino esa prosa, a su juicio superior y más adecuada para un periodista. Aquellas incursiones prosísticas nacieron en su imaginación como sencillas y, por tanto, valiosas declaraciones, pero pronto degeneraron en la silenciosa aquiescencia de la joven y en imágenes de él quitándole la ropa (la fantástica escena se trasladaba de la floristería a su apartamento de Wisconsin Street) y la iniciación de la muchacha en el arte del amor.

Mike había hablado de su inspiración floral con JoJo Lamarr, ladrón reformado o, como le gustaba decir a él, «momentáneamente no apresado», y hombre para todo.

El currículum de JoJo incluía trabajos como conductor de una banda de estafadores, ratero y proveedor de información general. No mantenía ninguna afiliación en particular y, cuando le preguntaban, achacaba su habilidad como contratista independiente a que era «amigo del mundo».

Lucía siempre camisa y vaqueros ajustados con remaches. Para los entendidos, era una alusión a la temporada que había pasado en la cárcel de

Stateville y a su estatus allí, si no como líder, sí al menos como amigo de uno de ellos.

Encima de los vaqueros llevaba un abrigo de fina piel marrón que le llegaba hasta las rodillas. Para quienes supieran leer, el atuendo proclamaba: «Aquí es donde he estado y allá es a donde voy. Por el momento, estoy aquí. “¿Y tú?”».

Mike había llegado tarde a su encuentro con JoJo y esgrimió la excusa universal de los periodistas, esto es, que andaba muy atareado, respaldada en este caso por la superflua: «Vengo de la floristería».

JoJo ignoró la doble excusa, conocida entre aquellos que caminan cerca del precipicio como una revelación estéril.

Una vez que hubo archivado la inexplorada ofuscación, preguntó:

—¿Qué estabas haciendo en el trabajo? ¿La treta?

—¿Cuál de tantas? —preguntó Mike.

—La treta del funeral —respondió Mike.

—¿Por qué la treta del funeral?

—Porque has dicho que estabas en la floristería —repuso JoJo.

—«La treta del funeral» —repitió Mike—. Explícate.

—El tío se muere —dijo JoJo igual que haría un mago desvelando a un neófito la más básica de las ilusiones—. Está muerto. ¿Qué hacen todos?

—Van al entierro —dijo Mike.

—Eso es —respondió JoJo—. Mientras están fuera, ¿quién vigila la tienda y la casa?

—Hum... —balbuceó Mike.

—Exacto —dijo JoJo—. Nadie lo sabe. Nadie lo sabe. Eso es lo bonito de la muerte: que deja un hueco en el funcionamiento aceptado de las cosas. Todo el mundo da por sentado que alguien estará «ocupándose de ello».

—¿En este caso? —preguntó Mike.

—¿«Ello»? —dijo JoJo—. «Ello» es la casa. El director de la funeraria da por hecho que alguien ha llamado a un proveedor de comida. El proveedor de comida da por hecho que alguien traerá las flores. Ponle ropa bonita a una chavala, apropiada para el barrio, y que lleve un guiso. ¿Quién va a cuestionarla? Y entonces desvalija la casa. Es dinero caído del cielo.

—¿Y qué hay de...? —dijo Mike.

—Sí, sí, sí. La gente rica que sabe de qué va el asunto contrata seguridad, desde luego. Tienen una lista. Uno, puedes distraerlos o, dos, la tía Mabel entra con una maleta; estaba fuera de la ciudad y acaba de enterarse de

la noticia. Como mínimo podrá inspeccionar el lugar. ¿Demasiada protección? O dices que te vas al hotel y volverás luego o simplemente te largas. Al menos habrás conseguido información. Con el tiempo, las aguas se calman. La familia lo supera. La mujer está fuera, tirándose al jardinero, y los niños en el colegio. A lo mejor de tanto llorar se van de vacaciones. Así que, aunque de primeras tengas que irte, la información que has recabado no tiene precio.

—¿En qué sentido?

—Has visto el sitio, ¿no, Mike? Cuando eras la tía Mabel preguntaste al mayordomo, al jardinero o a la niñera cómo se llamaba. Vuelves, y posiblemente los niños anden por allí. «Soy el hermano de Forstairs. Venía a traerle un...». Sabes que Forstairs es el jardinero, así que no habrá problema. Quizá ganes un minuto, nunca se sabe.

»Y lo que es más importante: los vigilantes. Si entras durante el funeral, ¿qué están custodiando? ¿Retroceden hasta una pared? Seguramente ahí está la caja fuerte. La información es oro y te salvará el trasero más a menudo que una Smith and Wesson Modelo 3, que al final solo te meterá en jaleos.

—Tú llevas una —dijo Mike.

—Mentira —repuso JoJo—. No la he llevado en mi vida. Bueno, sí, cuando era niño. Antes de ir a la universidad, sí. ¿Y después? Tenía una profesión y nunca llevaba pistola.

»¿Por qué? Si cometes un asesinato, alguien saldrá a buscarte, no más tarde, sino ahora, porque se arma un escándalo. Parte de mi trabajo es planificar; no necesito la pistola. Otra parte del plan es “QUE SALGA MAL”. Si sale mal, al menos tengo recursos. He pensado una salida, un plan de huida, excusas que pueden librarme, concederme tiempo para volver a intentarlo o dar explicaciones a la policía para que de camino a la trena me ofrezcan una copa en lugar de pegarme una paliza por arrogante.

»¿Para qué quieren algunos la pistola? Para amenazar a la gente. En mi opinión, solo sirven para disparar.

—¿No puedes utilizarla para amenazar a la gente? —preguntó Mike.

—Sí, claro que puedes —dijo JoJo—. Solo hay dos opciones: o el tío se asusta o no se asusta. Si no se asusta, ¿de qué ha servido la amenaza? Tú no lo sabes, pero a lo mejor él también lleva un arma. Y entonces ¿qué? ¿Está asustado? A lo mejor quiere salvar el pellejo, la saca y te dispara. Sí, sí, sí. Pero esa es mi opinión.

»¿De camino a la silla dispararía al carcelero? ¿Y cómo cojones voy a

saberlo? Probablemente sí, o a lo mejor tendría dignidad y probaría de mi propia medicina. ¿Por naturaleza soy incapaz de dispararle a alguien? No lo sé. No soy tonto. Por otro lado, no quiero hacerle daño a nadie.

»Me gusta ayudar a la gente —añadió—. Tú nunca has estado en la cárcel, nunca has recibido una educación. De lo contrario, lo primero que aprendes allí es: ¿qué es un problema? Ya sabemos lo que es. Es un problema. ¿Dónde te los encuentras?

—En el lugar más inverosímil.

—¿Y bien, Mike? Que te sirva de lección: cuanto más inocente es algo, más intentará alguien —dijo señalándose a sí mismo a modo de ejemplo— buscar la manera de engañarte.

»Palomitas. Trabajé en la feria ambulante vendiendo palomitas. Llenabas el fondo de la bolsa con un dedo de arena: “palomitas”. El cielo es el límite.

El auténtico progreso en la educación de Mike se había producido observando a la chica tomar té en el Café Budapest.

La intimidad del lugar era una proclama. Antes, Mike solo podía disfrutar de su compañía como reportero que está siguiendo una pista.

La ficción les parecía bien a ambos y, después de tres visitas a The Beautiful, cayó prácticamente en el olvido.

Mike se dio cuenta de que podía recabar información asistiendo a entierros. No seguía el hilo de la pista y se pasaba las mañanas en el invernadero de The Beautiful interrogando de cuando en cuando a la chica, simplemente por guardar las formas. Ambos interpretaban el valor y significado de las preguntas como una especie de arrullo. La chica agradecía la decente protección que ejercía Mike sobre una castidad atribulada cuyos sonrojos, en ausencia de un tema neutral, se revelaban de forma irremediable.

En sus conversaciones en la floristería, Mike se sentaba en el taburete alto y fumaba cigarrillos. Annie llevaba un guardapolvos verde, que a él le parecía la prenda más elegante que había visto nunca. Llevaba también guantes de algodón blancos y utilizaba uno para apartarse el pelo de la frente. Los guantes se le manchaban al trabajar. Al principio buscaba una parte limpia, lo cual era cada vez más difícil, y acababa manchándose. Mike estaba hipnotizado.

Confiaba a Parlow los secretos de Annie.

—¿Sabías que puedes resucitar una flor escaldándola? —dijo.

Como periodista, siempre se podía cautivar a Parlow con algo que oliera a artimaña.

—Sí —dijo Mike—. Tienes que cortar los tallos a lo largo, en diagonal, para permitirles más acceso al agua. El agua debe ser potable y fría. Luego puedes verter el agua caliente de la tetera en los tallos nuevos. Los metes en el jarrón y vivirán un día o dos más.

Parlow empezó a hablar.

—Y nunca hay que usar tijeras para cortar los tallos —añadió Mike.

—¿Por qué? —preguntó Parlow, que en aquel momento se consideraba el amigo más útil del mundo.

—Porque eso comprime el tallo —explicó Mike— y entra menos agua en la planta. Este es mi favorito: alambre de florista.

—Alambre de florista —repitió Parlow.

—Es una sonda muy fina. La insertas en el tallo hasta la flor y corriges la inclinación. Por ejemplo, coges una rosa ya caduca... —Parlow asintió comprensivo—. Practicas un corte nuevo en el tallo, hierves agua, arrancas los pétalos muertos, dejas los frescos, insertas el alambre, la corola de la rosa se yergue y puedes venderla otra vez.

—¿Otra vez? —preguntó Parlow.

—La gente compra flores —respondió Mike. Vio que Parlow asentía y añadió—: ¿Dónde las llevan?

—Se las regalan a su chica —dijo Parlow.

—Sí...

—O a su madre.

—Sí, sí, y las llevan a alguna ceremonia —dijo Mike.

—Exacto —sentenció Parlow.

—Pagan las flores y luego las dejan en la ceremonia. ¿Y qué pasa con ellas cuando termina?

—Que alguien las lleva a los hospitales para los pobres —dijo Parlow.

—Je, je —dijo Mike—. Los empleados, el personal de limpieza o los botones vuelven a enviarlas a las floristerías.

—No tenía ni idea.

—Bueno —dijo Mike—. Y puedes pintar las flores, teñirlas. Atento a esto: la misma flor... —prosiguió, al tiempo que movía las manos, como diciendo «después de haberle hecho lo anteriormente mencionado»—. Sin duda, lo que nos atrae de ella es que simboliza la juventud.

—La juventud y el sexo —precisó Parlow.

—Con tu madre no.

—Piensa en Hamlet... —dijo Parlow.

—Juventud. «Frescura cubierta de rocío» —interrumpió Mike.

—Madre mía.

—Ese brillo —continuó Mike— que solo aflora en la juventud. «Si bien, con el tiempo y apoyo mutuo, se puede reemplazar por un entendimiento de camaradas, que...».

—Sí, vale —dijo Parlow.

—...por «la vieja flor» me refiero a la rosa —dijo Mike—. Y si tiras un centavo en el agua de los tulipanes, se conservan mejor. La rosa, sobre todo, representa el amor joven.

—Nunca lo he dudado —repuso Parlow.

—Los capilares del tallo...

—Yo creía que el propio tallo era un capilar —dijo Parlow.

—Pues no lo es —respondió Mike—. Cuando el tallo envejece se viene abajo, se seca, y llega menos agua a la flor. Por supuesto, la rosa nueva del escaparate ha sido rociada con agua. ¿Qué es más hermoso que una reluciente...?

—Vale —dijo Parlow.

—Sin embargo, en los pétalos de la rosa vieja, da igual como se seleccione, enderece y pode, no se aprecian gotas de agua.

—Evidentemente, en la rosa nueva hay gotas porque está repleta de agua y no puede contener más.

Mike lanzó una mirada acusadora a Parlow, que ignoró su afrenta.

—Pero la apariencia de ese frescor puede estropearse rociando la rosa con glicerina —dijo Mike.

Los tutoriales en *The Beautiful* continuaron. Una mañana se vieron interrumpidos cuando Annie recibió instrucciones de acompañar al repartidor al cementerio.

La chica se montó en la pulcra furgoneta roja, que llevaba rotulado el nombre de la tienda. Mike, como cabría esperar, subió detrás de ella, cosa que, ambos coincidieron silenciosamente, era lo lógico.

La furgoneta roja franqueó la entrada de piedra del cementerio de Waldheim y el repartidor aparcó junto a la caseta de material. Mike siguió a Annie al interior.

Pasaron junto a los cortacéspedes y los rodillos. Los encargados de

mantenimiento estaban sentados a una mesa en la parte trasera. Uno de ellos saludó al repartidor y lo acompañó hasta una puerta doble, al otro lado de la cual había varias ofrendas florales.

Las más ornamentadas contenían símbolos o sentidos mensajes; muchas contenían ambas cosas. Estaban el trébol, el cardo, los corazones entrelazados, la cruz y los nombres de familiares o cargos oficiales de los difuntos.

Las ofrendas estaban organizadas por grupos.

El repartidor llegó antes que los trabajadores de mantenimiento hasta el grupo que reconoció como suyo. El dinero cambió de manos y Mike los ayudó a él y a Annie a cargar las ofrendas en la furgoneta.

Mike y Annie iban en la parte trasera, cada uno sentado en un paso de rueda. Las flores, que llenaban toda la furgoneta, se alzaban entre ambos y para hablar tenían que mirar a través de ellas y apartarlas. Todos los aspectos del brusco trayecto eran motivo de diversión compartida.

Mike ayudó al repartidor a descargar las ofrendas en la puerta trasera de The Beautiful.

Habían recomprado las flores, los soportes y los caballetes sobre los cuales descansaban.

En cada uno de los caballetes había una pequeña tarjeta: WALSH'S THE BEAUTIFUL, 1225 NORTH CLARK STREET. Mike vio que en el reverso de cada tarjeta figuraba el nombre y el número de teléfono del comprador. Y vio algunos nombres que, sumados al del homenajeado, denotaban una conexión suficientemente corrupta para ser digna de investigación.

Mike se guardó las tarjetas en el bolsillo.

Con el paso de los meses, podía intentar excusarse aduciendo que simplemente estaba haciendo el trabajo que fingía hacer; pero nunca podría aceptar ese pretexto, ya que, antes de guardar las tarjetas, volvió la cabeza para cerciorarse de que nadie lo veía. Se odiaba a sí mismo por los robos.

3

Mike llevaba casi un año cortejando a Annie.

El galanteo había empezado con cruces de miradas y conversaciones banales cuyo verdadero significado estaba a la vista de todos. A Mike le permitían acompañarla al tranvía después del trabajo, al principio alguna que otra noche y más tarde de forma rutinaria.

Primero, Mike iba a la tienda por negocios; una vez concluidos esos negocios, volvía para admirar y cortejar a la chica que, como supo desde el primer instante, era y sería siempre el amor de su vida.

Y así, durante el verano y el otoño iba a buscarla al trabajo. La mayoría de sus encuentros se producían en la esquina de la tienda y bajo la mirada de desaprobación de la familia de Annie, pues Mike no era de su clase, no era católico y, como bien sabían, solo le interesaba una cosa, que, en ausencia del sacramento del matrimonio, significaba perdición y desgracia.

Annie salía al terminar la jornada; su padre y sus hermanos se quedaban para ocuparse de las flores, hacer los últimos repartos del día y cerrar la tienda hasta el día siguiente.

Annie asistía a un curso de secretariado en la Escuela de Negocios de Armitage, así que, cuando tenía clase, podía salir de la tienda a las cinco. Si Mike no estaba trabajando en un artículo, la esperaba y recorrían lentamente las seis manzanas que los separaban de la parada de tranvía.

En una ocasión pasó junto a ellos el hermano de Annie en la furgoneta roja de The Beautiful. No los vio, pero Annie sí lo vio a él, y Mike, que siendo periodista estaba acostumbrado a leves fluctuaciones de conducta, quedó sumamente impresionado al percibir que la chica no se había alterado

lo más mínimo, desdeñando a un tiempo el disimulo y la firmeza. Ambos intercambiaron miradas, y la de ella decía que el cortejo había progresado al punto de poder confiarle su más profundo secreto, que era que conocía el amor de Mike y se sentía orgullosa.

La lluvia y, meses después, la nieve aconsejaban esperar el tranvía a cubierto.

El toldo del Café Budapest los cobijaba y la propia cafetería se encontraba justo al lado del toldo. Ambos se sentían satisfechos de la intachable elección de refugio. Había café, té, tartas, hojaldres de Bohemia y comida étnica ligera.

El Budapest era un local para la merienda, lo bastante superior a una cafetería o cantina como para atraer a personas refinadas, a personas harapientas pero refinadas y a quienes disfrutaban de su compañía o no les importaba.

Los manteles eran de un tono amarillo pálido; las tazas de té y café estaban colocadas encima de unos tapetes de papel. La clientela se componía exclusivamente de mujeres de mediana edad. A Annie y a Mike les gustaba que el ambiente protegiera y limitara y, por tanto, intensificara su deseo.

Para él, Annie poseía la inviolable pureza de la mujer embarazada, la madre joven, la novia joven. Lo había visto en Francia, en el frente, en mujeres cuya única defensa era su indefensión y su confianza en la inviolabilidad sobreentendida de su estado.

En su opinión, probablemente era fruto de una religiosidad común, pues no hacía falta explicar que quien tocara a una mujer desvalida, ya fuera virgen, madre o novia, iría al infierno. Los franceses y los belgas compartían la adoración católica por la madre. Los alemanes no.

Parlow creía que ese podía ser el motivo de las violaciones cometidas en Bélgica, cuyas primeras víctimas, según el mito, habían sido las monjas. Aunque no era combatiente, daba por hecho que los relatos de atrocidades eran leyendas y que la mayoría de las crónicas que enardecían o ratificaban las pasiones también lo eran, como ocurría con la mayoría de las historias que se presentaban como noticias.

—Si fuera una auténtica tragedia —decía—, apartaríamos la mirada. Y puede que matáramos o montáramos en cólera, pero creo que no se lo contaríamos a nadie, desde luego no por dinero. Así es. Todos los periodistas se desprecian a sí mismos.

Annie le había preguntado a Mike por la guerra. Parecía un tema exento de riesgos: ni amor ni su trabajo, así que Mike le habló de la guerra con simplicidad, adaptando o embelleciendo, aunque nunca inventando, la diversión.

Mike se esmeraba en dejar claro, por su tono, que consideraba que su cometido era entretenerla y divertirla, siempre con ligereza, pues el tiempo que pasaban juntos era el único significado que ambos deseaban.

Con el paso de las semanas, Mike vio que ella cuidaba cada vez más su aspecto. Se sentía cautivado y pensaba que ni siquiera un toque casi imperceptible de colorete o pintalabios era capaz de atenuar su asombrosa belleza virginal. Crouch y la sección local se habían percatado del comportamiento de Mike e intuían el motivo. Pero solo Parlow conocía el nombre.

—Solo hay una cura para eso —le había dicho—. Pero, por desgracia, nadie sabe cuál es.

El propietario del Budapest, un húngaro gordo, era lo bastante bueno en su trabajo como para ahorrarse a la pareja miradas de complicidad, sonrisas y una actitud obsequiosa; Mike agradecía su cortesía. No sabía si Annie se daba cuenta, pero llegó a la conclusión de que no tenía necesidad de hacerlo. Era una chica de convento, a ojos de Mike incapaz de ardides o pecados. Para bien o para mal, mediaría, si podía, entre la magnífica y triste reserva de ella y un mundo por el cual, si Mike se salía con la suya, Annie nunca se vería agraviada.

Mike no sabía a ciencia cierta cómo evolucionaría su amor. Percibía la gratitud de Annie por la contención de él y estaba encantado de haber descubierto cómo hacerla feliz.

Una noche, después de dejarla a salvo en el tranvía, se descubrió cantando en voz baja. Entonces se detuvo y pensó: «Supongo que esto debe de ser un cortejo».

4

Jackie Weiss, escribió Mike Hodge, había muerto por un corazón roto; un corazón roto por las balas de un .45.

Su funeral fue sonado porque la viuda había mostrado la ropa interior al saltar encima del ataúd, momento en el cual empezó a gritar «Jackie, no me dejes» y se resistió a los esfuerzos de los principales dolientes por sacarla de la tumba.

Fue, decía Mike, tan predecible como una boda gitana, con su intento ritual de secuestro por parte del novio y la correspondiente oposición de los hermanos de la novia.

Al ver el texto, Parlow había comentado que Mike tenía a la chica irlandesa en mente y que, si deseaba «contar la historia de su amor», debía solicitar la columna del consultorio sentimental y mantenerse alejado de la sección local.

Si creemos a los vieneses, añadió, la mente la controlan varios timoneles independientes, todos ellos enfrentados entre sí, y el jefe era aquel que se complacía en gritar al mundo los secretos que los otros vivían para esconder.

Mike encendió un cigarrillo.

—En este caso... —prosiguió Parlow.

—De acuerdo —dijo Mike.

—La idea de que vas a arrebatar a la chica, sin duda muy rubia, a su familia y el temor aún más profundo de que te vayan a matar por ello ES UNA FANTASÍA DE CASTRACIÓN.

—Déjate perilla —le espetó Mike.

—Sí, sí, tengo mis manías —dijo Parlow—, y también mis aficiones.

Una de ellas es la contemplación de lo que denominaré naturaleza humana. Porque, ¿no es el hombre la medida de todas las cosas?

—Nunca he sabido qué significa eso —respondió Mike.

—Nadie lo sabe. Es un misterio.

La mujer de la tumba había gritado el tiempo justo para observar las exequias y no superó la tolerancia de los dolientes al frío de febrero. Rodeaban el sepulcro quince judíos, cinco irlandeses del Chez y dos forasteros. Apartados del grupo había dos hombres con abrigos no autóctonos. Parlow comentó que no le gustaban aquellos abrigos.

—Jack, Jack forjó una máquina en Chicago —gritó la mujer— y creará otra ahí arriba.

Mike consideró que la escena entrañaba suficiente sublimidad y patetismo como para incluirla en su artículo.

Parlow discrepaba.

—Fue por poco margen —dijo Mike—, pero lo hizo bien y me pareció que merecía ser contado, qué coño.

Por respeto, había omitido el comentario del rabino, según el cual, Jackie no había tocado a su mujer desde hacía treinta años, excepto cuando le pegaba de vez en cuando. Pero Mike se lo contó a Parlow.

—Qué triste —dijo este—. Además, ¿cuál es esa máquina que supuestamente forjó aquí abajo? Si no me equivoco, era propietario de dos confiterías y parte de un bar.

—Como mucho —había respondido Mike, porque el bar, llamado Chez, aunque era regentado por Weiss, pertenecía nominalmente al hombre de paja, Morris Teitelbaum, y en realidad era propiedad, como todos sabían, del North Side, es decir, de Dion O'Banion. Y nadie excepto la viuda, en su comprensible tristeza, había verbalizado jamás la idea de que el señor O'Banion fuera copropietario de nada con nadie.

—Es más, hay gente que ha muerto por esa idea —afirmó Mike.

—Y con razón —subrayó Parlow—, porque, ¿qué es la propiedad?

—La propiedad es un robo —sentenció Mike.

El teléfono de Mike empezó a sonar.

—Discúlpame —dijo. Luego cruzó la sección local y lo cogió.

Mike Hodge y Clement Parlow trabajaban en el Rincón de los Ataúdes de la sección local del *Chicago Tribune*.

Lo llamaban el Rincón de los Ataúdes porque era el lugar donde iban morir los artículos.

La pared norte estaba revestida de corcho y el corcho revestido de numerosas capas de noticias consideradas insuficientemente acuciantes —y el interés humano considerado demasiado culto— como para difundirlas entre el público lector: la muerte de un caballo de polo que, después de huir de su establo en el North Shore, irrumpió en una tienda de antigüedades y fue abatido; sus compañeros del reino animal, perros perdidos y gatos capaces de advertir a sus propietarios del riesgo de un incendio; gemelos separados al nacer y reunidos tiempo después; limusinas de lujo que desaparecían del garaje y no se encontraban nunca más; alguna Virgen llorosa, crías de ocelote, un niño prodigio del ajedrez y cosas por el estilo.

Los periodistas sospechaban que los directivos mantenían la pared a rebosar como lección práctica para las abejas obreras.

Sin embargo, Parlow y Mike habían estado en Francia y se preciaban de gozar de inmunidad contra insinuaciones y profecías, y habían adoptado el viejo escritorio de la esquina como lugar de retiro y ocio.

Parlow estaba recostado en su silla giratoria, con la panza cómodamente apoyada sobre sus piernas cortas. Sacó un fósforo de cocina del bolsillo de la vieja americana de *tweed* y lo encendió en la suela del botín. Luego lo acercó a la pipa. El fósforo se apagó y Parlow sacó otro, negó con la cabeza y se puso a jugar con la varilla.

—No se enciende porque la pipa está rota —dijo Mike.

—Rota... —respondió Parlow—. Roto acabas después de una noche en el Levee, y lo sabes.

A sus treinta años, Mike parecía una década más joven que Parlow, que tenía treinta y dos. Observó a Parlow encender el segundo fósforo en la suela desgastada del botín, un recuerdo de su guerra, que se había pasado como controlador ferroviario en Vesey-le-Duc. Mike, que había sido piloto en Francia, consideraba los botines una afectación y así se lo había hecho saber a Parlow. Este encendió por fin la pipa y le indicó a Mike que empezara.

—Jackie Weiss —dijo— cometió el clásico error de confundir su posición con sus intereses. Porque, cuando los tíos entran por la puerta, la respuesta correcta no es «he trabajado toda mi vida por este negocio y no os debo nada», sino «pum, pum, pum». Sin embargo, Jackie pagó por lo que consideraba una práctica financiera segura, pero resultó que era una economía falsa.

—Iba justo —dijo Parlow.

—Iba más justo que el culo de Wilson, te lo garantizo. Y eso contribuyó

al desastre. Su error, su verdadero error, fue la falta de esa perspicacia para los negocios que te permite elegir entre dos caminos putrefactos.

—¿Y cuáles son esos caminos? —preguntó Parlow.

—Bueno, la elección estaba clara —dijo Mike—. Al final tendría que pagar los intereses o pedir a Teitelbaum que hablara con O'Banion. No había una tercera opción.

—Si es que realmente se había atrasado con los intereses —precisó Parlow.

—¿Y por qué se lo cargaron, sino? ¿Qué pensaba que iba a conseguir cuando entraron los dos matones y se puso a hablar de Voltaire o lo que fuera y del derecho del hombre a regentar un restaurante y alguna puta que otra sin pagar tributos? No lo entiendo, porque la cosa va a acabar en enfrentamiento, joder. Por el contrario, si Jackie, que Dios lo tenga en su gloria... —Mike bajó los pies de la mesa. Se inclinó hacia Parlow y cogió el maltrecho encendedor plateado de encima de un paquete de Camel, sacó un pitillo y lo encendió. Después volvió a dejarlo en su sitio y puso los pies encima de la mesa—. Por el contrario, si, desdeñando los cobardes consejos de la indecisión, hubiera...

—¿Quién dijo eso? —preguntó Parlow.

—Napoleón dijo que lo único que lo diferenciaba de los generales de menor rango era que sabía a qué dedicar cinco minutos —respondió Mike.

—¿Y Jackie? —dijo Parlow.

—Los matones entran por la puerta del Chez —continuó Mike—, el más atrevido va a buscar la pistola antidisturbios que hay detrás de la barra y «pum, pum, pum». Luego se dirige a Teitelbaum, lo saca de allí a rastras, le pega un tiro y le echa la culpa de todo a él.

»Su problema ahora no es de dónde saca cuatrocientos o quinientos pavos a la semana que no tiene para pagar intereses, sino cómo tratar con O'Banion, una responsabilidad que, por lo visto, Jack no estaba dispuesto a asumir.

—Lo cual es comprensible —dijo Parlow.

—Puede —dijo Mike—. Pero piensa en la alternativa. No sé. ¿Yo haría lo mismo? Ni idea.

—¿Y qué haces con la poli?

—Venga, hombre. Disparas a los matones con el Winchester. Luego coges el arma que seguro que llevan en la funda sobaquera, acribillas la barra, rompes el espejo, les pones la pistola en las manos, ahora inertes, y alegas

defensa propia.

—¿Y por qué disparas a Teitelbaum?

—Teitelbaum es el lameculos de Weiss y el títere de O'Banion. Le pegas un tiro a Teitelbaum, lo incluyes en el *tableau vivant* y ¿qué tienes? Un culpable. Cuando entraron los matones fue Teitelbaum quien cogió la pistola, porque era el que debía dinero. Por tanto, queda demostrado que Weiss es un testigo inocente.

—¿Y ahora...?

—¿Y ahora? Todo va sobre ruedas. Esa excreción maloliente, ese ladrón confeso que es Teitelbaum, ha sido eliminado.

—¿Y la policía?

—A la policía le da igual.

—Es fascinante —dijo Parlow—. Guárdatelo para el Sally Port. Además, ¿quién sabe que Jackie Weiss se había retrasado en el pago de intereses?

—Entonces ¿por qué lo mataron? —preguntó Mike.

—Por liberadoras que sean, limitemos las conjeturas al terreno de la filosofía y sometámonos a la tiranía de los hechos —dijo Parlow.

Mike suspiró y volvió a bajar los pies. Abrió el cajón superior derecho del escritorio y sacó dos hojas de papel. Sin cerrar el cajón, alineó las hojas y las introdujo en la máquina de escribir.

—¿«Jackie Weiss falleció ayer noche en una lluvia de disparos»?

—Muy gracioso —dijo Parlow.

5

«Ayer noche, Jackie Weiss cometió el fatídico error de confundir su posición con sus intereses», decía la columna. «Su posición era la de restaurador de los aficionados al juego en el North Side y su derecho divino a seguir siéndolo era la roca sobre la cual se encontraba y murió; la conocida devoción por los principios del mercado libre se vio sustituida, en su cabeza, por dos balas del calibre cuarenta y cinco. Deja a la que fue su mujer durante veintidós años, cuyo nombre de soltera es Margaret O’Neil. Pueden enviar ofrendas florales a la congregación...».

Pero a Lita Grey, de nombre real Berenice Mancuso, no le interesaban ni la dirección donde mandar las ofrendas florales ni la muerte de Jackie Weiss, que para ella no era noticia desde que había recibido la llamada telefónica la noche anterior, justo después del tiroteo. A ella interesaba determinar los pasos inmediatos más necesarios para sobrevivir en un mundo que el fallecimiento de su protector había dejado económicamente estéril.

La valoración que hizo de sus activos fue breve y, a su parecer, tristemente completa. Podría vivir en su apartamento hasta final de mes, para lo cual faltaban unos diez días; tenía sus joyas, con un valor que estimaba entre diez y quince mil dólares; tenía un armario lleno de ropa cuyos cuidados, por el momento, no podía permitirse; y tenía la cara y la forma de una concubina circasiana: piel blanca como el marfil, ojos violáceos y, a lo sumo, media década más para explotarlos.

—Cuidado con esa tinta de periódico que llevas en los dedos —dijo Ruth Watkins.

Lita asintió y cogió un pañuelo de la caja que había encima de la mesita.

Luego se limpió las manos y tiró el pañuelo de papel y el periódico al suelo.

—¿Quieres que traiga el café? —preguntó Ruth, y Lita asintió de nuevo.

Ruth sacudió la cabeza ante el precario estado de un mundo gobernado por los antojos de los hombres y un Dios que, sin duda, era del mismo sexo.

—Ya podría haberse muerto en un mes que no fuera febrero, joder —dijo Lita.

—Y a principios de mes —gritó Ruth desde la cocina.

—No hay verdad más grande.

—¿Y qué pasa con el coche? —preguntó Ruth, que llegó con la pequeña bandeja y la dejó en la mesita.

Luego se sentó en el borde de la silla que había enfrente del diván. Lita le hizo un gesto y ella asintió a modo de agradecimiento, cogió un cigarrillo de la caja de plata que había en la bandeja, lo encendió y cruzó las piernas.

—¿El coche? —dijo Lita—. Todo está a su nombre y no sé si la puta vaca de su mujer tiene derecho a mandar a alguien a recoger los vestidos y los zapatos.

—Sí, es una pena, cariño —dijo Ruth.

—Desde luego —respondió Lita, que removi6 una gota de nata en el café con una cucharilla de plata diminuta. Después miró a Ruth, que negó con la cabeza—. Putos hombres —añadió.

Por lo visto, aquel resumen la liberó de la autocompasión, cuyo rechazo proclamó enderezando los hombros y adoptando una sonrisa «complaciente».

—Bueno —dijo.

A modo de respuesta, Ruth se irguió un poco, dio una calada rápida al cigarrillo y observó a Lita levantarse del diván y dirigirse a las ventanas.

Lita contempló East Lake Shore Drive, ahora cubierta de hielo, y los pocos coches que daban bandazos y avanzaban con el viento en contra.

—¿Cantarás esta noche, cariño? —preguntó Ruth.

—Lo haré. Tengo que hacerlo... —dijo.

Las dos entendían que, fuera cual fuera la decisión de Lita, su destino estaría como siempre en manos de un hombre, si bien la peculiaridad de aquella emergencia era que ignoraba la identidad de dicho hombre.

Sabían que la situación se basaba en el control del Chez, que tras la muerte de Jackie y a corto plazo podía significar Jimmy Flynn, el subgerente. Pero el corto plazo probablemente no se prolongaría más allá de aquella tarde, cuando reunirían fuerzas para el espectáculo nocturno, momento en el cual se posicionarían los varios poderes, el favorito de los cuales era

Teitelbaum por su demostrada maleabilidad, pero todavía estaba en el aire la posibilidad remota de la viuda.

El Chez Montmartre permaneció cerrado la semana del asesinato, la investigación y el funeral. Lo llamaban club gastronómico, que como todo el mundo sabía significaba bar clandestino. Servían platos comestibles y un licor que, aun no siendo importado tal como publicitaban, estaba lo suficientemente exento de venenos como para no provocar demencia o ceguera. La propiedad absoluta del Chez fue ampliada a su gerente (el difunto Jackie Weiss) por el North Side, es decir, por Dion O'Banion. Dicho mandato garantizaba al propietario la licencia para gestionar chicas y droga, amén de los ya mencionados alimentos, y para ofrecer, después de la cena, diversión con juegos de azar razonablemente honestos.

Jimmy Flynn se apoyó en la mesa de la cocina del Chez. Llevaba unos pantalones de tela de gabardina, una fina camisa de lana amarilla con el primer botón desabrochado y un abrigo de cachemir gris. Sus seis esmóquines estaban colgados en el armario de su despacho y sus preocupaciones iban desde pensar si alguna vez volvería a lucirlos profesionalmente hasta preguntarse si llegaría vivo a aquella noche. Porque no entendía de qué era culpable Jackie ni cuál era el alcance de esa culpa.

Había sopesado la idea de llevar una pistola al trabajo, huir o hacer una visita preventiva a O'Banion para ofrecerle fidelidad o una salida rápida e irreversible si así lo deseaba.

Pero decidió esperar y dejó en suspenso los preparativos del club para la noche como muestra de respeto a los deseos de su nuevo propietario.

—Si reabrimos el local —dijo el *maître*—, se llenará hasta la bandera. El teléfono lleva sonando desde mediodía, aunque no sé qué creen que van a ver...

—El aura de Jackie Weiss —dijo Jimmy—. Tienes que estar más atento a las revistas.

El último ayudante de camarero entró en la cocina por la puerta que daba al callejón. Jimmy consultó su reloj con aire meditabundo y luego miró al chico, que agachó la cabeza. En los rincones de la cocina había ocho personas.

—A la mierda —dijo Jimmy, que echó a andar y abrió las puertas del restaurante.

Se percató de los susurros e intuyó el tema de conversación de los tres ayudantes de camarero, que estaban sentados fumando en las escaleras del vestíbulo. Cuando Jimmy entró, se levantaron y empezaron a bajar las sillas, que habían pasado la noche encima de las mesas. Jimmy les indicó que esperaran, así que dejaron lo que tenían entre manos.

Jimmy miró hacia la barra, frente a la cual Jackie Weiss había encontrado su final, e imaginó una línea que discurría desde el vestíbulo, donde se hallaban los matones, hasta el último lugar que había ocupado el difunto. Luego seguía hasta un punto situado justo a la izquierda de las puertas de la cocina, donde tres agujeros en el yeso testimoniaban el viejo lugar de reposo de las balas. La policía había extraído los casquillos y los había guardado a buen recaudo en el armario de pruebas de la comisaría, donde nunca más sufrirían molestia alguna.

—¿Dónde coño está Teitelbaum? —dijo a los allí presentes, pero no obtuvo respuesta, y tampoco la esperaba—. El puto judío está escondido. —Jimmy negó con la cabeza—. A Jackie le dispararon dos veces con un arma del cuarenta y cinco. Las balas lo atravesaron y quedaron incrustadas en la pared. Con lo gordo que estaba. —Sus pensamientos derivaron hacia la desagradable imagen de aquel hombre rollizo encima de Lita Grey—. Bueno, está muerto —zanjó.

Pops era empleado de mantenimiento y vigilante de la entrada de artistas. Era un negro sexagenario enfundado en un mono azul. Jimmy Flynn levantó la cabeza y lo vio.

—¿Qué? —dijo.

—¿Abrimos esta noche, señor Flynn? —preguntó Pops.

—¿Qué pasa? ¿Tienes algún interés personal en que abramos?

En ese momento sonó el teléfono. Los ayudantes de camarero volvieron la cabeza hacia el atril del *maître*. El teléfono sonó de nuevo y alguien lo cogió en la cocina. Al cabo de unos instantes se abrieron las puertas batientes y Alan, el *maître*, se asomó para indicar que tenía trabajo dentro.

—Ha llamado el «abogado» de la señora Weiss. Le gustaría que el club permaneciera cerrado esta noche en memoria de...

—A tomar por culo —dijo Jimmy—. Y, que yo sepa, no hay nada a nombre de ella. Ni de él. Un caballo que participó en la quinta carrera de Washington Park en los últimos veinte años, Lita, la Cantante Romántica, la anterior a ella, un asiento en primera fila en el Club Everleigh... ¿Yo qué cojones sé?

—¿Y Teitelbaum? —aventuró Alan.

—Teitelbaum se suena la nariz con los calzoncillos. ¿Alguien lo vio en el funeral? Porque yo no. Tengo que ponerme en contacto con O'Banion.

—... Pero ¿y si el control lo tiene la señora Weiss?

—No tiene el control. Si en algún momento fuera así, tendría que vender a Teitelbaum por orden de O'Banion o regalarle el club como oferta de paz para que no mate a sus hijos.

—Yo creo que resistirá como gesto de desafío.

—No cabe duda —dijo Jimmy—. O como homenaje a esa excelente educación conservadora que recibió en las chabolas de Cracovia.

»Que venga esta noche y me diga que ella y sus abogados quieren cerrar el local, que podemos plantear objeciones y situarnos del lado racional de la discusión. Ella odiaba a ese hijo de puta. Si quiere llorarlo, que se haga cortes en la piel. Llamad a la chica y decidle que esta noche actúa. Y llamad al grupo también. Que alguien enmasille esa pared. A tomar por saco, vamos a abrir. Si el señor O'Banion dice lo contrario, os echaré la culpa a vosotros.

6

El principio de los trabajadores de la sección local era: «La noticia es un limón. Exprímela hasta que no quede ni una gota».

Ese principio regía todos los aspectos del trabajo. Los editores y los anunciantes marcaban la pauta: canjear ingresos publicitarios por promociones disfrazadas de noticias. Los periodistas también se sentían autorizados a redactar cualquier texto que pudieran convertir en trato preferente, en sexo o en dinero en efectivo.

En sus comienzos, Mike había escrito alguna media columna sobre «maravillas de la ciencia», a saber, una nueva radio o nevera, que pasaban como noticias que obviamente eran un soborno.

Los periodistas extorsionaban a los propietarios de estadios, intercambiando una cobertura favorable de los equipos locales por entradas e intercambiando a su vez las entradas por dinero. Asimismo, al periodista le resultaba beneficioso explotar y ser explotado por los artistas de la ciudad. Una reseña alentadora, o la promesa de la misma, siempre era buena, no solo para conseguir más entradas para el espectáculo, sino también para acceder a las coristas entre bastidores.

Pero lo más fungible eran los reportajes elogiosos: publicidad camuflada de noticia sobre el flamante coche de alguna estrella, un consejo de belleza o su plato favorito. Esos masajes, como los denominaban, no solo eran buenos como trueque o influencia sexual, sino que, en caso de ser explotados correctamente, podían ser canjeados por dinero.

El neófito discutía con el relaciones públicas fingiendo ser virgen; el veterano preguntaba cuánto y entablaba una dura negociación. La norma a

respetar era: «Si preguntan, tienen que pagar». A los periodistas les encantaba la corrupción. No solo era la regla del juego, sino el manual de estrategia.

Todos habían oído hablar de un compañero del *American* que se había acostado con una Estrella de Cine Muy Famosa durante el viaje de esta al oeste.

Estaba dando un paseo y pidió un cigarrillo al botones del Hotel Drake, que estaba en la acera. El botones le deslizó el nombre de la famosa que acababa de llegar; el periodista llamó a la suite e improvisó un discurso.

Dijo que estaba escribiendo un artículo sobre pobres que se habían hecho ricos. El gancho, hasta qué punto la disciplina y las virtudes que la estrella había aprendido en la granja la habían ayudado a cosechar éxitos en el mundo del cine. Sabía que era un planteamiento endeble, pero se lo había inventado sobre la marcha, y tenía hambre.

Una voz de mujer le indicó que subiera. Supuso que se trataba de la sirvienta, pero era la estrella de cine, borracha como una cuba y lasciva como nunca había visto a una mujer pese a su dilatada experiencia.

Había vuelto en sí, con una resaca insufrible, en el compartimento de la actriz cuando el Super Chief se detuvo en Ashton, Wyoming. Se despertó cuando lo zarandearon dos agentes ferroviarios que seguían indicaciones del mánager de la estrella. Lo echaron del tren y le advirtieron que si la prensa mencionaba aquel escarceo, moriría. Pero había conservado sus recuerdos, el derecho a fanfarronear y la prueba que constituían dos bragas de encaje con monograma.

Todos suponían que las llevaba permanentemente en el bolsillo delantero del abrigo. Pero no necesitaba enseñárselas a nadie. Lo había hecho en una ocasión y, desde su regreso, el respeto de la comunidad fue constante y sincero.

Había sido invitado a la habitación de la actriz por un fallo de seguridad. Su mánager, un drogadicto, se encontraba en la habitación contigua consumiendo y, por tanto, era incapaz de proteger a su clienta de sus propias inclinaciones sexuales. El mánager perdió el tren y los dos días posteriores, así que alquiló un avión y dio alcance a la pareja en Wyoming.

En el Sally Port todos coincidían en que lo del avión había sido juego sucio. Parlow se lamentaba de una civilización que, amén de sus indudables ventajas, se cimentaba en el parsimonioso corazón del pasado.

El compañero del *American* poseía un estatus ilimitado y, como dijo Parlow, era igual que quienes, gloriosos en la batalla, ven al hablar que todos

los hombres deben morderse la lengua. Mike lo reprendió.

—Esa es la cita de Shakespeare que todo el mundo conoce —dijo—. Y ni siquiera viene al caso. Me decepcionas.

—La usaba irónicamente —repuso Parlow.

En el Sally Port, el estatus se conseguía por la hazaña, por la ocurrencia, por la transgresión impune de la ley o la política, por la extorsión y, en ocasiones, por un escrito.

El premio a la escritura no se concedía por el reportaje, que llevaba por titular la intuición, el esfuerzo, la intrepidez o la suerte. Los Hombres sobre el Terreno lo enviaban y luego sus textos eran estructurados y reescritos por ese grupo conocido normalmente como «oportunistas insensibles y herramientas de los ricos», siendo los primeros los correctores y los segundos los editores.

La labor diaria de los periodistas era ser valientes e impasibles, robar de la cómoda de la madre el retrato del niño asesinado, provocar al cónyuge homicida hasta que sufriera un arrebato interesante o reprimir la compasión por los jóvenes condenados a muerte. No bastaba con que fueran osados; debían ser temerarios cuando informaran del tiroteo, del incendio en la escuela, de la inundación o del accidente ferroviario.

La ética era cosa de Francia. Allí, los pilotos solo contaban las historias que reflejaban un descrédito hacia ellos mismos, su destreza y su valor. Todas las huidas se achacaban a la suerte; la maniobra bien ejecutada, el derribo o el aterrizaje, según su confesión, se había conseguido con los ojos cerrados.

En el Sally Port, igual que en Francia, no se otorgaban méritos por las hazañas, sino por el valor de la historia que las acompañaba. Pero el estatus más elevado —como el del Ladrón de Bragas, ese era su apelativo— recaía solo en quien supiera escribir de verdad.

Mike había cubierto el incendio de la escuela católica All Saints. Habían fallecido veintidós colegialas, que gritaban desde las ventanas con barrotes del segundo piso. Dos bomberos habían muerto abrasados mientras intentaban romper la mampostería con sus hachas. Mike lo había visto todo y entró en la sección local con los ojos rojos y apestando a humo. Cuando llegó a su mesa, se bebió media botella de whisky. Poochy había dejado la película en el laboratorio fotográfico y subió a la oficina, ya que necesitaba la compañía de alguien que hubiera estado allí.

Mike había metido una hoja en la máquina de escribir y estaba mirándola fijamente. Poochy todavía llevaba puesto el abrigo, empapado de

agua y con el dobladillo quemado. Miró a Mike y sacudió la cabeza. Mike le tendió la botella y empezó a teclear.

A la mañana siguiente, el artículo fue publicado a su nombre y en primera plana.

El trayecto hasta su puesto atravesaba la sala de tipógrafos. Aquel día, todos cesaron su actividad cuando pasó por allí y empezaron a golpetear la mesa con el componedor.

Mike se dirigió a su mesa en medio del silencio aturdido de la sección local. Luego se quedó sentado un cuarto de hora sin mediar palabra y se fue a casa.

Los periódicos ya habían salido a la calle y los repartidores estaban anunciando el titular del incendio a grito pelado. Mike abrió la puerta principal y subió los dos pisos que lo separaban de su habitación. Annie lo esperaba en el descansillo.

7

Peekaboo era de ese color que la época conocía como amarillo chillón. En algún momento había ascendido de prostituta a madame y desde el Armisticio había regentado su casa, el Ace of Spades, situada en South Michigan Avenue. En sus días de fulana errante le parecía rentable y apropiado ejercer de ratera.

Había abandonado la profesión cuando se instaló en Chicago durante la guerra y ahora se consideraba una mujer honesta que ofrecía un servicio de calidad. Tenía cuarenta y ocho años y llevaba, como de costumbre, un sencillo vestido gris de cachemir.

Salió de la cocina y recorrió el estrecho pasillo, que, como el resto de la casa, estaba cubierto de un papel rojo aterciopelado.

Miró en dirección al vestíbulo.

Allí había dos hombres blancos, como todos sus clientes, probablemente oriundos del alto sur, tal vez de Missouri, riéndose con excesivo entusiasmo de algún comentario o gesto femenino, pues habían decidido que el tema de la noche sería la ingenuidad de las chicas negras.

Le pareció que las tres candidatas a las que había enviado al piso de abajo estaban haciéndolo muy bien, como era normal, pues las habían seleccionado por su afabilidad.

«Perfecto», pensó, y enfiló el pasillo hacia la parte trasera de la casa. En ese momento sonó el timbre de la puerta principal y dio media vuelta.

Marcus, el mayordomo, la miró como diciendo «¿Estás aquí?» y ella levantó un hombro y una mano para indicar: «¿Cómo quieres que lo sepa hasta que averigüe quién es?».

Marcus se tomó bien el reproche. Se levantó de la silla, franqueó las puertas, entró en el vestíbulo y las cerró de nuevo. El timbre volvió a sonar.

El mayordomo se situó a la izquierda de la puerta y extendió la mano derecha para abrir la mirilla, que le permitía ver la entrada desde un lateral.

Protegido así de un posible disparo admonitorio en la cabeza, vio al otro lado de la mirilla a un joven con abrigo que daba pisotones para entrar en calor.

Marcus cerró el panel de madera y se acercó a la puerta.

—Espere un segundo —dijo.

Después abrió la puerta del vestíbulo y anunció a Peekaboo:

—Es Mike Hodge.

—Estoy en la cocina —respondió ella.

En la estancia había cuatro chicas. Una estaba enferma de verdad y otra fingía, pero Peekaboo le permitió escabullirse para evitar las ineludibles lágrimas y acusaciones de maltrato que hubiera provocado obligarla a trabajar. La chica tendría que marcharse, y pronto, pero Peekaboo no quería despedirla cuando estaba enferma, aunque fuera solo a efectos prácticos: la amenaza tácita de apelaciones a una indignada hermandad de mujeres contenía la mano de Peekaboo, y la chica lo sabía.

«De acuerdo —pensó Peekaboo—. Las dos salimos ganando. Se mantiene el orden, y qué coño...».

Las otras dos chicas llevaban ropa de trabajo. Apoyadas delicadamente en la barra de desayuno, estaban tomando café en unas tazas descascarilladas de color azul marino, procurando no mancharse el vestido.

—¿Cuántas veces tendré que repetir que no os sentéis en la cocina? —dijo Peekaboo.

—Queríamos una taza de café —respondió la más joven.

—Si queríais una taza de café, solo teníais que pedirla —dijo Peekaboo.

—No queríamos darle más trabajo a Marcus.

«¿Por qué las putas son incapaces de decir la verdad, aunque solo sea por una vez...?», pensó Peekaboo.

Mike entró en la cocina.

—Hola, veterana —dijo a Peekaboo.

Las dos chicas que estaban de servicio asintieron ligeramente y, taza en mano, se dirigieron a la puerta que daba a la sala trasera. Las dos enfermas bajaron la mirada y su holgazanería hizo que el cuello del camisón de Peekaboo le atenazara la garganta.

«Por el amor de Dios», pensó.

—¿Sabéis qué necesitáis vosotras, par de zorras? —dijo. El remordimiento por haber roto el juramento de imperturbabilidad acrecentó su ira—. Necesitáis, como antaño, un jefe negro que os atice con un palo hasta que mostréis algo de gratitud y alabéis a Dios por el techo que os cobija, inútiles... —Se recompuso—. Largaos de aquí y lavaos el pelo —dijo.

Las dos chicas salieron de la cocina.

—Nunca critiques delante de un desconocido —dijo Mike.

—Y a ti más te vale alejarte de esa irlandesa —repuso Peekaboo—. Porque, si yo lo sé, el mundo entero está esperando acontecimientos.

—El mundo está esperando el amanecer —dijo Mike.

—Sí, ya. Lo he oído en la radio. ¿En qué andas últimamente?

—Estoy buscando pistas sobre quién mató a Jackie Weiss.

—Vaya, otra gran idea —dijo Peekaboo—. ¿Qué te parece esto? Dos judíos de Detroit, y añadiré la guía telefónica a la lista.

—Claro —respondió Mike.

—En ese caso, ¿sobre qué necesitas una pista? ¿Sobre quién dirigirá el Chez?

—No.

—¿Entonces?

—Quiero saber por qué no se enfrentó a la situación.

—¿Por qué no se enfrentó a la situación? —meditó Peekaboo—. A lo mejor se sentía seguro en su guarida natal o algo parecido, se sentía... protegido. Mike, tú ya conoces el mecanismo protector de... ¿Cómo os llaman? ¿«Varones»? Llevo toda la vida oyendo hablar de él, salvo cuando es una chica de la que os habéis cansado, o una esposa que ya no os hace felices, o que ha hablado más de la cuenta o se ha puesto bizca al miraros por encima de las gachas y le habéis dado una paliza.

Marcus entró en la cocina, cargado con un voluminoso abrigo de pelo de camello y una camisa blanca con el cuello sin almidonar, y abrió el armario de la limpieza.

—Amoníaco —dijo.

—¿Qué es eso, pintalabios? —preguntó Peekaboo.

—Exacto.

Peekaboo suspiró.

—Te juro por Dios que voy a tener que pegarle un tiro a esa furcia descerebrada para que se acuerde: «¿Te ha pagado? ¿Se ha vestido? Pues ha

terminado contigo y tú con él. No le des un beso de despedida».

Peekaboo cogió el abrigo y lo examinó. Era una prenda gruesa y cara de color gris, recién comprada para el invierno. Llevaba en la solapa una pequeña insignia esmaltada en forma de trébol. En el cuello se apreciaba una delgada pero visible mancha de pintalabios rojo. Peekaboo asintió y Marcus le mostró la camisa, que tenía una mancha parecida.

—Para el abrigo, amoníaco —dijo la madame—. Para el cuello, prueba primero con alcohol. ¿Tenemos tiempo de lavarlo antes de mandarlo a su casa?

Marcus negó con la cabeza.

—Ya va tarde.

—Bonito abrigo —comentó Mike mirando la etiqueta—. Marshall Field's —añadió—. Pelo de camello. Lord Raglan.

—Son las mangas —dijo Marcus señalando su corte en diagonal.

—¿Tenemos alguna camisa de sobra o ya no nos quedan? —preguntó Peekaboo.

Marcus negó con la cabeza. Luego cogió un trapo, lo impregnó de amoníaco y lo extendió sobre la mesa de la cocina. Entonces colocó sobre él el cuello del abrigo y miró las ollas colgadas encima de la mesa. Peekaboo asintió. Cogió una cacerola y la utilizó para ejercer presión sobre el abrigo.

—Esto apestará —dijo.

—Sí, sí, el abrigo apestará —añadió Peekaboo—. Si quiere quedarse tranquilo, lo más inteligente es quemarlo con un puro. Mientras charlaba en el club, alguien le quemó el abrigo.

—¿Y la camisa? —terció Mike.

—De acuerdo —dijo Peekaboo, que levantó la cacerola y cogió el abrigo—. El hombre hizo lo siguiente: volvía de los baños turcos porque quería estar aseado para su mujer. ¿Y qué hizo?

—Se afeitó —dijo Mike.

—Michael —dijo Peekaboo—, para ser blanco no eres tan tonto como cabría esperar. Marcus, coge la cuchilla...

—No me dejará —respondió este.

—Dile que, si no te deja, no volverá a entrar. Hazle un corte en... —dijo, mientras miraba el abrigo—. El lado derecho de la cara. El lado derecho, ¿entendido? —Marcus empezaba a sentirse ofendido por el insulto—. Hay mentes más brillantes que la tuya —sentenció Peekaboo—. Escucha y aprende: el lado derecho. Luego dejas caer un poco de sangre encima de la

mancha de pintalabios, en el cuello de la camisa y en el abrigo. Échale alcohol en el corte y sécalo con una toalla limpia. Utiliza el lápiz hemostático, seca la herida y cúbrelo con una tirita.

—El abrigo seguirá apestando a amoníaco —dijo Marcus.

—Lo han utilizado en los baños para intentar eliminar la sangre —repuso Peekaboo. Mike se disponía a hacer una sugerencia que obviamente consideraba inteligente, pero Peekaboo levantó un dedo para impedirlo—: ¿Qué baños frecuenta?

—Probablemente el Kedzie —respondió Marcus—. Es donde van casi todos.

—Averígualo —dijo Peekaboo—. ¿Conocemos al hombre del Kedzie?

—Sí, lo conozco.

—¿Quién es?

—George White —dijo Marcus.

—Sí, eso es —dijo Peekaboo—. Llama y cuéntale lo ocurrido. Si te pregunta qué gana él con todo esto, dile que le debo cinco dólares por el baño de sangre que ha presenciado.

—Sí, señora —respondió Marcus, que se llevó la ropa de la cocina.

—¿Quién va allí? —preguntó Mike.

—¿Qué?

—Marcus ha dicho que casi todos van allí, a los baños Kedzie...

—Los irlandeses —dijo Peekaboo. Luego señaló la insignia esmaltada de la solapa, como si pretendiera explicar una obviedad a un niño pequeño—. Sí, los irlandeses. Todos van allí.

—¿La mujer llamaría? —preguntó Mike.

—¿La mujer del cliente? ¿Que si llamaría a los baños?

—Sí.

—¿Su mujer? —dijo Peekaboo—. Es posible. ¿Qué cuesta estar preparado?

—A ti cinco dólares —contestó Mike.

—Se los cargaré a otro —dijo Peekaboo—. Además, si una cosa debes evitar es acostumbrarte a ser chapucero.

—Sí, pero no puedes prolongarlo hasta el fin de los tiempos —replicó Mike.

—Tienes que llevarlo al límite —dijo Peekaboo—. Es la mentalidad de tu oponente. Esa zorra sospechará de su marido, de eso puedes estar seguro, y él le contará que se ha cortado afeitándose en los baños. Ella llamará y

hablará con alguien, en su opinión un pobre negro de Alabama demasiado tonto para mentir... Quedará satisfecha. No iré más allá. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Para saber la verdad? —aventuró Mike.

—La verdad ya la sabe —dijo Peekaboo—. Ella solo quiere asegurarse de que su marido guarda el decoro.

Mike conoció a Peekaboo el día del Armisticio de 1925. Parlow había recibido una pequeña herencia y Mike aceptó ayudarlo a despilfarrarla. Estaban celebrándolo sentados a una mesa esquinera en el pequeño comedor del Ace of Spades. Frente a la mesa había un camarero. Los grandes portones situados al otro lado del comedor daban al salón, donde varios hombres blancos, en su mayoría de mediana edad y en su mayoría rechonchos, algunos famosos y todos pudientes, estaban hablando con las chicas.

Era costumbre de la casa, señaló Parlow, confiar a la madame la elección de compañía. Más bien se trataba de una cortesía, puntualizó, como pedir al chef que escogiera el menú. Peekaboo había salido de la cocina y estaba paseándose por el salón, sonriendo a todo el mundo.

—Empezaremos con una botella de vino de la casa y dos bistecs, por favor —dijo Parlow.

—¿Cómo los quieren, señor? —preguntó el camarero.

—Negros por fuera y rosas por dentro —respondió Parlow—. Como el coño de Bessie Coleman.

Mike vio que la hospitalaria sonrisa de Peekaboo adquiría un barniz de falsedad mientras se retiraba de nuevo a la cocina. El rostro del camarero quedó petrificado. Parlow, borracho y distraído, siguió pidiendo. Mike asintió para mostrar su conformidad con los platos y después se disculpó.

Llamó a la puerta de la cocina y entró. Peekaboo estaba sentada a su mesa. Delante tenía abierto un libro de contabilidad y estaba apurando un vaso de whisky y sacudiendo la cabeza. Cuando vio a Mike se puso en pie.

—Señor, tendrá que disculparme —dijo—, pero el estado de las zonas de servicio no contribuirá al que espero es, sin duda, el tono de su velada.

—Señora, me llamo Mike Hodge —dijo él—. Mi amigo está borracho y ha hablado grosera e irrespetuosamente de las mujeres y también de una de su raza que es especialmente honorable. Le pido que acepte mis disculpas por su vulgar comentario y solo puedo ofrecerle esta excusa: se encuentra más ebrio

de lo habitual por tratarse del día del Armisticio. Si les dice a sus empleados que me indiquen cuánto se adeuda, pagaremos y saldremos de aquí.

—¿Qué interés tiene usted en Bessie Coleman?

—La vi pilotar. Fui aviador en la guerra. Sabía qué estaba viendo. Era increíble —dijo Mike, que se encogió de hombros, hizo una reverencia para disculparse y dio media vuelta.

—¿Cómo se llama? —preguntó Peekaboo, y Mike se lo dijo de nuevo —. Siéntese, por favor.

Mike cogió una silla y se sentó con ella junto al escritorio de tapa rodadera. Peekaboo alzó una mano y un hombre negro uniformado trajo un segundo vaso de la cómoda, donde había varias copas de cristal de Bohemia tallado y tres fotografías enmarcadas. La más grande era de Marcus Garvey. El marco era de gutapercha prensada y en la parte inferior llevaba impresas las palabras: «Arriba, raza poderosa, raza de reyes. Poneos en pie; podéis conseguir cuanto os propongáis».

La segunda era una imagen promocional de una chica blanca con un vestido sin mangas. En la tercera aparecía Bessie Coleman con su chaqueta de aviadora, una mano apoyada en el ala del avión y el autógrafo: «Para Elizabeth —Reina Bess, el Gorrión Negro».

Peekaboo se dio cuenta de que Mike estaba curioseando. Miró primero las fotografías y después a él.

—Tómese una puñetera copa —dijo.

8

Mike lucía la condecoración en la exhibición aérea y Annie le preguntó qué era.

—Te la daban los franceses —respondió.

Ella preguntó por qué.

—Por buena conducta.

Annie le preguntó si le había costado conseguirla y él contestó que no, que la buena conducta en Francia era distinta de su homóloga estadounidense. Le pidió que le hablara de su experiencia como piloto, pero sus historias eran demasiado técnicas o, si no inadecuadas para que ella las oyera, sí, a su juicio, para que él se las contara, así que la llevó a la exhibición en el aeródromo Checkerboard.

Aquel día hacía frío, y eso significaba que los motores ofrecerían mayor rendimiento, lo cual era bueno, pensó Mike, porque todos pilotarían un Jenny, universalmente tachados de montón de chatarra.

Pero después de la guerra eran baratos, y más aún para un veterano, y Mike sabía que en más de una base militar estadounidense habían desaparecido algunos por errores de contabilidad.

—Nunca me gustaron —comentó.

Annie se volvió hacia él. Su cutis irlandés siempre tenía un aspecto magnífico, y con el frío resplandecía aún más. La amaba.

—¿Nunca te gustó qué? —preguntó.

Mike empezó a hablar, pero frente a la grada pasó un avión en vuelo rasante con el acróbata apuntalado contra el viento en el ala superior.

Annie sonrió.

—No te oigo.

Mike levantó un dedo y sacó del bolsillo de la chaqueta una pequeña bolsa de papel que contenía algodón. Luego arrancó un trozo, lo partió en dos mitades, se las dio a Annie y le indicó que se las metiera en los oídos.

Cuando los acróbatas se alejaron, el animador anunció la atracción estrella: Bessie Coleman, el Gorrión Negro. Era la tercera estadounidense que obtenía la licencia de piloto, la primera de origen africano y la primera mujer de color que recibía un certificado de la Fédération Aéronautique Internationale, el organismo oficial y autorizado de la aviación francesa.

Tres cuartas partes de la grada estaban llenas y más de la mitad de sus ocupantes eran negros. Los blancos y los negros estaban mezclados. «Eso es bueno —pensó Mike—. Ahora los blancos asisten a espectáculos de otros y la cortesía por parte de ambos se antepone por un día a los prejuicios raciales. Ojalá pudiera escribir».

Al borde del aeródromo, Bessie Coleman inició un descenso en picado desde dos mil pies y con el viento de costado. Después alineó el aparato, tocó tierra con una rueda y mantuvo la cola levantada, oscilando a derecha e izquierda. Cuando pasó por delante de la grada, aumentó la potencia e hizo despegar de nuevo el Jenny.

—No, es muy poca altura para un *looping* —comentó Mike.

Más que oír a Mike, Annie lo percibió. Se lo quedó mirando y luego volvió la cabeza hacia el avión. Cuando este se encontraba en el punto más alto de la parábola, Mike intuyó la siguiente maniobra y asintió. No era un *looping*, sino un simple *immelman*. El medio *looping* vino seguido de medio giro. El avión, al desplazarse en posición invertida, emprendió un rumbo recíproco, tal como le habían enseñado en Fort Bliss.

La intuición de que estaba a punto de hacer una cosa y no la otra participaba, a juicio de Mike, de lo oculto. Por supuesto, era obvio que iba a efectuar un *looping*. Apenas tenía altitud suficiente para completar el giro, pero si el motor fallaba antes de llegar al punto más alto, podía abortar la maniobra. Sin embargo, aquella sensación lo transportó de nuevo a Francia y a la vida no analítica.

Allí, la capacidad para predecir el movimiento del enemigo significaba la vida o la muerte. Algunos aprendían a hacerlo y otros no. El segundo grupo moría bajo el fuego enemigo y el primero solía salvarse para acabar sucumbiendo a un fallo mecánico.

El Jenny hizo otra pasada y el animador habló por el megáfono.

—Eso se llama *immelman* —dijo Mike. Annie sonrió y se quitó el algodón de los oídos—. Eso se llama *immelman* —repitió—. Los llamábamos «Jenny Immelman».

Annie tenía intención de preguntar por qué, pero se volvió hacia el animador, que estaba indicando que «prestaran atención a la zona situada delante de la grada», donde un joven echó a correr sosteniendo en alto un cuadrado de tela amarilla.

—¡Observen a la señorita Bessie Coleman, el Gorrión Negro, recoger ese pañuelo con la punta del ala a doscientos cincuenta kilómetros por hora!

El joven comprobó la manga de viento y el cuadrado amarillo situado a diez metros de la grada. Después buscó unos guijarros en el suelo y afianzó el cuadrado con un peso.

«No es un pañuelo, precisamente», pensó Mike. Más bien una colcha. Desde luego, no volaría a doscientos cincuenta kilómetros por hora, cosa que el Jenny solo podía lograr descendiendo verticalmente a toda velocidad durante los cinco segundos previos a que se desprendieran las alas.

Mike sonrió ante el doblez del animador.

Bessie Coleman realizó una pasada a baja altura.

—¡Aquí viene! —gritó el animador.

El público se inclinó hacia el avión y Mike negó con la cabeza.

—Probando el viento —dijo.

—Cada vez más bajo —explicó el animador—. DOSCIENTOS CINCUENTA KILÓMETROS POR HORA. PIÉNSENLO. SÍ... SÍ...

Bessie Coleman sobrevoló la tela a apenas un metro de altura. El público no perdía detalle. La piloto inclinó el ala.

—¡PARA COGER EL PAÑUELO CON EL EXTREMO DEL ALA! —gritó el animador—. EL MÍNIMO ERROR DE CÁLCULO...

Mike miró la manga de viento.

«Con el viento en contra —pensó—. Eso es. Para ejecutar el truco tendrá que aminorar sin reducir demasiado la potencia».

La multitud expresó su decepción cuando Bessie sobrevoló la tela, niveló las alas e inició el ascenso.

—EL MANEJO DEL AVIÓN A ESAS VELOCIDADES Y TAN CERCA DEL SUELO REQUIERE UNAS HABILIDADES QUE POCOS AVIADORES POSEEN. LA MÁS LEVE CORRIENTE PODRÍA PROVOCAR UN DESASTRE. PODRÍA PROVOCAR UN DESASTRE, DIOS NO LO QUIERA, ANTE NUESTROS OJOS. AQUÍ VIENE.

«Claro, vosotros estáis encantados —pensó Mike del público—. Puede

que veáis a alguien convertirse en humo. Pero es improbable, ya que si el truco falla puede dar media vuelta. Si el motor no funciona, puede aterrizar con el viento en contra. Pero, si roza con el ala, veremos una bonita pirueta lateral».

El público guardó silencio cuando el avión se aproximó para efectuar la siguiente pasada.

«Vale —pensó Mike—, está buscando un poco de viento lateral para mantener baja el ala inferior».

Después miró de soslayo la manga de viento, que para él era la Ceefe.

Bessie se aproximó a un metro y medio del suelo. A cincuenta metros de distancia bajó el ala y el avión descendió lento y nivelado. «Puede romper la riostra y el avión seguirá volando —pensó Mike—. Ahí está el truco. No puede cogerlo con el extremo del ala, porque tendría que aproximarse con una inclinación de ochenta grados. Lo atraparé con la riostra».

Y así fue.

La riostra, medio aro de madera situado debajo del ala, engarzó el cuadrado amarillo, que ahora ondeaba detrás del avión. Bessie agitó las alas y el público lanzó vítores.

El animador estaba explicándoles la derrota de la muerte que acababan de presenciar, pero ellos no oían nada y seguían ovacionando. Los negros que había entre el público se daban palmadas en la espalda. Los negros y los blancos se olvidaron tanto de sí mismos que intercambiaban miradas de asombro y sacudían la cabeza. Muchos se estrecharon la mano.

Annie, contemplando aún el avión, apoyó su pequeña mano en la de Mike. A él le pareció un gesto de lo más íntimo y le conmovió su confianza. «Sí, soy tonto», concluyó.

«Una racha de viento podría hacer que ese Jenny se estrellara contra las gradas —pensó—, pero esa chica sabe pilotar». Y recordó que la maniobra se llamaba así por Max Immelmann, el aviador alemán que presuntamente la había inventado y que la había personalizado en honor a su esposa, cuyo nombre tal vez fuera Jenny, y a la que supuestamente le gustaba ponerse arriba de vez en cuando.

Pensó en Jenny Immelmann y en un «culo partido», que se refiere a un giro a gran velocidad. Más tarde se suavizó el término; se convirtió en un «C partido», y quien no hubiera estado en el frente no sabría nunca por qué. Y la Ceefe, pensó, olvidada en la niebla de la guerra. La Ceefe, por la manga de viento.

¿Quién quedaba para contar la historia? «C. F.», por «carta francesa», que significa condón, al cual la manga de viento se asemejaba mucho, y los varios conatos de chiste, ninguno bueno, sobre la capucha francesa.

«Bueno, no teníamos necesidad de bromear con el sexo —pensó—. Lo había a raudales. Pero nada como la chica irlandesa». Porque lo que tenía con la chica irlandesa era, como habría dicho el sargento MacAleister, «amor absoluto».

El sargento había sido su primer instructor en la academia militar. Mike se lo había citado en varias ocasiones a los novatos que creía que podían beneficiarse de la instrucción y no tachar la cita de sentenciosa.

—Para empezar, llamad a las cosas por su nombre —fue el consejo inicial del sargento cuando les había enseñado el avión un día gélido en Fort Bliss—. Esto es un JN-4 de Glenn Curtiss Company, que en este caso fue fabricado, como demuestra claramente esta placa, según contrato de Furness Corporation en Oneonta, Nueva York.

El sargento bordeó el avión y la compañía bordeó al sargento.

—Utilizad siempre el mismo nombre para una cosa —decía—. Por otro lado, si queréis largaros de aquí antes de lo previsto, mencionad a vuestro instructor de vuelo «eso de ahí» o, si os pregunta cómo se llama, responded cualquier cosa de este mundo excepto su nombre. Aprenderéis su nombre tanto en estas pequeñas conversaciones como en el manual del operador militar, Curtiss JN-4, al que nunca llamaréis Jenny, y os aconsejo que no cometáis el error de considerarlo un Jenny, porque ese no es su nombre.

Había señalado el medio aro situado debajo y cerca del extremo del ala inferior.

—¿Qué pensáis que es esto?

Varios alzaron la mano.

—Panda de inútiles, sordos e hijos de puta. ¿No acabo de informaros de que no supongáis nunca nada? Os preguntaré: «Pero, sargento, ¿y si conozco la respuesta?». Aspirantes, eso no es lo que yo había preguntado. No supongáis nunca nada u os mandaremos a casa con mamá. Bienvenidos al ejército.

El componente que señaló el sargento, tal como descubrieron Mike y el grueso de los candidatos, era la «riostra». Su función era impedir un capoteo. El capoteo era «la rotación incontrolada y no deseada del avión en tierra en un plano horizontal y pivotando sobre su centro de gravedad». En el JN-4, el centro de gravedad dependía de la carga, entre ciento setenta y dos y

doscientos diez centímetros a popa de la hélice.

Mike había visto a acróbatas, colgados de la riostra por las rodillas o una mano, que resbalaban y caían mientras el público gritaba. La caída era frenada por un paracaídas hábilmente oculto, lo cual brindaba a los observadores el placer de una muerte violenta y la tranquilidad de que todo era pura diversión.

Ahora, Bessie Coleman demostró un tonel rápido en ocho puntos y detuvo el avión exactamente en cada ángulo de cuarenta y cinco grados.

«Mucho mejor de lo que lo que podría hacerlo yo jamás —pensó Mike—. Mucho mejor».

La tela amarilla añadió belleza a la imagen cuando el avión voló invertido y ejecutó medio *looping* antes de aterrizar.

«¿Cómo ha atrapado el pañuelo con la riostra? —se preguntó Mike—. ¿Cómo lo haría yo?». Llegó a la conclusión de que envolvería la riostra con una lona y le ataría anzuelos. «Es tan obvio y contundente que probablemente sea cierto», pensó.

—Sí —le dijo a Peekaboo—, llama siempre a las cosas por su nombre.

—Eso es cierto —respondió ella—. Eso decía la Biblia.

—¿De verdad? —preguntó Mike.

—No lo sé, eso me han dicho.

—¿Quién?

—Algún pastor. No puedo decir que haya visto a muchos sacerdotes desde que vine aquí. Hacen un juramento de pobreza. O a lo mejor lo oí en la iglesia. Quiero preguntarte una cosa.

—Adelante.

—¿Por qué estalló esa guerra?

—Mataron al archiduque Fernando —dijo Mike—. ¿Qué habrías hecho tú?

Hacia rato que Parlow se había quedado dormido en el piso de arriba y su chica bajó a fumar a la cocina del prostíbulo.

Marcus, el hombre de uniforme, vigilaba al joven que estaba abrigando zapatos en la despensa. Peekaboo y Mike se sentaron a la mesa de la cocina a beber.

—El Club Everleigh —dijo ella—. «Chicas de todas las naciones».

—¿Lo del hijo de Marshall Field era cierto? —preguntó Mike.

—¿El hijo de Marshall Field? Hasta donde yo sé, es cierto. Le dispararon en el Club Everleigh y lo llevaron a casa. Pero, en aquellos tiempos, el Levee era el Levee... —dijo, y Mike asintió para que mantuviera el ritmo—. Lo que no había ocurrido aún probablemente ocurriría antes de que te dieras la vuelta. Eran buenos tiempos.

—¿Tú estabas allí? —dijo Mike.

—Cariño, si hubiera estado allí, joven y bella como era, me habrían follado hasta matarme y un indigente atractivo y deshonesto me habría robado las joyas y me habría dejado por alguien que le gustara más en ese momento; habría llorado hasta quedarme tonta y habría pasado de una mano a otra hasta acabar prestando servicios a cambio de papel de fumar. Y doy gracias al Señor por haberme librado de ese destino tan habitual. Cuéntame más sobre esa guerra tuya.

—Lo malo de esa guerra —dijo Mike— era que, si no te mataban, cuando empezabas a mejorar la cancelaban. No puedes vivir de eso.

—Declararon un empate, ¿verdad?

—No, no declararon eso, pero es lo que fue.

—Te contaré otra cosa —dijo Peekaboo—. Ya que mencionas el Everleigh... —prosiguió. Mike asintió—. La mayoría de las «chicas de todas las naciones» eran de color. Algunas eran amarillas; otra era hawaiana, o tenía los ojos un poco rasgados; había también una cosaca o algo así. Indonesias, ¿entiendes? O samoanas. O tenían rasgos blancos. Le ponían un chal y podía ser hindú. Cualquiera podía pasar la criba.

Peekaboo inclinó la cabeza para finalizar su pensamiento.

—Muchas podían pasarla —dijo Mike.

—Todavía lo hacen —terció Marcus.

—Marcus —dijo Peekaboo—, ¿nos traes café?

Marcus abandonó su posición en el umbral de la despensa y se dirigió al fogón.

—¿Dora...? —dijo a la chica de Parlow.

—Sí, por favor —contestó ella.

Marcus empezó a preparar el café.

—Yo no habría pasado la criba, por supuesto —observó Peekaboo—, pero, forzando la máquina, podría haber sido hindú. Además, todos esos millonarios inteligentes que hay en el país: «Chicas de todas las naciones». ¿De dónde iban a sacar todas esas razas diferentes en el Everleigh? Las

blancas también sabían imitar acentos. Muchas de ellas pasarían por una condesa bielorrusa. Si un tío quiere que le chupen la polla, ya están engañándolo.

—¿Por qué? —preguntó Mike.

—¿Por qué? ¿Qué diferencia hay? Él elige a una chavala y la invita a una bebida fría; o una chica similar, disfrazada, cincuenta o cien dólares por el mismo servicio. El hombre no pagará por sexo; lo creas o no, está pagando por una ilusión. ¿Quieres subir?

Mike se encogió de hombros.

—No, claro. Tú has venido aquí —dijo ella.

—Estoy enamorado —respondió Mike.

—Sí, ya me lo has contado. Dora, ¿quién ha descansado? —dijo Peekaboo—. ¿Qué te apetece esta noche? —preguntó a Mike—. Joder, ya sé qué te apetece: menuda, delgada y con las piernas largas.

—¿Cómo sabes lo que me gusta?

—Cariño, me gano la vida con esto.

9

Halsted era la calle más larga de la ciudad. Iba desde el enclave mafioso de Chicago Heights, cincuenta y tres kilómetros al norte, hasta el fin del recorrido en las cocheras de los tranvías, dos manzanas al oeste del lago. Lita Grey había nacido en el sudeste de Chicago y ahora vivía en el lago.

Allí, los nuevos palacios comprados con el dinero de la Bolsa albergaban a quienes habían hecho fortuna allí y a sus dependientes, entre ellos Lita.

Su apartamento esquinero de la novena planta tenía amplias vistas al este y al norte del lago Michigan y disfrutaba sentándose en el alféizar de la ventana a contemplar el agua con una copa en la mano. Le gustaban especialmente las tormentas.

La de febrero azotaba el cristal constantemente, sin un ritmo discernible, y el viento aullaba.

Lita tenía las largas piernas recogidas debajo del cuerpo. Estaban envueltas en un chal de cachemir, que le subía hasta los hombros. Era dorado y lo había elegido, como toda su ropa, para que destacaran sus ojos violetas, su cabello leonado y el cálido marfil de su piel, esa combinación a la que en sus notas de prensa solía calificarse de «exótica».

Junto a ella, sobre el taburete, había una pequeña pitillera de plata con un encendedor a juego. Lita bebió un largo sorbo de whisky con soda y lo dejó al lado. El viento golpeó las ventanas.

«Una cosa es cierta —pensó—. El viento no está “enfadado” ni nada parecido. No “quiere derribarnos” ni “destruir el trabajo del hombre”. Tampoco es que le dé igual. No estamos aquí por él, así que no deberíamos

tomárnoslo como algo personal».

El abogado de Jackie Weiss se sentó con el sombrero en la mano en el sofá situado detrás de ella. Lita vio temblar su reflejo cuando el viento azotó la ventana.

—Señorita Grey —dijo él—, espero que sean lo bastante fuertes para resistir la tormenta.

«Y yo espero que usted —pensó Lita— recupere algún día la capacidad para hablar su lengua nativa cuando viene aquí a extorsionarme, cosa que, cabe pensar, sería la feliz excusa para ese servilismo que usted denomina profesión».

—¿Señorita Grey...? —insistió.

«Ruth podría haberse llevado el sombrero cuando le cogió el abrigo —pensó—, pero, por supuesto, está indicando la brevedad de su recado: viene aquí, me da un sobre y una o dos semanas para que me largue. ¿El contrato con el Chez? No es asunto suyo. Más bien es cosa de esa vaca protuberante a la que Jackie tenía que montar una vez al mes. O, más probablemente, es cosa del North Side».

—¿Señorita Grey? —dijo el abogado—. Muy cortésmente, creo, la señora Weiss...

En el reflejo, Lita vio cómo sacaba el sobre del bolsillo de la americana.

Ruth Watkins, una chica de color, era la sirvienta y vieja consejera de Lita. Ambas habían decidido en asamblea que, a fin de que su maniobra surtiera efecto, no solo debían llevarla a cabo antes de un somero escrutinio del sobre, sino antes de que se anunciara plenamente su mensaje.

—Cuando lo hacen —dijo Ruth—, acabas discutiendo por una cifra, y solo hay una cosa peor que eso: que ellos propongan la suya primero. Debes interrumpir sus pensamientos repentinamente.

—¿Sí? —dijo Lita.

—Esos judíos sentados alrededor de una mesa piensan: «Tiene que aceptar diez de los grandes» —respondió Ruth—. «Estoy convencido de que aceptará cinco. Cuidado, puede que esa zorra espere... No sé qué cree que puede esperar. ¡Hay que hacer algo!...». Plantean la idea...

—Ajá...

—«Lo que nos interesa no es la cifra», esa es su estrategia. «Grande o pequeña, ¿qué más da?».

—Explícame otra vez por qué —dijo Lita.

—Porque, porque... —contestó Ruth—. Puedes estar segura de que es menos que esto —dijo mientras movía el brazo para abarcar toda la extensión del apartamento—. De lo contrario, enviarían una nota: «Por favor, quédeselo todo hasta el fin de los tiempos». Piénsalo: ¿qué puedes ofrecerle a esta vieja arpía? No puede follar contigo, no puede venderte, no puede comerte, no tienes nada para ella salvo ser un fastidio. ¿Lo habías pensado? Tenía que llegar el día en que Jackie mandara a alguien con el sobre.

—Cierto —dijo Lita.

—... «Cariño, gracias por los últimos veinticinco años, pero eres vieja, tienes el coño dado de sí y yo necesito a una chica joven. Lo entiendes, ¿verdad?».

—Eso es —dijo Lita.

—Pero, llegado ese día, cuentas con una ventaja táctica. Ese día puedes llorar y patalear...

—Yo le gustaba.

—También cabía la posibilidad de que muriera la anciana, lo agarraras del pescuezo y lo llevaras al altar. Todo es cuestión de tiempo —dijo Ruth—. ¿Qué pasó? ¿Orgullo de juventud? ¿«Si no hay anillo no hay coño?»». Estoy segura de que se habría marchado. En caso contrario, se habría cansado de ti o su polla habría tirado la toalla —respiró hondo—. Mira, ¿la gente es diferente? En mi opinión, si vas a llevarte una paliza, es mejor caer peleando. Alguien podría conocer debilidades tuyas que tú desconoces.

—«No es por el sobre» —dijo Lita.

—Para ellos, el movimiento correcto es enviar al sheriff —observó Ruth—. ¿Y si te reduce? Intercambias una mamada por el derecho a coger tu neceser.

—El abrigo de visón —dijo Lita.

—Cariño, te contaré una cosa: ese abrigo de visón probablemente acabará en manos de la mujer del sheriff. La señora de Jackie no va a mandar a sus abogados aquí. ¿Y si existe un inventario y ha desaparecido? Tú o yo iremos a la cárcel. —Ruth miró a Lita—. De acuerdo —añadió—. Por otro lado, si llaman para concertar una cita y mandan a su embustero, es un signo de debilidad.

—... Un signo de debilidad...

—Sí, así es. Porque trae el sobre.

—¿Y no podemos cogerlo y ya está?

—No podemos irnos de aquí y tampoco podemos quedarnos. No, no podemos... El sobre es como si un tío te trajera flores. Si las aceptas, ¿qué te ves obligada a hacer?

—Follártelo —respondió Lita.

Ruth sonrió.

—Desglosar la oferta —dijo—. Si el tío va al parque, coge unas rosas y te las regala, ¿te acuestas con él?

—No —contestó Lita.

—Supongamos que las flores cuestan cinco dólares. El tío te dice: «No he tenido tiempo de comprarlas. Aquí tienes un billete de cinco dólares». ¿Te parece mejor trato?

—No.

—Pues es lo que están haciendo con el sobre —dijo Ruth—. Traen flores para poder follarte contigo. No. Tienes que administrar la situación.

Lita admiró su reflejo en la ventana. Se alisó el pelo y se acercó el pequeño broche de diamantes al cuello. Tenía forma de violín y fingió acariciarlo para indicar su valor sentimental. Después se sacó un pañuelo de la manga y se lo pasó por el ojo. Entonces se volvió hacia el abogado, que estaba sentado en el sofá, y miró su tarjeta de visita.

—¿Señor...?

—Bennish —dijo él.

—Señor Bennish, tengo en propiedad...

—¿Regalos? Los regalos que haya podido hacerle el señor Weiss son, por supuesto...

—Cartas...

—... no tenemos objeción alguna en permitir que conserve en propiedad todo aquello que...

—Cartas y documentos —precisó Lita— que me transfieren la propiedad de este apartamento...

—Señorita Grey —dijo Bennish.

—La propiedad...

—¿Insinúa que ha presentado las escrituras ante un notario?

—... de varias cuentas de acciones y bonos.

Ruth, remilgada con su uniforme y cofia de sirvienta, estaba en un rincón con las manos entrelazadas y asintió levemente para animar a Lita.

—Y una cesión —dijo esta.

—Vuelvo a preguntarle —insistió Bennish.

—... una cesión en la que me promete que después de su muerte percibiré una notable suma de dinero... —Bennish empezó a sacudir la cabeza—. Además de la mitad de su participación en el Chez Montmartre.

—No la creo —dijo Bennish.

—Puedo mostrarle los documentos si así lo desea —repuso Lita.

—¿Y por qué no iba a desearlo? —preguntó Bennish.

—Porque, lamentablemente, van acompañados... —dijo. Titubeó una fracción de segundo antes de proseguir— de las cartas que me envió el señor Weiss...

—Por favor —dijo Bennish—. Si cree que...

—Y...

—Cállese —le espetó Bennish.

—No me mande callar —dijo Lita—. Y de las que Morris Teitelbaum envió al señor Weiss. Y de una carta que él envió al señor Teitelbaum.

Bennish se aclaró la garganta y cambió de postura.

—¿En relación con...?

—Bueno —dijo Lita.

—¿De qué tratan esas cartas?

—De acuerdo... Hablan de unos barcos.

—¿De unos barcos? ¿Y de qué más...?

—Y del señor O'Banion —dijo Lita.

—¿En qué la beneficia hacer públicas esas cartas? —preguntó el abogado.

Lita levantó la tapa de la pitillera. Ruth cogió el pequeño encendedor de mesa y le prendió el cigarrillo. Después hizo un conato de reverencia, Lita asintió con desdén y Ruth abandonó el salón.

El hombre se había ido.

—Bueno —comentó Ruth—, no se puede volver a meter la pasta de dientes en el tubo.

—Los polvos dentífricos sí —dijo Lita.

—Los polvos dentífricos sí —coincidió Ruth—. Y los polvos te dejan un buen lustre plateado. Hablando del tema: ahora que la pelota está en su tejado pueden contraatacar con una lista de «como nos toques los huevos

saldrás de aquí con lo puesto». Dudo que lo hagan, pero podrían.

—Eso si no se creen que tengo la carta —dijo Lita.

—En caso contrario... —respondió Ruth.

—¿Y si nos delatan? —preguntó Lita.

—¿Delatarnos?

—A O'Banion.

—Bueno, cariño, tenías que improvisar —dijo Ruth.

—¿Improvisar qué? —preguntó Lita.

—Improvisar sobre O'Banion —respondió Ruth.

—No, la carta existe —dijo Lita.

Ruth se incorporó.

—¿Existe una carta?

—Eso es.

—¿De...? —dijo Ruth.

—De Teitelbaum a Jackie.

—¿Y qué pone? —preguntó Ruth.

—No lo sé. La leyó Jackie —dijo Lita—. Habla del señor O'Banion y de unos barcos.

—¿Cómo sabes que es importante?

—Porque la guardaba en la caja fuerte. No soy tonta —dijo Ruth meneando la cabeza—. Pero ¿qué? Dicen que el conocimiento es poder.

—El poder es poder —zanjó Ruth—. Quienes dicen otra cosa no entienden el poder. Ni el conocimiento. El conocimiento es lo que te mata —negó con la cabeza—. De acuerdo —añadió—. Vamos a buscarla.

—No puedo hacerlo —contestó Lita—. Ya te he dicho que está en la caja fuerte.

—Ajá —dijo Ruth Watkins—. Ajá... Vale...

10

Parlow estaba limpiando la pipa. La cánula estaba agrietada y costaba volver a encajarla en la cazoleta, pero la había llevado consigo en Francia y le tenía devoción.

La portada provisional estaba clavada a la pared de la sección local. La tinta brillaba aún y Mike la contempló distraídamente. Decía: «Tiroteos en territorio mafioso».

—... «la muerte de Morris Teitelbaum —leyó—, copropietario del Chez Montmartre, tres semanas después el asesinato de su socio, Jacob Weiss».

—Vámonos —dijo Parlow.

—Estoy pensando —repuso Mike.

—A ti te pagan por trabajar, y pensar no está funcionando. Lo dijo el coronel McCormick.

—El coronel McCormick heredó dinero —dijo Mike.

—Así es —repuso Parlow—. A raudales. De los pobres labriegos que cavan la tierra, a los que su papá vendió las máquinas para sembrar trigo en las llanuras vírgenes.

—Cállate.

—Mejor para cocer pan —dijo Parlow—. Por eso nos parece que esas reflexiones, si progresan, pueden plantear otro misterio. —Encendió la pipa—. ¿Qué harían los cabezas cuadradas y Yon Yonson allí? ¿El viejo McCormick no tenía talento para fabricar las máquinas que aran el suelo o lo que sea que hagan, para conseguir el trigo para hacer pan, para vivir en la casa que construyó Jack?

—¿No tienes trabajo que hacer? —preguntó Mike.

—... ¿Para untar en la superficie la mantequilla que hacen con esas vacas blancas y negras que uno ve en los viajes en coche por el norte?

—Dame una puta copa —dijo Mike.

Parlow se inclinó hacia delante en la silla giratoria. Luego sacó una larga cadena del bolsillo, buscó la llave correcta, que colgaba del extremo, y abrió con ella el cajón inferior de su lado de la mesa.

Con la botella de whisky de centeno en la mano, se volvió hacia el otro lado de la sala:

—Chaval, dos putos vasos de cartón.

Dejó la botella encima de la mesa. Luego sacudió la cerilla de madera, encendió de nuevo la pipa y tiró la cerilla en los cinco centímetros de proyectil francés que hacían las veces de cenicero.

—Guerra, guerra, guerra —dijo—. Guerra en el aire, guerra en tierra firme. Amor en las trincheras y barro en París.

—Cállate —le espetó Mike.

—¡*Mademoiselles* enfadadas por los héroes que habían elegido para que se aferraran a sus pechos diminutos y sifilíticos, y el Conejito Lester sabía con certeza que esta vez era primavera!

—Cállate.

—París —dijo Parlow— en primavera. Me daba alergia al polen.

—Suerte tuviste de que solo te diera eso —respondió Mike.

—No solo me daba alergia —dijo Parlow—. Me ayudó a entender la cultura y el arte y su inefable poder, no para «tranquilizar», no, ni para «apacuar», sino para revelar la esencia del espíritu del hombre.

—¿Cuánto tiempo pasaste allí?

—Cuarenta y ocho horas —dijo Parlow—. Pero vi todos los museos.

Mike sacó las hojas de papel de la máquina de escribir y el becario dejó dos vasos de cartón encima de la mesa.

—Gracias —dijo Parlow.

Mike tiró las hojas a la papelera de rejilla metálica.

—Así no se hacen las cosas —dijo Parlow, y Mike asintió—. El coronel McCormick dice que malgastar papel es otro impuesto a la industria maderera.

—Yo más bien diría que la industria maderera estará satisfecha con el consiguiente aumento de la demanda —observó Mike.

—Lo dirías si fueses un bolchevique o un rojo peligroso al que solo le interesa la disolución del tejido social —dijo Parlow.

—¿No tienes trabajo que hacer ni sitio donde ir? —preguntó Mike.

—«“Contarlo todo es contarlo todo”, dijo Catherine, su talante formal desmentido por su falta de interés en el progreso descendente del último tirante del vestido de noche sobre ese hombro al que ni siquiera los años de tenis e hípica pudieron arrebatarse su esbelta forma aristocrática».

—Todas esas amazonas del North Side, te juro que se volvieron locas al hacer saltar a Carlomagno el último obstáculo de agua.

—Es posible —dijo Mike.

—Es posible. ¿Quiénes somos nosotros para decirlo? —dijo Parlow, que movió la silla hacia un lateral de la mesa, se agachó y cogió las hojas de la papelera—. «Fuentes fiables y anónimas del mundo de nuestro North Side —leyó— han mencionado una posible resolución de sus intereses con los del territorio que ha dejado vacío la desaparición a balazos de Jacob Weiss, artista y padre, seguida ahora por la de su compañero Morris Teitelbaum». ¿Quiénes son esas fuentes fiables?

—Yo mismo —respondió Mike.

—¿Y qué resolución propusieron?

—¿Y yo qué coño sé? —dijo Mike—. Estoy echando cebo a los peces.

—¿Para pescar qué?

—No lo sé —dijo Mike—. ¿Algún comentario de la mafia?

—Dicen que no lo hicieron ellos —contestó Parlow.

—¿Quiénes?

—El South Side —dijo Parlow.

—¿Hacer qué? —preguntó Mike.

—Cargarse a Jackie Weiss.

—Entonces ¿quién lo hizo? —dijo Mike.

—No está claro —respondió Parlow—, pero les encantó tu ocurrencia de que había muerto por un corazón roto. Tendrías que haber estado allí. Pagaron ellos la cena.

Mike consultó su reloj.

—Tengo que irme —anunció.

Crouch era el director de la sección local y, como la mayoría de los hombres dedicados a una causa, se tomaba en serio las señales y los atavíos de su devoción. En su caso eran un vetusto traje lleno de arrugas, una visera verde que llevaba puesta en el trabajo, un perenne cigarrillo Fatima que sujetaba

entre los labios al tiempo que entornaba los ojos para protegerse del humo, dedos y dientes teñidos de nicotina y una camisa sucia con los puños raídos y manchados de tinta. Era menudo, normalmente iba sin afeitarse y aparentaba hasta el último día de sus cincuenta y ocho años desde que se había sentado a su mesa en 1913.

Le encantaba opinar que no era importante saber «escribir». Siempre pronunciaba la palabra como si estuviera entrecomillada.

—Los correctores ya escriben suficientemente mal —decía—. Dejadle los adjetivos a la señorita Fisk, y a la página de deportes. Lo que yo busco en un reportero es que observe, que me cuente los hechos y, si está completamente seguro, que los relacione.

Y, desde el funeral de Jackie Weiss, a Mike le inquietaba el comentario de Parlow sobre los abrigo.

En el sepelio, él, Parlow y Poochy se habían quedado detrás de las sillas con los enterradores mientras el rabino concluía las exequias. Ahora, el mismo rabino estaba enterrando a Teitelbaum.

—La condición *sine qua non* de un viaje es el desequilibrio —dijo Parlow.

—Siempre me lo ha parecido —respondió Mike.

—Con esta sola excepción —añadió Parlow, que ladeó la cabeza hacia la tumba, donde estaban metiendo el ataúd.

—Qué mala época para cavar ese suelo tan duro —comentó Poochy.

—Qué va —dijo Mike—, en Francia lo hacíamos. El truco es encender una hoguera encima, derretir los primeros treinta centímetros y el resto sale solo.

—¿En serio? —preguntó Poochy.

—Hombre, piénsalo —dijo Mike, que observó la berlina que se había detenido en el camino, fuera de la órbita del servicio funerario.

Del coche bajaron dos hombres con abrigo que se dirigieron a un monumento situado a unos treinta metros de distancia, sin apartar la vista del reducido grupo que rodeaba la tumba.

Un empleado del cementerio tendió una paleta a la compungida esposa de Teitelbaum, que le dedicó una mirada inexpresiva. El hombre señaló con la cabeza el montón de tierra, y ella recogió un poco y la lanzó a la tumba. Después se irguió con la herramienta en las manos. Al cabo de un momento, el hombre cogió de nuevo la paleta.

Los dolientes exhalaban vapor y, ahora uno, ahora otro, empezaron a

moverse para intentar entrar en calor.

—... Caen como moscas —dijo Poochy.

Parlow dio un empujoncito a Mike, que seguía mirando de soslayo a los dos impuntuales.

El rabino acababa de afirmar que la muerte no era el final de todo. Mike pensó que ese no era el caso de Teitelbaum, cuyos problemas, como solía decirse, habían terminado, mientras que los de los espectadores, compañeros y familiares que rodeaban la tumba se veían exacerbados por su desaparición y la de su socio.

Aquellas personas, pensó Mike, normalmente encajaban en una de estas dos categorías: «¿Y ahora cómo saldré adelante?» y «¿Quién se quedará con eso?».

Los representantes del cementerio y sus negocios se apartaron de la tumba, pero The Beautiful, representada por el señor Walsh, no se movió en señal de respeto. Su hija había obtenido permiso para quedarse en la furgoneta de reparto roja, con el motor en marcha, tratando de combatir el frío en el cuerpo.

Mike recordaba a los dos matones del funeral de Weiss. Al verlos otra vez se le ocurrió que aquel frío cruel tenía el poder de aplacar la lujuria, pero no la curiosidad.

«Eso sí que es una sorpresa», pensó.

El frío no había aplacado la lujuria en el piso de dos habitaciones con vistas al tren elevado. Con aquella temperatura, el apartamento apestaba a hornillo de gas, ya que la puerta estaba abierta y tenía ambas placas encendidas para remediar en parte la parsimonia que mostraba el casero con el carbón.

Pero la minúscula alcoba daba a la cocina y el hornillo proyectaba calor suficiente para hacerles creer en la mejora. Él tenía dos colchas en la cama, además de la pesada manta del ejército, y ella lo deseaba, y bien sabía Dios que él la deseaba a ella.

Incluso hoy, en el cementerio, estaba tremendamente guapa con el abrigo grueso, que restaba forma a su cuerpo perfecto, y la gorra de su padre calada hasta las orejas. El aliento se le congelaba en la cabina.

Pero ahora él ya sabía lo que se ocultaba bajo el envoltorio, y volvería a saberlo, pues ahora era una posesión que, aun maravillándolo, ya no inspiraba curiosidad como sí hacían los dos matones de fuera de la ciudad.

—No me gustan esos abrigos —comentó Parlow.

La pequeña comitiva empezó a disolverse. Parlow y Mike retrocedieron por respeto a los cinco dolientes que se dirigían a los coches: su hierática cadencia batallaba con su necesidad desesperada de calor.

—No me gustan esos abrigos.

Mike se volvió hacia el fotógrafo.

—¿Puedes hacerles una? —le preguntó.

Poochy levantó la cámara y la movió ligeramente para abarcar el progreso del grupo de dolientes. Fingió satisfacción por la foto que en realidad no había hecho y, después, mirando todavía al grupo, desplazó la cámara a un lado y enfocó a los dos hombres.

Estos se alejaron de la tumba e iban camino de su coche cuando Poochy hizo la fotografía.

Uno de ellos se volvió al oír el obturador, pero solo vio la espalda de Poochy y la cámara colgando a un lado de su cuerpo.

Se encontraban en el cuarto oscuro del periódico, que, por derecho de posesión adversa, se reconocía desde hacía mucho tiempo como el cuarto oscuro de Poochy. Parlow y Mike observaron bajo la luz roja mientras Poochy introducía el papel fotográfico blanco en el revelador y lo movía con cariño adelante y atrás con unas pinzas de madera.

—¿Sabéis qué? —dijo Parlow—. Incluso vestidos de esquimal, con esa nariz chata...

La imagen empezó a cobrar forma y Poochy cogió la copia con las pinzas de madera y la colgó de la cuerda de tender que cruzaba el cubículo.

Después se inclinó hacia atrás para pulsar el interruptor de pared, y la luz roja de la sala se vio reemplazada por una luz blanca. En la copia aparecían dos hombres junto a la tumba, a lo lejos, desenfocados, tan solo dos formas, pero, por la postura de uno de ellos, se apreciaba que el sonido del obturador lo había enojado.

—Sí, el tío es cazador —dijo Mike—. Ha oído la cámara, clic, clic, durante todo el oficio. Ahora que ha terminado oye el obturador y no le cuadra. Se da la vuelta. Háblame de los abrigos.

—No me gustan —dijo Parlow.

Utilizó el extremo de las pinzas para señalar.

—El dobladillo es demasiado largo. Los hombros son demasiado

cuadrados y las puntas del cuello demasiado redondas. ¿Qué es eso? Redondeadas en lugar de cuadradas. Y, en general, son lo que se conoce como «forasteros». Los abrigos son forasteros. Las expresiones de esos hombres son forasteras. Debería haber fotografiado los zapatos, porque los zapatos son lo que los delata. Pero, en resumen, lo que tenemos aquí son dos caballeros fornidos, seguros de sí mismos y de origen extranjero. Del funeral pero no en el funeral.

—De acuerdo, no son espaguetis —dijo Mike.

—No —añadió Parlow—, no tienen esa coloración.

—Entonces ¿quiénes son esos que visitan nuestras costas y asisten a los funerales? ¿Qué buscan?

—Mira donde miren ellos.

—Sí, vale, pero ¿qué buscan?

—Mike —dijo Poochy—, a lo mejor te buscan a ti.

Había preguntado a Annie por los hombres, prudentemente, cuidándose de asustarla, pues sabía que ella tomaría nota de su pregunta. Como no había manera de preguntar aparentando indiferencia, pergeñó una mentira.

—Hacía frío allí —dijo, y Annie sonrió—. Tú estabas en la furgoneta de reparto. La ventanilla se empañó tanto que con ese frío parecías una ardilla, arrebujada en el abrigo.

Le preguntó si había visto la ceremonia y ella respondió que a ratos, que había poco que ver. Y él dijo que había visto a dos hombres detrás de los dolientes, y le preguntó si ella también los había visto y si sabía quiénes podían ser.

Ella lo miró fijamente y le preguntó si le preocupaban aquellos hombres.

—No —repuso él—. Oí que había un par de matones de Detroit que venían a presentar los respetos de la Banda Púrpura.

«Y si sabe que eso es mentira —pensó Mike—, significa que me quiere mucho». Y vio que Annie sabía que era mentira y lo aceptó, pues suponía que Mike lo había dicho para protegerla.

«Y tal vez sea cierto», pensó Mike, y se odió a sí mismo, porque sabía que Annie no corría peligro y que él estaba buscando información con la que protegerse.

Fue al Ace of Spades.

—¿Por qué entras aquí haciéndome preguntas? —dijo Peekaboo—.

¿Porque los negros lo saben todo?

—Puedes estar segura de ello —respondió Mike.

—Bueno, pues es verdad —reconoció Peekaboo—. Y ya sabes por qué.

—Porque tienes que estar atenta —dijo Mike.

—Y si he estado atenta a una cosa, es a ti. Tienes que conocer los límites de tu dispensa especial. Escribes sobre esto o aquello, el South Side, el North Side, el ayuntamiento. Siempre tienes la mirada puesta en esa delgada línea.

—Así es —dijo Mike.

—«Esa delgada línea» no desaparece solo porque te dejes guiar por la polla. La línea sigue ahí, pero estás demasiado trastornado para darte cuenta.

»¿Esos blancos? ¿Esa chica? ¿Esos irlandeses? Ellos no tienen una delgada línea. ¿Y sus mujeres? Llegan vírgenes al lecho matrimonial. Esa es su norma y te arrancarán el corazón. Y tú piensas: “¿Tan grave es?”. Lo comprobarás cuando hayan terminado, y ya conoces la triste respuesta.

En la cocina del prostíbulo hacía calor, como de costumbre. La ventana que daba al callejón estaba agrietada. Peekaboo y Mike estaban sentados junto a ella, bebiendo el buen whisky que ella no había conseguido a través de su contrabandista habitual, sino como regalo de un cliente. Mike acudió a ella, como siempre hacía, igual que al oráculo desinteresado sin cuya ayuda existe poca orientación para nadie en este mundo. Había acudido a ella porque sabía interpretar la presencia de dos hombres con abrigos forasteros.

—Bueno, Liz —empezó a decir—, si me mataran, le romperían el corazón a esa chica. ¿Por qué iban a querer romperle el corazón a la chica?

—Suponiendo que trabajen para su padre —dijo Peekaboo.

—¿Y quiénes iban a ser, sino? —preguntó Mike.

—Ajá. Aparquemos eso un momento. Déjame que te haga una pregunta: ¿quieres casarte con la chica?

—No me lo permitirán —afirmó Mike.

—No. Bueno, o quizá no —dijo ella—. Recapitulemos un poco. El padre. ¿Qué quiere?

—Quiere que su hija sea feliz —contestó Mike.

—Bien, bien —respondió ella—. Ahora estamos llegando al origen de la confusión de la que surgen todas las dificultades. Al padre no podría importarle menos. ¿Irlandés? Es muy probable que le pegara. ¿Por qué?

—«Para infundirle el concepto del bien y...».

—Del bien y del mal. No. Hablaremos de eso en... No solo le pegaba. No sé cómo funciona en su cultura, pero no es imposible que la poseyera. Y

si no la poseyó, quería hacerlo. He oído varias veces esa historia. Evidentemente, mis muestras son limitadas, pero...

—¿No quiere que sea feliz? —preguntó Mike.

—Cariño, yo aquí veo el otro lado de la alfombra.

—Ves a las chicas —dijo Mike.

—Veo a los papás —precisó Peekaboo—. Eso es lo que veo. Cuando viene papá, ¿a qué quiere jugar?

—A La Lecherita —dijo Mike.

—Ahora empiezas a pillarlo —respondió Peekaboo—. Papá quiere tirarse a la lechera. ¿Qué busca cuando viene aquí? Una chica con trenzas vestida de colegiala, que no se levante repentinamente como una tormenta de verano, que viva allí. En todo momento el hombre vuelve a su casa de Indiana, viendo a su niña crecer. ¿Y sus pequeñas compañeras de juegos? ¿La charca para nadar...? ¿La chica no lo sabe? Pues claro que sí.

»No quiere que su hija sea feliz. ¿Casada? “Feliz” significa que su marido se la folla cinco veces al día y a ella le encanta. Para él, allí está, ofreciendo esos genitales que mataron a su mujer. ¿Y ahora? Ambas lo engañaron.

—... ¿No quiere que sea feliz? —dijo Mike—. ¿Qué quiere?

—Quiere dos cosas: que se vaya y que no vuelva. Lo cual significa que la chica necesita un protector; no puede aparecer en casa diez meses después cubierta de moratones y con dos gemelos. Luego llega el holgazán de su marido, una triste historia: «Serían felices si él pagara el alquiler». Es lo último que quiere el padre. ¿Qué significa esto? Tiene que casarse con alguien de la comunidad. Las leyes de la comunidad dictan cuánto puede pegarle el marido; con qué frecuencia le está permitido darle una paliza a su suegro para conseguir un préstamo; el tiempo que ella puede estar fuera de casa hasta que salgan a buscarla. Él sabe esas cosas. Ella también. Y el marido. Pero ella huye, se casa con un chico blanco de fuera de la ciudad, un estadounidense; eso le da licencia: «Llévame a casa, papá. No sabía que era...». ¿Y qué pasa con el padre? No puede ir a ver a los padres del chico y llevarlos ante la Iglesia. No sabe dónde están, dónde está el chico. «¿Qué vas a hacer?». Está jodido. ¿Y las memeces de «la responsabilidad de la chica para con su gente y su fe»? Todo se reduce a eso.

Peekaboo bebió un sorbo de whisky.

—La chica se casa con alguien del grupo. Con ese billete de cincuenta dólares, él ya no tiene que dar un préstamo a su yerno, que no puede pagar el

alquiler. Puede traerme el billete a mí para llevarse a una negra de quince años vestida con calcetines hasta las rodillas que gima: «Papá, fóllame, por favor». Y eso es todo —dijo Peekaboo, mientras se llenaba el vaso—. Así que puedes aprender irlandés, ir a la iglesia o lo que sea que hagan, pero por eso «no te lo permitirán».

—Quiero a la chica —dijo Mike.

—¿Cuánto?

—Es incalculable.

—¿Te la estás tirando?

—Sí.

—¿Esto durará?

—Sí.

—¿Estás seguro? Porque tiene que acabar en matrimonio. No hay más.

—Estoy seguro —dijo Mike.

—Pues entonces esa chica lo sabe —dijo Peekaboo—. Bien. ¿Y qué le ofreces? Lo más importante es la seguridad.

—¿No es el amor?

—Cariño, el amor es eso —respondió Peekaboo—. ¿Por qué crees que se enamoran las chicas? Hay varias opciones. «Él puede: rescatarme, comprarme cosas, protegernos a mí y a mis hijos, dejarme mucho dinero». Esa es la lista. —Mike soltó una grave risotada de desdén—. ¿Acaso miento? ¿Por qué crees que vienen esas chicas y se quedan aquí a tirarse a blancos gordos hasta que se les caen las tetas?

—¿Por qué? —preguntó Mike.

—¿Por qué? Porque esta es su casa —respondió Peekaboo—. Y por eso, cariño, le pega su padre. No para llevarla por el camino de la rectitud, sino para conseguir que se marche porque no puede seguir en esa casa. ¿Crees que esos tipos andan buscándote?

—Creo que andan buscándome —contestó Mike.

—Solo los has visto dos veces —dijo Peekaboo—. En funerales. ¿Es correcto?

—Así es.

—¿Cómo sabes que trabajan para su padre?

—No son estadounidenses ni tampoco espaguetis. ¿Qué nos queda? —repuso Mike.

—Pues tienes que hacer algo al respecto —dijo Peekaboo—. Yo hablaría con su padre para que vea que puedes defender tu postura, por

endeble que sea. Averígualo. Y vete a ver a Callaghan.

11

El grupo de jazz se había tomado un descanso. El restaurante chino estaba medio lleno.

Callaghan era un exladrón de cajas fuertes. Estaba al corriente de las habladurías de los oficios aliados y del mundo paralelo del mercado del opio, cuya indulgencia, como todos sabían, había exigido que renunciara a su querida nitroglicerina antes de que, como había dicho un cohorte, «ella hiciera lo mismo por él». Hizo un barrido con la mano abarcando todo el restaurante.

—Voy a decirte una cosa: Hop Li es un chino superinteligente. Alguien me contó que su abuelo construía vías férreas en el Pacífico canadiense y sé de buena tinta que tiene una licenciatura de la Universidad McGill, en Montreal.

—¿De qué? —preguntó Mike.

—Horticultura o algo así —respondió Callaghan—. No lo sé. ¿Tienen plantas allí? Seguramente, aunque la temporada de cultivo debe de ser corta.

—Tienen «trigo» —dijo Mike.

—Trigo, claro. «La despensa del mundo». ¿O eran las Grandes Llanuras? Tengo que salir más.

—Si está licenciado en horticultura, ¿qué cojones hace aquí?

—Yo te lo cuento: la respuesta es «echa un vistazo a tu alrededor». Cuarenta y cinco centavos por un plato de lo que esencialmente es medio centavo de arroz, y no demasiado, y una rodaja de zanahoria, y puede que esta ternilla sea carne de perro. ¿Quién coño sabe qué contienen esos platos?

—El inspector de sanidad —dijo Mike.

—No me hagas reír —repuso Callaghan—. Otra historia: su abuelo, el que trabajaba en el Pacífico canadiense, acabó en Dawson por la fiebre del oro.

—Ajá —dijo Mike—. Mira...

—Y una más: el cabrón se hizo rico regentando un prostíbulo. Bandas de asiáticos que trabajaban en el ferrocarril y chicas de ojos redondos. Una mujer blanca. Cien mil chinas.

—¿Cómo consiguió a la blanca? —preguntó Mike.

—La ganó en una partida de fan-tan. ¿Y yo qué coño sé?

—Por lo visto, todas esas historias poseen una naturaleza perversa.

—En absoluto, y te contaré otra —dijo Callaghan—. Porque he pensado en ello. ¿Cómo se hicieron ricos los chinos? Llegaron sin nada y de repente todos comían la bazofia que ellos rechazaban en las vías del tren. ¿Que el jefe les llevaba esa mierda? Pues ellos arrancaban treinta kilómetros de vía.

Miró el plato y negó con la cabeza.

—Ese no es su estilo —comentó Mike—. Además, les habrían pegado un tiro.

—¿Quién? —preguntó Callaghan.

—Los guardias de la Agencia Pinkerton —dijo Mike—. Además, los chinos son demasiado listos. Su especialidad es agachar la cabeza. ¿Y los putos irlandeses? Lo vuestro son los bomberos, la poli, la zona del parque, etcétera. ¿Y la política? Vosotros tenéis el iceberg del Titanic. Gran parte está sumergida, pero asoma un poco en la superficie, lo suficiente para saber lo mucho que permanece oculto. Vuestro problema es que no podéis esconderlo todo.

»Todos los agentes que patrullan las calles son irlandeses. Esa nariz de patata enrojecida y ese acento no podéis disimularlos. ¿Quién sabe a qué se dedican los chinos?

—Sabemos unas cuantas cosas —dijo Callaghan.

Luego hizo un gesto para pedir otra copa. El grupo volvió al escenario y el volumen de la conversación en el restaurante fue en aumento. Los dos hombres sentados a la mesa suspiraron y miraron a los músicos.

—El *Bye Bye Blackbird* de los cojones. Me apuesto diez dólares —dijo Callaghan.

—No voy —respondió Mike.

—¿Tres contra cinco?

—Olvídalo —dijo Mike—. Es una tradición. Y, por cierto, a mí me

gusta.

—A todo el mundo le gusta —afirmó Callaghan—. Por eso es una tradición.

El grupo empezó a tocar *Remember*.

—¿Ves? Acabas de perder quince pavos —dijo Callaghan—. Putas canciones. ¿En Francia la cantan de otra manera?

—«Me llevaste a un lugar solitario que después frecuentaba mucho».

—Eso es —dijo Callaghan—. Como hombres privados de compañía femenina, recurrieron a la sodomía, la obscenidad o la pereza.

—¿Eso es lo que hicieron los chinos? —preguntó Mike.

—¿En las vías del tren? Sí. ¿Y los irlandeses? Un punto de conexión que no tengo con la Iglesia católica es que me ciño a lo de: «Cásate pronto, cástate joven, tíratela todas las noches y que no pare de criar». Por un lado, nos mantiene alejados de la locura o la sodomía; por otro, te hace más irlandés, lo cual viene muy bien en época de elecciones.

»¿Y en qué invirtieron sus energías los chinos paganos? En construir el ferrocarril transcontinental, en apuestas, en ahorrar y en una puta australiana a la que alguien recogió al final de la línea férrea.

—Y en opio —dijo Mike.

La joven camarera china sirvió las copas. Callaghan se bebió la suya de un trago y con un gesto indicó que le trajera otra.

—Y en opio —insistió Mike.

—Ya te he oído —repuso Callaghan.

—Alguien me dijo que hablara contigo.

—Sí, y eso estás haciendo —dijo Callaghan—. ¿Qué quieres?

—Información sobre dos tipos —respondió Mike.

—¿Quiénes son?

—Dímelo tú.

Mike sacó del bolsillo superior de la americana la foto de los dos hombres con abrigo y se la pasó a Callaghan.

—No los distingo —dijo este—. Son dos siluetas a lo lejos.

—... Haz lo que puedas.

—Dame una pista. —Mike extendió las manos—. No sé, ¿para qué equipo juegan?

—Creo saberlo, pero no estoy seguro —dijo Mike.

—¿Quién te envía?

—Alguien me dijo que fuera a ver a Callaghan.

Este examinó atentamente la fotografía.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque eres irlandés, creo —respondió Mike.

—Sí, hay algo raro en ellos —dijo Callaghan—. Son veteranos y podrían ser irlandeses o cabezas cuadradas. —Hizo una pausa—. Habla con Danny Doyle.

Callaghan se levantó y el grupo empezó a tocar *Has Anybody Here Seen Kelly?*

—Eso es —dijo Callaghan, que se quitó el sombrero en reconocimiento a la banda. Luego miró a Mike—. Vete a ver a Danny Doyle.

12

Mike no había disparado una pistola desde que estuvo en Francia, y había sido solo una breve ráfaga durante una práctica ideada por otro piloto para sobrellevar el aburrimiento de una semana de lluvias constantes y, por tanto, sin vuelos.

El piloto había acorralado a un sargento de artillería de los Marines para que les diera, según sus propias palabras, algunos «consejos útiles».

—En primer lugar —había dicho el marine—, esta arma es del calibre cuarenta y cinco. Es buena para reventarle el pecho a un tío que esté a dos o tres metros de distancia. ¿Puede ser más precisa? Sí, pero tú no. Si el puto teutón está a más distancia, sal corriendo. Probablemente llevará un rifle.

»Si va armado con un rifle, seguramente habrá más hombres. ¿Por qué ibas a querer cabrearlo o llamar la atención? Si sus amigos llegan corriendo, ¿cuál es tu mejor opción? No disparar. Si caes detrás de sus líneas, corre o escóndete. ¿Y si te superan armamentísticamente? Tira la pistola y levanta las manos. Para eso sirve esta pistola.

»Solo debes utilizarla cuando te ataquen o cuando estés regresando a nuestras líneas y tengas que eliminar a un centinela o te veas en medio de un fuego cruzado. De lo contrario, no llames la atención.

El sargento extendió el brazo y un aviador sacó la pistola de la funda y se la entregó. El marine comprobó que no hubiera balas en la recámara, abrió el tambor, quitó y puso el seguro varias veces y examinó el cañón, utilizando la uña del pulgar para atrapar y reflejar la luz a través de la recámara.

—Está sucia, y un arma sucia es más propensa a fallos. El motivo por el que quieres aumentar las posibilidades se me escapa —dijo—. Pero cada uno

hace las cosas a su manera.

Aquel se había convertido en el eslogan del escuadrón aéreo.

No había aterrizaje chapucero o aparatoso, capoteo u otra demostración de incapacidad en la que alguien no pronunciara la frase del marine. Se empleaba con la misma frecuencia para referirse a la maquinaria: la melindrosa renuencia del motor Rhône a ponerse en marcha cuando hacía frío, el inevitable encasquillamiento de las pistolas Lewis o la legendaria preferencia del Nieuport por huir sobrevolando territorio enemigo.

A su llegada, a los nuevos pilotos ya se les daba por muertos, pues ello ahorraba a los veteranos apegos emocionales y el esfuerzo de una revaluación cuando, en los primeros vuelos, el nuevo fallecía.

¿Cuándo se aceptaba al recién llegado?

Esto no venía determinado por el grupo, sino por el propio soldado, que se reivindicaba utilizando osadamente y por primera vez la frase sagrada.

—¿Dónde está tu observador?

—Ahí atrás, en la retaguardia. Está muerto.

—Cada uno hace las cosas a su manera.

La sala de tiro apestaba a cordita, aceite de pistola y disolvente. La voz de mando del sargento Doyle trajo a Mike recuerdos de Francia.

—El gran misterio —dijo Doyle a los reclutas— solo os será revelado a través de la práctica. Ellos dicen: «Es imposible saber qué hará un hombre bajo presión». Yo os digo: sabes exactamente qué hará. Lo que le enseñaron a hacer.

Doyle metió barriga para dirigirse a sus subalternos.

—Los más mayores, los que sobrevivieron, podrán informaros de que la pistola solo es una herramienta eficaz para atacar la parte ancha de un establo si la arrojáis contra él. ¿Por qué? Porque no tenían experiencia y se limitaban a repetir lo que les habían enseñado. Eso hacía yo allí, donde lo importante era la marca de la casta de oficiales, utilizada como símbolo para alentar o, en su modo activo, disparar a aquellos que no deseaban llegar a lo más alto.

»Uno tenía su fiable Springfield y le enseñaban a recurrir a él. Y, de hecho, funcionaba estupendamente. Sin embargo, cuando estás en la esquina de la Dieciocho con la calle Oeste a las tres de la madrugada y una mujer chilla y se oyen un par de disparos y sale un tío corriendo por la puerta en

dirección a ti, tú sigues las instrucciones y gritas “¡Alto, policía!”, y refuerzas esa orden sacando el revólver y descerrajándole tres o cuatro balazos en el pecho.

»Como veremos, no, “tres o cuatro balazos” no son seis, o todo el contenido de tu cargador. Guardarás las otras balas por si su compañero, una vez que haya terminado de violar a la mujer y tal vez al hombre, sale de la casa y te encuentra con el cargador vacío.

»“Pero ¿no habremos visto ya a ese otro hombre?”. No, no lo habremos visto. Porque, mientras desenfundáis y disparáis, vuestro campo de visión, normalmente muy amplio, se reducirá a la anchura del coño de la reina Ana y vuestro mundo consistirá en ese hombre que corre hacia vosotros. Consistirá en su pecho. Consistirá en el segundo botón de su camisa o abrigo, y es a ese botón al que debéis disparar.

»¿Cómo? ¿Apuntado como os enseñaron en las pocas semanas que pasasteis en la academia, alineando cuidadosamente las dos miras, haciendo media respiración y apretando suavemente el gatillo? No, porque podríamos enseñaros hasta la saciedad, pero no lo haréis así. Instintivamente os inclinaréis hacia delante y perderéis la noción del tiempo.

»Lo cual está bien. Sin embargo, no perdáis la noción de vuestros disparos. Contadlos, por favor. Eso os salvará la vida.

»Volviendo al segundo botón de la camisa o el abrigo: olvidaos de la mira. Fijaos en el botón de su abrigo, fijaos bien hasta que distingáis los hilos. Y así será. Mirad fijamente. Ese es el punto letal. Es posible que os distraigan sus manos, que, de hecho, pueden empuñar un cuchillo o una pistola. ¿Queréis que desaparezcan esas armas? Un hombre inteligente matará al hombre que las sostiene. Disparad al punto letal. Coged el revólver. Sacadlo de la funda, fijaos en el blanco y, cuando esté ahí, apretad el gatillo. Uno. Dos. Tres disparos. “¿No hay que apuntar?”. ¿Apuntáis cuando señaláis con el dedo? “Jim, mira esa chica tan guapa que va por la otra acera”. “¿Cuál, Mickey?”. “Esa”, y ahí está vuestro dedo, señalando a la pelirroja.

»Tres o cuatro disparos. Eso es exactamente lo que vamos a practicar. Y luego podéis mirar a vuestro alrededor. Si veis al segundo hombre, le dispensáis el mismo trato. ¿Que no lo veis? Entonces, recargad.

»“Pero, sargento —decís—, desoyendo la normativa, he disparado antes de cerciorarme de que ese hombre era un malhechor. Supongamos que era el marido trastornado que salía de la casa en busca de ayuda”.

»Esto no es cuestión de filosofía, sino de previsión. Y vosotros, si se da

el caso, acribillaréis al pobre desgraciado con la pistola que han llevado todos los agentes de policía sensatos desde el inicio de los tiempos.

»Creo que eso es todo.

»Cuando salgáis, meted la mano en la caja y coged seis casquillos, seis casquillos vacíos, y guardadlos en el bolsillo derecho de la chaqueta. Podéis marcharos.

Doyle indicó a los alumnos que se levantaran y abandonaron la sala en fila india. Cuando se abrió la puerta llegó el tableteo distante de una metralleta y el pum, pum, pum de las prácticas con revólver. Doyle se volvió hacia Mike.

—¿Qué lleva en el bolsillo un poli que ha caído en Chicago Heights? Casquillos vacíos, seis casquillos, en el bolsillo derecho de la chaqueta. Ahí dentro les enseñan a guardarlos —señaló en dirección a la sala de tiro—. Inspectores en fase de instrucción —añadió mientras volvía a extender el dedo— enseñando a los chavales a matarse. Un policía de los Heights se puso a recargar el arma mientras le disparaban. Luego se agachó y cogió los casquillos tal como le habían enseñado. Una vez vino un inspector y me dijo: «Muéstreme los casquillos que guarda en el bolsillo». «Sí, señor. Aquí están».

»Te hacen controles improvisados para asegurarse de que no permites que los casquillos caigan al suelo.

—¿Por qué? —preguntó Mike.

—¿Por qué? —dijo Doyle—. Es más trabajo para los bedeles.

Cerró la puerta de la sala de tiro y se sentó a su mesa. Después cogió una lata de tabaco, la abrió y se aplicó un poco en el labio inferior. Señaló las estanterías que tenía detrás. En una había ocho metralletas Thompson y en la otra ocho rifles antidisturbios Winchester.

—La adquisición de armamento ofrece al observador muchos elementos que, estoy seguro, constituyen una tragedia griega —señaló los Winchester—. El puto rifle antidisturbios, que recordará del año que pasó en el extranjero, es con diferencia lo mejor para el trabajo que debemos desempeñar, pero el retroceso te golpea en el hombro. Así que los inspectores que deben tomar decisiones proponen esas maravillas nuevas —señaló las Thompson—. Su argumento es que, como el señor Brown, los chicos y el señor O'Banion las tienen, nosotros también debemos tenerlas.

—¿Cómo las consiguieron los chicos? —preguntó Mike.

—Mi teoría es que se las facilitó el fabricante —dijo Doyle—. Yo lo

haría.

—Yo también —dijo Mike.

—¿Por San Valentín? La mejor campaña publicitaria de la historia. «Rata-tá». Todos los cuerpos policiales del país dicen: «Será mejor que nos hagamos con unas cuantas». Como las señoras y un sombrero nuevo. Aquí lo importante es la potencia de fuego.

—Sí —dijo Mike—. Es usted un defensor de los hechos probados.

—Soy marine —precisó Doyle—, y si algo me enseñaron en el cuerpo, es eso.

—Alguien está robando armas del depósito —dijo Mike.

—Alguien está robando de todo —aseguró Doyle—. Todo el mundo está robando algo.

Sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se sonó la nariz.

—Jackie Weiss —dijo Mike—. Teitelbaum.

—Tenían cosas buenas. El problema es que la mayoría estaban fuera de su cuerpo.

—¿Con qué les dispararon? —preguntó Mike.

—Ah, ¿esa es su duda? —dijo Doyle.

—¿Es que otro veterano no puede dejarse caer por aquí para mantener una conversación amigable? —quiso saber Mike.

Desde la sala de tiro, alguien llamó al sargento, y este levantó la mano para pedirle que esperara un momento e hizo una pausa.

—Los chinos inventaron la pólvora y la utilizaban, igual que hacemos nosotros ahora, para espantar espíritus malignos.

—En ese caso, la pregunta es: «¿Qué es maligno?» —preguntó Mike.

—Bueno, eso lo decide el tipo que empuña el arma.

—Sargento —dijo el hombre desde la sala de tiro.

Doyle se puso en pie.

—Al final de una larga jornada —dijo—, ¿por qué o cómo reciben un disparo? Pero mi trabajo, y doy gracias a Dios por haber sido lo bastante listo como para no aspirar a un ascenso, tiene la ventaja de que si me acerco demasiado al precipicio, alguien podría llevarme aparte, sacudir la cabeza puntillosamente y advertirme sobre el abismo.

—¿Y qué es?

—No haga demasiadas preguntas —dijo Doyle—. Y, desde luego, mejor no conocer las respuestas.

Mike tendió al sargento Doyle una fotografía.

—No, no sé quiénes son esos tipos —dijo, y devolvió la fotografía a Mike—. Sé quiénes no son. No son de por aquí. Y sé qué son. Si esto acaba convirtiéndose en algo más que simple periodismo, ¿tiene o necesita un arma?

—Tengo la Luger —dijo Mike.

—Entonces recuerde —dijo Doyle—: la única frase que no debe utilizar nunca es «espera aquí, voy a buscarla».

Después le dio una ligera palmada en el hombro y se fue.

Mike había conseguido la Luger en la cantina del 94.º Escuadrón Aéreo.

Se encontraban en el aeródromo, justo al sur de Saint-Mihiel. El alemán había sido derribado aquel día durante una salida matinal para la cual Mike no fue requerido.

El prisionero estaba sentado junto al fogón del establo que hacía las veces de comedor del escuadrón. El frío, la fatiga y los efectos secundarios de la adrenalina le provocaban temblores, y la vergüenza lo abrumaba. Todos los pilotos estadounidenses se percataron de su estado y sabían, no que era posible, sino probable que se encontraran algún día en aquella posición, su desgracia y cautividad la mejor de dos consecuencias posibles de sus continuos vuelos.

El alemán notó que Mike estaba observándolo y le devolvió la mirada. Mike sabía, y el alemán vio que sabía, que el único respeto auténtico por el duelo era el silencio.

Mike asintió y salió del comedor. Se ciñó el cinturón del abrigo de piel y notó algo en el espacioso bolsillo lateral, metió la mano y sacó una botella de coñac de medio litro casi llena.

Luego volvió a entrar en el comedor y se situó delante del alemán. Este lo miró de nuevo y Mike le ofreció la botella. Momentos después, el alemán la aceptó. Cuando se disponía a marcharse, el prisionero le pidió que se quedara.

El alemán rebuscó entre los pliegues de su abrigo y sacó una pistola Luger. Sosteniendo la culata entre el dedo pulgar y el índice, se la tendió a Mike, que aceptó el regalo y asintió en señal de agradecimiento.

Cuando estaba en Francia, había disparado varias veces la pistola por diversión. Se la llevó a casa, donde residía junto a sus otros recuerdos de guerra en un cajón de la mesita de noche.

Pensaba a menudo en el alemán, que había conservado el arma tras innumerables registros, algunos someros y otros más minuciosos, y peligros.

Como piloto, Mike entendía que el alemán ya no combatiría más y que guardaba la pistola con un solo propósito: acabar con su vida.

En sus momentos más sensibles, Mike había intentado felicitarse por salvar a aquel hombre del suicidio. La idea era demasiado bonita para él; pero, una noche, en estado de embriaguez, había contado la historia a Parlow, que dijo que le daba «ganas de vomitar».

—Ese cabeza cuadrada... —dijo—. En primer lugar, no empezamos nosotros. Fueron ellos. En segundo lugar, ¿fue un combate justo y perdió? Un hombre como Dios manda aprendería a vivir con ello. En tercer lugar, te garantizo que cuando volvió a Alemania tenía una mujer que ya había engordado y cuatro críos queapestaban a repollo. En cuarto lugar, tus hijos probablemente tendrán que luchar contra los suyos, porque ese puto país, como ese cabeza cuadrada, es un fracaso. Y, en quinto lugar, si quiero oír más historias tuyas de la guerra, créeme, te lo diré, cosa que no ocurrirá, porque al final son todas iguales: yo le quería, prometió que se casaría conmigo, desapareció y me dejó embarazada, y por eso ahora soy puta. O abogada. Tanto monta.

13

En el apartamento hacía frío, ya que el casero solo estaba obligado a encender la calefacción de cinco de la tarde a cinco de la mañana. A menudo, Mike especulaba sobre quién había pagado qué a quién para imponer tal decreto.

—Pero si no hubiera bienhechores en el mundo —dijo Parlow—, no tendrían limitaciones para ofrecer calefacción.

Mike sabía que era tan solo una táctica de conversación, ya que Parlow odiaba apasionadamente a los intelectuales reformadores.

—Les cosieron el coño, a hombres y a mujeres, cuando nacieron, y reto al irlandés más convincente que haya vivido nunca a que consiga gorronearles una copa.

—Pero, y corrígeme si me equivoco —dijo Mike—, esos mismos aventureros morales, cuya hipocresía implícita detestas, y con razón, ¿no son también los que están a favor de la Prohibición?

—Sí —respondió Parlow.

—... Por tanto, son inmunes a acusaciones por negarle una copa a un hombre —dijo Mike.

—Yo no lo veo así —zanjó Parlow.

—Porque es probable que, en su hipocresía acertadamente censurada, no solo se negaran a servirte, sino que seguramente no tienen acceso al alcohol.

—Tienen acceso a monedas —dijo Parlow—, y he ambientado mi fantasía en un bar o un restaurante, y a mi pobre héroe desecado acercándose a la mesa filantrópica.

—¿Cómo reconoce uno a esos filántropos?

—Por su semblante enjuto de desaprobación —dijo Parlow—. Por el

corte espantoso, aunque caro, de su ropa, proclamando a la vez su superioridad respecto de las cosas terrenales y su capacidad económica para seguir siendo así; por la comida que tienen delante, que si no consiste en verdura cruda, sí en alguna sustancia igual de triste; por la estructura de la nariz de las mujeres y la afeminación de los hombres.

Mike pidió otra ronda.

—Y, por concluir de alguna manera, por ese porte de agotamiento, anunciando al mundo sensible su derivación inglesa y su pagana falta de reverencia por la Santa Madre Iglesia.

»Que beban en el infierno, contemplando maravillados las imágenes celestiales de sus maestros, sagrados y temporales, que siempre les han sido negadas, y suplicando la oportunidad de mitigar, si no su castigo, sí su vergüenza, aceptando el santo sacramento, su bendito bálsamo esfumándose siempre mientras recorren el camino de alquitrán en llamas.

»Sí, hay bálsamo en Galaad; se llama Venganza.

En realidad, Mike había ido a misa aquella tarde, un subterfugio que permitió el encuentro amoroso con Annie Walsh.

Se sentó tres filas más atrás y a su izquierda, enamorado de su piedad, enamorado de la pañoleta que ella se quitaría al llegar a las escaleras de su apartamento, sacudiendo el cabello en su transformación de solícita virgen religiosa a amante.

Como le había dicho a su padre que iba a misa, ni se planteaba cometer el pecado de no asistir. El subterfugio y el amor no autorizado eran para ella una simple traición a su progenitor, quien, como hombre, no tenía derecho a su absoluta franqueza, claro está. Pero, pese a ese agravio, no pensaba mentir a Dios.

Mike sabía que el deber religioso no excusaba ni pretendía excusar la posterior transgresión, pero ella había decidido cometerla de todos modos, como si fuera una obligación. La quería por su capacidad para elegir. Annie había elegido ser su amante y pagar el precio, y Mike la amaba por su fortaleza. Le gustaba todo de ella.

Se calentaron el uno al otro en el gélido apartamento. Después de hacer el amor, Annie salió apresurada y temblorosa de la cama. Descolgó el grueso abrigo del gancho clavado al otro lado de la puerta y se lo puso.

—¿Dónde vas? —preguntó Mike.

—A preparar té.

Annie se envolvió con el abrigo y fue corriendo de puntillas a la alcoba que constituía la cocina de Mike. Cogió la caja de cerillas, la sacudió y descubrió que estaba vacía.

Mike abrió el cajón de la mesita de noche y sacó unas cerillas y un paquete de tabaco. Annie se acercó a la cama a coger la cerilla.

Después se volvió hacia el cajón y miró inquisitivamente a Mike, que lo cerró para que no viera la Luger. Annie esperó a que respondiera a su pregunta no formulada. Él encendió un pitillo y miró hacia otro lado.

Annie cogió la caja de cerillas, se dirigió a la cocina y encendió el hornillo trasero. Luego agitó la tetera y, satisfecha, la colocó encima de la llama.

Se agachó frente a la puerta del horno, se abrió el abrigo e hizo aletear los lados para que le llegara el calor.

El horno estaba encendido y con la puerta abierta, como en cualquier apartamento que permaneciera ocupado durante el día, pues, aunque la ciudad permitía a los caseros apagar la caldera, les estaba prohibido restringir el suministro de gas, y las viviendas apestaban a gas y a horno en los meses de invierno.

Annie se frotó las manos, miró en dirección a la cama y sonrió. «Nadie ha visto nada tan bonito en su vida», pensó Mike, que se incorporó agarrándose al cabecero de la cama y se cubrió con las sábanas. Luego se sentó en el borde del colchón a observarla.

La vio sonreír, empezar a hablar, y entonces inclinó levemente la cabeza hacia la puerta. Mike estaba mirándola cuando el hombre abrió de una patada.

Era un hombre corpulento que llevaba un abrigo grueso y un gran revólver en la mano. Mike recordó más tarde que había traído el invierno consigo, ese olor a semanas bajo cero que impregnaba la nariz, el lago y el mundo exterior, y que el hombre olía a humo.

«Los trabajadores huelen así —pensó Mike—. Los cazadores y los vagabundos. Es el olor del soldado, pero no. No, tal vez sí lo sea. Los alemanes lo tenían».

Estaba de cara a la puerta. Intentó elaborar mentalmente la frase que explicara al padre y al hermano de Annie, o a su emisario, que todo iría bien, que lamentaba haberle arrebatado su virginidad, pero que iban a casarse, que le había propuesto conocer a su familia pero que ella había dicho que esperaran.

El primer disparo alcanzó a la chica cuando estaba de pie y se volvió hacia él.

«Se va a quemar —pensó—. Caerá encima del hornillo».

Mike se levantó para atacar al asesino, para explicarle que no era culpa de Annie. Para detenerlo.

El hombre lo golpeó con la culata del pesado revólver y Mike perdió el conocimiento.

14

La primera tarde que él la llevó a su habitación, Annie se quitó el vestido y se echó a temblar.

Mike apartó la sábana y la vieja manta del ejército, la metió en la cama y la tapó.

Vio que no sentía temor ni aprensión y se preguntó cómo era posible. Le vino a la mente un versículo de una sesión de catequesis a la que había asistido hacía largo tiempo y, aunque estaba convencido de no haberlo pronunciado en voz alta, Annie asintió y acercó su cara a la de él. Mike no la vio imbuida primordialmente de afecto, sino de compasión. «Es la reina de los cielos», pensó mientras le hacía el amor.

El versículo, según recordaba, decía: «Hay tres cosas que son incomprensibles para mí: el camino del águila en el cielo, el camino de la serpiente en la roca y el camino del hombre en una doncella». Pero el camino del hombre era claro, recto y simple: tomaba a la mujer o le preguntaba, y eso era todo; el misterio era el camino de la doncella, que aceptaba o consentía con una generosidad y confianza ante las cuales un hombre solo podía maravillarse.

Cada vez que hacían el amor, Annie iba al confesionario. Se vestía y cogía el grueso abrigo del gancho situado cerca de la puerta. Luego sacaba el chal floreado del bolsillo y se cubría la cabeza con él para convertirse en una penitente. Después asentía y se marchaba.

Cuando se la llevaron después de su muerte, el chal y el abrigo se quedaron allí, igual que la ropa que había dejado doblada encima de la silla y los zapatos que había debajo.

Pensaba que la policía lo confiscaría todo, pero al parecer no estaba relacionado con el asesinato.

Junto a la tumba, un hermano de la chica lo fulminó con la mirada.

¿Bastaba con decir que iban a casarse? Pensó que cualquier tentativa de exculpación sería cobardía y una traición a la memoria y el alma de Annie, que había sido muy valiente.

En el sepelio, el hermano no lo miró con una ira soportable, sino con un desprecio que, mientras viviera, figuraría entre sus últimos recuerdos de la Tierra.

El hermano fue al apartamento de Mike, pero no pasó de la puerta. Mike cogió el paquete envuelto en papel marrón que contenía los efectos de la chica y se lo entregó. Luego se fue.

Pero ¿por qué había muerto ella? ¿Y por qué a él le habían perdonado la vida?

Al principio pensaba que la muerte de la chica había sido un asesinato «de honor» y que los artífices, su familia, lo habían dejado vivir con la angustia de su pérdida y el sentimiento de culpa.

Sin embargo, la tristeza de los familiares en el funeral era inconsolable y Mike se dio cuenta de que jamás habrían hecho daño a su querida hija.

Pero, entonces, ¿por qué solo la habían matado a ella?

Al margen de haber perdido la castidad, no podía ser culpable de nada.

La habían asesinado, por tanto, como una lección para él. Pero ¿administrada por quién? Por aquellos a quienes había ofendido, desde luego, pero, si no eran sus familiares, ¿a quién había ofendido?

Durante sus casi diez años en el periodismo de Chicago había ofendido a cualquiera a quien la revelación de sus acciones hubiera causado incomodidad, vergüenza, ansiedad o un encarcelamiento. Su trabajo, opinaba, era desvelar y contar la verdad sobre unos actos que alguien estaba muy interesado en ocultar.

Había destapado información sobre los italianos del South Side, es decir, sobre Capone; sobre los irlandeses del North Side, capitaneados por O'Banion; sobre los antojos del cuerpo de policía; sobre los jefes y lugartenientes del Levee; y sobre la siempre fiable procesión de maltratadores de esposas, abusadores de niños, esclavistas blancos, drogadictos, ladrones, timadores, ricos pervertidos y pobres depravados y, en resumen, la savia de su elegida y amada ciudad.

En muchas ocasiones se había dicho a sí mismo que debía proceder con

cautela, y en pocas ocasiones había seguido ese consejo. Pero normalmente afrontaba el miedo como había aprendido a hacer en el avión. Se habituó a vivir con él.

Ahora habían matado a su amor.

Y no era culpa de Annie; sin duda, era culpa suya. Y ahora comprendía lo que no había comprendido antes: el destino del piloto alemán.

Y recordó la oración más profunda del aviador, que no era «no me dejéis morir», sino «no permitáis que sea culpa mía».

La chica había muerto por culpa suya.

Y no podía quitárselo de la cabeza.

El conejo había acompañado a Mike ocho meses en el frente occidental.

—Hay gente que confía su suerte a encantamientos mágicos o cosas parecidas —decía—. Yo confío en la destreza. Y en este conejo.

Estaba hecho de celuloide marrón amarillento y medía dos centímetros y medio. De la cabeza, entre sus grandes orejas, sobresalía un grueso cordón rojo.

Era parte del cierre de un paquete de opio.

El paquete de opio estaba envuelto en grueso papel marrón, atado con un cordel rojo e impreso, torpemente, con caracteres chinos que Mike no acertaba a descifrar.

Fue un ingrediente de la que hasta la fecha había sido la noche más cara de su vida, en París. Se gastó la totalidad del salario de ocho meses como piloto en una cortesana china, cuyos encantos y habilidades sobrepasaban incluso los deslumbrados elogios de sus anteriores clientes.

La habitación era de un tono rojo oscuro y su piel, de marfil; en la mesita lacada había una botella de Pernod, una garrafa de agua, un paquete de tabaco estadounidense, la pipa ennegrecida, la piedra de opio, la aguja accesoria, un cuenco y una vela. El sello de cera de la piedra de opio era negro y pegado al sello de lacre estaba el cordel del cual colgaba el conejo.

A partir de entonces había volado con el conejo metido en el bolsillo izquierdo de la guerrera.

En Chicago, todavía de uniforme, lanzó la guerrera sobre el respaldo de una silla de una habitación de hotel. Una morena que había conocido en el bar buscó una cerilla en su ropa. Al despertar, Mike la vio sosteniendo el conejo por el cordel.

—¿Esto te mantenía a salvo? —preguntó.

¿El conejo lo había mantenido a salvo?

Qué pregunta más absurda.

Para él, la pregunta era más que absurda: era la blasfemia por antonomasia, no porque cuestionara, sino porque mencionaba un poder, la obediencia al cual, innominada e innombrable, lo había mantenido a salvo, por supuesto.

Había sobrevivido a la guerra para despertar ebrio en Chicago, escuchando la falsedad de un poder que obviamente tenía su vida en más alta estima de lo que la tenía él mismo.

«No sé por qué coño estoy aquí —pensó—. ¿Sabe alguien por qué está aquí?».

¿Y era necesario despreciar todo lo intangible para considerarse sabio, moderno o lo que fuera que la gente aspiraba a pensar de sí misma a falta de otra ociosidad?

—El conejo o, pongamos, la exhibición del mismo —dijo— podría ser un desliz estético. Acabo de llegar y no sé cómo hacéis las cosas aquí. He estado fuera.

Vio que la chica se sentía conmovida por su discurso y él se compadeció de su credulidad, pues sabía que lo que le había ganado su simpatía no era que hubiera sufrido, sino que podía hablar.

¿Quién sabe qué nos mantiene a salvo o si estamos a salvo? —preguntó Mike.

Durante nueve años había llevado el conejo en el bolsillo cerillero de la chaqueta.

Ahora, Mike se encontraba a unos veinte metros del sepelio de la chica. Se mantuvo alejado por respeto a la ceremonia, y también por tristeza.

El sacerdote ortodoxo hablaba gaélico. Cuando el cuerpo descendió hacia la tierra, rezó en latín. Las mujeres lloraban; los hombres permanecían quietos y distantes.

Cuando la familia se hubo marchado aparecieron los enterradores, que empezaron a llevarse las numerosas ofrendas florales que ocultaban la tierra amontonada y taparon la tumba. Mike se quitó los guantes. Sacó el amuleto del bolsillo de la chaqueta y lo sostuvo entre las manos. Pronto las notó heladas y disfrutó de aquella sensación.

Tenía intención de arrojar el amuleto a la tumba y estaba aguardando la inspiración para elegir el momento adecuado. Se quedó allí inmóvil, bajo el frío, tan cerca de no existir como era posible. Uno de los enterradores se lo quedó mirando. Mike lo notó y alzó la vista.

Conocía aquella mirada. Era la percepción de una amenaza. El enterrador había intuido apenas conscientemente algo que estaba fuera de lugar.

«Por supuesto. Ha sido soldado», pensó Mike, y asintió. El hombre le aguantó la mirada hasta que hubo analizado la amenaza y volvió a palear la tierra.

«Se ha dado cuenta de que este no es mi sitio —pensó Mike—. Aquí, la mayoría se ven superados por la emoción. Muchos son indiferentes, pero casi todos están tristes. ¿Por qué le he parecido yo distinto? Ha notado mi sensación de culpabilidad». Mike se encogió de hombros y se alejó de la tumba, sosteniendo todavía el amuleto.

Creía que los hermanos irían a por él.

Le habían prohibido entrar en el depósito de cadáveres del hospital y se habían turnado para montar guardia en el pasillo. Los vio de nuevo en la comisaría y sabía que ellos también lo habían visto a él. Pero no intentarían matarlo. Y al cabo de un tiempo dejó de preguntarse por qué.

No tenía miedo, porque ya no quería vivir. Consideraba que su asesinato sería apropiado, si no merecido. Y creía que era merecido. Porque no solo había sido incapaz de protegerla, sino que tenían razón cuando afirmaban que él la había implicado en lo que había precipitado su muerte.

Mike sabía que había cierto cálculo de ira y venganza. Los íberos y los italianos podían hacer madurar el rencor durante generaciones, pero los irlandeses eran una raza distinta.

No eludían la venganza, pero adoraban pelear. Y no se les ocurriría renunciar siquiera al pretexto menos legítimo para derramar sangre.

Parlow le había enseñado los principios: cuando no encuentres la respuesta correcta, haz otra pregunta.

Porque la ausencia de venganza de la familia era asunto suyo. Si actuaban, lo harían cuando y como les pareciera oportuno. Si así lo decidían, pensó Mike, tarde o temprano moriría y sus penurias habrían terminado. Y si habían renunciado a la venganza, eso también era elección suya, por curioso que resultara.

Él sin duda eliminaría a la persona cuya culpabilidad fuese

incuestionable. Pero abrazó su ansiedad por la inacción con la misma ferocidad con la que había abrazado a la chica.

15

Había historias que uno contaba y otras que no contaba nunca. Había algunas que mataban si uno se las guardaba y otras por las que era mejor morir antes que contarlas. La favorita de Parlow era la de la pelota de cróquet.

Los nativos ricos del North Shore, que intercambiaban mujeres, finalmente se habían superado a sí mismos para espanto de la sección local, que hasta el momento afirmaba no sorprenderse de nada.

Todo el mundo conocía los nombres, pero nadie podía publicarlos, ya que pertenecían a los clanes de los dos principales anunciantes del periódico. Pero el episodio ocurrió y hubo que informar de él, y recayó en Parlow la tarea de expresar la solidaridad del periódico por la muerte de la niña de dos años.

Se sentó a escribir «Lo tienen todo, pero no tienen nada», y mencionó la gran finca a orillas del lago al que la niñera llevaba cada día a la chiquilla (una especie de coqueteo) para que admirara el sol, las olas, las aves marinas y el Unity, el yate familiar, que cabeceaba en el muelle.

También fantaseó con su habitación de princesa, llena de juguetes, y la Muñeca Triste, tumbada sobre la colcha esperando a que regresara su propietaria, muerta a causa de una hemorragia cerebral.

Parlow escribió lo que le habían encargado, pero con una rabia que solo pudieron detectar sus compañeros, que interpretaron sus disparates como una flagelación por el disgusto hacia una comunidad cuya estupidez y tosquedad transgredían lo humano.

Porque el personaje anónimo de aquella historia había garabateado «Reúnete conmigo en el jardín» en una nota para la mujer de la mansión, la

había atado a una pelota de cróquet y la había lanzado al que creía que era el vestidor de la señora, que en realidad era el cuarto de la niña.

Sí, dijo Parlow, la pelota le partió el cráneo a la niña, pero su bendita sangre borró casi todo el mensaje, lo cual ahorró a la madre la tentación del adulterio. Sin embargo, algunos graciosos del puerto afirmaban que la niña iría al infierno, pues había estado involucrada, aunque sin saberlo, en una trama para violar el séptimo mandamiento.

—Sí —dijo Mike—, no podemos saberlo. Vivimos en una nube; pero ¿qué hay de la predestinación y demás? Pensadlo: lanzó la pelota por la ventana equivocada.

Los católicos consideraban inocente a la niña; los protestantes, que estamos todos condenados y que ella pagó las consecuencias. Y a Mike le pidieron que pontificara, ya que, desde el incendio en la escuela el día de Todos los Santos, se había convertido en el árbitro de las disputas teológicas.

Su posición no conllevaba gratificación alguna, excepto el desafío perentorio «cambiamos de tema». Todos respetaban sus dictámenes y retomaban la cuestión de los diversos e interminables estragos de esos Robin Hood modernos, los caballeros de acero azulado de la ciudad, como había escrito Parlow en una ocasión.

Pero la noche de la pelota de cróquet, la ingeniosa conversación entre los protestantes y los irlandeses en el puerto se había agotado; la muerte de la niña superaba lo absurdo, Mike propuso un nuevo tema y el silencio después de su dictamen no dejó de extenderse.

—Por el amor de Dios —dijo—. La niña está muerta. Momentos antes estaba viva y gorgoteando. Ahora está en la tumba. Nadie sabe que no «murió de una hemorragia cerebral» salvo su familia, su padre, vosotros, yo, sus empleados y sus amigos, nuestros amigos y el jardinero, quien, sin duda, tuvo que limpiar la pelota de cróquet y volver a guardarla con el resto del material.

»De momento, el desgraciado que la lanzó tendrá que follarse a su mujer. La familia del cornudo sin duda pedirá a ese dios que tiene en plantilla una explicación por tan inocente muerte y cambiará el cróquet por el bridge. De ahí la misteriosa oleada denominada “moda”.

Se creía que la Muñeca Triste era obra de un buen hombre que hacía un trabajo odioso y estaba hurgando en la herida.

Parlow no solo fue excusado por lo de la Muñeca Triste, sino que acabaron felicitándolo cuando un artículo que se filtró desde la mesa de revisión confirmó que la frase originalmente terminaba con un «esperando

con ojos melancólicos ese abrazo que nunca llegaría».

La compasión de las personas era limitada, y la que gastaban en penurias ajenas no podían invertirla en las suyas.

Además, todos sabían que la piedad que debían despertar en sus lectores era, en última instancia, un efecto independiente de los hechos y méritos de una acción o incidente. ¿Y a quién podían recurrir para verificarlo? A nadie, concluyeron, excepto la prensa, que, como sabían, no solo se había insensibilizado ante la muerte, sino que desconfiaba de cualquier aseveración o gesto humano.

La comprensión de este horror se veía necesariamente reprimida en quienes se dedicaban a informar; afloraba de cuando en cuando en un suicidio o una jubilación (considerada la peor entre esas dos alternativas similares). Trascendía en su humor y su frialdad y, en ocasiones, en la idiosincrásica manifestación del desprecio por uno mismo y la repugnancia por el mundo y todas sus obras. Así se interpretaba en el Sally Port la «muñeca melancólica» de Parlow, «esperando ese abrazo».

Todos los empleados de la sección local tenían una historia triste. Era la historia que nunca contarían.

El recuerdo de la pelota de cróquet se desvanecería, desaparecería con la muerte de quienes hubieran oído la historia. Los policías, dijo Parlow, son por profesión reservados con los que no pertenecen al clan. Sin embargo, cuando se jubilan no hay quien los calle. Los periodistas son tus cotillas, pero cuando tiran la toalla y abandonan el club, se limitan a negar con la cabeza y beben hasta morir.

Por supuesto, antes de su pérdida, Mike había barajado la posibilidad de escribir una novela. Su incidente central, el único que había abordado hasta la fecha, era la misión sobre las líneas enemigas de dos SPAD aliados la última mañana de la guerra.

Había oído la historia en su travesía de vuelta a casa mientras otros escuchaban los ángeles de Mons, la Tregua de Navidad, los teutones y los yanquis, bayonetas trabadas, siamesas, muertas y heladas en tierra de nadie, y los otros mitos, verdades y revelaciones de la guerra de trincheras.

El Armisticio se había firmado el 10 de noviembre y las hostilidades habían de cesar al día siguiente: el undécimo día del undécimo mes a la undécima hora.

Por si esta sutileza no bastara para abrir una brecha entre la estética de la plana mayor y la de los hombres que morían angustiados, se aprobó otra

directriz: «Ninguna unidad o individuo abandonará el combate hasta la hora del Armisticio. Cualquier plan u objetivo previsto será ejecutado con el máximo esfuerzo hasta el fin de las hostilidades».

En el frente, la orden fue recibida con incredulidad por parte de los hombres, muchos de los cuales habían combatido durante cuatro años y solo debían permanecer quietos una hora o dos para volver a casa sanos y salvos. Los comandantes de algunas unidades decidieron ignorar la orden; algunos, normalmente considerados arribistas, esperaban cosechar una victoria más, así que formaron a sus hombres y atravesaron la tierra de nadie hasta las ametralladoras que defendían un territorio que, por edicto, sería suyo a las once de la mañana.

Un coronel del ejército, escribió Mike, estaba siendo incordiado por el hijo de un conocido, que acababa de llegar. El coronel le permitió participar en su única misión de combate durante las dos últimas horas de la guerra.

A un piloto veterano, el héroe de Mike, le dijo: «Llévatelo a bombardear una colina vacía y tráelo de vuelta. Lo consideraré un favor». El piloto indicó al novato: «Haz lo que yo: cuando aletee, dispara a la “zona enemiga” a la que yo dispare. Vacía las ametralladoras y sígueme hasta el aeródromo».

Luego despegaron y volaron en formación rumbo al este. El piloto vio un pequeño bosque desierto unos kilómetros más adelante. Llamó la atención del joven y le indicó que lo siguiera. El veterano descendió y abrió fuego contra la arboleda, que no estaba vacía, sino que albergaba a media compañía de artilleros alemanes que estaban aguantando la última media hora de contienda.

Los alemanes estaban apoyados en los árboles cuando el primer avión inició el descenso. Algunos se levantaron para saludar. El fuego mató a gran parte de la compañía. Los supervivientes prepararon la ametralladora y derribaron al segundo avión.

Al darse la vuelta, el veterano vio el aparato de su compañero hecho trizas y el cadáver del joven piloto en caída libre.

La historia de Mike despertó el desprecio del héroe hacia el coronel, que había permitido al muchacho despegar, y del héroe hacia sí mismo, porque, sin quererlo, había provocado su muerte. El héroe de la historia volvió a Chicago, pero, por más veces que reescribiera Mike el incidente del día del Armisticio, el relato no progresaba.

Y entonces, Mike se dio cuenta de que había ido más allá de lo permisible, ya que su continua revisión del primer capítulo de la novela había

llamado la atención de las Parcas y, en respuesta a sus llamamientos, habían matado a la chica con su inestimable ayuda.

«Bueno —pensó Mike—, la mayoría murieron girando descontroladamente en el Jenny, o cuando se paró el motor, fueron derribados por los cabezas cuadradas o se estrellaron. Un idiota borracho golpeó a una niña en la cabeza con una pelota de cróquet.

»Y cuando el Vencedor Eterno tache mi nombre, no importará si gané o perdí. Porque, sin duda, todos seremos perdonados, olvidados o recordados incorrectamente. Pero ¿qué hay de los dilemas del Vencedor Eterno?».

No, el gran crimen, pensó, era la indecible exquisitez del mundo que no podía declarar: «El Armisticio ha concluido, las hostilidades han cesado».

«Y quizá en algún mundo —conjeturó—, la chica siga viva». Y se sintió reconfortado con la idea, y se la creyó por un momento, hasta que lo invadió otra pregunta: «¿Cómo se llega a ese mundo?».

No podía. Y le costaba frecuentar el Sally Port y su compasión, con independencia de cómo fuera expresada. Pero se sentía cómodo en el Ace of Spades.

16

Morris Teitelbaum había muerto a balazos y a nadie le importaba. La sección local publicó que su congregación y su viuda le dedicarían la nueva sala recreativa de la sinagoga.

Hablaba también de varias nupcias de trabajadores pobres y de la posible llegada de un nuevo cónsul británico a Chicago. Todo ello aparecía al pie de la página doce. La portada mencionaba la visita a la ciudad de un grupo de aviadores italianos.

Mike estaba leyendo la primera plana y Peekaboo «Pregunta a la señorita Fisk».

—Aquí pone que la manera de traer a tu hombre a casa es llevar a los hijos a trabajar —dijo Peekaboo, que negó con la cabeza en un gesto de perplejidad.

Estaban bebiendo en la cocina del prostíbulo. El pianista interpretó *Frivolous Sal* como si estuviera argumentando una proposición filosófica. Mike sabía que estaría sentado transversalmente en la banqueta, con el abrigo y el sombrero puestos y un cigarrillo entre los labios, bebiendo el whisky canadiense que Peekaboo le ponía siempre antes de terminar la jornada para ayudarlo a irse a casa.

El sonido se colaba en la cocina, donde Peekaboo estaba sentada con Mike.

—Colega —dijo Mike—, eres una buena comandante.

Peekaboo se encogió de hombros. Escucharon al hombre tocar a paso de tortuga el ragtime perfecto. Era el sonido de un corazón roto.

Dolly, la última chica que quedaba abajo, estaba bebiendo un vaso de

agua delante del fregadero y soltó un largo suspiro. Peekaboo extendió el brazo y la chica dejó el vaso y se acercó. Peekaboo la abrazó.

—¿Cómo te encuentras? —le dijo.

La chica miró a Mike, se agachó y besó a Peekaboo en la cabeza. Mike le sonrió.

—Dolly, vete a descansar —dijo Peekaboo.

La chica cogió de nuevo el vaso de agua y salió de la cocina. Mike recitó la letra de la canción.

—«Un diablo irlandés loco, pero sincero; era mi chica Sal».

—Bueno, ese es el gran premio —dijo Peekaboo—, esa es la verdad. Alguien te será fiel.

Pero vio que Mike estaba muy lejos de allí.

La canción terminó y Mike oyó al pianista bajar la tapa del teclado y retirar la banqueta. Luego siguió los pasos del hombre hacia la puerta. Habría dado cualquier cosa porque la canción continuara.

Hubo un adiós murmurado cuando la puerta se abrió. Luego oyó a Marcus echar el cerrojo y el hombre desapareció.

Mike miró a Peekaboo, que dijo:

—Solo existe una cura para un corazón roto, y es el tiempo. Y no funciona. Si funcionara, no sería un corazón roto. Tan solo habrían herido tus sentimientos. Así que tienes que valorar qué activos te quedan. Cuanto mayor te haces, más experiencia tienes, es decir, más roto tienes el corazón, o más jodido estás, y más conservador te vuelves ante algo bueno: «¿Cómo he llegado hasta aquí?», «¿Cómo puedo aferrarme a ello y qué haré cuando todo termine?».

»Si lo hace una chica joven, la llaman “mercantilista”. Así actúan en Lake Shore Drive. A mis chicas tengo que inculcarles una idea que las niñas blancas de familia bien practican desde que nacen.

»Los que estáis atrapados en el “amor” no invertís ninguna sabiduría en plantearos que algún día podría acabarse. Si lo hacéis, no es “amor”, que, como todos sabemos, es una forma de locura.

Mike asintió. Peekaboo extendió las manos como diciendo: «¿Qué iba a ser, sino?».

—Puede que la debutante entienda que algún día se hará vieja, pero su mamá lo sabe a ciencia cierta —continuó—. Y más le vale, porque es joven y esbelta, así que puede arrastrar a algún tío al redil.

»Su mamá sabe que, con los jugos fluyendo, se la tirará alguien en la

casa de verano, y espera que ese alguien no sea el jardinero, sino otro tío, porque le harán pagar. Puede que estén enamorados. Eso está bien. Probablemente, la mamá pensará en el futuro; el chaval va a casarse y también piensa en el futuro. El futuro para él es casarse con la chica, cumplir con su deber; a lo mejor acaba gustándole. Le guste o no, tiene dinero y vendrá tres veces al mes. Lo descubrió en la luna de miel.

»Y puede que haya estado en Francia.

Mike sonrió.

—Háblame de las chicas francesas —dijo Peekaboo—. Adelante.

Mike negó con la cabeza.

—Ah, sí, son perfectas, «porque viven en la memoria» —añadió Peekaboo—. Si le das la vuelta, nunca viste a la irlandesa gritándote porque ella tenía razón y tú no y aún te enfadaste más. Ni envejecer, ni con los niños, ni... Yo digo que sí, estás llorando por algo que te han arrebatado. Pero, por muy enamorados que estuvierais, con el tiempo habría ido a peor y habríais «dado paso a las Preocupaciones Mundanas». Hasta cierto punto. Pero eso no puedes saberlo, ¿verdad?

Mike se levantó y metió la mano en el bolsillo.

—¿Es para Dolly? —preguntó Peekaboo.

—Para Dolly, sí —respondió Mike.

—A esa chica le gustas.

Mike cogió un billete y se lo dio a Peekaboo.

—Sí, con ella se puede hablar.

Mike había pasado parte de la tarde y toda la noche con Dolly. En el Ace todos conocían su historia, por supuesto, y su tristeza, y lo trataban bien.

Estaba tumbado en la cama en mitad de la noche, apartó la colcha con el pie y se acercó al vestidor. Miró a Dolly, en la cama, y asintió en dirección a ella y a la botella que había en la cómoda.

—Sí, por favor —dijo la chica.

Mike sirvió dos copas y señaló la polvera, que estaba abierta y llena de cocaína. Dolly negó con la cabeza.

Sobre la cómoda había también una pequeña fotografía enmarcada en la que aparecían diez adolescentes con ropa de domingo y, al final de la hilera, el predicador negro. Todos los niños llevaban un diploma enrollado en la mano y sonreían. Todos eran negros, excepto una niña menuda y blanca situada a un lado. La foto llevaba la inscripción: «Clase de confirmación, 1916, Iglesia Episcopal Metodista Africana, Benton Harbor, Michigan».

Mike examinó la foto.

—¿Tú estás ahí? —preguntó, y Dolly asintió—. ¿Quién es la niña blanca?

—No hay ninguna niña blanca.

—¿Cuál eres tú?

—Haces muchas preguntas —repuso Dolly.

—Vale, hazme una tú —dijo Mike.

—Háblame de tu chica blanca.

—¿Y qué he estado haciendo toda la noche?

Mientras Mike se vestía, Dolly bajó a la cocina llorando. Contó la historia y fue reconfortada por Peekaboo, que corrigió sus quejas.

—No son los «hombres»; ni siquiera son los «hombres blancos» —le aseguró—. Podríamos decir que es la naturaleza humana. Rara es la persona que, aun conociéndola desde hace tiempo, no comete alguna crueldad, normalmente contigo. Por cierto, ¿cómo se te ocurre liarte con los clientes?

»Aprendí muy pronto que había que dejarlos pagar aquí para que disfrutaran haciendo lo que les molesta allí —añadió en voz baja—. Pero tienen que pagar. Si algún día se te olvida, tendrás problemas.

—¿Y qué es lo que les molesta allí? ¿Qué es «allí»? —dijo Mike.

Ambas miraron hacia el umbral.

—Su casa —dijo Peekaboo.

Mike se quedó en la puerta trasera colocándose bien la corbata.

—¿Y qué es lo que les molesta? —preguntó.

—Lo curioso es que, cuando los hombres te cortejan —dijo Peekaboo—, todos los «sí, señora» del mundo no bastan, y luego te quitan las bragas sin tan siquiera preguntar. Pero, como esta casa es superior, lo pasan bien, son independientes y tratan a las chicas con respeto. Eso es lo curioso. Aquí disfrutaban tratando bien a una chica después de tirársela.

»Sí, la gente cree que me dedico a vender coños —dijo Peekaboo—. Pero las esposas ya tienen uno. No, yo vendo otra cosa.

—¿A qué viene esta conversación? —preguntó Mike.

—La primera norma que aprendí cuando empezaba fue que hay que obligarlos a quitarse el sombrero. No, es mentira.

—¿Cuál fue la primera norma?

—La primera norma fue: no vendas dos veces una virgen al mismo hombre. Por si no lo sabías, esa es la razón por la que hay que ir cambiando a las chicas.

—Yo simplemente agradezco que haya novedades —dijo Mike.

—Yo diría que las chicas también, pero todas saben que esa es su vida, el mismo techo agrietado o con espejos. En fin, zapatero a tus zapatos.

Peekaboo se levantó, fue hacia la puerta y le hizo un gesto a Mike por encima del hombro. Luego se dio la vuelta.

—La última vez que di consejos a un hombre, me dejó sin un centavo y ensangrentada. Me echó del piso que estaba pagando yo. Fui arrastrándome hasta la pasarela y me encontró el lechero. Creyó que estaba muerta, y puede que lo estuviera. Cuando ya has estado muerto, todo es más fácil, ¿verdad?

—Así es —dijo Mike.

—Yo lo sé de buena tinta —afirmó Peekaboo—. La gente dice que algún día todo empieza a cambiar. Pero, por lo visto, eso lo dice gente a la que nunca le ha ocurrido. Las personas a las que sí les ha ocurrido se reconocen entre ellas. Por eso digo que los negros no necesitamos el color de nuestra piel para calarnos unos a otros.

Peekaboo fue de nuevo a la mesa y se sirvió una copa.

—Sí... —se dijo a sí misma—. Hazlo en la oscuridad.

Acercó la botella al vaso de Mike, que lo tapó con la mano. Ella se la apartó.

—¿Vas a beber o no? —dijo—. No me toques los cojones.

Peekaboo le llenó el vaso hasta arriba. Mike se lo bebió de un trago y se acercó a la puerta, la abrió y salió cautelosamente al patio trasero. Era una zona pavimentada de nueve metros por seis. Junto al muro de ladrillo que daba al callejón había un pequeño banco de cemento. Si hubieran descubierto a alguien allí sentado, lo habrían tachado de excéntrico o de desviación a evitar.

En la esquina del banco descansaba una pesada llave de latón con una borla de color púrpura. Incrustada en los ladrillos había una puerta de roble.

Mike utilizó la llave para abrir la puerta con el esmero de una persona ebria. Después volvió a cerrar desde fuera, lanzó la llave al patio y echó a andar lentamente por el callejón.

A lo lejos oyó un camión de bomberos, y luego otro, desplazándose de este a oeste. El sonido fue a más cuando se cruzaron en el camino de Mike y luego se atenuó. El callejón daba a la calle Veintitrés. Mike giró hacia el este, rumbo al lago.

En el lago, tres barcos que transportaban minerales navegaban hacia las plantas siderúrgicas de Gary, situada más al sur.

Nada en el mundo olía como el lago Michigan, pensó Mike. Debía de oler a hogar, pues todo el mundo se sentía atraído por él y, cuando la gente pensaba en su hogar, pensaba en el lago.

Una vez había pasado una casta noche de verano con Annie Walsh en Promontory Point, al que se accedía por la calle Cincuenta y cinco. Las noches de verano acampaban allí familias negras y blancas, y Mike escribió que era una poza para el South Side en la que los opuestos se complacían en cesar las hostilidades. Y alguna que otra pareja, conteniéndose todo lo que podía, se retiraba bajo una manta y todos los vecinos respetaban la idea de que dicha pareja no estaba allí.

Annie había llevado un pícnic. Mike se bebió el vino y las dos tazas de café que guardaban en un termo. Después, ella se tumbó despierta entre sus brazos hasta que salió el sol, y Mike la acompañó a casa.

Su visita a Promontory Point se consideraba cierta y aceptable. Si hubieran ido a otro lugar, Mike habría tenido que idear una excusa que la familia de Annie habría considerado falsa. Pero el acuerdo tácito de la calle Cincuenta y cinco permitía también su uso como excursión permisible, con un estatus especial que dependía de la veracidad de su invocación.

Cuando Annie fue por primera vez al apartamento de Mike, insistió en volver sola a casa.

Él nunca supo qué excusas ponía a sus familiares, o si estos las exigían o simplemente aceptaban, enojados, tristes o resignados, su cambio de estado.

Porque, sin duda, Annie había cambiado; y, al ser objeto del amor, era aún más hermosa.

Ahora, cualquier cosa lo aturdiría al punto de paralizarlo: si era mejor encender un cigarrillo o no, o tomar una taza de té, o ir a la oficina, o salir de la oficina. Recordaba que antaño era capaz de decidir esas cosas, pero no que fuera inconsciente de tomar la decisión.

En los momentos de sobriedad sabía que aquello era tristeza. Sin embargo, no se correspondía con ninguna interpretación anterior del término. Supuso, por tanto, que nunca había sentido tristeza, ni por la muerte de sus padres, ni la de sus compañeros ni la del enemigo en Francia.

Dedujo que su tristeza por aquellas muertes era una cosa y esta era otra,

que lo primero era tristeza, una emoción que por lo demás le resultaba familiar, pero en esos casos la había magnificado. Sin embargo, perder a la chica era algo bien distinto para él.

El alcohol ayudaba, sin duda.

Y Parlow ayudaba bebiendo con él.

Comprendía a la perfección el concepto de que el tiempo curaría la tristeza, pero ya no entendía en absoluto el «tiempo».

Decidió descubrir a los asesinos y acabar con ellos.

Había matado en Francia, en el aire, y no le importó lo más mínimo; y había acribillado a tropas de infantería, lo cual le había provocado malestar.

Y había matado al observador de un Dornier, que se había estrellado muy cerca de las líneas aliadas, cuando aterrizó para despojar al avión alemán de algunos *souvenirs*.

Había tocado tierra a unos cincuenta metros del maltrecho avión y se acercó por detrás empuñando la pistola. Vio que el piloto había salido despedido y yacía en una postura de muñeca de trapo que uno nunca adoptaba en vida.

Al avanzar, meditando sobre la naturaleza transitoria de las cosas y burlándose a la vez de su petulancia, vio movimiento por el rabillo del ojo.

Era el observador del avión, que intentaba apuntarle con su ametralladora asomándose desde la cabina. A Mike le extrañó no haber oído el arma desplazándose en el raíl. Entonces vio cómo estallaba el pecho del artillero y se sorprendió al darse cuenta de que le había disparado.

La muerte no le suponía ningún problema, y le encantaba la idea de la venganza igual que al borracho le encanta beberse ese litro de ginebra que guarda para emergencias y cuya existencia había olvidado hacía mucho tiempo. Pero los pensamientos no amainaban. Sabía que en algún momento podían conducirlo a una resolución, pero no cuándo llegaría ese momento.

Los pensamientos, dedujo, eran tristeza, o culpabilidad, o la impenetrable mezcla de ambas cosas, porque ignoraba cómo sobreponerse a aquel estado. Sabía que su intimidad con la chica había sido un error si no tenía intención de casarse con ella, cosa que era incapaz de determinar conscientemente. Porque era fácil decirlo a toro pasado, pero, si verdaderamente así lo deseaba, ¿por qué no lo había hecho?

Le había propuesto matrimonio. Mike había interpretado las objeciones

de Annie como una mera declaración formal, porque sabía que ella lo amaba.

El problema al que ninguno de los dos necesitaba hacer alusión era la religión de Mike. Suponía que, con el tiempo, la familia de la chica lo aceptaría a regañadientes previa conversión al catolicismo. Para él, esa conversión era un precio a pagar, aunque pequeño si a cambio poseía a la chica. Y creía que sería tan honesto con el catolicismo como lo había sido con la fe protestante, lo cual no era decir mucho.

Sabía que la obediencia a sus leyes y censuras, fueran cuales fueran, sería absoluta, aunque no sincera. Y, ¿acaso no era asunto suyo y de nadie más?

Pero Annie estaba muerta. ¿Quién la había matado? Porque, con independencia de que lo considerara un accidente o una advertencia, su muerte debía de ser un mensaje para él. ¿Quién era la chica? Un ser encantador, angelical, bondadoso y perfecto que no solo era incapaz de hacer daño a nadie, sino también demasiado joven para haberlo hecho, un ser ajeno a la maldad hasta el momento de su muerte.

—Con la salvedad del pecado de la fornicación —dijo Mike, que intentó adoptar lo que concebía como una formulación católica de su amor ilícito.

Pero ¿por qué la atacaron? ¿A quién iba dirigido el ataque?

Si iba dirigido a él, ¿por qué falló? Y, habiendo fallado, ¿por qué no se había repetido?

¿Fue un ataque contra la chica como advertencia a Mike o como reprimenda? ¿Por qué?

Mike había pasado sus momentos de lucidez ponderando las permutaciones. Si la familia o amigos de la chica hubieran querido asesinarlo, lo habrían hecho.

No consideraba que sus ofensas a cualquiera de los poderes de Chicago fueran suficientes como para exigir la muerte de Annie; ni al ayuntamiento, ni a O'Banion y el North Side, ni a Capone y el South Side.

¿Pudo ser obra de alguien llegado del sur del estado que se había sentido molesto por sus artículos? Podía acusarse de algo así a todos los periódicos de Chicago. Entonces ¿por qué lo habían elegido a él?

Si no era una advertencia ni un castigo que hubiera invocado él mismo, ¿por qué había venido el asesino? ¿De qué servía una advertencia o un castigo si no veía clara la conexión?

En la ebriedad del primer mes pensaba que la familia había matado a la chica por vergüenza. Entonces, su beodo razonamiento se aclaró al extremo

de permitirle verlo como una solución siciliana, pero no irlandesa. Sabía que los irlandeses no solo consideraban la venganza un arte, sino un sacramento. Conocía la historia de la joven siciliana que fue descubierta encamada en el este de Chicago con su primo de catorce años. Le rajaron el cuello y obligaron al chico a mirar. Después, los sicilianos le cortaron el pene y le dejaron los testículos. Según explicaron a Mike, era una fórmula de larga tradición.

Pero Annie era irlandesa; la respuesta habitual era matar al hombre y enterrar a la chica en un convento.

Pero, si Mike no era el objetivo, debía de serlo ella. ¿Por qué crimen? No había cometido ninguno, desde luego. ¿El crimen de quién, entonces? ¿De su familia? ¿Quiénes eran? Simples floristas.

«¿Dion O'Banion? —pensó—. ¿Por qué? Los irlandeses son su pueblo y los propietarios de The Beautiful su gente. ¿Al Capone y los sicilianos? ¿Por qué? ¿Porque es un bruto?».

Quienes consideraban al señor Brown un simple bruto no habían reparado en la auténtica crueldad de la Masacre de San Valentín: los siete a los que habían llevado al paredón trabajaban para O'Banion, que era florista, y Capone había ordenado eliminarlos en su día más importante del año.

La crueldad más cierta era la ironía, pensó Mike, pero ¿dónde estaba la ironía aquí?

17

El memorando provenía del «Despacho del coronel Robert R. McCormick, editor, *Chicago Tribune*, el Mejor Periódico del Mundo». Decía: LIMUSINAS ROBADAS INTERÉS HUMANO.

Parlow lo retorció hasta convertirlo en una mecha, le prendió fuego y se lo acercó a la pipa.

—... No tira —dijo—. No tira porque la cánula está rota.

Se inclinó hacia Mike Hodge, que estaba sentado frente a él. Ocupaban su rincón predilecto en el Sally Port.

—Las limusinas no son noticia —comentó Parlow—. La pipa sí. Las limusinas ni siquiera son de interés humano. ¿Me estás escuchando?

—Soy un tarado —dijo Mike.

—¿Sí?

—Lo único en lo que podía perderme...

—Venga, cierra la puta boca —le espetó Parlow.

—... en esta vida...

—A lo mejor no me he expresado con suficiente claridad —dijo Parlow.

—... era la chica irlandesa.

—Ya, vale, pero está muerta. Búscate otra cosa. Eso ya no hace gracia. Me aburres. Y estoy seguro de que, como tú dices, también «te perdías» en los placeres de la aviación. Allí arriba, en las «nubes», quitando la vida a personas que, de no ser por un accidente geográfico, podrían haber sido tus hermanos.

En aquel momento entraron dos periodistas del *American* y se sentaron a la mesa.

—«Bombero, salve a mi hijo», grita la tipa, y lanza al bebé desde un cuarto piso. El bombero lo atrapa. ¿Cómo? Con la chaqueta, que sostenían él y su compañero. El chaval rebota y cae en brazos de... ¿Quién andaba por allí?

—Su tío —dijo Parlow—. Su padre. María de Rumanía y su perro Fluff.

—SU MADRE, HOSTIAS —dijo el hombre—. ¡Su madre!

—¿Su madre? ¿Tira al niño, baja corriendo y lo coge? —preguntó Parlow.

—No fue su madre la que lo lanzó, fue...

—¿Su tía?

—Dicen que era su tía. Era la zorra que se estaba tirando el padre. ¿Y qué hizo el padre? Se llevó al niño con él: «Túmbate en el sofá y no te muevas en media hora».

—Fue su madre —dijo Parlow—. Lo lanzó, tienes razón, y bajó corriendo a atraparlo. Habría sido mejor que arrastrara al niño escaleras abajo.

—A mí me han contado que había sido su tía —zanjó el hombre.

—¿Quién provocó el incendio? —preguntó Mike.

—Ah —dijo Parlow—, eso es lo interesante...

Más tarde estaban solos en el restaurante de Hop Li.

—El problema de los chinos —dijo Parlow— es que no pueden cerrar el local. Noctámbulos, polis, enfermeras, morbosos y tipógrafos con tinta en las manos.

Inclinó la cabeza hacia los hombres que terminaban el turno de noche. Generalmente eran corpulentos y grises, de aspecto eslavo. Muchos llevaban un mono debajo de la chaqueta. Muchos seguían llevando también el sombrero hecho con un periódico doblado, que era lo primero que habían aprendido de jóvenes cuando se habían estrenado en el trabajo.

—Tinta en los dedos, tinta en la sangre —dijo Parlow.

Mike se había pasado una hora callado y Parlow estaba fumando su pipa y bebiendo aguardiente en las pequeñas tazas de porcelana.

Mike se lo quedó mirando.

—Le enseñé *The Sheik of Araby* —dijo—. La versión original.

—¿La versión original? —dijo Parlow, y Mike asintió—. Qué honor haber sido el primero en enseñarle la canción. Sí, no pueden cerrar el local.

—Si quieres irte a casa, vete —respondió Mike.

—Mi casa es esta.

—Sí, le enseñé *The Sheik of Araby* —dijo Mike.

—Estoy convencido de ello.

—Cántala conmigo —dijo Mike. Parlow no medió palabra—. ¿Clem...? ¿Es que Valentino murió en vano, por el amor de Dios? ¿La gente saltando por la ventana de un segundo piso, cortándose las venas y la sangre corriendo y tú no piensas cantar *The Sheik of Araby*?

—Mike —dijo Parlow—, si quieres volverte loco, imita a un borracho. Es cosa tuya. Pero es una gilipollez. ¿Qué pasa? ¿Ahora te sientes avergonzado?

Mike hizo un gesto para pedir otra ronda. El camarero asintió y fue hacia la barra.

—Voy a proponerte una cosa —dijo Parlow—. ¿Qué te parece si escribes: «Cuántos deben morir, llorad, llorad»? ¿Quieres hacer eso?

Mike lo miró fijamente.

—¿Cuántos deben morir de qué? —preguntó.

—¿Y a mí qué coño me importa? No siento ninguna compasión por ti.

—Los cojones —dijo Mike.

—¿Los cojones? —repuso Parlow—. ¿Una chica que vivía tan protegida que nunca había oído *The Sheik of Araby* y su letra obscena? ¿Qué interés podías tener en desflorarla? Y ahora me dirás: «Por algún sitio hay que empezar». ¿Qué? —Mike negó con la cabeza—. Esto se llama tristeza. Debes recordar que, por costumbre, se sufre y expresa en silencio. Así que esa gilipollez de *Sheik* no es tristeza en estado puro, sino voces raras que ocultan... ¿Qué podrían ocultar?

—¿Qué?

—Dímelo tú.

—¿Qué?

—Dímelo tú.

—Vergüenza.

—Eso es —dijo Parlow—. Vergüenza de que no seas capaz de callarte, por el amor de Dios. Cállate o haz algo al respecto. O vuélate los sesos. A mí ya me da igual.

En ese momento llegaron las bebidas. Parlow y Mike observaron al camarero mientras las servía. Ambos admiraban su ausencia de falsedad en presencia del sentimiento de culpa. Parlow asintió a Mike como diciendo

«¿Lo ves?», y Mike asintió también.

—Pues eso —dijo Parlow.

—Vergüenza porque provoqué su muerte —dijo Mike, y Parlow se encogió de hombros—. ¿Provoqué yo su muerte?

—¿Y cómo coño voy a saberlo? —dijo Parlow—. No sabemos quién era ese tipo, a por quién iba ni qué había en juego.

Mike apuró su copa de un trago, cogió la de Parlow y se la bebió. Parlow levantó la tetera para rellenar las tazas y vio que estaba vacía.

—¿Puede traer alguien la botella, por el amor de Dios? —ordenó—. Putos chinos.

Poochy entró leyendo un periódico, dejó la funda de la cámara encima de la barra y levantó el dedo para pedir una copa. Entonces vio a Parlow y Mike, se acercó a la mesa y señaló el periódico.

—¿Habéis oído ya la historia de la mujer que ha atrapado al niño? —preguntó—. ¿Mike?

—Poochy —dijo este—. Poochy, eso que has leído es un bulo. Para empezar, la que lanzó al niño no era su tía, sino la amante del padre. En segundo lugar, ningún bebé sobreviviría a una caída desde un cuarto piso por más que unos bomberos tendieran una chaqueta. En tercer lugar, ¿por qué no utilizaron la red? Teniendo en cuenta todo lo anterior, la verdadera historia es que llegó la mujer y su marido estaba follando a una chica. ¿A qué fue, sino a provocar el incendio? Y, para terminar, la historia nunca ocurrió.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Poochy.

—Porque llegaron Fitzgerald y Ross, del *American*, informando de la noticia y no olían a humo.

—Acabas de romperme el corazón —terció Parlow, y Poochy meneó la cabeza en señal de tristeza—. Enséñame algo que sea cierto.

Mike cogió el periódico.

—Página ocho —dijo Poochy.

—¿Página ocho? ¿Estás leyendo algo de la página ocho?

—Fue por accidente —respondió Poochy.

Mike abrió el periódico y leyó en voz alta.

—«*Ex Africa semper aliquid novi*». ¿Quién ha escrito esta mierda?

Parlow se inclinó hacia delante para leer el nombre del autor.

—Fitzgerald —dijo.

—«De África siempre llega algo nuevo», en palabras de Tácito. Y, como decimos ahora, de nuestra África del South Side: State Street, la calle

Treinta y tres, nuestro Broadway de color sepia, conocido como “El Paseo”. A primera hora de esta mañana, los bomberos han respondido a...».

—No lo dijo Tácito —dijo Parlow.

—¿Quién lo dijo? —preguntó Mike.

—¿Y yo qué cojones sé?

—«Sí, al sur de ese ecuador que es la calle Madison, la vida en su máxima expresión...» —continuó Mike—. No hablan de la tía o de quienquiera que estuviese en el cuarto piso.

—A lo mejor lo han hecho para vender periódicos —observó Parlow.

Mike dejó el ejemplar encima de la mesa y se lo quedó mirando.

—Sí. Es una manera de ganarse la vida, ¿no? —dijo.

—¿Tienes algo en mente? —preguntó Parlow.

—Tengo que hablar con una persona.

—¿De quién se trata?

—Tengo que hablar con los italianos —contestó Mike.

18

Desde hacía tiempo, era de dominio público que Parlow conocía a todo el mundo. Tenía, según él, «una conexión triangular» con los italianos y era «miembro asociado» de la comunidad japonesa y, como tal, conocía a los chinos gracias a un afecto común por «las cosas orientales», es decir, por el «opio».

Cuando Mike vio por primera vez la pipa y el cuenco en su piso, dijo:

—Eso explica muchas cosas.

—Muéstreme a un hombre que se contente con arrastrarse sobrio por la vida —dijo Parlow—. Pero, cuando lo hayas hecho, dejémoslo solo y busquemos compañía más agradable.

En lo que describía como un «libertinaje tristemente infrecuente», había alternado «con los grandes y los casi grandes en esa atmósfera de amor pasajero. Amor sin trabas, desconocido e insondable para quienes se hallan atrapados en este tugurio en un estado de rectitud y confusión».

—Eso explicaría tu falta de ambición —había dicho Mike.

—Digamos que contribuye a ella —había respondido Parlow.

Entre sus amigos íntimos había varios consumidores y proveedores del South Side.

Parlow había solicitado a sus amigos del South Side en nombre de Mike una entrevista con «alguien poderoso», y Mike había recibido una invitación para visitar su cuartel general, el Hotel Metropole, a las cuatro de la tarde.

En los ratos de inactividad, los camareros se preparaban para la llegada

de los comensales. Un hombre encamisado estaba afinando el piano de cola en el vestíbulo.

Un hombre pequeño y delgado, con pinta de violento, acompañó a Mike a la entrada del comedor y lo cacheó de manera bastante minuciosa. Después le requisó el abrigo y el sombrero y lo hizo pasar al comedor.

—Tenga las manos encima de la mesa en todo momento —le advirtió.

En una mesa esquinera había dos hombres con camisa que repasaban un libro de contabilidad. En la mesa contigua había un tercer hombre tomando tarta y un *espresso*.

Mike se acercó a la banqueta y el mayor y más corpulento de los dos se lo quedó mirando.

—Siéntese —dijo.

Mike se sentó delante de los dos hombres. El mayor era Jake Guzik, jefe de contabilidad de la banda de Capone.

—Sabemos quién es —dijo Guzik—. Lamentamos su pérdida e imaginamos que está aquí por eso. ¿Qué quiere? ¿Información? ¿Venganza?

Cuando Mike se disponía a responder, el hombre levantó la mano.

—Y, por supuesto, el hecho de que ande por ahí actuando precipitadamente no beneficia a nadie.

Por el rabillo del ojo, Mike vio junto a la barra al hombre delgado, que estaba observándolo disimuladamente.

—Agradezco que me hayan recibido —dijo Mike.

—No es cosa nuestra —respondió Guzik, y Mike asintió—. ¿Qué quiere preguntarnos? —Mike se encogió de hombros—. ¿Sabe que su pregunta podría ponernos en la coyuntura perfecta? Traedle una taza de café...

Al otro lado de la sala, el camarero le sirvió una taza y la llevó a la mesa en un platillo.

—Podríamos contarle cualquier cosa y usted sale de aquí y se carga a alguien a quien queremos ver muerto, lo cual, como comprenderá, es ventajoso para nosotros. También podríamos decirle quién puede haber sido y usted lo denuncia en un artículo para complicarle la vida. Podríamos hacer eso.

—¿Y por qué no lo hacen? —preguntó Mike—. ¿Por qué iban a hacer algo por mí?

—Porque usted hace reír a la gente —dijo Guzik—. ¿Qué le parece? Puede que algunos respeten el hecho de que es una persona honesta que combatió en Francia. —Guzik se aclaró la garganta—. Y que escribió sobre

el incendio de Todos los Santos.

—¿Quién mató a la chica irlandesa? —preguntó Mike.

—Esta ciudad es violenta —declaró Guzik.

—¿Insinúa que no sabe quién le disparó?

—Teniendo en cuenta que hemos accedido a celebrar esta reunión, esa es la pregunta legítima —dijo el hombre—. La bochornosa respuesta es: correcto.

Mike se encogió de hombros.

—Gracias —dijo.

—No hay de qué. Nosotros esperamos dos cosas: que encuentre la paz y que no cometa ninguna estupidez.

El guardaespaldas acompañó a Mike hasta la puerta del comedor. Mike pasó junto a Al Capone, que estaba acabando de comer en la mesa adyacente. Ambos fingieron ignorar la existencia del otro.

—Bueno —dijo Peekaboo—, podrían haberte enviado tranquilamente a matar a alguien, pero te han enseñado esa carta. ¿Por qué?

—Querían que los creyera.

—Eso es —dijo Peekaboo—. Por tanto, la pregunta es la siguiente: si lo que te han dicho no es cierto, ¿qué ganan?

—Que yo sepa, nada —respondió Mike.

—Opino lo mismo. A lo mejor es cierto. A menos que sintieran lástima por ti. No lo sé; si han confesado que lo ignoraban, lo cual es una debilidad, están diciendo «yo también he pasado por eso», lo cual es una oferta de compasión.

—Eh... —dijo Mike.

—Sabemos que son unos sentimentales —comentó Peekaboo.

—La mayoría de los delincuentes lo son.

—Sí, es posible —dijo ella—. Cuando no les cuesta nada. Pero muéstrame a alguien que sea sentimental consigo mismo, con su propia desgracia.

—¿Y cuál es la cura para la desgracia? —preguntó Mike.

—Estábamos en el sur. Sí, estábamos en el sur y se cargaron a mi hermano. Lo que se llevaba en aquella época era clavar los testículos de la víctima a un árbol. Le clavaban las partes privadas o, como suele decirse, «la polla y los cojones», a un tronco. Utilizaban un clavo oxidado si había alguno

por allí. Un clavo de la vía del tren... —Miró a Mike, que asintió ligeramente—. Cogían un clavo de la vía del tren y lo golpeaban con un martillo. Luego se marchaban y, o lo dejaban morir, o acudían sus amigos a liberarlo.

Peekaboo se volvió hacia la ventana y arañó la escarcha del cristal con una uña.

—Siempre he pensado que lo peor fue que aparecieran sus amigos —dijo—. Qué vergüenza debió de sentir aceptando su ayuda, que consistía en castrarlo, cuando lo que quería era morirse.

»Y me contaron que estaba muerto cuando llegaron... —Mike levantó la cabeza y la miró—. Sabíamos que no lo estaba. Los chicos blancos no lo mataron, porque eso habría acabado con la diversión, con un castigo apropiado, algo que durara.

—¿Por qué lo castigaron? —preguntó Mike.

—Por ser negro. El pretexto fue que estaba tirándose a una chica blanca de la ciudad, una putita.

—¿Y era cierto?

—Sí, lo era —dijo Peekaboo—. Pero no le pagaba. La chica interpretó que se había cansado de ella y buscó venganza.

»Pero yo siempre supe que, o lo mataron sus amigos a petición suya, o se quedó a solas con el cuchillo y lo hizo él —dijo mientras se quitaba una pizca de tabaco del labio—. Tenía veintidós años. Lloramos su pérdida. El pastor y el enterrador no nos dejaron verlo de cuello para abajo.

»Yo habría matado a esos hijos de puta. Los chicos querían hacerlo y los blancos hubieran contraatacado, por supuesto. Eso no impidió algún que otro accidente. Murió un chico blanco que conducía demasiado rápido. Otro salió a cazar, tropezó con un tronco y se pegó un tiro.

»¿Por qué no te quitas el abrigo?... Aquí hace mucho calor —dijo—. He leído toda esa mierda. Bélgica, etcétera; los alemanes violando a monjas.

—No estuve en Bélgica —dijo Mike.

—Quítate el abrigo.

Mike miró en derredor y después se quitó el abrigo y la americana.

—No, no estuviste en Bélgica. Estuviste en... ¿Dónde estuviste?

—En Francia.

—Ah, sí —dijo Peekaboo—. ¿Y viste esas casas elegantes de París?

—No exactamente.

—¿No?

—Podías tener a cualquier chica de Europa a cambio de un chicle —dijo

Mike.

—¿Princesas y todo...? —preguntó Peekaboo.

—No lo dudes.

—Vaya, ¿qué te parece?

Ambos guardaron silencio unos instantes.

—... A la deriva, a la deriva —dijo Peekaboo—. A algunos les pasa. Supongo que los viste por allí. Son incapaces de recobrar la cordura, o puede que nunca hayan estado cuerdos. Eso o la coca, lo que los mate más rápido. Alguien dijo que lo hacen para vivir, pero sabemos que no es así.

Dio una honda calada al cigarrillo, echó la cabeza atrás y exhaló el humo proyectándolo hacia el techo.

—A la deriva —continuó—. Los que pueden recurren a Jesús, «el que alivia toda desesperación». Pero podrías conseguirlo igual de rápido con una cuchilla. Algunas chicas se han suicidado en esta misma casa. —Bajó la mirada a la mesita y tiró la ceniza en el cenicero—. Y lo entiendo.

Sirvió dos copas. Mike cogió una y se tragó el ron que acababan de ofrecerle. Después volvió a llenarse el vaso.

—La gente se vuelve loca —dijo Peekaboo—. He oído a muchas levantarse por la mañana y decir: «Hoy es el día de mi muerte». Y lo sienten así. ¿Es cierto?

—Podría ser —respondió Mike.

—Porque cualquiera que haya vivido una vida larga ve cosas. Pueden ser aterradoras o no. Depende.

»Muchas cosas pueden sanar por la gracia de Dios, no diré que no, porque lo he visto. Pero no puedo decir que me conmueva llegados a este punto, o a estas alturas, o como quieras decirlo. Más bien es un consuelo cuando pienso: “Eso no es una bendición”.

La respuesta a su tristeza le resultó más nítida a Mike cuando entró en coma etílico. Y la respuesta era borrar la pregunta. Se encerró en el piso, donde lo encontró Parlow, de cuyas atenciones había huido. Después, un policía lo descubrió ensangrentado y desvariando en LaSalle con Jackson. Mike atacó al agente, que lo redujo a golpes de porra.

Los abogados del *Tribune* tocaron las teclas necesarias. Retiraron los cargos por agresión y Mike fue puesto bajo custodia de Clement Parlow.

19

Parlow lo llevó al piso de Yuniko. Iba por la mañana y por la noche con el médico y a veces le hacía una visita por la tarde y fumaba un cigarrillo con él.

El médico le inyectaba paraldehído. Al cabo de una semana, el *delirium tremens* había remitido, pero las inyecciones continuaron. Mike dedujo que eran opiáceos. En cualquier caso, le provocaban somnolencia y concluyó que anhelar la muerte le brindaba una magnífica libertad para que le importara una mierda todo lo demás.

Había allí un anciano japonés con chaqueta de punto. Debía de andar siempre cerca, porque, ante cualquier ruido o movimiento por parte de Mike, entraba en la habitación.

Al principio le administraba alcohol, tres centilitros cada hora, día y noche. Siempre encontraba a Mike esperándolo despierto.

El hombre le servía sopa clara y galletas dos veces diarias. Mike apenas probaba la comida y su cuerpo empezó a apestar a alcohol excretado, a paraldehído y a la hambruna que estaba devorándolo.

Hallaba cierto consuelo en la revelación de que su mente también estaba podrida, pero la idea no tardó en esfumarse y solo le quedaron los hechos.

Recordó un poema de hacía mucho tiempo, un poema de sus años de colegio.

«Si por circunstancias os ofende vuestro ojo, arrancáoslo, joven, y estaréis completos [...] Pero comportaos como un hombre; levantaos y acabad con vuestra vida cuando la enfermedad sea el alma».

Igual que le ocurría de joven, le reconfortaba considerar al poeta un fraude y un idiota. Porque, ¿quién podía aconsejar al atormentado si no sufría

su propio tormento? Y, en caso contrario, ¿por qué el consejero no había seguido su propio consejo?

No entendía cómo era posible que la chica hubiera muerto y recurrió a un problema que para él era más sencillo: ¿quién había cometido el asesinato y en venganza o advertencia por qué afrentas de Mike?

Pero, en realidad, las dos preguntas no guardaban relación.

Mike se dio cuenta de que había pasado a la segunda porque era solucionable, al menos potencialmente. Pero podía seguir razonando para no encontrar solución, pues tenía todo el tiempo del mundo. En su encarcelamiento le parecía que cada momento no era más largo que el anterior, pero sí lo suficiente para durar para siempre.

—Entender el proceso no te exime del mismo —le había dicho Parlow.

—¿Qué eximiría a una persona del proceso? —había preguntado Mike.

Recordaba que habían estado hablando de lujuria o de amor, pero no exactamente de cuál.

Cuando podía, se pasaba el día durmiendo. A menudo, entre el sueño y la vigilia, oía al médico cuchicheando con Parlow. Recordaba una voz, que debía de ser la de su cuidador, hablando en japonés y tal vez obteniendo respuesta de una mujer. Pero nunca la vio. Dedujo que debía de ser Yuniko, la amante de Parlow, y sonrió al recordar la lección del periodista novato: «Nunca des nada por hecho».

Mike disfrutaba con cualquier hilo de pensamientos que pudiera seguir, el tiempo que fuese, para desterrar su obsesión con el suicidio.

«A Pat y Mike los hallaron muertos en el salón. Las únicas pistas eran un charco de agua a su alrededor y un gato en el rincón. ¿Qué ha ocurrido?». Un anciano borrachín se lo decía en el bar a todos los periodistas novatos en su primera semana.

«Nunca des nada por hecho».

—Pat y Mike eran peces de colores —dijo Mike en voz alta, y sonrió.

Y entonces, la historia que se contó a sí mismo terminó y sus pensamientos ya no eran suyos. Alternaba el delirio absoluto con la obsesión. En ocasiones se reprimía confeccionando listas.

Las listas eran su legado. Tenía pocas posesiones, pero planificar su reparto lo mantenía ocupado. Cada una de ellas iría acompañada de una nota que determinaría, como si eso fuera necesario, su consideración y, por tanto, la pérdida que su ausencia supondría para el mundo.

Asignaba el discurso «Nunca supimos cuánto sufrió» ahora a tal

receptor, ahora a tal otro, y luego se sonreía ante su fatuidad. Pero no dejó de hacer listas.

Muchos años atrás le había hecho daño a una chica.

Le había contado la historia a Peekaboo al final de una noche de borrachera.

Una de las chicas estaba preparando el desayuno, que consistía en una sartén con los alimentos que no habían vendido la noche anterior. Siempre había patatas y huevos y carne o pescado, todo ello aderezado con abundantes especias y pimienta.

—Una vez —había dicho Peekaboo—, las chicas de Nueva Orleans lo llamaron «potofé». Ya sé que es *pot-au-feu*... Pero, que yo sepa, nadie le ponía nombre. Una cosa sí la sé: para prepararlo tienes que ser puta.

Marcus y la chica que estaba cocinando asintieron.

—O haberlo sido —añadió Peekaboo—. De lo contrario, es imposible.

La chica sirvió con el cucharón dos abundantes raciones en unos cuencos y los dejó delante de Peekaboo y Mike.

—Gracias, cariño —dijo Peekaboo.

—¿Has oído hablar de la *puttanesca*? —preguntó Mike.

—No, no la conozco.

—En Italia la hacen con macarrones.

—Ajá —dijo Peekaboo.

—*Puttanesca* significa «al estilo de una casa de putas».

—No hablarás en serio...

—Sí, va en serio —repuso Mike.

—Qué curioso —dijo Peekaboo—. ¿Y qué lleva?

—Macarrones —dijo Mike—, huevos, bacón, jamón, pollo o lo que haya sobrado aquel día.

Todos los ocupantes de la cocina asintieron en un gesto de apreciación por las variaciones humanas sobre un tema.

—Lo más importante es que lleve especias, pero muchas, y cerveza o ginebra. Tienes que quemar esa cosa.

Esa cosa, interpretó Mike, era la noche, y sus esfuerzos y traumas.

Mike había confesado su desertión de lo que, para el propósito de la historia, recordaba como su primer amor.

—Cariño —dijo Peekaboo—, esa chica te olvidó hace mucho. Para empezar, el mundo funciona así —dijo mientras hacía un gesto que abarcaba todo el establecimiento—. Ya ves cómo son los hombres. ¿Te crees inmune?

Qué benévolo eres cuando te valoras a ti mismo. ¿Siendo un ser humano? ¿Es que no te la tiraste? Pues espera diez minutos y vendrá el siguiente. Te olvidó hace mucho tiempo.

»Posiblemente salió de casa, virgen otra vez, y se casó con el empleado de banca; tú, en cambio, tienes que llevarlo todo este tiempo alrededor del cuello como si fuera un relicario. “Debió de ser fantástico, porque mira qué mal me siento”. Eso son chorradas de altos vuelos. Ahora puedes deshacerte de ese amuleto mágico. Te hace sentir demasiado bien.

En la habitación de la chica japonesa barajó la posibilidad de añadir su traición de juventud a lo que consideraba su responsabilidad en el asesinato de Annie Walsh. Sin embargo, descubrió que no empeoraba ni atenuaba su angustia, que, como bien sabía, no era tristeza ni remordimiento, sino locura, y difería de esos sentimientos en que no se podía estudiar ni manipular.

Transcurrió un mes. Llegaron Parlow y el médico.

Mike pidió comida más suculenta. Se la sirvieron e interrumpieron la administración de licor. Pasadas seis horas sin la ración de alcohol, Mike rebuscó en el apartamento. Encontró veintidós dólares dentro de un jarrón de cerámica que había en una estantería de la cocina, los cogió y se fue.

SEGUNDA PARTE

20

Estaba borracho como una cuba en la cabaña del río Fox. Su contrabandista, el chico polaco de Milwaukee, pasaba dos veces por semana a llevarle licor y comida. Esta última apenas la tocaba. El muchacho le preguntó si había estado «allí», y Mike respondió que era demasiado joven. El chico lamentó que él también era demasiado joven. Ambos coincidieron en que no sabían lo que se habían perdido y en que nunca volvería a existir un espectáculo como aquel.

Mike decía que sí a todo con tal de que el muchacho se fuera. Su discurso era como la insoportable exploración de una herida y, después de la segunda conversación, Mike siempre había querido matarlo. Era una rabia distinta de la que había sentido a veces combatiendo.

Para él, las razias aéreas eran un cálculo. Que un cabeza cuadrada hubiera derribado a un compañero suyo no intensificaba en modo alguno su determinación de matar ni alteraba su estado de ánimo. Él estaba allí para acabar con el oponente en el aire o en tierra, y punto.

Despreciaba a los ingenieros de la guerra, a los burócratas, los generales y la prensa. Si un botón o mecanismo similar hubiera podido consignarlos a la eternidad, lo habría pulsado con entusiasmo. Al principio, consciente de ese odio, se hizo innumerables preguntas. «¿Qué pasa con sus familias, sus hijos, sus supuestas buenas obras y demás?», se decía. No tenían la menor importancia. Se preguntaba también si sus ganas de matar eran iguales que las del enemigo. No, concluyó, las del enemigo eran ideológicas. Jamás podrían conocer, en su vertiente más homicida y ante el rotundo éxito de sus planes descerebrados, descuidados y violentos, la felicidad virtuosa que lo

inundaba a él cuando fantaseaba con su muerte.

Muchos le habían hablado de las Atrocidades Alemanas, de los bebés ensartados con bayonetas, de los niños a los que les habían cortado las manos, etcétera. Nunca había puesto en duda que algunas de aquellas historias eran ciertas. «Podrían serlo —pensó—. Somos capaces de casi cualquier cosa».

Pero no recriminaba a los alemanes que circularan historias sobre ellos. Si se encontrara a uno, lo consideraría un hombre igual que él. E intentaría matarlo.

Todos habían oído hablar de la Tregua de Navidad de 1914 y 1915. Había hablado con soldados de infantería que aseguraban haber formado parte de ella. Mike cuestionaba sus historias, ya que, por supuesto, buena parte de la infantería de los dos primeros años estaba muerta. Pero, otorgándoles el beneficio de la duda por puro entretenimiento, escuchaba el relato de la tregua: cómo salían de la trinchera primero un hombre de un bando y luego su número opuesto.

Cómo se reunieron aquellos hombres, valientes o locos, en tierra de nadie e intercambiaron tabaco y *schnapps*, cómo la tregua se propagó por batallones enteros, que también se citaron en tierra de nadie el día de Navidad para confraternizar, cantar y regalarse insignias hasta que, como en todo cuento de hadas, al tocar la medianoche...

«Muy bien», pensó Mike.

Conocía a dos pilotos, huidos a Suiza y repatriados, que hablaban de un trato magnífico en las bases alemanas a las que los habían trasladado.

—Existe el mito del Combate Único Glorioso —dijo Mike—. Su rasgo más pernicioso es que es cierto.

Como cualquier aviador, sentía un profundo respeto por cualquier maniobra bien ejecutada. No le parecía incongruente que algunos de aquellos hombres tan cualificados pudieran emplear sus habilidades para matarlo.

Cualquiera que hubiese pilotado alguna vez sabía nada más despegar que ese vuelo no solo podía ser el último, sino que lo sería si no era diligente en cada aspecto de la expedición y a la vez lo ponía en duda.

Para sus compañeros, la muerte no era preferible, pero no les parecía un castigo ilógico o inmerecido por la falta de destreza; tampoco era injusto o indigno haberse quedado sin suerte.

Se podía temer una desfiguración terrible, pero siempre existía el antídoto, administrado por uno mismo o por sus amigos.

Un Nieuport biplaza en llamas se había estrellado en un campo. El mono del piloto estaba ardiendo. Dos mecánicos lo sacaron a rastras de la cabina, lo alejaron cinco metros y apagaron el fuego con mantas. Un tercero había vuelto a la cabaña, salió metiendo una bala en el Springfield y corrió hacia el avión para disparar al observador atrapado.

Y se podía anhelar volver a casa, que finalmente siempre equivalía a Madre o amor; al margen de eso, para Mike «casa» apenas significaba nada, y tampoco significaba mucho más desde su regreso.

Amaba su trabajo y su proximidad con la violencia, que, como sabía, era una droga, y amaba a la chica irlandesa; y ahora estaba enfermo y afligido en esa tristeza imposible de la traición que suponía que la vida le hubiera roto el corazón.

El polaco pelirrojo se apoltronó junto a la estufa de leña a limpiarse las uñas, que llevaba largas y mugrientas, con una astilla. Dedicaba un buen rato a cada una y luego examinaba el extremo de la astilla. Mike pensó: «Esta vez lo mato».

El chico estaba hablándole de varios amigos de su tío y de sus métodos para iluminar a los ciervos con la linterna, lo cual desembocó en una conversación sobre sus esposas y cómo cocinaban.

—Mi tío me llevó a comer carne de venado en casa del tío Wally —dijo—. En realidad no era mi tío. En polaco se dice «*pan*», que no sería «tío», pero se acerca más que «señor». Creía que su mujer se llamaba Zosh, pero me parece que era su hija.

Mike se dio cuenta de que había conocido a muy poca gente verdaderamente tonta. De haber estado en su sano juicio, pensó, tal vez habría valorado a aquel muchacho como un milagro perfecto, pero estaba enfermo y borracho.

Hasta que vio la actitud de asombro y ofensa del chico no se dio cuenta de que había dicho: «Necesito estar solo, joder». Parecía que lo hubiera abofeteado. Tardó un momento en procesar el insulto y luego se levantó y salió de la cabaña.

«No será la primera vez que alguien le ha pedido a ese lerdo que se calle. O a lo mejor ha aprendido tan bien el truco que todo el mundo se compadece de él. En fin, que le den por culo», pensó Mike.

Los objetos asesinos de la cabaña volvieron a sus usos pacíficos originales: el mazo, el espetón y el cuchillo de cocina. Poco a poco, la sala se recuperó de su aventura como guarida de un carnicero.

Mike seguía temblando a causa de la adrenalina. «Supongo que verdaderamente iba a matarlo», pensó. Aquella idea lo mantuvo a salvo de su tristeza unos momentos. Ahora sentía amor por el chico polaco, que le había ofrecido distracción. «Habría sido más intenso si lo hubiera matado», concluyó, lo cual prolongó la fantasía una vez más. Mike dio vueltas a la idea casi toda la tarde hasta que decayó y volvió a quedarse sin nada.

Parlow bromeaba con que el país había contraído una deuda incalculable con Mike, ya que era el único excombatiente que no había publicado un libro sobre la guerra.

—No hay nada que contar —dijo Mike—. Y, si lo hubiera, no lo contaría.

La explicación, que volvió a dar en el Port, no significó una mejora de su estatus, pero sí del aprecio por su sagacidad. La opinión generalizada entre los más veteranos era: «Parece que este chaval ha estado conteniéndose».

Y Mike había llegado a la conclusión de que tampoco había nada que decir sobre la aviación, que, según comentó a los chicos una noche de borrachera, era como el sexo: hay que vivirlo.

Se había arrepentido profundamente de aquella ocurrencia, pues era información de índole privada compartida jocosamente con no iniciados.

Porque ambas cosas (y no era asunto de nadie, excepto del piloto) estaban relacionadas, por supuesto. Y con la salvedad de la consideración hacia la «madre» o «la chica de al lado», pocos aviadores le hubieran tenido miedo a la muerte de no ser porque, lamentablemente, restringía los vuelos o la fornicación con alguna tabernera adolescente.

Y ahora la vida de Mike se había visto corrompida por la muerte de su chica. «¿Qué clase de hombre mataría a una muchacha inocente?», se preguntaba. La respuesta era, claro está, un «hombre malo», y volvió al punto de partida, donde sus insistentes pensamientos estaban trillados y le dejaban una ira y una sensación de pérdida intolerable. «Un hombre malo» y, por supuesto, él lo era.

Porque amaba de verdad a la irlandesa. «¿Y quién no la amaría? No tenía ningún mérito —pensó—. Era un ángel».

Siempre que reunía valor, volvía a los recuerdos de su primer encuentro, racionándolos para evitar que un uso excesivo los viciara.

El pacto de su amor a primera vista había cesado, como todos,

súbitamente, y había dejado a Mike aturdido. Una vez se le había ocurrido una brillante idea que los chicos del Port bautizaron *appersoo* —que podía desentrañarse la estructura de la mafia observando a sus floristas— y siguió la pista. En este caso, la pista era la etiqueta de la floristería, WALSH'S THE BEAUTIFUL, que adornaba las ofrendas más grandes y fastuosas de la mafia.

Mike había abierto la puerta que daba a Clark Street.

En su primera visita no había preparado ninguna historia que justificara su presencia, pues siempre había creído que urdir una improvisación por anticipado era hacer trampa. Como siempre, confiaría en su inspiración y en la suerte.

Pero las diversas y obvias posibilidades —mi tía ha fallecido, estoy planeando una boda o, *in extremis*, trabajo para el *Trib* y estamos preparando un artículo sobre arreglos florales para festividades—, todas ellas y sus equivalentes más mundanos, le fueron esquivas. Tampoco comentó que no se le ocurría nada, sino que se quedó allí mudo, contemplando a la chica que lo miraba desde el otro lado del mostrador.

Pasó un rato y ni él ni la chica se habían movido. Era el impulso más extraño que sentiría en su vida: ir al otro lado del mostrador y poseerla. Ella se dio la vuelta poco a poco y Mike vio que lo sabía, pues bajó la mirada en el gesto más primario de modestia y conformidad. Mike estaba acercándose a ella cuando sonó la campanilla de la puerta y entró un cliente.

Mike se volvió hacia la propietaria.

—Soy periodista —anunció—, y estoy escribiendo un artículo sobre flores de fuera de temporada.

La chica sonrió.

El tren elevado pasaba cerca de las ventanas de su piso, situado en una segunda planta. En su primera visita, la chica se sobresaltó por el ruido. A partir de entonces, igual que los habitantes del edificio, dejó de notarlo.

En las ensoñaciones de Mike siempre era invierno. Su tristeza no se retrotraía hasta sus recuerdos en Rainbow Beach o los paseos otoñales por el lago hasta el espigón de North Avenue, donde ellos, como todos los demás, se detenían siempre a contemplar la ciudad, ahora revelada como algo hermoso.

Pensaba en ella incesantemente, desnuda y envuelta en unas mantas demasiado ásperas para su piel irlandesa, en su cuerpo blanco, enfundado en

la bata de Mike y acurrucado contra él en la cama. Ya no podía hacerlo, porque estaba muerta.

El ciclo de remordimientos, autocompasión, anhelo y culpabilidad solo podía verse interrumpido por el alcohol. La bebida lo estaba matando y él se sentía agradecido.

21

A causa de una disposición madurada por la experiencia, Parlow desconfiaba ya de todo.

En la sala deL local todavía podía distinguirse el viejo cartel que decía: «Cree poco de lo que veas y nada de lo que oigas». Era una declaración de la fe de Mike y, como cualquier fe adoptada con sinceridad, su práctica exigía un precio y una devoción recompensada. El precio no era solo que el acólito reconocía la vida como un ejercicio de locura, maldad y engaño, sino que tal percepción no le impedía participar de ese mundo maligno. Asimismo, un auténtico conocimiento del mundo debía entrañar dudas, tanto hacia sus compañeros como hacia su propio proceso mental y razonamiento.

Hacía mucho tiempo que Mike no comentaba la hipocresía y locura de los demás, pero cada vez era más consciente de la suya. ¿Qué se podía decir en los bares, en los escenarios del crimen, en la cárcel, en el depósito de cadáveres, en el cementerio o en el piso del doliente? No había nada que decir. Había bebida y el humor más negro, y había silencio. Y si, en efecto, Dios existía, para los periodistas la única relación posible con Él era a través de las prácticas antes mencionadas.

Pero, como en cualquier práctica religiosa estricta, había recompensas. Y, para el periodista, la recompensa era que en ocasiones podía descubrir la verdad.

A veces, gracias a una diligencia o intuición casi siempre tildada de suerte, era capaz de dar con el asesino, la cuenta bancaria oculta o el cónyuge fugado, la pieza que permitía que una colección por lo demás aleatoria de infortunios hilvanara finalmente una narración humana.

La práctica constante de la duda hacia lo material y la incredulidad ante cualquier testimonio humano despertaba varios instintos en los periodistas, al igual que en los jueces, los policías, las enfermeras y otros miembros de la tribu de la noche.

Puesto que casi siempre veían mentiras, un ejemplo infrecuente de la verdad era fácilmente identificable para ellos. Su vida estaba cimentada en la duda, pero no eran dados a la negación. Su única devoción irrefutable era la verdad independiente de su aceptabilidad, o incluso de su utilidad. Para ellos era lo único bueno. Rociándose el aroma de la verdad, procedían bastante ajenos a lisonjas, intimidaciones o distracciones.

Parlow hablaba una y otra vez de su vieja amiga, la «posibilidad».

«Señor Parlow —podía aventurar un novato—, ¿cómo ha acertado a cuestionar X en lugar de Y?» o «¿Qué lo ha empujado a telefonar al puerto deportivo además de a la oficina de alquiler de coches?».

—Hijo —respondía él—, hay dos cosas: probabilidad y posibilidad. ¿Es probable que el reverendo se follara y asesinara a un joven miembro de la parroquia? No te quepa duda. De ser así, ¿qué es probable que hiciera a continuación? Decir que él no lo hizo, que estaba solo en casa, rezando. Si eso es cierto, ¿es probable que tomara un tentempié? Yo creo que sí. ¿Y tú? Si una persona pasa cinco horas sola por la tarde, se prepara una comida ligera.

»Estamos en la cocina. No hay platos en el fregadero ni en el escurridor. Tampoco los hay en la estantería. ¿No hay rastro de agua, ni restos de comida, bolsas de té o latas vacías en la papelera?

—Es posible —decía el novato.

—Muy bien —respondía Parlow—. Sin embargo, el tipo es fumador. Empedernido. Cinco horas en casa y no hay colillas en los ceniceros. ¿Los vació? No hay colillas en la papelera. Ese hombre no estaba en casa.

»No estar en casa no es delito. Pero si no estaba en casa y miente, significa que esconde algo. ¿Es probable que la noche en que murió ese joven miembro de la parroquia suyo, que había estado «recibiendo formación», nuestro hombre hubiera salido a hacer otra cosa que no guardara relación y sobre la cual se ve obligado a mentir? No es probable. Es imposible.

»Un hombre acabó en la silla eléctrica porque, cuando elaboró su mentira, olvidó llenar los ceniceros. Y nosotros preguntamos: si no estaba en casa, ¿dónde es probable que estuviera?

Ahora se hacía la misma pregunta sobre Mike Hodge.

Mike no estaba en su apartamento ni en el de Yuniko, ni tampoco en los lugares predilectos del *Tribune*.

Conjeturó que probablemente se había recluso, como haría cualquier animal herido, allá donde pudiera encontrar seguridad y confort.

Así que Parlow fue al Ace of Spades.

—No lo he visto —dijo Peekaboo—. Pero, si lo encuentras, dile que recaer no es ninguna vergüenza y que, si lo desea, sabe que puede venir aquí y, una de dos, hacer lo que le plazca o beber hasta morir. Sabe que aquí es bienvenido.

Después, Parlow probó en el Golden Dragon. Y Hop Li dijo que sí, que Mike había estado allí.

—¿Para pillar? —preguntó Parlow.

—Creo que ha dejado esa mierda —contestó Hop Li—. Vino a pedir dinero.

—¿Lo ayudaste?

Hop Li se encogió de hombros.

—Y luego se fue —dijo.

—¿Qué te debo? —preguntó Parlow, pero Hop Li negó con la cabeza. Parlow se disponía a marcharse, pero, en un momento de inspiración, se dio la vuelta y añadió—: ¿Dónde iba?

—Le pregunté.

—¿Y qué dijo?

Hop Li se encogió de hombros.

—Solo hizo este gesto.

Hop Li señaló el horizonte con el dedo índice. Parlow ya había visto ese gesto alguna vez.

22

Parlow encontró a Mike en la cabaña del club de caza del río Fox.

Vio que la puerta no estaba cerrada con llave y en ese momento le llegó el hedor desde la habitación. Mike estaba sentado a la mugrienta mesa de la cocina. Delante tenía tres botellas llenas y dos vacías, un vaso sucio, tabaco y la pistola Luger.

—¿Esa es tu idea de limpieza? —dijo Parlow, que acercó una silla y se sentó—. Por lo visto es un mecanismo delicado.

Mike no medió palabra.

—¿Me has oído? —insistió—. Es un mecanismo delicado. Dime algo.

—¿De qué hablas? —dijo Mike—. ¿De la mente?

—De la mente, sí —respondió Parlow.

La Luger estaba junto a la silla de Mike, encima de un pañuelo rojo extendido sobre la mesa. El aceite de la pistola había acartonado la tela. En la mesa había una botella de aceite oxidada y dos cepillos para limpiar el cañón. Parlow intentó desenroscar el tapón de la botella, pero era imposible. La pistola estaba cubierta de polvo. Sobre una esquina del pañuelo había una caja nueva de cartuchos. Parlow la abrió.

—Qué gracioso —dijo—. Se pegó un tiro accidentalmente mientras limpiaba el arma.

Mike se encogió de hombros.

Parlow quitó el cargador, que estaba vacío. Volvió a poner el seguro y vio la única bala que había en la recámara. El pestillo no estaba engrasado y soltó un chirrido.

—El arma está sucia —dijo.

—Cada uno hace las cosas a su manera —repuso Mike.

—Qué bonito. Cómo me echarán de menos; a mí, que incluso en la muerte aplaqué sus sentimientos ofreciendo una solución alternativa. No, no se quitó la vida, privándonos así de su entretenida presencia; él jamás lo habría hecho. Se disparó «por accidente» mientras limpiaba una pistola que no llegó a limpiar, con una bala que, curiosamente, estaba reluciente.

Parlow tiró del pestillo y la bala cayó al suelo.

—Mi pregunta es la siguiente: en vista de las pruebas, ¿qué cojones estás haciendo?

Mike bebió un sorbo.

—Si quisieras suicidarte, lo habrías hecho sin tanta pantomima. —Cogió una esquina del pañuelo—. Por tanto, deduzco que no querías «acabar con todo».

Parlow recogió la bala y, junto con el cargador y la pistola, se la guardó en el bolsillo.

—¿Y si quiero hacerlo más tarde? —preguntó Mike.

—¿Quieres hacerlo más tarde? Puto cobarde —dijo Parlow—. Nunca pensé que utilizaría esa palabra. No existe el «más tarde». Tuviste tu oportunidad cuando estabas hundido. Si quisieras hacerlo más tarde, sería por una estúpida sensación de consistencia. ¿Qué tiene eso de glorioso?

—Vete a la mierda —dijo Mike.

—«No me he suicidado consumido por la tristeza, pero ahora lo haré por una cuestión de idoneidad» —dijo Parlow—. Esto es brillante; ese «todo» era tu vida. No. Tú querías, y debo suponer que por esto les pagan a los psiquiatras, por escuchar a mujeres gordas y ricas a las que nadie quiere, ¡tú querías Acabar con tu Sufrimiento! ¿Eso es lo que querías? ¿Porque tu marido ya no quiere follar contigo?

»Aquí estás, sentado con tu tristeza. Con tu pistola alemana. Tu dilema, por tanto, no era que quisieras morir, sino que “morir”, y aquí me impresiono incluso a mí mismo, era la única escapatoria que en tu estado podías imaginar para esa tristeza tuya, porque a esta avanzada edad has descubierto un elemento ineludible de la vida. ¿Qué tal voy?

—No deseaba otra cosa en la vida que salir ahí fuera, recostarme en un árbol y volarme los sesos —sentenció Mike.

—Eso es mentira —dijo Parlow—. Porque, si fuera cierto, lo habrías hecho. Señálame el error de mi lógica. Deseabas más que nada en la vida imaginar un final para tu dolor que no fuera ese. Es obvio.

Mike sirvió dos copas y empujó un vaso hacia Parlow.

—A veces —dijo este—, una persona tiene que recobrar la sobriedad.

—¿Por qué? —preguntó Mike.

—Porque las únicas alternativas son volarte los sesos, cosa que no has hecho, o morir de intoxicación etílica, sentado encima de tu propia mierda y aterrorizado por los insectos de la pared.

Sobre la mesa había varias hojas de papel llenas de notas manuscritas. Parlow se puso a leer:

—«Deseaba más que nada en la vida imaginar un final para su dolor que no fuera el final de la vida». ¿La palabra «inadyacente» existe?

—Si tú quieres, sí —dijo Mike—. Lee a Walt Whitman.

—No puedo. Me corroe la envidia —repuso Parlow.

—¿Puedes irte? No me encuentro bien.

—Pues claro que no te encuentras bien —dijo Parlow—. Vamos —añadió agarrando a Mike del brazo.

—Has olvidado la parte en la que tienes que convencerme —dijo Mike.

—Vámonos. Aquí huele que apesta.

Mike no se movió.

—Provoqué la muerte de la chica —dijo.

—¿Y qué, joder? ¿Qué? ¿Iba a vivir para siempre? Está muerta. Tú no lo estás. ¿Qué problema tienes? Dicho de otro modo, aparte de los mecanismos de ese espléndido sanador que es el Tiempo, ¿qué quieres hacer? ¿Cuál es tu problema?

—Mi problema es que no sé quién matar —respondió Mike.

—A quién —corrigió Parlow—. Has sido derrocado. Y podría decir que lloro contigo, pero, por supuesto, no es así. Ambos debemos hacerlo solos, igual que el adolescente y el sexo. Los dioses han hablado y esto es lo que han dicho. Y ahora no solo llevas doce días borracho, sino que te contentas con la indudable revelación de tu insignificancia en el universo.

—La amaba —dijo Mike.

—Tu amor te ha dado una lección de humildad —observó Parlow—. Su cuerpo blanco y esbelto te ha dado una lección de humildad, y la muerte también, pero la auténtica humildad no es motivo de orgullo. Y tú hueles a rayos, punto y final.

—He estado bebiendo —dijo Mike—. Y he dejado de comer.

Encima del fregadero de la cocina había una bomba de agua, que Parlow utilizó para llenar la cafetera.

—Ven aquí —dijo.

Mike se levantó haciendo palanca y fue a la cocina. Parlow cogió del fregadero una taza azul marino descascarillada, la enjuagó y la llenó de agua fría. Luego se la tendió a Mike.

—Bebe —dijo.

Mike se bebió el agua de un sorbo.

—Ahora mete la cabeza debajo de la bomba —indicó Parlow.

Pero Mike había empezado a tener arcadas. Fue hacia la puerta, la abrió y vomitó sobre la nieve. Parlow echó unos granos de café en la cacerola, que dejó encima del hornillo, y se acercó a Mike.

—De un corazón roto podemos decir que adelgaza. Y te hace más pálido e interesante para el sexo opuesto, para aquellas que puedan sentirse atraídas por un loco borracho. Y es cierto. He notado, yo siempre tan observador, que el amor o la tristeza en el fondo se parecen a la locura. ¿Se parecen a la locura?

—Vete al carajo —dijo Mike.

—La tristeza se parece a la locura —respondió Parlow— que vimos en los rostros turbados y en el comportamiento de los que volvían de las trincheras.

—Tú jamás viste algo así en la estación de Veszy-le-Duc.

—Veszy-le-Duc era el segundo enlace ferroviario más importante de Francia, la llave y el candado del tránsito de hombres y material desde Le Havre hasta el frente. Me importa un comino tu actitud y estoy harto de jugar al gato y al ratón. Larguémonos de aquí.

23

Volvieron rodeados del frío nocturno de Wisconsin. La escarcha cubría el parabrisas y Parlow la raspaba periódicamente con la esquina de una caja de cerillas para practicar una pequeña abertura.

Cuando se acercaban a la frontera de Illinois, la caja era poco más que cartón mojado y Parlow utilizó las uñas.

—Tenemos que entrar en calor, joder —dijo Mike.

Parlow se detuvo en el pequeño puesto de vigilancia de la frontera y apagó el motor.

—Dame un minuto —dijo.

Mike se lo quedó mirando.

En la caseta había tres policías de Illinois apiñados alrededor de una estufa de carbón. Levantaron la vista cuando entró Parlow.

—Buenas noches —dijo.

—¿Quién coño es usted? —preguntó uno de los agentes.

Parlow sacó la acreditación de prensa.

—Hemos venido a cubrir una noticia —dijo—. El periódico me ha encargado. Que escriba. Sobre el tema del control de carreteras. Y su efectividad. Mi pregunta es: ¿les ayudaría o entorpecería profesionalmente el ser mencionados como colaboradores de nuestra investigación?

La caseta de los guardias estaba llena de humo y la estufa despedía un calor excepcional, comparable al de una manta.

Bajo la mesa había cinco cajas de madera. Cuatro estaban cerradas y a la

quinta le faltaba la tapa. Un policía se agachó y sacó de ella una botella de whisky.

Mike estaba tumbado en un camastro situado en el rincón y Parlow bebía con los tres agentes. Tenía el cuaderno abierto delante de él y estaba entreteniéndolos.

Investigaban una muerte por incendio provocado, dijo. Un policía no identificado había visto un bulto raro en el revestimiento de las ruinas, todavía en llamas. Uno de los paneles de la pared estaba ligeramente combado hacia fuera. El policía cortó los bordes con un cuchillo y, al caer el panel, encontró una pequeña caja fuerte.

Alguien había forzado la puerta y, debido al calor, el metal conservaba aún un tono púrpura. Dentro de la caja fuerte había varios fajos de billetes grandes atados con gomas elásticas.

Los dos ocupantes del apartamento no podían estar más muertos y, según Parlow, el agente interpretó acertadamente que sería un desperdicio dejar el dinero a los bomberos.

La caja estaba demasiado caliente como para meter la mano, de modo que sacó los fajos uno a uno con el cuchillo. Estaba depositándolos encima de la mesa cuando oyó voces, y se abrasó las manos guardando el dinero en los bolsillos del abrigo.

Por desgracia, poco antes había estado limpiando su revólver reglamentario. Alguien había reclamado su presencia y él se había guardado en el abrigo el trapo empapado de aceite. El trapo se incendió, el abrigo también, y las balas del revólver reglamentario le estallaron a la altura del muslo.

Los policías se pusieron a gritar. Habían oído otra versión de la historia, pero la de Parlow era tan superior que nadie se planteó interrumpirlo o corregirlo.

Ellos conocían la versión en la que el «novato estaba curioseando», y uno de ellos había oído una variación en la que el policía convaleciente se lo había contado todo a su mujer, lo cual, por supuesto, era manifiestamente falso. Nadie sabía el nombre del policía, pero todos conocían a alguien que conocía a alguien que sí lo sabía.

Algunas versiones decían que el novato había dejado los fajos restantes debajo de la mesa y los había recuperado más tarde y se había retirado en

Florida. Que el cuñado del policía se había cerciorado de que la herida fuese considerada un accidente laboral, gracias a lo cual había recibido una pensión completa. Que no había sucedido en Chicago, sino en el este de San Luis o Gary. Que el policía llevaba el trapo en el bolsillo del abrigo porque pretendía matar a su esposa infiel, a su compañero, a un delincuente o a un acreedor.

Otras versiones sostenían la idea de que el revólver había sido robado de la taquilla del patrullero, quien en otra historia mantenía un romance con la mujer del policía en cuestión. El plan era disparar a la mujer a modo de reprimenda y volver a dejar el arma en la taquilla del patrullero. Otro barniz para matar el rato aquella triste mañana de Wisconsin era que el arma del crimen había sido devuelta al arsenal extraordinariamente poroso de la Guardia Nacional, donde no sería descubierta hasta el fin de los tiempos.

Pero uno de los policías afirmó que, aunque el depósito de armas hiciera las veces de mazmorra, también era la cueva del tesoro del ladrón. Un novato se preguntó: si los policías tienen armas y los delincuentes también, ¿qué compradores nos quedan? Un policía más veterano se puso el dedo al lado de la nariz, el neófito se mostró confuso y quienes sabían de qué iba apartaron la mirada en un gesto de repulsa por su indiscreción.

Nadie lo mencionó, pero se daba por hecho que tal vez no se había producido ninguno de esos incidentes, que aquellas historias solo eran ciertas mitológicamente, pero no por ello menos ciertas.

La tetera empezó a silbar en el hornillo. Parlow se levantó de la silla y estiró los brazos.

—Que lo haga Dowd —dijo un policía, y Dowd, el novato, se levantó.

—Ya lo hago yo —dijo Parlow, que se puso el abrigo, se lo abrochó y utilizó los guantes para sacar la humeante tetera de la caseta.

Un falso amanecer tiñó la noche de un agradable e indiscutible gris. Parlow se dirigió al coche y sus zapatos chirriaron al pisar la dura escarcha. Vertió el agua caliente en el parabrisas y disfrutó viendo cómo se fundía el hielo.

La caseta de los guardias estaba en mitad de la nada. La carretera de dos carriles discurría de norte a sur entre algún que otro árbol disperso y tierras de cultivo llanas. Hacia el sur, Parlow vio un Model A avanzando lentamente para trazar una línea recta en la carretera helada.

Cuando volvió Parlow, uno de los policías estaba calentando café en el hornillo. El frío se coló por la puerta abierta y el agente fingió que se echaba a temblar.

—Desde luego. Mike, despierta —dijo Parlow—. Despierta.

Mike empezó a moverse. Se incorporó lentamente, apoyándose en un codo, y miró a su alrededor.

—Desperézate, bebe un poco de agua, vomita y vámonos a la ciudad —dijo Parlow.

Mike asintió, pero no estaba durmiendo. Las carcajadas de los policías lo habían despertado hacía rato y la resaca le había impedido volver a conciliar el sueño. Y cuando Parlow había salido de la caseta, los agentes habían iniciado un cónclave más privado que Mike estuvo escuchando.

Los policías habían sustituido la historia del trapo para limpiar la pistola por otra sobre un abrigo. Un hombre con abrigo, muerto en el este de Chicago. El novato preguntó si era cierto que un ayudante de camarero había dicho que los asesinos de Jackie Weiss, unos tíos raros, llevaban abrigos de «corte forastero», que la declaración había sido eliminada y que al ayudante de camarero le advirtieron que no la repitiera, como sucedió ahora con el novato.

—Y, hablando del tema —le dijeron—, si pretendes seguir aquí, ¿qué coño haces soltando gracietas sobre el depósito de armas?

Y, en el silencio del novato reprendido, Mike oyó preocupación.

En el coche hacía un frío de muerte y la carretera estaba resbaladiza. Sobre el lago se cernía un amanecer enfermizo.

Al abrir los ojos, Mike vio los carteles rojos de Burma-Shave en la cuneta y los leyó uno a uno al pasar.

¿CÓMO HA PODIDO...
AL CAPONE ESCAPAR...
SIN UN SOLO RASGUÑO...
QUE LAMENTAR?

BURMA-SHAVE

—¿Qué hacían esos policías allí? —preguntó Mike—. ¿Esperamos una invasión de Wisconsin?

—No adoptes esa actitud —dijo Parlow—. Evidentemente, estaban buscando contrabandistas. ¿No te parece un trabajo de lujo? Te pasas el día sentado, calentito y bebiendo.

—¿Por qué eran raros esos tíos? —dijo Mike.

—¿Qué tíos?

—Unos matones con abrigo. Los dejaron en el este de Chicago. Unos abrigos raros. Mataron a Jackie Weiss. Dijeron que eran «tíos raros».

—Sí. Has estado desconectado. Abrigos, sí. Con unas mangas raras. Mangas raglán —dijo Parlow.

—¿Qué es una manga raglán? —preguntó Mike—. ¿Por qué son raras?

—Lo raro... —dijo Parlow—. ¿Qué encontraron en el abrigo del tío de las dunas? ¿Tú qué crees?

—Tengo demasiado frío para saberlo —repuso Mike—. ¿Al rey de todos los belgas?

—No —dijo Parlow—. Caramelos.

—Repite eso —dijo Mike.

—En el bolsillo, una bolsa grande de tela atada con un cordel. Caramelos.

—Así que le gustaban los caramelos —observó Mike.

—Lo curioso es la bolsa atada con un cordel. El cordel estaba unido con pegamento y la policía necesitó un cuchillo para abrirla.

—A lo mejor la usaba como porra —propuso Mike—. Es un truco de la cárcel. Metes una pastilla de jabón en el calcetín y ya tienes una porra.

—Llevaba una de verdad en el bolsillo del pantalón —respondió Parlow.

—A lo mejor... —dijo Mike—. A lo mejor... —Parlow se acercó más a él—. A lo mejor la utilizaba de tope para la puerta.

—Esa es la actitud —dijo Parlow.

Mike se puso a temblar y Parlow le pasó la botella.

—¿Te encuentras bien?

Mike negó con la cabeza.

A su regreso a Chicago, Mike encontró el piso immaculado. Le habían lavado y planchado toda la ropa y le habían abrigado los zapatos. No solo habían despolvado y pulido sus escasas posesiones, sino que el conejo de celuloide se encontraba encima de un tapete en la mesita de noche.

Mike lo interpretó como una señal de que le habían adjudicado el fin de su romance con el caos.

Se tumbó en la cama y durmió dos días seguidos. Al despertar, preparó una cafetera.

24

Mike volvió al Budapest. En la puerta, el dueño le dedicó media reverencia y lo acompañó a la mesa situada junto a la ventana que siempre compartía con Annie Walsh. El hombre no había mostrado sorpresa, simpatía ni agradecimiento por el retorno de un cliente.

Su «elegante cautela», pensó Mike, su gracia y meticulosidad naturales, su respeto por los dos jóvenes amantes en realidad era apatía. «El hombre es tan solo el educado propietario de un salón de té y el resto es cosecha mía. ¿Me ha hecho una reverencia por ser un cliente valioso que ha regresado? Por supuesto. Se gana la vida así. ¿Me ha acompañado a mi sitio habitual? ¿Qué más debe recordar? Se gana el sustento vendiendo café y tartas».

La primera frase que oyó Parlow en la instrucción básica es que quienes buscaran simpatía podían encontrarla en el diccionario entre «sífilis» y «sinsentido».

—¿«Todos los cínicos son unos románticos»? Bueno, un romántico es solo un cínico que aún no se da cuenta de las cosas. No pueden romperte el corazón si todo te importa una mierda. El «paraíso del idiota» es una redundancia perfecta. El paraíso, ya sea el amor o el éxito, no consiste en sus atributos agradables, sino en la ignorancia de su transitoriedad por parte del idiota. No puedes vivir en el paraíso a menos que seas idiota. Tu tiempo aquí se acaba; únete a los cínicos.

—¿Y si aspiras a ello? —preguntó Mike.

—¿A qué?

—Al paraíso.

—Perfecto. Aspira a él —dijo Parlow—. ¿Qué quieres? ¿Mujeres,

dinero, fama, felicidad? Puedes aspirar a todo eso eternamente, pero, como lo consigas, estás jodido.

—¿Y eso por qué? —preguntó Mike.

—Porque has perdido el único talismán contra el cinismo que existe en el mundo.

—¿Y cuál es?

—El deseo.

«Sí, el paraíso —pensó Mike—. Aquí solo hay miedicas. El propietario es un charlatán húngaro; probablemente sea alemán. Que Dios lo bendiga. Él tiene su carrito y yo el mío».

Pero ya no le gustaba, y lo sabía.

El café perfecto y las delicadas tartas sabían a polvo. Mike experimentó con odiar al propietario: «Está vendiendo una alcoba feliz a las viudas de Lake Shore Drive: interrumpir su tarde de compras con mierdas que nadie necesita. ¿Qué coño me está pasando?».

Desde su primer día de trabajo, Crouch le había enseñado a «redactar el informe policial», que era su versión de «Tus Cinco Preguntas Amigas», supuestamente impartidas en las escuelas de periodismo.

Las cinco amigas eran *Qué, Quién, Dónde, Cuándo y Por qué*. En una ocasión alguien retó a Mike a recordarlas a última hora de la mañana en el Sally Port y él incluyó una sexta: *Cómo*. Nadie lo comentó hasta la siguiente reunión, en la que Mike fue aplaudido por su avispa contribución. Crouch sabía que la frase era demasiado formal y trillada, apta para los ingenuos que creían poder aprender periodismo en un aula, pero que no estaba a la altura de la dignidad de los hombres que «salían a la calle a que les partieran la nariz». Pero allí estaba.

—Redacta el informe —dijo Crouch—. Al sargento, a los abogados, al juez y al jurado les da igual que «la sangre carmesí formara riachuelos». Cuéntame que recibió un disparo. Cuéntame dónde; si lo sabes, cuéntame quién lo hizo; cuéntame eso y solo eso. Y, SI NO ME LO CUENTAS, el capitán te hará quedar como un idiota cuando pase lista y castigará a todo el mundo. Redacta el informe.

Mike sonrió al recordar la primera y, en su opinión, más importante lección en orientación aérea. El sargento gordo había dicho:

—Esto es un puto mapa. ¿Ves este punto de aquí? Es donde estamos.

Ese de ahí es donde quieres ir. Traza una línea en el mapa y síguela desde «aquí» hasta «ahí». Cuando llegues «ahí», para.

Se dio cuenta de que, si hoy quería escribir un buen informe policial, no podía mencionar sus esperanzas, sus temores, su condición mental, sus problemas o su historia. Eso, le encantaba decir a Parlow, sería «aportar datos no probados».

Los datos no incluían la procedencia ni el semblante del propietario, ni la apariencia o intención de las mujeres que tomaban el té y que tal vez provenían de Lake Shore Drive o tal vez no. Los datos eran: que estaba en el Budapest por primera vez desde la muerte de Annie Walsh. Que había regresado a Chicago hacía dos meses. Que en ese tiempo no se le había ocurrido entrar en el salón de té.

Pasaba por delante varias veces al día en sus caminatas por Clark Street y ni siquiera comentaba su presencia. El informe policial afirmaba que ese día se le había ocurrido entrar o, mejor dicho, que había entrado en el restaurante. Y entonces le invadió la tranquilidad de descubrir la pregunta útil: «¿Por qué?».

—De acuerdo —habría dicho Crouch—. Sí, vale, eres brillante, pero has estado a punto de enterrar la pista. «Por primera vez desde el asesinato de su amor, Mike Hodge, un periodista del *Chicago Tribune*, entró en el Café Budapest, 821 North Clark Street, el lugar donde llevó a cabo su cortejo».

»Bien —habría añadido—, llevas treinta palabras y todavía no has contado ninguna mentira. Bravo.

¿Por qué había ido al Budapest? La norma prohibía sacar conjeturas. Pero ¿qué más datos había?

La cuestión era que, mientras se hallaba sentado a la mesa situada junto a la ventana que siempre compartía con Annie Walsh, su mente se había concentrado en un tema concreto. Era un hecho. ¿Qué tema era ese? El tema era: cómo ir de aquí hasta ahí, cómo trocar ignorancia por información real.

¿Qué ignoraba él? Ignoraba el motivo de la muerte de su amor, pero no atisbaba solución alguna. Había acudido al lugar donde mantenían sus encuentros amorosos. ¿Por qué? «Probablemente —como diría Crouch—, para ponerle punto y final y volver a su vida anterior». ¿Y qué era eso? Lo anterior solo podía ser lo que había dejado atrás, que era su vida de periodista. De acuerdo, pues. Que lo fuera.

Jackie Weiss estaba muerto. A Morris Teitelbaum, su hombre de paja, lo habían cosido a balazos, y eso era todo. No entendía por qué.

—El truco para escribir en la prensa sensacionalista es darle la vuelta — dijo Parlow.

Si se le daba la vuelta, dos personas habían sufrido una desgracia. Puesto que estaban relacionadas, no era una estupidez tener en cuenta el vínculo. El vínculo era obvio: hacían negocios juntos.

Pero ¿cuál era el elemento discordante? El elemento discordante que reconcomía a Mike era un hombre con un abrigo de corte forastero, con mangas raglán, con caramelos en el bolsillo, muerto en las dunas.

Dos hombres con abrigos raros en el Chez. Y en los funerales.

Entró en la cafetería una mujer de unos cuarenta años. Llevaba una estola de piel, un abrigo muy caro y un sombrero y, en opinión de Mike, acababa de regresar de un encuentro furtivo con su amante.

Sacó el neceser del bolso, se aplicó colorete y se repasó el pintalabios. Después cogió el pañuelo, lo manchó con los labios y se miró en el espejo. Cuando hubo guardado el neceser sonrió, complacida por la llegada del camarero.

Su sonrisa significaba: «He venido aquí a tomar té después de una hora comprando; no acabo de pasar dos horas en una cama sin licencia».

Mike lo captó en una fracción de segundo. La mujer se volvió hacia él, molesta no por su valoración, sino porque lo entendía. Y cuando vio que Mike lo sabía y no le importaba, agachó la cabeza en una pugna entre su enfado y su vergüenza. Por un momento se impuso esta última, pero entonces la mujer levantó la cabeza, intercambió unas palabras con el camarero y encendió un cigarrillo.

«Eso es lo que ha ocurrido hoy —pensó Mike—. Es lo único que sé. De acuerdo».

Hace años, recién terminada la guerra, había preguntado al viejo borracho al que se consideraba aquella década el sabio del Sally Port: «¿Cómo sabe cuándo ha llegado el momento de dejarlo?».

El hombre había informado de la guerra hispano-estadounidense, de la Aventura Mexicana, de la Gran Guerra y de los varios Crímenes del Siglo. Y ahora, decían, estaba «sentado en la tercera base esperando a que alguien lo llevara en coche».

Estaba acabado, pero había sido un hombre fantástico. Y Mike era lo bastante joven como para considerar que la transición era desconcertante.

—¿Cómo sabe cuándo ha llegado el momento de dejarlo?

Y el hombre dijo:

—Cuando te entran ganas de follarte a tu tía.

Pero no había llegado ese momento. Y, cuando se dio cuenta, Mike se levantó, salió del Budapest y volvió a casa. Después llamó al periódico para pedir los archivos del caso Jackie Weiss y se puso a escribir.

Su retorno a la vida de la sección local se vio aligerado por los insultos que proferían sus compañeros. Ocurrencias buenas y malas, todas ellas fingiendo saber que su ausencia obedecía a una prolongada aventura sexual. Las bromas incluían el comentario del duque de Wellington, según el cual ningún hombre razonable podía pasar más de cuarenta y ocho horas en la cama con una mujer, sumado a que Mike tal vez «se había pillado la polla en un agujero». Los becarios, plenamente conscientes de su posición, que no otorgaba permisos para el humor, levantaron el pulgar en señal de aprobación y un periodista novato puso a prueba su estatus pidiendo socarronamente que los presentaran.

Mike llevó la humillación hasta el despacho de Crouch.

—¿Qué tienes? —le dijo este.

Mike le entregó las páginas y se sentó en el sofá mientras Crouch las leía.

—«La última vez que tuvimos noticias de nuestros incondicionales, Jackie Weiss y Morris Teitelbaum habían partido hacia ese Lugar Mejor. El Chez Montmartre, el Rialto de estas costas occidentales, sigue abierto para quienes vayan correctamente ataviados y sean capaces de decir “Me manda Joe”, y los ríos desembocan en el mar. Con la salvedad de nuestro río Chicago, que, como maravilla de la ingeniería que es, discurre desde nuestro mar interior hasta el río Fox, y desde allí hasta el Padre de las Aguas, el Big Muddy. Para las últimas noticias sobre nuestra oleada de crímenes de bolsillo, permanezcan atentos a estas páginas, obedezcan las leyes del licor y compren productos estadounidenses».

—¿Qué es esto? —preguntó Crouch—. ¿Qué cojones te pasa?

Mike pensó unos instantes y respondió:

—No lo sé.

—Ya veo —repuso Crouch—. Sal y bebe más; o bebe menos. Haz algo. Pero no me rompas el corazón trayéndome esta puta tarjeta de San Valentín dedicada al talento que perdiste hace mucho. Porque es posible que esto le interese a alguien en Hull House, pero yo tengo que publicar un periódico.

Mike intentó contestar.

—¿Qué es esta porquería? Parece alguien intentando imitarte sin preocuparse demasiado de que lo descubran.

»Sí, era la chica irlandesa —añadió Crouch—, y su mata de pelo rojo era lo más parecido a estar en el cielo. Y la amabas. Pero está muerta. Y, si vuelves al trabajo, trabaja.

Crouch encendió un pitillo, miró a Mike y vio que estaba perdido.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué tiempo hacía el mes pasado?

—No lo sé —respondió Mike.

—¿Por qué no lo sabes?

—Porque me da igual.

—A todo el mundo le da igual —dijo Crouch—. Por eso no hablamos de ello. Hablamos de ello en su momento. Cuéntame a quién le han pegado un tiro en la cabeza hoy. Háblame de la pelota de cróquet. De eso sí te acuerdas.

Luego cogió las hojas de Mike, hizo una bola con ellas y la lanzó al otro lado de la sala.

—Vete a la mierda —dijo Mike.

—Pero, pero... Tomo nota de la insubordinación, pero has vuelto, y aquí estás. ¿Por qué?

—No me lo digas: porque soy «periodista» —respondió Mike.

—Eso queda entre tú y tu dios.

—Soy agnóstico —sentenció Mike.

—Eso es porque nunca has estado en una trinchera —dijo Crouch—. En las trincheras no hay ateos.

—No soy ateo, soy agnóstico —replicó Mike—. Y estoy harto de eso de que no hay ateos en las trincheras. Extrapolándolo, podríamos llegar a la conclusión de que todos los que están en una trinchera son deístas.

—De acuerdo —dijo Crouch.

—Y si no soy periodista, ¿por qué he vuelto aquí?

—Porque, ¿qué vas a hacer, sino? —preguntó Crouch—. Tengo algo para ti.

—A lo mejor es que no quiero escribir.

—Nadie te paga para querer hacerlo.

—O he olvidado cómo hacerlo.

—Ah, pobrecito. ¿Es un bloqueo de escritor? ¿El nene tiene un bloqueo...?

—Es posible —dijo Mike—. ¿Cuáles son los síntomas?

—No lo sé. Nunca he entendido lo del bloqueo —respondió Crouch—. Estoy seguro de que es algo muy refinado y placentero, como todas esas quejas psicológicas. Yo, por mi parte (o simplemente «yo», como decíamos cuando aún sabíamos hablar), no podría permitírmelo. En casa tenía una Santa Madre que, sin mi salario, difícilmente habría podido matarse bebiendo. Además, creo que si uno puede permitírselo pero no tiene nada que decir, no debería escribir. No es bloqueo, sino cortesía pura y dura.

—No estoy bloqueado —dijo Mike.

—Bien, porque es una enfermedad de ricos y sabe Dios que tú no puedes permitírtela.

—Yo...

—Como la gota —dijo Crouch—. Disculpa, estabas hablando.

—Iba borracho —continuó Mike.

—Sí, entiendo —dijo Crouch.

—Y...

—Estuve en el funeral. Si quieres escribir artículos sentimentales, despediré a la señorita Fisk.

—La señorita Fisk está haciendo un buen trabajo —dijo Mike.

—¿Lees su sección?

—Prefiero hacer otras cosas.

—Las mujeres la leen —dijo Crouch—. Al menos eso dicen los del departamento de ventas.

—Ellos tienen que saberlo.

—Relaciones sexuales aparte —dijo Crouch—, coge a Poochy y vete al South Side; necesitamos un texto claro y atrevido y fotografías truculentas del asesinato de una chica de color.

—¿En serio? —preguntó Mike. Crouch anotó una dirección en un trozo de papel—. ¿Por qué no mandas a un novato? Yo no...

—Cuando te diga esto querrás ir. ¿Quién es la chica?

—Me da igual.

—Era una criada. Trabajaba para Lita Grey, *maîtresse en titre* del difunto Jackie Weiss.

—No. Todo el mundo trabaja para alguien —dijo Mike—. No dará

juego.

—Bueno, puede que esto sí lo dé —precisó Crouch—. Mientras tú jugabas a Diez Noches en un Bar, Lita Grey, que últimamente reside al este de Lake Shore Drive, ha desaparecido bastante. Así es —dijo Crouch, mientras le tendía el trozo de papel—. Ponte a trabajar de una puta vez.

25

A la chica negra muerta la habían identificado como Ruth Watkins. Yacía cubierta con una sábana en una camilla en el vestíbulo del edificio de apartamentos. Mike apartó la sábana. La cabeza había desaparecido casi por completo y las manos presentaban claros signos de tortura.

Poochy, seguido por Mike, se abrió paso hasta el umbral de la habitación donde se había cometido el crimen. La linterna iluminó los rostros de los dos ayudantes, que eran de un blanco deslumbrante. El sargento se acercó a Mike.

—¿Estás buscando a Reilly? —dijo.

—Reilly... —respondió Mike—. ¿Un teniente para un caso como este? ¿Qué hace Reilly aquí?

—Está en la farmacia hablando con los de la central. Me he enterado de lo de tu chica. Lo siento —dijo el sargento.

—Qué le vamos a hacer. Gracias —dijo Mike, y luego transmitió con la mirada una pregunta al sargento, que le permitió entrar en la habitación—. De acuerdo.

Los agentes habían dibujado con tiza la postura del cuerpo en la alfombra, cuyo tejido era poco tupido. El perfil mostraba un brazo extendido hacia delante. La flecha dentro de la cabeza indicaba que la chica estaba boca abajo. El hecho de que le habían disparado cuando estaba en el suelo quedaba claro por la enorme mancha de sangre que rodeaba la cabeza y por el agujero que había en la alfombra. El agujero estaba chamuscado, lo cual significaba que probablemente habían disparado a quemarropa.

Mike notó que el sargento se movía detrás de él.

—Cuando entró el tipo, la chica estaba en la cama —dijo—. Se la tiró un rato, le pegó aquí y allá y le puso un cuchillo en las manos. Consiguió liberarse... —dijo mientras imitaba una pistola con la mano y se la llevaba a la sien—. Calibre grande.

El sargento asintió. Ruth Watkins había muerto, por tanto, en el suelo, boca abajo, despatarrada e intentando llegar a la cómoda.

—Se le enredaron los pies en las sábanas —continuó—. Cuando iba hacia la cómoda, tropezó con ellas y se cayó. El tío se acercó y le destrozó la cabeza.

—¿Había una pistola en la cómoda? ¿Iba a buscarla? —preguntó Mike.

El sargento asintió y Mike se dirigió al cajón superior de la cómoda, que estaba medio abierto. Encima de un montón de pañuelos de seda pulcramente doblados había una pequeña automática del calibre .25 con empuñadura nacarada.

—¿Lo habéis abierto vosotros?

—He sido yo —dijo el sargento, que se volvió hacia los agentes—. Dejad la puta pistola donde la he encontrado. Quiero que esté ahí hasta que yo me vaya —dijo mientras agitaba la pequeña libreta negra—. Lo he incluido en el informe. La he encontrado ahí, y será mejor que siga ahí cuando lleguen los de homicidios. Si no está, se adjudicarán el caso.

Mike miró al suelo.

—¿Habéis encontrado algún casquillo? —preguntó. El policía negó con la cabeza—. ¿Quién le disparó?

—Un marido celoso o una mujer celosa. Un ladrón no, porque... —Extendió un brazo e hizo un barrido por toda la habitación, que estaba intacta y contenía artículos fácilmente traducibles en dinero—. Un reloj de plata, una radio, por el amor de Dios, un par de abrigos de piel en el armario —dijo elevando el tono de voz—. He visto las putas pieles. Este trabajo es una mierda...

—Ya no es como cuando empezaste, ¿eh? —dijo Mike.

—No estoy para bromitas —repuso el policía con su acento irlandés—. Te diré una cosa: parece que los chavales que suben hayan estudiado con los bomberos; se les pega todo a los dedos. Me extraña que no vendan los cuerpos por piezas al depósito de cadáveres o que no los hagan pasar por carne de caballo. Putos ladrones.

Reilly, el agente de homicidios, apareció en la puerta del piso. El sargento se le acercó y abrió la libreta. Reilly escrutó la habitación, vio a

Mike y lo saludó asintiendo.

El técnico de pruebas forenses estaba arrodillado hurgando con un escalpelo alrededor del agujero chamuscado del suelo. Reilly se encontraba junto a Mike encendiéndose un cigarrillo. Ofreció uno a Mike, que lo aceptó. Reilly señaló con la cabeza la silueta dibujada con tiza.

—A todo el mundo le encanta tener un amante —dijo.

Mike encendió el pitillo.

—¿Te deprime?

—¿Si me deprime? —preguntó Reilly—. No sé si estás al corriente de un comunicado de su señoría, el alcalde: «Falta de respuesta adecuada, investigación, crímenes contra personas, la comunidad de color».

—Ajá —dijo Mike—. ¿A qué se dedicaba la chica?

—¿Que a qué se dedicaba? ¿Cómo voy a saberlo? Era sirvienta. Yo qué sé.

Poochy se situó junto a la alfombra pintada con tiza. Sacó un flash del bolsillo del abrigo, lamió el pie de contacto y lo colocó en el soporte.

—Vale, una y ya está —le dijo Reilly.

El técnico forense sacó unas pinzas y recogió del suelo de madera un fragmento de plomo grande y deformado. Mike se lo quedó mirando. El agente lo acercó a la luz, le dio la vuelta y lo examinó con atención. Después negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Parece un cuarenta y cinco —anunció.

El técnico cogió un pequeño sobre de papel cristal, guardó dentro el fragmento de casquillo y lo dejó junto a sus enseres. Poochy se puso de puntillas para hacer la foto y el flash soltó un destello.

—Aaah, joder —exclamó Reilly, que se dio la vuelta y entornó los ojos.

Entonces miró el cajón de la cómoda y cogió la pequeña pistola automática, le dio la vuelta y vio las iniciales J. W. grabadas en la culata. Tras unos instantes de duda, se metió el arma en el bolsillo. Por deferencia a su rango, los agentes uniformados fingieron no haber visto nada. Cuando se dieron la vuelta, Mike se agachó para coger el sobre que contenía el trozo de casquillo.

Mike pasó lentamente junto a Poochy.

—Haz un par de fotos más y larguémonos de aquí —le dijo.

Mike siguió caminando hacia el vestidor, donde Reilly estaba dando instrucciones al sargento. Este estaba asintiendo justo cuando volvió a dispararse el flash. El agente dio media vuelta y salió de la habitación en el

preciso instante en que se producía el segundo destello.

—¿Qué te he dicho? —le espetó a Poochy.

Mike oyó el altercado cuando entraba en el vestidor. Había tres largos abrigos de piel colgados en unas enormes perchas forradas de satén blanco. En ellas podía leerse en delicadas letras bordadas «Mlle. Antoine, Chicago». Mike abrió los abrigos, que llevaban una etiqueta de Mlle. Antoine.

Había una cuarta percha con esas mismas letras, pero de ella no colgaba ningún abrigo.

26

Peekaboo asintió y Marcus se puso a hablar.

—Permítanme empezar con esto: los blancos no ven nada —dijo.

—Como periodista soy muy consciente de ello —respondió Mike.

—No se dan cuenta de que los negros lo ven todo —continuó Marcus—.

Y, lo que es igual de importante, lo oyen todo. ¿Lo sabían?

—Es un buen orador —terció Peekaboo.

—A la chica la torturaron —dijo Mike.

—Y, si verdaderamente quisieran entender... ¿cómo lo llaman?... la «naturaleza humana», su escuela filosófica no estaría aquí, sino en una barbería del paseo —repuso Marcus.

—Soy del color equivocado —dijo Mike.

—Sí, y eso no tiene remedio. En cambio, nosotros lo vemos y oímos todo, y nos retiramos a nuestro foro para desmenuzarlo hasta que tenga sentido.

—¿Y cuando regresáis al mundo sois más sabios? —preguntó Mike.

—No. Ya vivimos en el mundo, ¿sabe? Ya vivimos en el mundo.

—¿Y dónde coño íbamos a vivir? —dijo Peekaboo—. Marcus, esa nieve te va a matar.

—Me da igual. Pues claro que me va a matar. ¿Y a mí qué cojones me importa? Algunas de estas chicas te rompen el corazón. Es triste verlas enganchadas a esa mierda. Por otro lado, así es más fácil tener con quien hablar, y a ellas les gusta hablar.

—Ruth Watkins trabajaba para Lita Grey —comentó Mike.

—La chica trabajaba para Lita Grey. Yo la conocí por su hermano.

Antes de que él se fuera, claro. Había oído hablar de ella.

—¿Quién era? —preguntó Mike.

—¿Ruth Watkins? Una chica negra —dijo Marcus—. Una chica inteligente que se juntó con un hombre blanco, etcétera, y trabajaba para su puta.

—¿Cómo la conociste? —preguntó Mike.

—Ya se lo he dicho: a través de su hermano, que trabajaba en el Chez Montmartre.

—¿Haciendo qué?

—Estuvo de recadero una temporada. Un día, su hermana fue a verlo. Cuando él se fue al sur, se la llevó uno de esos judíos. La chica aceptó la simpatía del hombre blanco y esto y lo otro. El hombre le contagió la gonorrea y dijo que había sido ella. Le pegó. ¿Qué iba a contarle a su mujer? El altercado se produjo en la sala trasera del Chez. Se armó un buen escándalo. Al salir, la chica no tenía dinero ni un sitio a donde ir. Estaba enferma y la acogió una chica blanca. —Marcus hizo una pausa—. ¿De verdad ha visto a Bessie Coleman pilotar?

—Así es —respondió Mike.

—¿Dónde?

—Aquí mismo, en la exhibición aérea de Cottage Grove. ¿En 1925?

—¿Y qué hizo?

—Volar por el cielo y hacer piruetas. Recogió un pañuelo del suelo con la punta del ala.

—¿Sigue pilotando?

—Que yo sepa no —dijo Mike.

—¿Había pilotos negros en Francia?

—En la AEF no.

—¿Dónde, entonces? —preguntó Marcus.

—Pilotaban para los franceses —contestó Mike—. Ellos no ven el color igual que nosotros.

—Eso ya lo sé. He oído las historias que contaban los chavales que volvieron a casa.

—Algunos se quedaron allí y se casaron —dijo Mike.

—Así es. Con las mujeres blancas.

—Ellos no ven el color igual que nosotros —repitió Mike.

—¿Por qué han matado a Ruth Watkins? —preguntó Marcus—. ¿Usted qué opina?

—Bueno, teniendo en cuenta que antes le pegaron, parece que murió porque sabía algo, ¿no crees?

—O algo peor —dijo Marcus—. Creían que lo sabía, pero no era así.

—Sí, es una pena —dijo Mike—. Y la otra chica ha desaparecido.

—¿Qué otra chica?

—Para la que trabajaba.

—Ah, sí —dijo Marcus.

—Lita Grey.

—Seguro que también la han asesinado —conjeturó Marcus.

—¿Qué crees que buscaban? —dijo Mike.

—Bueno, eso tendrá que preguntárselo a la policía —respondió Marcus.

—¿A la policía? ¿Por qué?

—Dicen que antes de su muerte, y estoy seguro de que no guarda ninguna relación, la detuvieron por un recibo de una casa de empeños. Sí, sí. Me gustaría que se hiciera justicia. No sé qué es eso, pero me gustaría verlo.

—¿Un recibo de una casa de empeños? —repitió Mike.

—Dejó una joya en prenda.

—¿Ruth Watkins?

—Eso es.

—¿Estás diciendo que la policía la denunció? —preguntó Mike.

—Yo no diría eso. Simplemente empeñó algo.

—Imagino que no sabes dónde.

—Pues claro que sé dónde —dijo Marcus—. Donde va todo el mundo.

Mike se enteró de que todo el mundo iba a Levinson's Loan Office, situada en la calle Veinticinco con State. Mike era el único blanco en la tienda, con la sola excepción de su dueño, Hersh Feldstein, el yerno de Levinson.

Entre Hersh y su cliente negro mediaba una portilla. El gerente llevaba puesta la lente de aumento y estaba examinando el dorso de un reloj de oro.

—Me lo regaló mi abuelo —dijo el cliente, y Hersh asintió—. Diecisiete rubíes.

Hersh cerró el reloj de bolsillo, lo limpió con una gamuza y se lo devolvió al cliente a través de la portilla.

—Puedo darle diez pavos —dijo.

—¿Y si quiero venderlo? —preguntó el cliente.

—Mire el escaparate. Tengo un millón de relojes.

—¿Y por qué no compra uno más?

—Si quiere venderlo, le recomiendo que vaya a la barbería Remington's, o enséñelo por ahí.

—Ya lo he enseñado —dijo el hombre—. Nadie quería saber nada.

—Normal.

Hersh sonrió.

—Es comprado —dijo el hombre.

—Yo no le he preguntado cómo lo ha conseguido —repuso Hersh—. Lo entiendo. Usted tiene su negocio y yo el mío.

—Deme los diez pavos.

Hersh cogió el reloj y empezó a cumplimentar el recibo. Después levantó la cabeza y miró a Mike.

—Un momento —dijo.

Hersh mostró a Mike la entrada del libro de cuentas: un broche de platino en forma de violín, catorce piedras, valor cincuenta y cinco dólares, quince dólares en prenda, señorita Ruth Watkins.

—¿Por qué la delató? —preguntó Mike.

—Yo regento un negocio —dijo Hersh—. La gente que necesita dinero viene aquí con varios artículos y pregunta si puedo quedármelos. ¿Cómo alimentaría a mi familia si me considerara el Defensor de la Justicia Abstracta?

—¿No la delató? —dijo Mike.

—Muchacho —respondió Hersh—, ¿ha oído alguna vez eso de «vive y deja vivir»?

—Lo he oído, sí.

—Yo trabajo con gente de color —dijo Hersh—. Nos llevamos bien. ¿Por qué no iba a ser así? No me dedico a delatar a la gente.

—Alguien sabía que la chica había venido aquí —aventuró Mike.

—Sí, es probable —dijo Hersh—. Vino la policía con los del seguro, como hacen en todas las casas de empeños del South Side, y examinaron los libros.

—¿Buscaban el broche? —preguntó Mike.

—Por lo visto, esa entrada les llamó la atención.

Hersh le enseñó a Mike la tarjeta prendida con un clip a la página que contenía la entrada del broche: Mid-Continental Insurance.

—¿Tomaron nota? —dijo Mike.

—Anotaron su dirección —respondió Hersh.

Mike sacudió la cabeza para aclararse las ideas.

—¿Vienen a menudo? —preguntó.

—Yo camino por la cuerda floja —respondió Hersh—. Los clientes me toleran, la policía me tolera, todo el mundo me tolera. A muchos les encantaría encontrar una razón para arruinarme la puta vida porque soy blanco, o judío, o blanco y judío, o prestamista, o todo lo anteriormente mencionado. Pero nos llevamos bien. ¿Y quién es el responsable de ello? Yo. Y esto es solo un negocio.

—¿Fue inusual que viniera la policía con el tipo de la compañía de seguros? —Hersh suspiró—. ¿Lo fue?

—La pieza era valiosa, pero no tanto —respondió Hersh.
—¿Preguntaron concretamente por el violín?
—¿Y a usted qué más le da? —dijo Hersh.
—Yo solo hago mi trabajo para el gallardo *Tribune*.
—¿Y qué trabajo es ese? —preguntó Hersh.
—Me gustaría averiguar quién mató a la chica.
—Y a mí.
—¿Por qué?
—Porque me caía bien —dijo Hersh—. Era simpática.
—¿Por qué la recuerda? —preguntó Mike.
—Era bastante atractiva, iba bien vestida...
—¿La había visto antes?
—Nunca.
—¿Lo recordaría?
—Yo lo recuerdo todo —sentenció Hersh.
—¿Qué llevaba puesto? —dijo Mike.
—Un abrigo de piel de cordero; persa.
—¿Intentó empeñarlo? —preguntó Mike.
Hersh cerró el libro de registros.
—¿Intentó empeñarlo? —repitió Mike.
—Sí, lo hizo, pero no quise saber nada —contestó Hersh.
—¿Por qué?
—Venga, va.
—Concrete.
—Llevaba unas iniciales, y no eran las suyas.
—¿Qué iniciales eran? —dijo Mike.
—Si no recuerdo mal, L. G. —respondió Hersh.
—Si no recuerda mal... —dijo Mike—. Creía que usted lo recordaba todo.
—Era una manera de hablar. ¿El abrigo lo había comprado ella?
—No, creo que no.
—¿Por qué la mataron? —preguntó Hersh.
—Al parecer, esas cosas pasan.

Las oficinas de Mid-Continental Insurance se encontraban en la cuarta planta del edificio Monadnock.

La acreditación de prensa de Mike le consiguió una entrevista con el señor Everett Shields, jefe del Departamento de Reclamaciones.

—Agradecemos mucho su interés —dijo el señor Shields.

—Haré cuanto pueda por ayudar a su empresa —dijo Mike—, ya que, al parecer, nuestros intereses son los mismos. Esos intereses son de índole humana.

El señor Shields asintió como si no solo considerara la declaración de Mike cierta, sino loable.

—Nos llegó una reclamación por el contenido de una caja fuerte —dijo el señor Shields, que consultó una hoja que tenía encima de la mesa—. Una caja fuerte de pared. La residencia había sido alquilada a Jacob Weiss, el trescientos diez, de East Lake Shore Drive...

—Una caja fuerte —dijo Mike.

—Los artículos asegurados...

El hombre señaló la hoja, y Mike comprendió que no podía divulgar el contenido de la caja. Mike inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Enviamos a nuestro investigador a... —dijo el señor Shields, mientras consultaba sus notas—. Al apartamento. La caja fuerte estaba abierta. Y vacía.

—Y contactó usted con la policía...

—Así es —dijo el señor Shields.

Mike sacó la libreta para proclamar su estatus como adalid de la verdad.

La abrió y la dejó encima de la mesa, pero no tomó notas. Un veterano de la sección local le había enseñado ese truco cuando era un principiante. «¿Por qué la libreta? Porque eres periodista. ¿Y qué hace un periodista? Ser entrometido. No hace falta que uses la libreta. Ya te has presentado como una persona tan absorta en su historia que incluso ha olvidado su profesión». El truco le había agudizado la memoria, y Mike no había tomado una nota en su vida.

—... y respondieron al instante.

—La policía —dijo Mike.

—Sí.

—¿Es raro?

—Lo es —dijo el señor Shields—. Sí, sobre todo ese interés por una reclamación antigua...

—¿Por qué?

—Bueno, como ambos sabemos, tienen cosas más importantes que

hacer.

El señor Shields señaló la ventana y Chicago, que se extendía al otro lado.

Mike, agradecido, se rio entre dientes.

—Pero están obligados a resolver el caso.

—En teoría sí —dijo Shields—, pero...

Mike no se quedó inmóvil, pero casi. Decidió dejarlo venir. El tren elevado pasó por delante de la ventana y el señor Shields se frotó las sienes.

—Fue extraño, sí. Presentamos la denuncia por mero formalismo.

—¿Por qué formalismo? —preguntó Mike.

—Porque el contenido de la caja fuerte —dijo apoyando el dedo en la página— era de un valor limitado. Nuestro procedimiento requiere una notificación a la policía. Normalmente se encarga el titular de la póliza, pero, en este caso...

—¿Quién era el titular?

—Jacob Weiss.

—Pero Jacob Weiss estaba muerto —dijo Mike—. Lleva muerto un año.

—Sí —repuso el señor Shields.

—Entonces ¿quién presentó la reclamación?

—No... —dijo el señor Shields mirando el formulario—. No me está permitido revelar...

—Espere. Ha dicho que era una reclamación antigua.

—¿Una reclamación antigua?

—Usted ha dicho que la policía se interesó por una reclamación antigua.

—Sí, les interesaba más eso.

—¿Qué es eso?

—El broche de diamantes. Se denunció su desaparición hace un año.

—¿No estaba en la caja fuerte? —preguntó Mike.

—No, no —dijo el señor Shields—. Lo... Lo sustrajo un empleado del ferrocarril —dijo señalando la página—. Pagamos aquella reclamación.

—Entonces ¿tiene idea de por qué le interesa a la policía ahora?

28

Un año antes, a su regreso de una excursión a Nueva York, Jacob Weiss había denunciado que la pieza que había intentado empeñar Ruth Watkins había sido robada del joyero de su mujer en el Empire State.

La reclamación a la compañía de seguros había precipitado la muerte de Ruth Watkins.

En opinión de Mike y Parlow, Weiss, que había pasado una semana fuera de la ciudad y era presa del desamor, había vaciado en un tren el joyero de su mujer sobre el regazo de Lita Grey. La esposa descubrió la pérdida. El empleado del ferrocarril fue acusado y juzgado y acabó en la cárcel.

—Sí —dijo Marcus—. Desapareció aquella mierda y no había nadie en el compartimento salvo el maletero, aunque cualquiera con un poco de sentido común sabe que también estaban allí el hombre que presentó la denuncia y su mujer. Porque, ¿quién salía ganando en todo aquello? William White había trabajado toda su vida para el New York Central. Tenía cuatro hijos. Entonces le endilgaron una baratija, una mierda de reloj de mujer hecho de plata alemana que ni siquiera figuraba en la lista de artículos presuntamente robados. Ahora está en el sur del estado cumpliendo cinco años porque un hombre blanco que engañaba a su mujer jodió a la compañía de seguros, sobornó a la policía y endilgó una prueba a ese hombre. Y le diré una cosa: además de judío, le puedo asegurar que Jackie Weiss es un hombre blanco de pura cepa. Se lo cuenta a los policías ferroviarios y la zorra empieza a gritar: «A veces un hombre necesita un coño desconocido». Los policías se miran entre ellos. Saben dónde están las joyas. El policía dice: «Podemos meterle algo en el bolsillo al empleado». Jackie Weiss les entrega

una tarjeta de visita y les dice que están invitados en el Chez si alguna vez van al centro. Ahora ya no es un hombre blanco, por supuesto, sino un judío, y no van a cambiar al portero por un puto plato de ternera y un par de whiskies. Jackie se aclara la garganta. «Y, evidentemente (dice algo por el estilo), agradezco las molestias que se han tomado, la documentación, etcétera», saca dos billetes de cincuenta, los mira a los ojos, les entrega el dinero y ahora todo el mundo está relajado. La compañía de seguros pagará. En cuanto baja del tren, William White sabe que irá a la cárcel. Se ha hecho justicia.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Mike.

—No ha prestado usted atención —respondió Marcus.

—¿Qué me he perdido?

—¿Qué se ha perdido? Se ha perdido lo que está ocurriendo.

—Lo que está ocurriendo —explicó Mike— es que todos los que tienen relación con Jackie Weiss acaban muertos. La puta y la sirvienta. Si te fijas, huyeron con lo puesto. ¿Qué necesitan? Dinero. ¿Y qué hacen?

—Empeñan el botín —dijo Parlow.

—Tienen que empeñar el botín. Es su única posesión. Si quien las busca encuentra las joyas, encontrará a las chicas.

—Pero no es cierto —dijo Parlow.

—Se lo regaló a la chica. Todo el mundo la vio en el club con él puesto. Tuvo que venderlo. Si encuentras el broche, encontrarás a las chicas. ¿Y cómo pueden encontrarlas? Enviando a la policía a interrogar a los empleados de la casa de empeños.

—Ah —dijo Parlow—. Veo que te has convertido en la proverbial Viuda Joven que, una vez más, empieza a incorporarse y a darse cuenta de las cosas. ¿Qué?

—Pusieron a la policía a buscar...

—¿Quiénes, Mike? —dijo Parlow.

—La pregunta es: ¿quién tiene influencia para movilizar a la policía?

—¿Dónde quieres llegar? —preguntó Parlow.

Ruth Watkins había muerto, William White cumplía una condena de cinco años y Mike Hodge estaba sentado en el despacho de Domaine Dixon, abogado.

Dixon era un negro esbelto de unos cuarenta años. Iba bien vestido, llevaba el pelo ondulado con gomina y un bigote recortado. En las paredes de su despacho había diplomas del Instituto Atlee y la Escuela de Derecho de Chicago, una placa de la Liga de Abogados Negros y una fotografía panorámica del 394.º Regimiento de Infantería, de color, reserva, en Douaumont.

—Bueno, el procedimiento contencioso —dijo Dixon—, que parece tener su origen en el derecho consuetudinario inglés, es un regreso a la ordalía pagana o romana. En Francia y, de hecho, en todos los países de habla romance, la ley no está en manos de un jurado, sino de un procurador. Su trabajo, supuestamente, es descubrir la verdad.

»Aquí, el trabajo de cada parte es adoptar una mentira, que bien podríamos comparar con un arma, y ver qué ficción se impone ante un público formado por personas desinformadas.

Mike sonrió.

—¿Está escribiendo un libro, señor Dixon? —preguntó.

—La verdad es que no. Si lo hiciera, tal vez plasmaría algunas de esas observaciones. ¿Por qué comparto esta reflexión con usted?

—Porque tiene mala conciencia —respondió Mike.

—Sí, tengo mala conciencia —dijo Dixon—. Un abogado debe tener mala conciencia o ninguna conciencia en absoluto.

—¿Qué hay del Reformador? —preguntó Mike.

—El Reformador —dijo Dixon—. Supongo. —Volvió la cabeza y miró a través de las contraventanas hacia State Street y el paseo—. Todo cambia. El Reformador podría ser un derviche al que le gustaba que lo desmoralizaran, o podía persistir y convertirse en el Cascarrabias o el Mártir. —Señaló con el dedo la vida que se desarrollaba en la calle—. Soy un hombre de raza. Soy un negro estadounidense y no cambiaría mi estado por ningún otro. El precio, porque todas las cosas de valor lo tienen, es un corazón roto.

Mike asintió para indicar que lo había entendido. Aunque había vuelto la cabeza hacia el cristal, Mike sabía que Dixon podía ver su reflejo. Asimismo, notó que podía manifestar su compasión con independencia de imágenes o sonidos, por medio de un sentido telepático que poseían los abogados litigantes y los hombres seguros de sí mismos. «Habla con las cadencias rítmicas de Cicerón —pensó Mike—. Por supuesto, compara nuestro sistema judicial con una competición romana de astucia. Él es el gladiador. ¿Cuáles

son su espada y su escudo? Un semblante comedido, una lengua simplista y un montón de gilipolleces».

Desde su época de novato en el *Tribune* sabía que las dos grandes dificultades del periodismo eran hacer hablar al sujeto y conseguir que se callara. Crouch se lo había advertido:

—Cuando abres el grifo, el agua sale sucia. Déjala correr. Déjala correr y al final saldrá limpia.

Aquel consejo demostró ser casi siempre acertado. Además, Crouch le había enseñado a permanecer alerta a mentiras. ¿Para qué mentimos? Para conseguir algo de nuestro oyente. ¿Qué? Compasión, dinero, absolución, exención. Escucha. Escucha lo que dicen, sí, pero el meollo de la cuestión podría estar en lo que quieren.

¿Qué quería Domaine Dixon?

«Quiere que lo considere una persona trágica —pensó Mike—. Dice que es un hombre de raza. Mira hacia el paseo y finge sentir un amor triste por su atribulado pueblo. Vale, pero ¿por qué me lo cuenta?».

—William A. White —dijo Dixon—, Hermandad Internacional de Empleados de Coches Cama, marido, padre.

«Diácono de la Iglesia —pensó Mike—. Si dice eso, significa que lo delató».

—Diácono de la Iglesia —dijo Dixon.

El abogado prosiguió con su biografía del hombre al que habían tendido una trampa, pero Mike llegó a una conclusión: Dixon había vendido a William White y quería desviar su atención de dicha deslealtad.

—Un broche que supuestamente robaron del joyero de su mujer. Permítame preguntarle una cosa, igual que hice en los juzgados.

Ahora, una vez determinado el papel de Dixon, Mike se permitió disfrutar de la actuación. «Eres muy inteligente —pensó—, pero no te das cuenta de que el barco ya ha zarpado. Vendiste al diácono de la Iglesia y lo mandaste a prisión. ¿Quién te pagó?».

Mike valoró la revelación de la perfidia de Domaine Dixon como una aparición inesperada de un bello fenómeno de la naturaleza, un arcoíris o un mirlo de alas rojas, común como el polvo pero atacando cuando menos lo esperas. «Dios te ama», pensó.

—... Pongamos que el broche vale menos de cincuenta dólares —dijo Dixon—. ¿Por qué iba a perpetrar el robo un hombre con familia e hijos y una posición asegurada en la comunidad? Sin duda, había tenido numerosas

oportunidades para hacerlo: los clientes del ferrocarril para los que trabajaba suelen ser ricos o, cuando menos, pudientes. En muchos casos, los viajes aplacan la desconfianza natural. Están todos juntos, encerrados, muchos de ellos lejos de sus maridos y esposas, y los de mi raza supuestamente no deben responder a nada excepto a los caprichos de los viajeros. Esos viajeros son blanco fácil para el ladrón. Pero William A. White no era un ladrón.

«Te creo —pensó Mike—. Y creo también que cualquier zopenco habría podido evitar la cárcel a ese hombre».

—Entonces ¿por qué lo condenaron? —preguntó Mike.

—Lo condenaron, en primer lugar, por la antipatía de los blancos hacia la raza negra, con perdón —dijo. Mike asintió—. Y, en segundo lugar...

«Como la mayoría de la gente que cree entender a los hombres —pensó Mike—, este solo entiende a los tontos». Sin embargo, empezaba a sentirse cómodo y no facilitaría más información, así que Mike era libre de asentir a intervalos y dejar volar la imaginación. William White no tenía dinero para su defensa. Alguien había pagado a Dixon. Si le preguntaban quién, diría que «las partes interesadas de la comunidad», pero no era cierto.

Mike había leído la transcripción del juicio, y la defensa de Dixon había sido inconsistente y rayana en la mala práctica. Si le hubieran preocupado su cliente, la comunidad o la raza, habría peleado. Y, si hubiera peleado, habría ganado.

Dixon no había aceptado llevar el caso gratuitamente; le habían pagado. Los errores de principiante que había cometido habrían enfurecido a cualquier patrocinador legítimo, así que no le habían pagado por defender al cliente, sino por aceptar el perjuicio que ello causaría a su reputación. Le habían pagado para que perdiera el caso.

Dixon hizo un punto y aparte y con gestos dijo «esa es la triste conclusión».

—White trabajaba en el vagón número cinco —dijo Mike.

—Correcto —respondió Dixon.

—Pero aseguraba que no había puesto un pie allí hasta el robo. Dice que estaba en el vagón-comedor y que lo llamó el maquinista. —Dixon miró a Mike—. Estuvo con los cocineros en el vagón-comedor hasta que el estafador ordenó que lo llamaran. Él no estaba en el vagón número cinco —dijo Mike.

—Era su vagón —afirmó Dixon.

—Lo era. Lo adecentó todo y fue a por café. Jackie Weiss y su mujer llegaron cuando él estaba en la cocina. Se pusieron cómodos y cinco minutos

después alguien llamó a White.

Dixon asintió en señal de respeto.

—El jefe mandó a mi cliente al vagón cuando la pareja estaba deshaciendo el equipaje —dijo.

—A él no lo interrogó —respondió Mike.

—¿Y para qué iba a hacerlo? —dijo Dixon.

Mike bajó las escaleras. Alguien había pagado a Dixon para que William White acabara entre rejas.

Alguien había enviado a un teniente de homicidios a investigar el asesinato de una sirvienta negra.

Mike salió al paseo. La tarde estaba dejando paso a la noche.

En el interregno, las barberías, las peluquerías de señoras y los billares habían empezado a soltar a sus empleados a la calle. La mayoría de aquellos negros habían finalizado su jornada como porteros, sirvientes domésticos o empleados ocasionales, o estaban iniciando la transición de la Vida Diurna, entre los blancos, a la Vida Nocturna, en su propio distrito y con los suyos.

Muchos habían ido a casa a embellecerse o fortalecerse, y se retirarían dos o tres horas a descansar antes de reaparecer en la vida nocturna del paseo.

Por supuesto, había haraganes y gente de la calle ofreciendo productos o servicios, periódicos, limpieza de zapatos, ideas, sexo, entradas (auténticas o falsas) para varios espectáculos nocturnos, licor, tabaco y drogas.

Estaban las relaciones públicas y los porteros de los clubes que habían salido temprano y estaban fumando y charlando. Había partidas de dados en los callejones y en los muelles de carga de las travesías de State Street.

Hacia los clubes se dirigían las mujeres más hermosas que Mike había visto nunca: cigarreras, artistas, captadoras de clientes, camareras y prostitutas semiprofesionales; había una contracorriente de mujeres que habían acabado su turno en las tiendas de ropa, las sombrererías, los salones de manicura y belleza, las sastrerías y los restaurantes.

Los hombres, holgazaneando, paseando, entrando o saliendo de las oportunidades que les brindaba la tarde, miraban a las mujeres, pensó Mike, con una franqueza respetuosa. Pero la cháchara y la competencia por el mejor comentario o réplica cesaban en cuanto los habitantes se percataban de la presencia del hombre blanco.

La vida se detuvo en el tramo de calle que abarcaba su órbita y se marchó.

29

Los baños Kedzie llevaban allí desde los albores de los tiempos. Un gracioso del *Trib* decía que en la sauna habían encontrado puntas de flecha de los algonquinos.

Los baños poseían el inusual atributo de ser a un tiempo baratos y limpios. Mike y Parlow habían comentado la extraña y agradable conjunción. Incapaces de acordar una interpretación más interesante, habían llegado con cierto pesar a la insatisfactoria conclusión de que los baños hacían un buen trabajo de manera sencilla y el mundo llamaba a su puerta.

Les parecía exótico que se hiciera algo honestamente.

—Y la escandalosa novedad de esta nueva economía —dijo Parlow— es que no puedes pedirle a la china una copa, coca o una mamada... —Hizo un alto para buscar los servicios universalmente disponibles en cualquier baño que abriera toda la noche pero ausentes en el Kedzie. Luego bajó la mano para indicar que no había terminado todavía—. ¡Tachán! —añadió, y con eso hubo concluido la lista—. Lo bonito es: ¿a quién tienen que pagarle?

—No tienen que pagar a nadie —respondió Mike.

La simple audacia del plan de negocio los dejaba boquiabiertos. Desde esa revelación habían tratado los baños con respeto y un humilde agradecimiento, como harían los protectores declarados de un santuario o monumento ancestral. El hecho de que los baños fueran exactamente lo que parecían ser les resultaba delicioso, su disfrute atemperado solo por el temor racional a que ese disfrute, en caso de ser expresado con excesiva frecuencia o entusiasmo, pudiera llamar la atención de los dioses. Así que, tras sus evaluaciones preliminares, Parlow y Mike decidieron disfrutar de una

anomalía que, como todo en este mundo, con el tiempo iría a peor. Pero seguía siendo razonable y limpio. No habían compartido su descubrimiento con mucha gente. No es que quisieran negar a los demás el deleite, sino limitar la corrupción que inevitablemente causarían los irreverentes.

Mike había oído hablar por primera vez de los baños en la historia de Marcus sobre la mancha de pintalabios. Era extraño que un hombre con posibles fuera rauda al Kedzie. El lugar no denotaba lujo. Por tanto, pensó, debía de ofrecer alguna depravación u hospedaje inusual. Pero los baños fueron desde el principio un balneario para los irlandeses; iban allí cuando eran pobres, y cuando se hicieron ricos continuaron con su mecenazgo.

Se había indicado a Marcus Blaine que reclutara a George White, el vigilante nocturno, para la trama del pintalabios. El Ace of Spades, por tanto, lo consideraba una persona de fiar, lo cual no significaba que no pudiera traicionar o timar a un cliente, sino que podía satisfacer la petición de un amigo.

Mike había llevado a Parlow allí al terminar una jornada de trabajo. Les había gustado el lugar y volvían con frecuencia. El puesto de vigilante nocturno, observó Mike, era como el del sargento primero. La cultura de un ejército occidental se había convertido en el mediador perfecto entre obediencia y mando. El trabajo del soldado era obedecer. Se veía recompensado en parte por el privilegio de refunfuñar y porque lo eximía de pensar, lo cual era aún más beneficioso. Debía hacer según le ordenaran, so pena de muerte incluso, pero al margen de eso no tenía responsabilidad alguna. Era libre, pensaba Mike a menudo.

El trabajo del oficial era a la vez obedecer y mandar. Las órdenes que recibía normalmente eran ambiguas; cuando no lo eran, solían ser contradictorias, de ejecución imposible, o directamente absurdas.

Por tanto, su misión era cumplir lo que considerara que era el espíritu de esas órdenes, sabedor de que el éxito sería atribuido a sus superiores y el fracaso (incluso si la tarea era absurda o imposible) a él.

Pero Mike había leído a Darwin y se congratulaba de poder entender Todas las Cosas aplicando la teoría de la selección natural.

Un ejército necesitaba oficiales, necesitaba soldados. El objetivo de los primeros normalmente era un ascenso; el de los segundos, seguir con vida.

En todos ellos había ejemplos de personas valientes, devotas y respetuosas consigo mismas; y, como ocurre con toda la humanidad, una mayoría que en cualquier situación tomaría el camino más fácil evitando

cualquier clase de culpa. Pero, aun así, hay que librar guerras, conquistar objetivos, preservar vidas o perderlas con cierto grado de moralidad y razón.

Por tanto, ¿qué mecanismo debía existir para la supervivencia de la raza? Porque la raza en la guerra estaba, y debe estar, definida no por la genética, sino por la nacionalidad.

El mecanismo surgido de forma natural era el sargento primero. Provenía de los soldados rasos y estos podían acceder a él. Estaba a las órdenes de sus superiores. Pero todos, oficiales y soldados, sabían que tanto los objetivos de los primeros como la vida de los segundos dependían de la capacidad del sargento primero para sopesar lo absurdo y lo posible, para corregir a sus superiores sin que pareciera insubordinación y prometer a los soldados rasos que tomaría en consideración los riesgos que corrían sus vidas.

A juicio de Mike, el ejército funcionaba, al igual que el derecho divino de los reyes, gracias al principio de legitimidad. Quienes estaban por encima de él podían regocijarse en el hecho de que no eran esclavos como quienes estaban por debajo; estos podían buscar felicidad en la resignación y su consiguiente falta de ansiedad. El sistema funcionaba en la medida en que todos lo aceptaran, aprovechando al máximo los beneficios que pudieran encontrar.

Los sicilianos del South Side habían importado su milenario sistema del gobierno secreto. El padrino, que ahora era Capone, había sido el lugarteniente de Johnny Torrio, a quien había depuesto; y, como es lógico, el propio Capone sería depuesto o asesinado, probablemente por alguien de confianza, por su propio ministro.

La flaqueza de la mafia era la ausencia de legitimidad. Cualquiera que tuviese suficiente ambición podía ascender por medio de la sumisión y la violencia; pero culturalmente no existía nada que vigilara su ascenso. Y, por tanto, el líder, como en Sicilia, como en Calabria, como en Córcega, siempre se veía amenazado por aquellos —normalmente solo por aquellos— en los que confiaba. Y ellos siempre se veían amenazados por él. Un malentendido, un rumor, una mentira o un capricho podían significar su muerte en cualquier momento, y una sospecha equivalía en todos los casos a violencia preventiva.

Esa redes eran a la vez abiertas —hegemonía en los servicios civiles, el correspondiente mecenazgo y, por ende, hegemonía política— y subterráneas, ya que cometían delitos en confabulación con la policía o como gratificación al cuerpo. Por tanto, North Side se regía por un sistema diferente

al de South Side. En Chicago no podían unirse con más facilidad de la que tendrían si las ciudades de Limerick y Messina estuvieran sometidas a un mismo gobierno y separadas únicamente por un río. Los irlandeses y Capone solo se encontraban en la batalla y, claro está, solo por intereses mutuos: alcohol, drogas, prostitución y extorsión.

Ambos bandos podían explotar la reserva de clientes y recursos, y el río Chicago era una línea divisoria sumamente útil, pero en el mundo del delito, como en casi todas las empresas, el progreso y la riqueza afloraban cuando se desdibujaba la frontera de lo mío y lo tuyo.

Las depredaciones se originaban sobre todo en el South Side. Allí, los subordinados podían ascender gracias a su iniciativa, presentando a su jefe una cabeza o un botín no solicitados y diciendo: «Mire».

Los irlandeses recurrían más a la obediencia y la unidad. Las escaramuzas y los ataques por iniciativa propia podían considerarse exuberancia juvenil, pero eran censurados; y el principio de legitimidad, aun viniendo de la opresión por parte de los odiados ingleses, era parte de la sangre irlandesa. El jefe de distrito había sustituido nominalmente al jefe de clan, pero el principio se mantenía: no podía ser reemplazado mediante la violencia de clanes ejercida contra él, ya que hacer tal cosa supondría rebelarse contra la legitimidad de dicho clan. Así pues, no se ejercía violencia contra él; los irlandeses gobernaban mediante la imposición del orden: en los distritos, en los colegios electorales, en los departamentos de policía y bomberos, en el mecenazgo de todos los empleos de la ciudad y en su función como tribunales del pueblo.

Los italianos gobernaban por medio de la imposición del terror y la incertidumbre y, por ende, la obtención de obediencia a cambio de protección.

—Los irlandeses deben ganar —dijo Mike.

—Vale —respondió Parlow—. ¿Podrías explicarme por qué?

—Porque su sistema se adecuaba más al entorno. Y el vigilante nocturno es un fenómeno del desarrollo occidental.

—De acuerdo —asintió Parlow.

—Es ese sargento primero de una organización basada en la legitimidad, lo cual se remonta a Grecia.

—Eso es maravilloso —observó Parlow.

—La posición es un aspecto necesario del sistema, lo cual podría inferirse de su propia existencia.

—¿Qué podría inferirse de qué existencia? —interpeló Parlow.

—Como esos bromistas de Montana que encontraron un hueso de dinosaurio de cinco metros de longitud y ahora un lumbreras de Nueva York asegura que ha deducido a partir de él un dinosaurio entero.

—Bueno, el hueso tuvo que salir de algún sitio —dijo Parlow.

—Yo habría sido un buen arqueólogo, créeme.

—Pues si quieres empezar, hazlo ahora, porque esos huesos no van a rejuvenecer.

Mike se encontraba en la sala de enfriamiento. George White, el vigilante nocturno, estaba hablando con el cocinero junto al mostrador. Había cinco hombres en las tumbonas, justo debajo de las toallas turcas. Cuatro estaban durmiendo; el otro tenía los ojos cerrados y estaba fumando un puro con la cabeza apoyada en una almohada.

Mike observó a George White, que se dio la vuelta y se lo quedó mirando. Mike se levantó y se ciñó la toalla a la cintura. Luego cogió otra del perchero y se la echó por encima de los hombros.

Mike había pasado dos horas en los baños. Gracias al vapor, había eliminado un poco de fatiga de su organismo. Se había dado una ducha y estaba en el vestuario, peinándose delante de un espejo alargado. En ese momento apareció el vigilante nocturno, que llevaba colgado de una percha el traje recién planchado de Mike.

—Aquí tiene, señor —dijo George White, y colgó la percha en la parte trasera de la taquilla de Mike.

—Gracias —dijo este—. Le pagaré en cuanto recupere mis objetos de valor.

—Sí, señor —respondió George White—. Estaré allí —añadió, señalando un pequeño cubículo situado frente al vestuario.

Mike se vistió y fue al mostrador a saldar la cuenta. Cogió sus objetos de valor de una pequeña cesta de alambre y se los guardó en los bolsillos. Luego pagó la factura y volvió al vestuario.

George White estaba tumbado en el banco para hacer pesas que tenía en su cubículo y miró a Mike cuando entró. Después asintió, levantó la pesa y se enjugó la frente con un pañuelo rojo.

—Sí, señor —dijo—. Un momento.

Cogió los pantalones del banco y los colgó en una percha. La pequeña

estancia olía a lana planchada al vapor. En ella había una tabla de planchar, un galán de noche y una mesa para la colada.

En esta última había varios botes de líquido con etiquetas que decían «nafta», «agua» y «alcohol». Formando un ángulo recto había una mesita y sobre ella un teléfono y un cuaderno con la inscripción «Baños Kedzie, desde 1898. 2434 North Kedzie, llame a Belmont Cinco Cinco Dos» y una vieja fotografía de estudio. En ella aparecían varias jóvenes posando medio desnudas ante un fondo vagamente griego o romano.

Las chicas iban desnudas de cintura para arriba. Una de ellas, de complexión oscura, lucía una peluca negra de corte recto; llevaba un tocado que imitaba a una cobra egipcia y un mangual en la mano. Otra llevaba una falda pantalón, un fez, babuchas turcas con la punta curvada y una cimitarra.

Una chica de piel clara con unos ojos grandes que irradiaban confianza llevaba una falda de hierba y un ukelele. Había una princesa nubiense con velo, completamente desnuda, que se tapaba los genitales con una mano y sostenía un mosquete en la otra. El fotógrafo había titulado la pieza «En la casa de todas las naciones».

—Sí, señor. Espero que haya disfrutado de su estancia —dijo George White.

—George —preguntó Mike—, ¿por qué le tendieron una trampa a su hermano?

30

Mike no había sonsacado ninguna información a George. Ambos sabían que le ocultaba cosas: era un hombre negro hablando con uno blanco e, incluso indirectamente, se encontraba en la órbita de los irlandeses de O'Banion y, por tanto, sujeto a su ira.

Mike le había ofrecido media columna dedicada a la injusta condena de su hermano; pero George, con toda la astucia y el talento del mundo, no podía depurar ni elaborar información —aunque la tuviera— que, como supuso acertadamente, no redundara en su infortunio.

Aun así, Mike escribió la media columna sobre William White, «condenado no con pocas pruebas, sino con ninguna, salvo el repentino gusto del fiscal del distrito por la ley y el orden y la desafortunada presencia de White cerca del robo».

Sacó el papel de la máquina y dijo:

—Etcétera.

—Eso es cierto, desde luego —dijo Parlow.

—Es que el puto caso es como el ciclo leccionario; que nunca jamás se acaba.

Parlow llenó la pipa.

—¿De qué estamos hablando? —preguntó.

—De Jackie Weiss —respondió Mike.

—Eso nos devuelve al pasado —dijo Parlow.

—¿Por qué no plantó cara?

—Sí, empieza con lo que sabes. Eso sí que es filosofía.

—Está en el Chez. Entran y sabe que está acabado. Tiene que pelear.

—El conejo arrinconado berrea al zorro que lo ataca —dijo Parlow.

—Sí, pero no pelea —dijo Mike—. ¿Por qué?

—A lo mejor no reconoce a los matones.

—Sí, sí, claro. ¿Y dónde está la chica?

—¿Qué chica? —preguntó Parlow.

—Lita Grey.

—¿Y yo qué coño sé?

—... Ocultando la que tal vez sea la pregunta más acertada —dijo Mike.

—¿Cuál es?

—¿Por qué no la está buscando nadie? Lo cual significa que alguien sabe que está muerta.

—Creo que voy a tomar algo —dijo Parlow, que abrió el último cajón, sacó la botella y gritó—: ¡Becario!

Mike vio su pistola Luger al fondo del cajón de Parlow y señaló.

—Devuélvemela —dijo, y Parlow se la dio—. Lita Grey está muerta, la sirvienta está muerta. Si seguimos el rastro de migas de pan, ¿dónde nos lleva?

—A Jackie Weiss —dijo Parlow—. A Morris Teitelbaum y Jackie Weiss.

—Jackie Weiss ha hecho algo, o sabe algo o ha cogido algo que ellos quieren. ¿Quiénes son «ellos»?

—¿Quiénes son? —dijo Parlow.

—Vete a escribir para una revista pequeña.

—Lo haría, pero allí las únicas chicas guapas son los hombres.

—Hay de todo en la viña del Señor —dijo Mike. El becario trajo los vasos de cartón—. De acuerdo, Jackie Weiss. Supongamos que fue solo una riña interna.

Mike sirvió las bebidas y Parlow se tomó la suya de un trago.

—Habla con respeto de nuestra querida oleada criminal —dijo—. Mucha gente muere asesinada y eso nos paga el alquiler. —Mike puso cara de tristeza—. Joder, lo siento.

—No, la chica está muerta —dijo Mike—. No podría estarlo más.

Pero la tarde también estaba muerta. Mike salió de la redacción y fue a un bar de hombres de negocios en Wabash, donde no conocía a nadie.

Bebió hasta emborracharse y volvió al piso. Hacía frío; parecía que siempre hacía frío allí. Por supuesto, los veranos en Chicago eran bochornosos y Mike, igual que el resto del edificio, pasaba las noches de

agosto en la escalera de incendios o en el tejado. Pero siempre consideraba el calor, aun dominándolo todo seis meses al año, una excepción.

Mike se sentó en la cocina. Se había quitado los zapatos y había apoyado los pies encima de la mesa, pero se dejó el abrigo puesto para protegerse del frío. Dentro de una hora, a las cinco de la tarde, el casero estaba obligado a poner en marcha la calefacción. A veces pasaba y a veces no: por ejemplo, si el conserje estaba enfermo o ausente o le habían ordenado que ahorrara carbón.

El olor a gas del horno inundó la habitación.

La tristeza que sentía no era la de la guerra. Sus amigos estaban muertos y quedaba poco tiempo para llorar. Veía su ausencia como parte de un ciclo que oscilaba entre conmoción, tristeza, ira y filosofía. El proceso continuaba cuando uno «se ponía manos a la obra»; y el paso del tiempo, consumido en salvar la propia vida, atenuaba la amargura por las muertes de los compañeros, unas muertes que ahora eran recuerdos.

Pero haber perdido a su chica era angustioso y, aunque sus ataques de tristeza eran ya menos frecuentes, parecían aumentar en intensidad.

—El problema de la muerte —había dicho Crouch— no es que estén muertos, sino que seguirán estándolo.

Así que Mike se quedó allí sentado recordando el versículo de la Biblia que tanto lo aterraba de niño: «Por la mañana dirás “si fuera de noche” y por la noche “si fuera por la mañana”». Ahora le parecía la verdad más grande que había leído nunca.

Sabía que en algún momento sentiría apego por otras mujeres, y pensaba que teóricamente era posible que alguna sustituyera a la irlandesa en sus afectos. La idea le parecía repulsiva, pero no sabía qué ni a quién maldecir. Al asesino, por supuesto, fuera quien fuera, pero meses atrás había llegado a la conclusión de que nunca lo sabría. Era un acto de voluntad, la conclusión adoptada en un intento de reemplazar resolución por demencia.

Permaneció en la gélida habitación, dando la bienvenida al frío como si fuera un revulsivo o una causa de protesta legítima, con lo cual se refería a sensata.

Al avanzar la noche, su estado de fuga amainó al punto de descubrirse reflexionando una vez más sobre lo que según Parlow era «su oleada criminal privada», el asesinato de Jackie Weiss.

A Jackie Weiss lo habían asesinado. A su socio lo habían asesinado. Al parecer, la amante de Weiss había desaparecido y a la sirvienta de esta la

habían torturado y asesinado.

Crouch le había enseñado:

—Busca el acorde no resuelto. Es como Wagner, que no se acaba nunca. No puedo seguir el hilo. Hay dioses y diosas nórdicos, espíritus de hadas del Valhalla y demás, y aquello dura hasta que medio público muere, pero, al final, o eso dicen, un último acorde resuelve todo el caos teutónico.

—Lo no resuelto —añadió Crouch—. Cualquiera idiota es capaz de ver lo que encaja; busca lo que no encaja.

—¿Quién hizo la llamada? —dijo Mike—. ¿Quién llamó a la compañía de seguros?

Bajó los pies al gélido suelo. Después se agachó para atarse los cordones de los zapatos, que le protegían los pies hinchados, y echó a andar por el pequeño apartamento.

Alguien presentó una reclamación. Alguien que sabía cosas.

Sabía que el empleado del ferrocarril no había robado el broche; sabía que Jackie se lo había regalado a su chica. ¿Quién lo sabía?

Quienquiera que fuese disparó a Jackie y obligó a la chica a huir sin un centavo. Sabía que tendría que empeñar el broche, así que dio parte a la compañía de seguros para que la buscaran. Y la mataron. Y a la sirvienta también. A esta la torturaron. ¿Por qué? Para averiguar algo. ¿Qué?

Mike sacó la libreta y empezó a escribir. «Mid-Continental Insurance Company». Después: «... el contenido de la caja fuerte».

Entonces dejó de andar.

A lo mejor había algo en la caja fuerte, pensó, o lo había habido. Pero ¿podían abrir las chicas aquella caja fuerte? El piso era la guarida de Jackie Weiss. Escondió allí a la chica y la caja fuerte. No debió de facilitarle la combinación a ella. ¿Por qué iba a hacerlo?

Mike se sentó a la mesa de la cocina y negó con la cabeza. Luego sacó la hoja en blanco de la máquina de escribir y empezó a tomar notas.

Hacia las nueve de la mañana, alguien llamó a la puerta de Parlow.

—¿Quién es? —dijo.

—Es la Rosa de la Tierra de Nadie —respondió Mike.

Parlow abrió la puerta y Mike entró con dos envases blancos de café en la mano. Los dejó encima de la mesa de la cocina y se sentó. Parlow cerró la puerta.

Mike sacó tres folios y los extendió sobre la mesa. Parlow observó aquellas hojas repletas de anotaciones.

—¿Por qué presentaron la denuncia? —preguntó Mike.

—¿Qué?

—Nadie quería el broche. Solo querían encontrar a la chica. Era probable que hubiera empeñado el broche, así que alguien presentó denuncia para que la encontrara la policía.

—¿Por qué buscaban a la chica?

—Alguien andaba detrás de algo que tenía Jackie Weiss —repuso Mike.

—De acuerdo —preguntó Parlow.

—Si atamos cabos, mataron a cuatro personas para conseguirlo. Podríamos deducir que era algo que Jackie guardaba en la caja fuerte. Para hacerse con ello, mataron a la prostituta, a la sirvienta y a Teitelbaum.

—¿Y qué es? —dijo Parlow.

—Espera, tengo otra pregunta —respondió Mike.

—Vale. ¿Y cuál es?

—¿Quién abrió la caja fuerte?

31

JoJo Lamarr había cosechado la fama que pudiera atesorar gracias a las atenciones de Mike.

Una mañana, hacía varios años, Mike estaba dando su paseo matutino, recorriendo North Avenue hasta el lago y después poniendo rumbo al sur hasta el *Tribune*, situado a orillas del río. Era pleno invierno y el hielo cubría buena parte del lago. Mike oyó un grito y al mirar hacia el este vio a un hombre agarrándose al hielo para salir del agua. Delante de él había una pequeña forma inerte.

Mike echó a correr por el hielo. El hombre cogió el bulto en brazos y se dirigió hacia él. Era el cuerpo de un niño pequeño.

El niño estaba azul y empapado. El hombre, JoJo Lamarr, temblaba incontrolablemente y le entregó el niño a Mike.

Este salió corriendo y enfiló North Avenue Beach. Un policía montado estaba patrullando la playa. Mike le pasó al niño y el policía se lo llevó.

—¡Llame a una ambulancia! —gritó Mike, señalando a JoJo.

Mike volvió con JoJo, que se había desplomado en la playa, lo cubrió con su abrigo y lo ayudó a entrar en la zona cubierta del pabellón.

En el hospital, a JoJo le diagnosticaron conmoción e hipotermia. Mike contó primero la historia a los de edición y después a los periodistas que se habían congregado en la sala de espera.

Los cinco periódicos publicaron la noticia en primera plana. HOMBRE RESCATA A NIÑO QUE SE AHOGABA BAJO EL HIELO.

La cobertura más somera fue la del *Tribune*, ya que Mike, que informó por teléfono, volvió a casa para darse un baño muy caliente, tomar una

botella de ron y echar una cabezada que se prolongó hasta el día siguiente.

Según contaba el artículo, Anton Lamarr estaba dando su paseo matinal cuando vio que el niño caía por una brecha en el hielo; sin pensar en su propia seguridad, corrió hacia allí, se zambulló en el lago y vio al niño inconsciente a tres metros de profundidad.

Los periódicos dejaban entrever, aunque sin decirlo textualmente, que el señor Lamarr estaba a la espera de una vista para revocar su condicional y que podía regresar a Stateville para cumplir el resto de su condena por un delito grave. Catorce años en prisión.

A JoJo lo juzgaban por extorsión y violación de la Ley Volstead. Los cómplices de su último delito habían logrado salir bajo fianza gracias a un abogado que había montado un buen espectáculo. Pero cualquiera que conociese bien a los amañadores sabía que los servicios de JoJo, aun dándole derecho a fianza y un buen espectáculo, habían quedado lejos de la recompensa del amaño, de lo cual JoJo era plenamente consciente.

A su regreso al mundo, Mike leyó lo que había publicado la prensa y vio, en la sección de reportes de los tribunales, que JoJo debía personarse al cabo de una semana ante el juez para la revocación de la condicional. Mike asistió al proceso.

El abogado defensor pidió que el heroísmo del JoJo quedara reflejado en el auto. La acusación protestó y, cuando se denegó la protesta, Mike y todos los allí presentes supieron que JoJo saldría libre.

Aquella noche, en el Sally Port, Mike confió sus sospechas a Parlow. Este dijo que era demasiado bueno para corroborarlas, pero Mike lo hizo de todos modos.

Le habían enseñado a buscar el dato periférico, la pregunta que nadie había formulado, en este caso: «¿Quién era el niño?».

Mike descubrió que al niño lo habían dado de alta en el hospital poco después del percance y lo habían dejado al cuidado de una tal Clarice Mitchell, 251 Luella, Chicago.

Mike fue allí a verificar lo que ya sabía de sobra: que no existía tal persona ni tal dirección.

Mike preguntó a los chicos del centro dónde podía encontrarse normalmente a JoJo Lamarr: en los billares Del Mar, North Clark Street. Mike dio con él y lo felicitó. JoJo, dicho sea en su honor, reaccionó con modestia.

—Hay que ser valiente —dijo.

—¿Quién era el niño? —preguntó Mike.

—¿El Niño? Era de Cicero. Lo encontramos.

—¿Quiénes?

—Sí —dijo JoJo—. Alguien pensó que me debía algo, o que si pasaba mucho tiempo encerrado podía irme de la lengua, cosa que no haría ni que me fuera la vida en ello.

»Así que quizá acudí a ellos y les hice una propuesta. No tenía un centavo y creo que les apeteció y dijeron: “De acuerdo”. Me compraron al niño. Lo alquilaron.

—El niño no se cayó al lago... —dijo Mike.

—Yo no haría algo así —respondió JoJo—. No. Lo complicado era el momento. Tú —dijo señalando a Mike— tienes unos patrones de conducta demasiado predecibles. Si alguien quiere encontrarte, sabe dónde vas y cómo llegar hasta allí. Ten cuidado con eso.

—¿Te tiraste al lago? —preguntó Mike.

—Sí, tuve que hacerlo —dijo JoJo encogiéndose de hombros—. Y tiré también al niño, pero lo agarré fuerte.

Mike se lo quedó mirando.

—Eh, le pagaron —añadió JoJo—. Le pagaron.

—«Le pagaron» —dijo Mike a Parlow aquella noche, y ambos se echaron a reír.

Aquella noche y durante varios días, uno de ellos, y después el otro, recordaba la frase de JoJo, «le pagaron», y volvían a reírse los dos. Pero, tras la muerte de la chica, en el piso de Yuniko y en la cabaña, y otras veces, Mike recordó la advertencia: no seas tan regular en tu comportamiento. No sabes quién está vigilándote.

JoJo se sentó, como de costumbre, en la esquina de la barra del Wabash, encantado de contar verdades a Mike Hodge, quien, al fin y al cabo, lo había hecho famoso.

—Estoy buscando a un ladrón de cajas fuertes —dijo Mike.

—Un ladrón de cajas fuertes. Es una raza poco común que se divide en el tipo de la nitroglicerina y el que fuerza la puerta... Son dos subespecialidades diferentes.

—El tío del estetoscopio —precisó Mike.

—¿Alguien que averigüe la combinación? —preguntó JoJo—. Es

posible. Aunque muchos aseguran poder hacerlo, yo no me lo creo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque... ¿Dónde he oído yo esa historia? En el trullo. En primer lugar, todo lo que te digan es mentira; en segundo lugar, si un tío puede abrir una caja fuerte con un estetoscopio, sin hacer ruido, sin armar jaleo, entrar y salir, ¿qué hace en la trena? Y lo dudo por otra cosa —dijo JoJo.

—¿Por qué?

—Si alguien tiene mala pinta, es por algo.

—Cierto —dijo Mike.

—Si va caminando por el barrio equivocado y tiene mala pinta, la policía lo detectará a cinco manzanas de distancia e irá a por él. Y si la policía le encuentra un estetoscopio no le dirá «le pido disculpas, doctor», sino «sube al coche». Sé unas cuantas cosas sobre herramientas para cometer robos. No lo hagas.

—¿Una linterna? —dijo Mike.

—Igual que un estetoscopio —respondió JoJo—. Si te vacías los bolsillos, no es lo mismo que un cincel, pero, de todos modos, ¿para qué la necesitas? ¿Eres minero? —dijo antes de hacer una pausa—. Es discutible, pero ¿por qué arriesgarse?

—Delante del juez —dijo Mike.

JoJo asintió, pero mejoró la pedagogía.

—¿Delante del juez? Probablemente irás a la cárcel de todos modos. Te encerraron por ser tú. Así que, teóricamente, lo de la linterna es cierto. Pero, pero...

Miró el vaso y Mike indicó al camarero que sirviera una ronda más. JoJo asintió en señal de agradecimiento, vació el vaso que tenía delante y lo apartó.

—Pero, y este es el material más interesante: ¿quién necesita la linterna? ¿El ladrón nocturno? Imagínate que entra y la gente está durmiendo. Uno de ellos se despierta y le pregunta qué cojones hace allí. ¿El pequeño Billy está durmiendo en la cuna? El propietario de la casa dispara. Pum, pum, pum. Herr Medianoche lo sabe. Si trepa por el porche y hay gente despierta en la casa, puede desatarse un tiroteo. La policía piensa: «He encontrado la linterna. ¿Dónde está la pipa? Seguramente la habrá tirado, pero la llevaba». Así que, para ellos, linterna equivale a violencia. Es lo mismo que una pistola. Y los putos polis odian las pistolas.

—Sí, no les gusta la violencia —dijo Mike.

—No, detestan el papeleo —repuso JoJo—. Nuestro ladrón la saca y le pega un tiro. Ahora hay un tío muerto encima del parqué y, cuando aparece el policía, piensa: «A tomar por saco el fin de semana». Quién estaba allí, qué dijo su esposa y toda esa mierda. Si llegan los sargentos, se irán al lago Lemán de fin de semana, según le dijeron al manicurista. Lo último que quieren los gilipollas de homicidios es redactar informes cansinos. «A la mierda», dicen. «Esto es demasiado complicado. Desglósamelo. Ya que tienes aptitudes estenográficas, lo quiero en mi mesa el lunes por la mañana». Todo el mundo está cabreado. Si te pillan con una pistola, vas a la cárcel por eso. Les has jodido el fin de semana.

—¿Tu historia pasó en fin de semana? —preguntó Mike.

—Efectivamente, pasó en fin de semana. Nuestro hombre se entera de que el propietario seguramente estará en Michigan City, chapoteando entre las olas con su mujer o su querida. Hay más posibilidades de que el tío entre. ¿Hay alguien ahí? No lo hagas de noche. Si no hay nadie cuando entres, enciende las luces.

Mike asintió. El camarero les sirvió dos copas más y Mike empujó una hacia JoJo, que asintió para agradecersele.

—En Stateville —dijo— hay tipos que si fueran indios se llamarían «En la cárcel por culpa de las herramientas». Se suena la nariz continuamente. El poli se lo queda mirando, no le gusta. Lo cachea y, ¿qué encuentra?

—¿Una linterna?

—Ni más ni menos —dijo JoJo—. A la mierda las ganzúas. Ese tío llevaba un abotonador. Era final de mes y el policía tenía que escribir algo. ¿Qué escribió?

—«Este personaje sospechoso al que el agente conoce desde hace mucho tiempo ha sido arrestado mientras hablaba con delincuentes conocidos y se hallaba en posesión de herramientas para perpetrar robos. Véase documentación adjunta» —dijo Mike.

—Correcto. ¿Qué no llevaría yo encima? Un sujetapapeles, un cortaplumas, una llave de reloj o una hebilla de cinturón. ¿Por qué? Porque, como no llevo cinturón, me arrestarán. «No, señor, no he encontrado herramientas, pero llevaba diversos objetos prohibidos...». «¿Dónde?». «¿En los bolsillos de los pantalones? Señor, fíjese en los tirantes desgastados y en la tela ligera de los pantalones. Le reto a que me explique cómo pueden soportar el peso de esas herramientas que usted menciona...».

—¿Y si tienen sirvienta? —preguntó Mike.

—Si la tienen, la sirvienta da por hecho que de vez en cuando se oirán ruidos, cierta actividad en alguna zona del apartamento o la casa, ya sea inexplicable o inesperada: la señora está tirándose al profesor de tenis, o el marido, bondadoso como es, ha traído a una chica a casa.

—¿Y si te descubre la sirvienta?

—Si te descubre la sirvienta —dijo JoJo—, la miras a los ojos y averiguas si es, A, decente, o B, inteligente. Si es A, te inventas una excusa; te sacas de detrás de la oreja el lápiz que siempre llevas contigo y le dices que estás tomando medidas para las cortinas.

—¿Y si es B?

—Si es B, lo cual es más probable, sacas el billete de cinco dólares del bolsillo del chaleco, que es donde vive dicho billete, y se lo ofreces. Aquí entra en juego el lápiz: «Siento haberla asustado. Como sabe, soy el hombre que ha venido a tomar medidas para las cortinas». Te palpas los bolsillos. «He olvidado la tarjeta. Por favor, dígame a la señorita Mffmr que la llamaré mañana». ¿Qué tiene ahora la chica?

—El billete de cinco y una historia que contar —respondió Mike.

—Bueno, ese es mi regalo para ella. Cuando la miro a los ojos, ella piensa: «Vale, pero ¿y si no soporto la presión?». Porque la policía no pensará que está en el ajo, pero la señora de la casa sí.

—... Porque es negra... —aventuró Mike.

—Sí —dijo JoJo—. Por eso acepta la pasta de buenas a primeras. Porque, aunque yo vaya a la cárcel, no es imposible que ella también acabe allí.

—Ya vas pillándolo. “Este tío quiere ayudarme”... Con una o dos acabamos siendo muy buenos amigos en el transcurso de una noche.

—¿Y si te descubre en plena faena?

—Lo mismo. La chica es blanca, así que tengo que pedirle disculpas y marcharme. Suele ser una existencia pacífica —dijo JoJo.

—¿Cómo abres la caja fuerte? —preguntó Mike.

—¿La caja fuerte? No se me dan bien, pero te diré una cosa: de día no puedes hacerla estallar o arrancar la puerta. No tengo destreza para averiguar la combinación y no voy por ahí con ganzúas. Sí que tengo... —dijo mientras se palpaba los bolsillos—. Sí que tengo cierto documento que enumera los varios códigos de apertura. Pueden acceder a ellos todos los cerrajeros acreditados, y están clasificados por marca y modelo.

—Eso tiene que costar un dineral —dijo Mike.

—Imagino que sí —respondió JoJo—. Y, por supuesto, muchos cerrajeros trabajan de noche.

—Yo estoy buscando a un ladrón de cajas fuertes —precisó Mike.

—Sí, y creo saber por qué.

—¿Por qué?

—Porque tienes olfato para las noticias —dijo JoJo.

—¿De qué estamos hablando? —preguntó Mike.

—Del tío que apareció en las dunas.

—¿Qué tío?

—El tío de la caja. Lo publicó tu periódico —dijo JoJo.

—No te sigo.

—Tu ladrón de cajas fuertes, el que apareció muerto en las dunas. Se lo comieron los putos peces... El goloso... Llevaba caramelos.

—Prueba otra vez —dijo Mike.

JoJo negó con la cabeza.

—Lo que tiene que hacer uno por una copa y diez pavos —dijo—. ¿No sabes de qué te estoy hablando?

—Cuéntame una historia —dijo Mike.

—Walter Johnson. Ese tipo era un genio. Y gran parte del verdadero pensamiento ancestral que conozco lo aprendí con él en la cárcel. —JoJo levantó un dedo para impedir que le hiciera la pregunta—. «Si era un genio, ¿qué hacía encerrado?». No lo cazaron por una infracción profesional, sino por cargarse a una bailarina de alquiler, que aquel año iba contra la ley. Teniendo en cuenta que era una bailarina, no hubiera cumplido toda la condena, pero, por desgracia, se puso artístico y la desmembró de manera suficientemente memorable como para llamar vuestra atención, lo cual contribuyó a que lo metieran en la cárcel. Un hombre más juicioso la habría lanzado al río Fox y, si hubiera tenido la mala suerte de que un policía fuera de servicio estuviera pescando justo en el siguiente meandro, le habría dicho al juez que la chica le contagié gonorrea. Habría cumplido diez años por asesinato y hoy estaría vivo.

Ambos bebieron un trago.

—Ah, sí —dijo JoJo—. Respondiendo a tu pregunta: la chica te descubre abriendo la caja fuerte. Es B, o una chica de color, de eso ya hemos hablado, y tu pregunta es: si es una sueca auténtica, una chavala blanca o algo parecido, ¿qué haces?

—Eso es.

—Lo que seguro no debes hacer jamás es asustarla. Nunca. De lo contrario, si te ve en una sesión de cine matinal, dirá «¡Es él!» y añadirá: «Intentó violarme y dijo que el alcalde Thompson es un gilipollas». No la asustes nunca. No puedes razonar con ella...

—¿Por qué no? —preguntó Mike.

—¿Por qué no? Porque la chica es tonta. Si no lo es, siendo blanca, ¿por qué no tiene un trabajo más decente que pasarse el día recogiendo bragas de una gorda y diciendo «sí, señora», sin robarle siquiera? Si te descubre una chica blanca, está protegiendo su honor y, atento a esto, el «honor de la casa».

JoJo inclinó el vaso y Mike miró al camarero, que asintió.

—Dos bolsas con cordón ajustable. Una está llena de caramelos —dijo Mike.

—No hay manera —respondió JoJo—. La poli nunca lo entiende. Es demasiado bueno.

—¿Seguro que quieres contármelo? —dijo Mike.

—Simplemente estoy hablando. Estoy matando el tiempo hasta que lleguemos al meollo de la cuestión. Al final llegaremos a la parte en la que me pides ese favor. Puedo hacerlo. Lo haré y lo sabes. Es parte del acuerdo, Mike. Supongo que eres consciente de dos cosas: me caes bien y hablo demasiado. ¿Qué favor quieres pedirme?

—¿Por qué se cargaron a Jackie Weiss?

—Según tengo entendido, Jackie Weiss se demoró con el pago de la comisión.

—¿Y si no fue así? —preguntó Mike.

—¿Qué te hace pensar eso?

—¿Y si estaba al corriente de pagos?

—Entonces, la pregunta es: ¿para qué matar a la gallina de los huevos de oro? —dijo JoJo—. Si tu información es correcta.

—Supongo que sí —contestó Mike.

—Ajá.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Estaba pensando en por qué quieres tocarle los cojones a Dion O'Banion —dijo JoJo—. No se conocen calumnias a tu valentía.

—Sí, así es —dijo Mike—. ¿Estoy tocándole los cojones a O'Banion?

—No, tengo que pensar en esto —respondió JoJo—. Tengo que pensar

en esto. —Apuró la copa y se levantó del taburete—. Gracias —añadió.

—Tiro la toalla con los caramelos.

—¿No quieres intentarlo? —dijo JoJo—. De acuerdo. La bolsa de caramelos; esto es información privilegiada... Walter. Lo descubren delante de la caja fuerte. Cuando entra la sirvienta, la puerta está abierta y él está cogiendo las joyas. Walter se da la vuelta y aquí interviene el lenguaje corporal: espalda encorvada y cabeza gacha. «Me has pillado». Luego coge las joyas que quedan y, delante de la chica, las mete en la bolsa vacía. Ata las cuerdas, hace una reverencia de resignación y se despide. Suspira. Levanta la mano y se da la vuelta para cerrar la caja fuerte. La bolsa con las joyas va al bolsillo del abrigo. Se gira hacia la sirvienta y ahora lleva en la mano la otra bolsa, que está llena de caramelos. Mirando hacia abajo y con los hombros caídos, sostiene la bolsa delante de él. «Me has pillado...», y se la entrega a la sirvienta. Sale de la habitación y baja la escalera triste y avergonzado.

—¿Es la chica blanca?

—¿La sirvienta? Una puta luterana. Eso da igual. ¿Qué hace cuando Walter se va?

—Mira dentro de la bolsa.

—Mira. Dentro. De. La. Bolsa —dijo JoJo.

—¿Porque ella también es una ladrona?

—Porque es mujer. Si le entregan una bolsa llena de joyas no puede evitar abrirla. Coja algo o no, tiene que ver qué hay dentro. Y tú mientras tanto bajas la escalera o coges el ascensor.

—¿Y si abre la bolsa antes de que salgas a la calle? —preguntó Mike.

—Ahí está la puta genialidad del asunto —respondió JoJo—. Ya puedes olvidarte de quien descubrió el radio. La sueca me vio meter las joyas en la bolsa y atarla con un nudo sencillo. Cuando se la di, intentó abrirla y no fue capaz de deshacerlo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque primero metí los caramelos en la otra bolsa, arranqué las cuerdas y las uní con pegamento y luego hice el nudo. Y también lo pegué. Ahora, el problema de la chica es qué hacer con el ladrón. ¿Cómo deshago este puto nudo? Es complicadísimo. Yyyy, ahora llega la parte que más me gusta. Si me pillan entrando, ¿qué encuentra el poli? Una bolsa de caramelos que, por el amor de Dios, compré para repartir entre los pobres niños de Hull House. ¿Es bonito o no?

—¿Y si te pillan saliendo?

—Entonces estoy jodido. Pero te diré una cosa: si estaba al corriente de pagos, no creo que O'Banion lo matara —dijo JoJo.

—¿Por?

—¿Para qué? No lo entiendo. Si Jackie Weiss estaba al corriente de pagos, recibía protección de O'Banion. ¿Por qué iba cargárselo alguien?

—¿Conocías al tipo al que encontraron muerto en las dunas con una bolsa de caramelos en el bolsillo? —dijo Mike.

—Tuvo que estudiar con Walter en la cárcel —respondió JoJo—. Si alguien pasa tiempo suficiente encerrado con Walter, se forja una amistad.

Mike se levantó, dejó un billete de diez dólares encima de la mesa y le entregó uno de veinte a JoJo. Luego se puso el abrigo.

—Y yo de ti me andaría con cuidado —dijo JoJo—, porque están matando a mucha gente.

—Sí. ¿A quién están matando?

Mike lanzó la pregunta y empezó a abotonarse el abrigo.

—Esa chica negra trabajaba para la novia de Jackie Weiss.

—¿Y qué relación tenía con un ladrón de cajas fuertes? —preguntó Mike, que se llevó un cigarrillo a los labios, sacó una cerilla de la caja, la frotó contra el lateral y encendió el cigarrillo.

—Yo no te he contado nada —dijo JoJo.

Mike tiró la cerilla quemada en el cenicero.

—Creo que mientes.

—No, no lo crees —repuso JoJo—. ¿De qué te ríes?

Otros cinco dólares en la comisaría le habían abierto los archivos Bertillon de la junta de libertad condicional del condado de Cook. Dos horas de estudio le habían dado el nombre y la fotografía de Donald Byrne, Penitenciaría de Joliet, 1923-1928, compañero de celda de Walter Johnson durante tres de esos años. El señor Byrne, según su ficha, tendría cuarenta y un años, y una comparativa de sus datos con los del muerto que había aparecido en las dunas indicaba que no cumpliría ni uno más.

—Es cuestión de saber dónde buscar —dijo Mike.

—¿Quién dijo eso? —preguntó el empleado.

—Lewis y Clark —contestó Mike—. ¿No os enseñan nada...?

32

Parlow acababa de entrar en el Sally Port y estaba quitándose el abrigo cuando llegó Mike.

—Si he entendido bien... —dijo este.

—Por el amor de Dios, déjame pedir una copa —respondió Parlow.

Atravesaron la sala llena de humo y Mike le contó su interpretación de la historia como si estuviera exponiéndosela a los de edición.

—La caja fuerte de Weiss estaba vacía...

—A lo mejor se lo llevó todo la chica —dijo Parlow.

—¿Lita Grey?

—Sí.

—A lo mejor —contesto Mike.

—Y se llevó el abrigo de visón —añadió Parlow.

—Puede que sí, puede que no. Pero ¿por qué estaba Jackie Weiss en apuros?

—Porque hizo algo que no les gustó.

—O porque tenía algo que alguien quería —dijo Mike—. Podemos suponer que se lo habían pedido amablemente y él puso reparos.

—Un hecho no demostrado, pero, qué coño...

—Si registran el Chez y no está allí, ¿dónde está?

—En su nidito de amor, quizá —dijo Parlow.

—Entran en el nido de amor y entonces alguien... ¿quizá el Hombre de los Caramelos?... abre la caja fuerte y anuncia que no está ahí.

—De acuerdo.

—¿Y cómo lo tratan?

—Le pegan un tiro y se deshacen de él en Hegewisch.

—¿Por qué?

—Porque creen que ha abierto la caja, ha encontrado lo que ellos buscaban y se lo está ocultando.

—Y ahora...

—Me alegra que estés de vuelta —preguntó Parlow.

—Cállate —repuso Mike—. Ahora...

Pero habían llegado a la mesa del fondo y no solo estaba ocupada por el *Tribune*, sino también por el *American*.

—¿A qué viene este ecumenismo? —dijo Parlow.

Crouch acababa de encender un Fatima con la colilla del anterior.

La ocasión era la presencia a la mesa de un periodista de Nueva York. Estaban felicitándolo por la extraordinaria exclusiva de su periódico, una foto en portada de la electrocución de Ruth Snyder.

—... en el artículo desde el primer día —dijo—. Y las apuestas eran dos a cinco a que lo había hecho. Al principio. Luego eran cinco a uno contra la ejecución.

—¿Y tú apostaste? —preguntó Mike.

—No, no lo hice —dijo el neoyorquino.

—Porque habría sido de dudoso gusto —añadió Mike.

El neoyorquino dejó de hablar.

Los chicos estaban intercambiando Historias de la Ley no Escrita e interrogando al neoyorquino sobre el asesinato de Ruth Snyder; el testimonio reprimido, las habladurías entre bastidores y las ornamentaciones policiales que para los periodistas eran, como dijo Crouch, «el licor embriagador, la ambrosía de las noticias, las noticias reales, recién salidas del alambique, antes de que las adulteren».

Ruth Snyder y su amante, Judd Gray, habían asesinado al marido de ella. Por lo visto, Gray, un comercial de ropa interior, era objeto de un chiste en la sección local que el visitante planteó al grupo:

—¿Por qué Judd Gray era un mal albañil?

—Porque tapaba los agujeros equivocados —dijo Parlow.

El visitante puso cara de decepción.

—Oh, no —añadió Parlow—. Te he pisado el chiste. ¿Cómo he podido? Lo siento mucho. Espero que no interpretes mi tosquedad como un baremo del nivel de cortesía local. Permíteme que invite a una ronda.

Mike se sentó delante de Parlow.

—Paga una ronda —dijo este.

Mike pidió bebidas para toda la mesa e indicó a Parlow que las abonara.

—Esto os gustará, compañeros —dijo el neoyorquino—. Me recuerda a una historia de caza.

La mesa asintió: sí, probablemente habían oído la historia más de dos veces, pero serían corteses con el forastero.

—Un tipo descubre que su mujer lo engaña con otro, así que va a un motel muy conocido. ¿Cómo sabe que estará allí? Porque la ha seguido. La mujer aparca el coche y entra. En el umbral abraza a un hombre que incluso el marido, pese a la rabia y la tristeza, sabe que no es él. Se dirige al mostrador. «¿En qué habitación han entrado mis amigos, por favor?». «Habitación dos cero nueve». Y se va al trote a comprar una pistola.

El camarero trajo la ronda de bebidas. Mike le indicó que tomara nota y él asintió y se fue.

—Por honda que sea su tristeza, nuestro desafortunado cornudo conserva ese sentido innato de supervivencia que nos distingue de los irreflexivos. El hombre piensa: «Si en mi estado entro en una casa de empeños pidiendo una pistola, el dependiente se acordará de mí. Es posible que no termine la venta y llame a la policía». En lugar de intentar pasar desapercibido, concluye, será mejor actuar de manera ilógica y adquirir el arma en un lugar donde sea un cliente valorado. Comprará un arma deportiva. Así nadie lo cuestionará y, en caso de que salga indemne del crimen, nadie lo relacionará con él.

»¿Quién mataría a su mujer, piensa, con una escopeta cara recién comprada? Así que se va a su establecimiento de material deportivo habitual en la Quinta Avenida. Durante años ha sido un cliente muy apreciado en la sección de pesca. Qué prodigios de bambú y cordel encerado, de carretes perfectamente equilibrados y moscas atadas por los mejores artesanos, que se quedaron ciegos fabricándolos...

—Vete al grano —dijo Mike.

—Entra en la tienda y le indican que tome el ascensor. «¿Tercera planta, señor Smith? ¿Material de pesca?», dice el muchacho. «No —responde él—. Llévame a la sección de armas». Y sube. Encantados de verlos a él y a su interés por el deporte sangriento, le hacen preguntas. ¿A qué quiere disparar? Él improvisa. «Pájaros». «¿Qué tipo de pájaros?». «Mmm, faisanes». Coge una escopeta de la estantería. «Me la quedo». «Es una bonita Parker VHE del calibre doce, dos cañones, categoría comercial, culata de nogal...».

—Para de lucirte —dijo Mike.

—«De nogal circasiano. No hay mejor arma para presas de las tierras altas. Pruébela». «Me la llevo», insiste él. «El precio...», dice el vendedor. «Es para regalar», dice el hombre. «Y...». Saca el reloj. «Me he olvidado del cumpleaños de mi hermano. Me quedo la escopeta». «No se arrepentirá», le asegura el vendedor, que llama a sus subordinados y les indica que le envuelvan la escopeta, uno-dos-seis.

»El vendedor dice: “¿Qué accesorios podría querer su hermano para la...?”. “Si quiere algo, estoy seguro de que vendrá él mismo —responde nuestro hombre—, y puede cargarlo en mi cuenta”. Consulta el reloj. “¿Munición?”, propone el vendedor, y saca una caja de debajo del mostrador. “¿Qué? Sí, sí, dos”. “¿Dos cajas?”.

»“No, dos cartuchos —dice el marido—. Envuélvalo”. El marido está mirando el reloj. Entonces vuelve el empleado con la escopeta. “Señor —dice —, hemos encontrado una pequeña muesca en el guardamanos...”. Se la enseña. “Me da igual”, dice nuestro hombre, y hace ademán de coger el arma. “Oh, no, señor —dice el vendedor—. Von Lengerke & Antoine no puede permitir que salga de este establecimiento un arma imperfecta. Por ese precio no”. “Mi hermano —dice el hombre—. Llego tarde a su fiesta de cumpleaños...”.

»“Sí, lo entiendo”, dice el vendedor, que indica que se lleven el arma objetable y coge otra de la estantería. “Es una Purdey —dice—. Sí, una escopeta Purdey. Lista para su entrega. El precio, por supuesto, es mucho más elevado; los acoles son de platino...”. “Me la quedo”, dice el hombre. “Solo se han fabricado cinco y nos permitieron quedarnos con una. Cuesta seiscientos dólares. En vista de los inconvenientes que le hemos causado y de su fidelidad como cliente, permítanos ofrecérsela con un descuento del doce por ciento”. “Me la llevo”, dice el hombre. Coge el arma, saca dos cartuchos de la caja y sale de la tienda. Pide que carguen el importe a su cuenta y se va al hotel.

»En el taxi va murmurando “dos uno nueve, dos uno nueve”. Llega al hotel. En el vestíbulo, mira las llaves colgadas; sí, la dos uno nueve no está. Siguen en la habitación. Carga la escopeta. Segundo piso. Dos uno nueve, dos uno nueve. Apoya el dedo en el gatillo. Abre la puerta de una patada. Frente al lavamanos hay un anciano gordo afeitándose; lleva una toalla a la cintura. El hombre se da la vuelta. En la cama, una señora gorda con rulos leyendo una revista.

»El anciano que estaba afeitándose mira a nuestro hombre. “Madre de Dios —grita—. ¿Eso es una Purdey de exhibición?”. Nuestro hombre responde afirmativamente y el anciano extiende los brazos con ternura. “¿Puedo cogerla?”. Nuestro hombre le tiende la escopeta. El arma se dispara accidentalmente y parte a la anciana en dos. Sangre, mierda y cabello salpicando las paredes.

El neoyorquino se desternilló con su chiste.

—Salpicando las putas paredes...

Parlow miró a Mike.

Transcurrido un año, la historia de Mike sobre «el asesinato por arma de fuego» había sido extirpada de la memoria del grupo. Habían vivido las inadvertencias de la preocupación constante por el afligido, y el tiempo había reforzado la máxima de no mencionar nunca una sogá en casa del ahorcado, así que no hubo nuevos recordatorios dolorosos de la pérdida de Mike.

El asesinato de Annie Walsh era historia, y lo que era historia no era noticia.

Su historia correspondía, como el incendio de la escuela el día de Todos los Santos, a esa categoría que no es un tema adecuado para su dominio a través del humor y, al no ser de utilidad, fue desterrada.

Había pasado medio año desde que Mike se había reincorporado al trabajo y, como muchos otros que habían vuelto heridos, su desfiguración pronto dejó de suscitar comentarios y, a la postre, de ser noticia.

Pero el neoyorquino había sacado el tema y Mike le dijo:

—Tu historia es mentira. ¿Quieres aprender a contar historias más interesantes? Sal a la calle a que te partan la nariz, pretencioso de mierda. —Mike retiró la silla y se levantó—. Y vendisteis unos cuantos periódicos con esa foto de la ejecución, ¿verdad? Esa chica muriéndose... Los que vieron esa foto no la olvidarán nunca. La gente que ha visto un cadáver aparta la mirada. No es agradable.

—Eso dicen —respondió el neoyorquino.

—¿Has visto alguna vez un cadáver, mierdecilla?

—Vi uno en fotografía.

—¿Y qué te pareció? —dijo Mike—. ¿O eran solo «postales francesas»? Te estoy hablando. ¿Era una «noticia» o una venganza? La puta chica electrocutada...

—Digamos que fue... —respondió el neoyorquino—. ¿«Venganza» por parte de quién? ¿De la sociedad? Sí.

—La «sociedad» no sufrió en ese asesinato —repuso Mike—. Lo sufrió la puñetera víctima. Y fuera cual fuera la deuda que la sociedad considerara que habían contraído con ella, quedó saldada cuando la chica fue condenada y murió. Pero no la condenaron a hacerse una puta foto.

El hombre volvió la cabeza. Mike lo agarró del cuello de la camisa y le propinó una fuerte bofetada.

—A mí no me des la espalda, soplapollas —le dijo.

Mike notó que Parlow lo rodeaba con el brazo para inmovilizarlo y dejó que se lo llevara de allí.

—Estás loco —susurró Parlow.

—Sí, es verdad —dijo Mike, y Parlow lo soltó.

Mike se volvió hacia la mesa.

—Espera a que te suceda algo —dijo—. Entonces ven a hablarme de venganza.

Parlow le puso la mano en el brazo y Mike se zafó y fue hacia la puerta.

Peekaboo y Mike se habían bebido dos tercios de una botella que no solo se anunciaba como whisky de preguerra, sino que sabía como tal.

—Publicar la foto de esa pobre chica blanca en portada... —dijo Peekaboo—. Yo a eso le llamaría acto de perversión.

—Mataron a esa chica.

—¿A tu chica? —preguntó Peekaboo.

Mike negó con la cabeza.

—A Ruth Watkins. Trabajaba para Lita Grey —dijo—. La torturaron. Mataron a Jackie Weiss; fueron a su casa y asesinaron a la sirvienta. Abrieron la caja fuerte y mataron al ladrón.

—Esto no es una reyerta entre clanes con final feliz —observó Peekaboo—. Es una venganza.

—Pues dicen los españoles que la venganza es un plato que se sirve frío.

—La venganza es como una langosta: mejor caliente o fría. Pero tienen razón. Un blanco mató a mi hermano. ¿Qué vas a hacer?

—¿Qué puedes hacer? —dijo Mike.

—De acuerdo —respondió Peekaboo—. Un chico blanco conduciendo de noche, en invierno. Iba en calesa con su mejor amiga. Alguien les salió al paso. Un par de tíos.

Peekaboo hizo un gesto, como diciendo «¿qué puedes hacer?».

—¿Mataron al chico y violaron a la chica? —preguntó Mike.

Peekaboo se encogió de hombros.

—¿Qué puedes hacer? —dijo.

—¿Cómo la recompusieron?

—¿Recomponerla...?

—A la chica blanca —precisó Mike—. Después de violarla.

—¿Después de violarla? No hizo falta «recomponerla». La dejaron allí tirada, sin ropa interior como si hubiera estado follándosela su novio, cosa que ocurre con frecuencia.

—Y luego la asesinaron a ella también —dijo Mike.

—¿«También»? Cariño, el chico blanco fue el segundo en morir. Primero lo obligaron a mirar. La violaron, la mataron y luego fueron a por él. —Peekaboo miró a Mike como diciendo «¿en qué mundo vives?»—. Lo menciono porque, antes de morir, muriera como muriera, mi hermano sabía que sus amigos se vengarían. Y murió con eso, lo cual no es poco.

—No, no es poco —dijo Mike.

—¿No violaron a las monjas?

—Es posible. Nunca se sabe.

—Aquellas monjas no habían hecho nada. Pero el mundo es así —dijo Peekaboo, que se levantó con desgana—. Sí, debes hacer lo que te haga sentir mejor, cariño.

Peekaboo suspiró.

—¿Qué paso con la chica blanca de la calesa? ¿Hicieron que pareciese que había matado a su novio?

—Exacto —respondió Peekaboo—. Él quería tirársela y ella luchó por defender su honor. El chico pretendía romperle el cuello, así que lo asesinó.

—¿Cómo lo hizo? ¿Con una pistola comprada en la calle?

—Mike —dijo ella—, los negros pobres no tienen dinero para comprar una pistola en la calle. Escúchame bien: el chico blanco quería violarla y ella le clavó la aguja del sombrero en el corazón.

—¿Y si no llevaba sombrero?

—Bueno, entonces ya lo tienes... —dijo Peekaboo.

El teléfono estaba en silencio. Los últimos clientes habían ido al piso de arriba y el frío descartaba la posibilidad de una entrada a altas horas de la noche. Peekaboo indicó a Marcus que empezara a recoger y salió de la

cocina. Mike se levantó a mirar por la ventana, que estaba cubierta de escarcha.

—En el sur, en Texas y Shreveport —dijo Peekaboo—, muchos criollos parecen una mezcla de españoles y franceses. Y negros. Cabría pensar que algunos se harían pasar por otra cosa, pero yo no lo vi nunca. Eran demasiado orgullosos, que Dios los bendiga. Y podían, ¿sabes? Pero decidieron seguir siendo lo que eran, que la gente lo supiera. No por la piel, que a veces era posible, ni por su ropa. Si te fijabas, la mayoría del tiempo iban bien vestidos, pero si te fijabas aún más, si los analizabas, te dabas cuenta de que tanto hombres como mujeres iban mejor vestidos, eran más atractivos y tenían mejor figura que los blancos.

»Porque eran orgullosos, y lo entiendo. Conocí a uno al que insultó un hombre blanco. Lo llamó y el hombre blanco dijo: “Yo no peleo con negros”. Y le convenía no hacerlo. El criollo lo cazó en la calle y le dio una paliza de muerte. El hombre blanco acabó gimoteando en el suelo. Me pareció la mejor venganza, y no se sirvió fría. Sabes que es así.

»El *étouffée* tiene que estar picante, caliente. Puedes acompañarlo con un cubo de cerveza si quieres, pero el plato tiene que ser picante. La mayoría de ellos sabían prepararlo con picante al gusto. Es lo que te refresca en un día caluroso.

»Como suele decirse, si observas impasible desde el balcón, vas por el buen camino, pero en la dirección equivocada.

—Julepe de menta —propuso Mike.

—Correcto —dijo Peekaboo—. Pero lo bueno es que el bourbon te ayuda a sudarlo. El calor es lo que nos mantiene vivos, llenos de esas ideas degradadas que finalmente constituyen la filosofía. Los pobres criollos, muy superiores a blancos o negros, doblegados por los prejuicios. Como aquí, vendiendo una raza a la otra, una chica negra esclava del hombre blanco, un hombre blanco esclavo de su polla. Si no lo ves así, dímelo. Todo se reduce al calor.

Peekaboo extendió el brazo, cogió un paquete de tabaco del escritorio de cortina, encendió un pitillo y dejó la cerilla usada en el cenicero.

Había cinco libros de contabilidad en imitación piel con las esquinas rojas, también en imitación piel. A su lado había varios lápices de grafito con la punta burdamente afilada con un cuchillo. El cuchillo se hallaba junto a ellos. Era un pequeño cuchillo de oficina. El mango de celuloide llevaba impresas las palabras BRANDT'S RESTAURANT SUPPLY, 221 SOUTH DEARBORN.

LLAME A DEARBORN CINCO, 113.

Peekaboo exhaló el humo del cigarrillo. Después suspiró y se volvió hacia la sección en huecograbado del *American*, enrollado y metido en un casillero de la mesa. Lo cogió y el periódico se abrió por la página de moda, en la cual aparecían dos dibujos estilizados, un hombre y una mujer, con atuendo primaveral.

—Y mataron a esa pobre chica negra —dijo Mike en voz baja.

Peekaboo apartó la mirada de la sección de moda y después agachó la cabeza.

—Este año se llevan los abrigos largos —comentó.

33

Mike entró en la sala de local. Parlow estaba en su rincón, leyendo una galerada con los pies encima de la mesa. Mike se situó junto a él, con el sombrero y el abrigo puestos aún.

—Aquí dice: «Sir William Frederick, cónsul británico adjunto, visitará una hermosa ciudad» —dijo Parlow.

—¿Cómo puedes leer esa mierda? —preguntó Mike.

—Me pone de buen humor.

—¿Dónde has comprado esas putas botas?

—En una zapatería de Londres, como haría todo el mundo —respondió Parlow.

—Necesito una copa.

Parlow rebuscó en el bolsillo del abrigo y sacó una botella de media pinta.

—... Donde compré también este abrigo, Harris Tweed, tejido artesanalmente por los pobres pero honestos «tejedores artesanales» de Irlanda, o donde «Harris» eligiera nacer.

Mike sacó un cigarrillo del paquete, lo encendió, dio una calada y negó con la cabeza.

—¿Qué pasa? —dijo Parlow.

El Departamento de Mujeres del *Tribune* se encontraba en el rincón noroeste de la sala de local. Albergaba la mesa del consultorio sentimental, genéricamente denominada «Pregunta a la señorita Fisk», que también ejercía

de directora de cotilleos, y los diseños de «Estilo y moda».

Mike entró por la puerta del Departamento de Mujeres. El muchacho que aquel año era Pregunta a la señorita Fisk levantó la vista de la máquina de escribir.

—¿Qué es una manga raglán? —preguntó Mike.

—Es una manga cortada en diagonal —dijo el joven, y lo demostró trazando con el canto de la mano una línea transversal sobre el hombro—. Se llama así por lord Raglan, que perdió el brazo en la guerra de Crimea. Normalmente...

Pero Mike estaba observando los ejemplares encuadernados de *Fashion Annual* que había en una estantería de pared. Los hojeó uno tras otro hasta llegar a la sección de ropa de abrigo masculina y los dejó abiertos encima de la mesa.

—¿Por qué preguntas? —dijo la señorita Fisk.

—¿Aquí se llevan? —quiso saber Mike.

—Sí —respondió el joven—. Están de moda otra vez.

Tras negar con la cabeza, Mike echó un vistazo al volumen correspondiente a 1926.

—¿Qué? —dijo.

—Las adoptaron como algo novedoso años después de la guerra.

—¿Los veteranos? —preguntó Mike.

—En absoluto —dijo el joven—. No, normalmente los ricos. Después de la guerra, debieron de verlas en sus viajes.

—¿Dónde las vieron? —preguntó Mike.

—En Inglaterra, en Escocia.

Mike mostró a la señorita Fisk un boceto en el que aparecía un hombre elegante con un abrigo que le llegaba hasta los tobillos. Mike señaló los hombros.

—Mangas raglán —dijo la señorita Fisk.

—¿Cachemira, camello, vicuña...?

—Vicuña —corrigió la señorita Fisk—. Es un material caro...

—No, no, no —contestó Mike—. Este era más barato, más basto.

—¿Qué? ¿Dónde? Sí, se utilizaba para las cortinas. La tela que salía del cuello caía...

—Entró por la puerta —dijo Mike—. Estas encajan. La tela... Era como la de un hombre en el frente. Duermes un año entero con el mismo abrigo; no hay nada parecido. La tela era burda. Pero se desgastaba por culpa del clima;

aquel tío sudaba con él, dormía con él. Es un material resistente.

Mike observó el talle de los elegantes abrigos y meneó la cabeza.

—¿Quién? —preguntó la señorita Fisk.

—Y los cuellos están mal. —Mike señaló el libro—. Era como un agricultor. Un agricultor no... Lo llevaba como si fuera un abrigo de trabajo.

—¿Qué? —dijo el joven.

—Era su único abrigo. A lo mejor era de su padre —aventuró Mike—. No era «elegante»; estaba hecho para un hombre que tan solo tenía un abrigo, para que durara. Y el cuello era más redondo.

—¿A qué te refieres?

Mike cogió un papel y dibujó el abrigo y el cuello.

—¿Sabes qué aspecto tiene el tipo cuando entra? Su ropa es así y ya sabes cómo huele por culpa de la lluvia. Ha estado expuesto al viento.

»Y sus manos —añadió—. Y esa mirada cuando ha estado ahí fuera.

La señorita Fisk miró el dibujo lineal.

—Como un trabajador —dijo—. Un inglés, un trabajador temporal o...

—Eso era, eso era —respondió Mike—. Habían sido soldados...

—O un irlandés —apostilló la señorita Fisk.

—¿Qué? —dijo Mike.

En el Depósito de Cadáveres del periódico, Mike estaba leyendo un libro y Parlow sentado a su mesa. La chica del Depósito, que insistía en denominar a su departamento «Investigación», había traído el libro nuevo y se había llevado el antiguo. El nuevo, titulado *Armas cortas del mundo, por Jane*, edición de 1919, había sido abierto aleatoriamente y Mike estaba hojeándolo con parsimonia.

Parlow miró por encima del hombro de Mike.

—«Armas cortas europeas de la Gran Guerra» —leyó—. ¿Tú qué llevabas?

Las páginas contenían dibujos esquemáticos de las armas y sus especificaciones. Mike miró someramente la sección de pistolas automáticas.

—¿Tú qué llevabas...? —insistió Parlow.

—Cállate, por favor —dijo Mike.

—Nunca aprendí el truco —prosiguió Parlow—. Yo...

Mike pasó varias páginas y señaló.

—Esta. Siete punto seis cinco, Fabrique Nationale, semiautomática...

Después pasó rápidamente las páginas hasta llegar al final del capítulo.

—Aún estoy leyendo —dijo Parlow.

—No hay nada que saber. Mi pistola era un arma corta del calibre treinta y dos.

—¿Qué ventajas tenía? —preguntó Parlow.

—Si te estrellabas, la usabas para acabar con las penurias del avión.

—Qué vida más romántica.

Mike llegó a las páginas dedicadas a los revólveres Colt y Smith & Wesson.

—Smith & Wesson y Colt —dijo Parlow—. No son europeos, como sabe cualquier colegiala.

—Cierra la boca —le espetó Mike.

—Crouch anda buscándote. ¿Qué es eso?

Mike estaba escrutando un dibujo esquemático de unos revólveres desgarrados.

—Los Webley los utilizaban los británicos —dijo—, a quienes se los regalábamos o vendíamos, y los franceses, quienes, habiendo abjurado de la espada, necesitaban un arma de honor para rendirse ante los complacientes alemanes.

—Ah —dijo Parlow.

Mike siguió leyendo el subapartado.

—Revólveres, británicos.

Se detuvo ahí.

Parlow leyó:

—«Revólver Webley, punto cuatro cinco cinco».

Luego miró a Mike.

—Era algo así —dijo este.

—Británicos —comentó Parlow—. Pero tú has dicho que era del calibre cuarenta y cinco. Cuarenta y cinco, que incluso yo sé que es distinto de un cuatro cinco cinco.

—Exactamente.

—Entonces ¿por qué estamos mirando esta pistola? —preguntó Parlow.

Mike sacó el fragmento de plomo del bolsillo.

—Esta es la bala que le dispararon a la chica negra —dijo—. Corresponde a un cuatro cinco cinco.

—¿Y con qué mataron a tu chica? —dijo Parlow señalando el libro.

—No —repuso Mike—. No. Era así... Algo así. —Negó con la cabeza

—. El cañón era más corto; casi no tenía. Era una despiadada...

—¿Es posible que los estadounidenses se trajeran una como recuerdo de guerra?

—Muy bien —contestó Mike—. Es posible, claro, pero improbable.

—¿Por qué?

—Por la munición. Cuatro cinco cinco. Que yo sepa, aquí no se vende.

—Pero...

—Sí, es posible que alguien se trajera una como recuerdo de guerra o como pisapapeles —dijo. Asintió en dirección a Parlow, en reconocimiento a su estatus de no combatiente—. Pero, excepto tú, cualquiera que valore un trofeo de guerra probablemente preferiría algo de las fuerzas con las que combatimos. Pero era como esta pistola. Era igual que esta.

—Pero el calibre de la bala no era el correcto... —dijo Parlow.

—¿Y tú qué coño sabes?

—¿«Puto no combatiente»? —apostilló Parlow.

—No, no, yo solo pregunto.

—Pues podrías moderar el tono.

Parlow sacó la pipa de un bolsillo de la americana y la bolsa de tabaco del otro.

—Hay muchas personas extraordinarias que nunca han disparado a nadie... —añadió—. Ni recibido un disparo. Por Dios, soy una persona normal, ¿de acuerdo? Y tu amigo. ¿Me harías el favor de ponerlo todo en la balanza?

Mike cogió la pipa y la desmontó.

—¿Por qué no cambias de actitud y dejas esa mierda? —preguntó Parlow.

—¿Y tú por qué no te compras una pipa nueva?

—Vale —murmuró Parlow.

—¿Lo entiendes?

—Claro.

—¿Qué puedo hacer para compensarte? —dijo Mike.

—Comprarme una pipa nueva —respondió Parlow.

Había lugares que uno reservaba para una meditación especial. En la tristeza, en el amor, en las crisis o los cambios vitales, los habitantes de Chicago siempre iban al lago. El bar, y no el cementerio, era el lugar idóneo para la

tristeza; el club o el burdel, el lugar idóneo para el consuelo o su falsificación. Y la mayoría de los hombres tenían un lugar que se reservaban para ellos a fin de practicar la deliberación profunda. El de Mike era el Mallers Café.

La cafetería se encontraba en la segunda planta del edificio Mallers, a seis metros del andén del tren elevado. El andén formaba parte del despilfarro del proyecto ferroviario. La artimaña era rodear el barrio de los negocios con un sistema de transporte rápido elevado.

A los votantes se lo habían vendido como una solución ventajosa para ir de compras, y se había financiado con ingentes sobornos ofrecidos por los comerciantes al ayuntamiento. Este aceptó el dinero y otorgó preferencia a perpetuidad a empresas prósperas de su elección. Las afortunadas se escogieron conforme al sistema decimal, y el ayuntamiento se enriqueció desvistiendo a un santo para acabar desvistiendo a otro.

La parada situada delante de la cafetería conectaba directamente con el gran imperio de Marshall Field. Su hijo había muerto en un tiroteo en el Club Everleigh. A Mike, como buen ciudadano de Chicago, le encantaban los ardides de los negocios prósperos, el ayuntamiento y el tiroteo en el prostíbulo y los posteriores intentos por enmascararlo.

Los trenes pasaban más o menos cada minuto y nadie les prestaba atención. En general, la clientela tenía que fichar, así que a media mañana engullía un café acompañado de algo o almorzaba en un santiamén antes de volver al trabajo.

El edificio era el Jewelry Exchange de Chicago. En todas las plantas había varios joyeros, tasadores, vendedores de accesorios, distribuidores de oro o plata, empresas de monedas raras y grabadores. Casi todos los clientes de la cafetería eran propietarios o empleados de esas pequeñas empresas. El tiempo que pasaban allí era tiempo en el que no ganaban dinero, así que comían raudos y en silencio, los de origen estadounidense —la minoría— concentrados en la sección de deportes, los inmigrantes leyendo los editoriales.

Mike iba por la tercera taza de café. «Sí —pensó—. Ese de ahí tiene una cita complicada esta noche. Se tira a su secretaria y está preocupado porque la chica tiene una falta de un mes. Ese tipo es un mulo de carga. Trabaja todo el día hasta desfallecer y piensa: “¿Para qué?”. Es ambicioso y bastante joven. ¿Y qué hace? Está tramando algo. Aun ignorando de qué va el asunto, yo apostaría a que es un matón».

El café se había enfriado. Mike se levantó con renuencia, pagó en el

mostrador y se fue. En la escalera, sacó el tabaco y vio que el paquete estaba vacío.

El tren elevado traqueteó a su paso por Wabash Avenue. Mike estaba en el lado este de la calle y pensó: «Wabash siempre está oscura, pero nunca te das cuenta. ¿Por qué? Porque en verano es un alivio para el calor; en invierno, las vías del tren elevado la protegen de la nieve, aunque solo un poco; y, finalmente, porque está viva y es interesante». Había dependientes y dependientas, en su mayoría con prisas, ya que casi ninguna tienda estaba al alcance de su bolsillo. Había profesionales, médicos y abogados, hombres de negocios que salían a comer o al club; había clientes, casi todos hombres, que dejaban a las mujeres en los grandes establecimientos de State Street, situada una manzana más al oeste.

Por el altavoz situado frente a Lyon & Healy se oía *The Sheik of Araby* a todo volumen y dos jóvenes entonaban las respuestas antifonales.

Soy el jeque de Arabia...

—... desnudo.

Tu amor me pertenece...

—... desnuda.

De noche, mientras duermes...

Los chicos se pusieron serios y echaron a andar lentamente; unos metros por detrás iba el policía uniformado cuya curiosidad, como sabían, habían despertado.

«Sí —pensó Mike—, una mala excusa para no estar en el colegio. Pero sabéis que no llegará tan lejos. Bien hecho».

El policía se detuvo, satisfecho de que los chicos se hubieran ido.

«Sí, es un gran espectáculo», pensó Mike.

Después se dirigió al sur y paró delante del escaparate de IVAN REISZ, ESTANQUEROS, 1885.

La tienda desprendía un maravilloso olor a tabaco de pipa y puros habanos. El propietario era un alemán de pelo blanco. Antes de la guerra llevaba un bigote al estilo del káiser Guillermo. Mike estaba en Francia cuando se había producido la transformación, y ahora el anciano iba totalmente afeitado y le dio la sensación de que estaba desnudo. El hombre

estaba puliendo una hermosa *meerscham* en el mostrador de pipas. Entonces se puso la máscara de atender a la clientela y asintió ligeramente.

—Un paquete de Camel —dijo Mike—. Y tengo que comprar una pipa.

El propietario cogió el tabaco, que estaba situado detrás de él.

—Un momento —dijo, y fue a la trastienda.

Mike observó las pipas expuestas bajo el cristal del mostrador. El propietario regresó con el tabaco.

—Me gustaría ver esa, por favor —dijo Mike señalando.

—¿Es para usted? —preguntó el propietario.

—No —respondió Mike—. Es para un amigo.

—¿Le gusta este estilo?

—Sí, es la que fuma.

El propietario sacó la pipa y se la ofreció a Mike.

—Es una bulldog —dijo, y pasó la mano por encima del expositor—. Tenemos la bulldog de caño curvado, la recta, que es esta...

—No —dijo Mike—. Esta servirá.

El hombre asintió, cogió la pipa y buscó la caja en el mostrador.

Después, guardó la pipa en la caja, cuyo letrero decía: «Alfred Dunhill: Bulldog». Mike rechazó la oferta de papel de envolver, limpiador y tabaco. Pagó la pipa y el tabaco y se fue.

«Sí, me puse en ridículo con aquel imbécil de Nueva York —pensó—. Y con Parlow. Estoy perdiendo la cabeza».

Sabía que Parlow entendía su arrebato y que aceptaría el regalo no tanto como una disculpa, sino como un agradecimiento por su comprensión.

«Sí, pero no puede ser la vieja pipa... —pensó—. La bulldog».

Mientras caminaba repasó la historia del neoyorquino. Tampoco era mala, concluyó, y qué más daba si era inverosímil; pero resultaba ofensivo que un desconocido apostrofara la historia de la violencia armamentística en el lugar de nacimiento de esta.

«Si fuera uno de los muchachos lo entendería —pensó Mike—, pero un tío con polainas no tiene derecho a explicar una historia en la que intervengan armas. Y todo lo que contó era erróneo, joder».

Hizo un alto para encender un cigarrillo. El tren pasó por encima y Mike se volvió hacia el escaparate para proteger la cerilla. En el escaparate había una selección de armas deportivas, las piezas cortas expuestas horizontalmente y las largas montadas en una estrella que rodeaba la marca registrada de la empresa, Von Lengerke and Antoine. *V, L, and A. Material*

deportivo. Mike entró.

—Sección de armas —dijo al jefe de departamento.

Este le indicó que se dirigiera al fondo de la tienda. El vendedor estaba enseñando un rifle a un cliente. Mike sacó del bolsillo la caja de la pipa y la abrió. Después cogió el folleto situado encima de la pipa y leyó: «Felicidades. Acaba de comprar la mejor pipa de brezo que existe en el mercado. Alfred Dunhill, de Londres, garantiza esta pipa contra defectos, desgaste e insatisfacción. Si en algún momento no se siente del todo satisfecho, devuelva la pipa y le reembolsaremos el total de su importe. Le agradecemos su compra y su...».

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó el vendedor.

Mike levantó la cabeza, cerró la caja y la depositó encima del mostrador.

—Quería hacerle una pregunta —dijo.

—Sí.

—Sobre una escopeta.

—¿Qué clase de animales desea cazar, señor? —preguntó el vendedor.

—No —dijo Mike—. Es simple curiosidad.

Vio que el vendedor trataba de enmascarar su decepción. «Bien hecho —pensó Mike—. Tú vas a comisión. Vendes a gente adinerada y aquí llega un tipo con el sombrero aplastado. ¿Y si ahora entra en la tienda un cliente prometedor?».

Mike sacó una tarjeta del bolsillo y se la tendió al hombre.

—El *Tribune* está pensando en publicar un artículo sobre —dijo mientras su mente trabajaba a destajo durante una fracción de segundo— las armas de los expertos.

—Ah —dijo el vendedor, que leyó la tarjeta—. Yo lo conozco, señor. Sé quién es y me gusta su trabajo.

—Gracias —respondió Mike.

—Y, aunque no sé si esto podría interesarle —dijo acercándose a Mike—, he estado pensando en un artículo sobre lenguaje y armas.

—¿De verdad?

—Sí, aunque, como trataría de armas antiguas, quizá no despierte interés. Pero...

El hombre explicó a Mike la historia de las expresiones.

—«Dar sopas con honda» —dijo el hombre—, «ser de mecha corta», «poner un ojo a la funerala», «matar moscas a cañonazos», «dar un sablazo», «ser pólvora mojada»...

El hombre prosiguió y Mike coincidió en que sus observaciones podían plasmarse, efectivamente, en un artículo interesante que podía remitir a su director, el señor Crouch, sección local, *Tribune*.

El hombre le dio las gracias a Mike.

—Pero no mencione bajo ninguna circunstancia que hemos hablado —dijo Mike—, pues mi adhesión iría en detrimento de sus opciones con mi director. —El vendedor asintió—. Envidia.

—Gracias, lo entiendo —dijo el hombre—. E interpreto esto como una coincidencia —añadió señalando la caja que había encima de su mostrador.

—¿Qué?

—Es una bulldog —dijo el hombre—. La forma de la bulldog es belicosa...

—¿Existe una...?

—Belicosa, agresiva, rechoncha...

—Bien —dijo Mike—, pero, ¿existen las Purdey de exhibición?

—También es el nombre de un revólver. ¿Disculpe?

—Perdone —dijo Mike—. Me temo que le he interrumpido. Ha mencionado el nombre de una pistola. ¿Cuál es, por favor?

—Bulldog —respondió el vendedor—. Más concretamente, es un revólver.

Cogió un fajo de catálogos de venta del mostrador y abrió uno.

—Armas Webley —dijo, y contempló el dibujo de un revólver feo y rechoncho—. Webley Bulldog —añadió—. O, para ser más exactos, Webley G. R. U.

Giró el dibujo hacia Mike, que reconoció el arma utilizada para asesinar a Annie Walsh.

El vendedor seguía hablando cuando Mike alzó la vista.

—Nunca las he visto por aquí —dijo—, ya que el calibre, un cuatro cincuenta y cinco, es imposible de conseguir. En Europa, en cambio...

—¿Qué significa G. R. U.? —preguntó Mike.

—Gendarmería Real del Ulster —dijo el vendedor—. Negro y Caqui. Luchan contra el IRA. Y aquí hay otro ejemplo para su artículo...

El vendedor cogió una metralleta de la estantería.

—Thompson, calibre cuarenta y cinco, categoría comercial, y la mejor protección que puede comprar —dijo. Quitó el pasador, mostró el arma vacía a Mike y la dejó encima del mostrador—. La inventó John Taliaferro Thompson en 1914. Actualmente se la conoce como *tommy*, y muchos dan

por hecho que es un cumplido al señor Thompson, pero no. El primer uso documentado es irlandés. Porque ellos, en la época del conflicto armado, la adoptaron para asesinar a los *tommys*, es decir, a los soldados británicos.

—¿Dónde compraban las armas los irlandeses? —preguntó Mike.

—Ah, no. No podían comprarlas —dijo el vendedor—. Estaba prohibido, y sigue estándolo. Las robaban.

Mike estaba emborrachando al sargento O'Malley.

El Piper's Kilt era el bar de policías del distrito Cuarenta y tres. Había turno de ocho a cuatro, y el hecho de que fueran las dos en punto no concedía inmunidad a nadie que estuviera de servicio, pues no estaba ni en la parte alta ni en la parte baja del reloj ni era lo bastante adyacente al mediodía como para explicar la presencia de un agente en el bar.

De vez en cuando aparecía un policía buscando a un superior, la búsqueda satisfecha con un «sí» o un «no» casi imperceptible del camarero.

La presencia del sargento en la mesa del fondo habría bastado para disuadir la incursión de los policías rasos, pero O'Malley llevaba una hora bebiendo y estaba ebrio.

—Sí —dijo O'Malley—, el North Side compró las Thompson. ¿Cuántas eran? Veintidós o veintitrés.

—¿Antes de Capone...? —preguntó Mike.

—Entonces no era Capone. Era, sí... Era Torrio. O'Banion y ellos...

—¿Ustedes no las tenían?

—¿Me deja que se lo cuente? —dijo O'Malley.

—¿Las tenían?

—Creo recordar que llegaron unas cuantas. Diría que alguien en la Guardia Nacional del sur del estado quedó impresionado con su funcionamiento. O es posible que un vendedor incluyera en el precio un par de billetes y una puta. Pidieron varias, una o dos, para su «evaluación». No sé qué había que evaluar, porque es el instrumento de paz más perfecto desde el Santo Sacramento, pero las burocracias son tan lentas como un navío de

línea. ¿Estuvo usted en la Armada?

—No —dijo Mike.

—¿En los Marines?

—No.

—Creo que en la Armada eran casi todos blancos. Yo fui marine. Ahí es donde envían a los católicos.

—Muchos irlandeses.

—Que Dios los bendiga —dijo O'Malley—. ¿Conoce al padre Durning, de San Malaquías? Muchos policías pertenecían a la congregación e iban a misa a primera hora, lo cual, en «opinión» de la Iglesia, era bueno, ya que, como él decía, lo que estaba mancillando el nombre de nuestra hermosa ciudad podía erradicarse apelando a las mismas virtudes católicas de los irlandeses, es decir, nosotros, los chavales del North Side y la mafia, con quienes, pese a sus siniestras costumbres italianas, también compartimos fe.

—Qué bonito sentimiento —comentó Mike.

—Eso pensamos nosotros —dijo O'Malley—, y alimentaba la contemplación filosófica.

—¿A qué conclusión llegaron?

—El consenso fue que el sermón estuvo bien hilvanado y era poético, pero carecía del menor sentido común. Porque, suponiendo que los espaguetis y los hijos de Éire sean de una misma fe, cosa que finalmente no acepto del todo, si bien ambos rituales pueden compartir algunos ornamentos externos, ¿quién combate con más ferocidad que los miembros de una familia?

—Bien hecho —dijo Mike.

—Fíjese en las guerras eternas y sangrientas de los malditos protestantes por aspectos de su doctrina solo discernibles para los fanáticos o quienes, hablando a favor suyo, disfrutaban con una pelea. Los protestantes se agrupan por comodidad en torno al lago y miran por encima del hombro a las razas inferiores que se esfuerzan por ganarse la vida satisfaciendo sus necesidades por lo demás ilegales, a los mafiosos o, como en nuestro caso, a los que anhelan regularizar, si no disminuir, las depredaciones de los anteriormente mencionados.

»Personas que, según creo, actuaban por libre o, como decíamos en Inglaterra, ejercían de prestamistas —o intermediarios— facilitaron los pocos Winchester Modelo 97 a la Guardia Nacional. Diría que fueron algunos de ellos los que desaparecieron por obra de O'Banion.

—¿Cómo enlaza todo eso? —dijo Mike.

—Los judíos —respondió Mike—, que venderían la camisa que lleva usted puesta, que vendieron a Nuestro Salvador, que regentan las casas de empeño y las agencias de bolsa fraudulentas, que se alinean principalmente con el North Side, eran, a mi entender, los intermediarios que supuestamente vendían la metralleta a la policía del Medio Oeste.

Mike asintió.

—Pero, en 1922, la policía no compraba nada. Entonces, pensaron los fabricantes de armas, ¿cómo podemos hacer ver a las fuerzas de la ley los auténticos méritos de esta genialidad?

—Dándosela a los delincuentes —aventuró Mike.

—Mike, para ser protestante tiene usted una mente ágil. Sí. Voy a hacerle una pregunta: ¿puede citar a ese capitán de la industria, Philip D. Armour, y decirme qué pone en sus latas de manteca?

—«Del cerdo lo vendemos todo excepto el gruñido».

—Los judíos, a los que también debió de observar, entienden que uno cosecha beneficios rebuscando en el campo. Ese es su beneficio. Nuestros intermediarios de armas podrían apelar directamente a las fuerzas del delito, claro está. Pero, primero, el clamor ciudadano, del cual sé que ha oído hablar porque de vez en cuando lo ha creado usted mismo, se volvería en contra del fabricante de armas.

»No, no, las armas deben venderse a un comprador legítimo y luego ser robadas. Como verá, esto recuerda a la perspicacia de Philip Armour, pues los mercaderes de la muerte no solo se inmunizan así contra la acusación de ayudar a los sin ley...

—Sino que cobran una comisión por las armas que venden —dijo Mike.

—Sí, y cuando las armas están en manos de los sin ley, generan demanda en la comunidad policial y también aumenta allí su comisión de ventas.

—La publicidad da sus dividendos.

—Desde luego —dijo O'Malley—. Y ahora ambos bandos están armados con la metralleta del coronel Thompson, y la oposición al crimen y la ley cada vez se asemejarán menos a Pistolas al Amanecer y más al Año Nuevo chino. ¿Por qué preguntaba usted por la metralleta Thompson?

—Porque la utilizaron para disparar al caballo de Nails Morton —respondió Mike.

—Pobre bestia —dijo O'Malley—. ¿No le parece un acto de ironía?

—¿En qué sentido?

—¿Quién robó originalmente las armas del depósito y se las vendió a O'Banion? —preguntó O'Malley.

—¿Quién?

—Me decepciona. ¿Quién iba a organizarlo sino los empresarios judíos que las vendieron de buen comienzo? Lo hicieron ellos.

—¿Por qué acudieron a O'Banion en lugar de a Capone? —preguntó Mike.

—Bueno, cada uno confía en los suyos cuando es preferible a confiar en un desconocido. Los judíos acudieron a los irlandeses a través de Samuel «Nails» Morton, un hombre de su fe. ¿O no? Todas las armas.

O'Malley se levantó.

—¿Dónde va? —dijo Mike—. ¿Tiene prisa? Tómese otra copa, por el amor de Dios.

O'Malley volvió a sentarse.

—¿Es que quiere emborracharme?

—Después de las primeras armas... —dijo Mike, y llenó los dos vasos.

—De acuerdo. La profusión. Ahora, como con cualquier producto de lujo, es posible que su distribución haya sobrepasado su control de inventario. Torrio y los demás podían conseguirlas mediante compras y trueques con socios de aquí y de allá, y en el este, más cerca de la fábrica. Yo no digo que sea así, pero, si yo fuera ellos, habría mantenido una vigilancia mínima y habría dejado que la naturaleza siguiera su curso.

—¿Y O'Banion?

—Bueno —repuso O'Malley—, él entró, dirían algunos, de manera más directa, a través de los arsenales de los patriotas vestidos de azul.

Ambos bebieron. El camarero dejó la cuenta encima de la mesa y Mike le indicó que se fuera.

—¿Patriotas con quién? —preguntó Mike.

—¿Qué?

—¿Patriotas con quién?

—Pues con su país —repuso O'Malley—. ¡Salud!

El sargento bebió un trago.

—Todas las armas —dijo Mike.

—¿Qué?

—Usted ha dicho «todas las armas». ¿Cuántas había? ¿Qué robaron?

—Bueno, eso tendré que investigarlo —contestó O'Malley.

Mike se reunió con Danny Doyle al anochecer en North Avenue Beach, al final del espigón. Detrás de ellos se extendía el distrito de Gold Coast. Más al sur podían distinguir en las nubes el resplandor naranja de las plantas siderúrgicas de Gary. El viento, como siempre, era cruel.

Danny había llegado vestido de civil. Llevaba abrigo, gorro de lana y guantes y la cara y el cuello envueltos en una gruesa bufanda azul.

Mike estaba sentado en el último banco contemplando el lago. Cuando Doyle se acercó, Mike vio que había interpretado tan correctamente su invitación que no se había puesto el uniforme.

—Bien —dijo Doyle—. Si no caminamos, nos vamos a morir de frío.

Ambos echaron a andar hacia la playa siguiendo el espigón.

—Tiene usted una veta romántica —dijo Doyle—. Y no siendo judío ni irlandés, probablemente obedezca a que se le cayó de cabeza a la niñera cuando lo sacaba de la cuna.

Entonces se quedó sin conversación banal y dejó de hablar.

—Quiero saber más sobre el IRA —pidió Mike.

—Jesús, María y, sí, José. No quiera usted saber mucho.

Siguieron caminando.

—Mucha gente estuvo en Francia —dijo Doyle—. Podría preguntarles a ellos, no a mí.

—Dígame a quién puedo preguntar.

Doyle negó con la cabeza en señal de disgusto.

—Cuando era pequeño, mi madre me decía dos cosas: «Hagas lo que hagas, nunca metas en líos a una buena chica». —Se situó de espaldas al

viento y encendió un cigarrillo—. Y: «Nunca confíes en un protestante». — Se volvió hacia Mike—. La mejor manera de ayudarlo, y lo ayudaré, se lo juro, es que nunca hemos mantenido esta conversación. Considérelo un regalo.

Doyle se dirigió al paso subterráneo que conducía a Lake Shore Drive.

Sir William Frederick, el secretario del consulado británico, lamentaba que su visita a Chicago fuera breve y no pudiera conceder entrevistas porque «su tiempo no era suyo».

Mike colgó el teléfono, fue al Depósito de Cadáveres del periódico y buscó las carpetas sobre sir William. Tras lo que consideró un debate vergonzosamente escueto, fue a casa y se prendió a la solapa la Croix de Guerre y la Cruz de Vuelo Distinguido británica.

El recepcionista del Palmer House conocía a Mike y le facilitó el número de habitación. Mike llamó a la puerta y un guardaespaldas le permitió acceder a los primeros dos metros de la antesala de la suite. Un hombre bien educado que estaba sentado a la mesa levantó la cabeza, molesto, y dijo «¿qué quiere?» con el acento más refinado y displicente que Mike había oído nunca.

Entonces se fijó en las condecoraciones que Mike lucía en el pecho, se levantó e, inconscientemente, adoptó posición de firmes.

—Le pido disculpas —dijo—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Soy el capitán Hodge. Me gustaría hablar tres minutos con sir William —dijo Mike, y le ofreció una tarjeta de visita.

—¿Podría decirme cuál es la naturaleza de su consulta?

—No puedo, lo siento —respondió Mike.

El secretario se excusó y entró en la habitación contigua. Mike y el guardaespaldas se quedaron mirando hacia ningún lugar en concreto. Medio minuto después, lo hicieron pasar a la sala interior.

En el comedor había una chimenea con troncos de abedul bien colocados, un piano de media cola blanco y una gran mesa ornamentada. El guardaespaldas se apoyó en la pared entre Mike y sir William.

Este se levantó, mirando todavía la tarjeta. Después la dejó encima de la mesa y se quitó las gafas. Llevaba traje y, en la solapa, el ala del Real Cuerpo Aéreo.

—Capitán Hodge —dijo.

—Lo fui en su día —respondió Mike.

—Aquí uno no conserva su rango, ¿verdad?

—En el ejército regular quizá sí, aunque con los rangos por debajo de coronel, normalmente no. Retirado. Ser un simple capitán no es motivo de alarde.

—Ya, pero ocurre. Se ha presentado usted como capitán —dijo sir William, señalando las insignias de Mike con una mirada inquisitiva harto incuestionable.

—Sí, me avergüenzo de mí mismo.

—¿Porque son falsas?

—No, son mías —dijo Mike—, pero el hecho de que las explote es un insulto a la memoria de los muertos que cayeron para garantizarnos un futuro a todos.

—¿Le apetece una copa?

El guardaespaldas sirvió el whisky y sir William y Mike se sentaron delante de la hoguera. A Mike le complació verlo utilizar la aparente conclusión de su interrogatorio para formular las preguntas reveladoras.

«Qué vio allí, con quién pilotó, quién le puso las medallas» fueron fáciles, hermosamente elaboradas y respondidas cual conversación intrascendente entre dos conocidos. Y a Mike le gustó también que, tras lo que en la práctica fue un interrogatorio, el guardaespaldas saliera de la habitación para solicitar una investigación de su historia. No ocurriría nada hasta que alguien respondiera por él, así que Mike pasó el rato camelando a sir William.

—Tengo entendido que fue usted piloto del RFC —aventuró Mike, imitando a un hombre que no había indagado en absoluto.

—¿Qué? Supongo que sí —contestó sir William desde su lado de la pantomima, y ambos se echaron a reír.

En ese momento sonó el teléfono y sir William lo cogió.

—¿Sí? —dijo. Escuchó unos segundos y antes de colgar añadió—: Gracias. Capitán Hodge. Capitán Hodge. Alguien ha respondido por un tal capitán Hodge.

—Ese soy yo —dijo Mike.

—¿Quién era su comandante de escuadrón en Francia?

—Hubert Devere.

—¿Recuerda el nombre de su esposa?
—Las mujeres no le interesaban —respondió Mike.
Sir William asintió y llenó de nuevo los vasos.
—¿Qué se le ofrece? —dijo.
—Quiero saber más acerca del IRA.

Sir William llevó a Mike a comer al Hotel Drake. El restaurante daba a East Lake Shore Drive.

—Mi verdadera guerra fue Sudáfrica —dijo sir William—. Tal vez sea más duro aquí.

—Al menos los territorios están definidos —repuso Mike—. Tengo entendido que allí se jugó mucho al escondite.

—No era forma de librar una guerra, pero era la suya, y ganaron.

—A lo mejor podríamos aprender de ellos.

—Podríamos —dijo sir William—. Y lo hemos hecho. Los irlandeses lo han hecho. Te cargas a unos cuantos inocentes, lanzas una bomba en la frontera y adiós a Jock O’Hazeldean.

—¿Qué se puede hacer al respecto? —dijo Mike.

Sir William asintió.

—¿Con los irlandeses? Pueden ustedes hacer lo siguiente: tomarse una copa y dar gracias al Señor por que no sea su lucha.

—La lucha es de ustedes.

—Sí.

—¿De qué servirá?

—¿La verdad?

—Sí.

—La verdad es que derrocará al imperio —dijo sir William encogiéndose de hombros—. Las guerras que libran ustedes aquí, sus guerras de bandas, imitan de manera interesante los conflictos fronterizos de Europa. Según me han contado, los importaron todos de Sicilia y, como sé de buena tinta, también de Irlanda.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Mike.

—Aquí los clanes luchan entre ellos por territorio y riqueza. Y, como clan, contra el Otro por territorio. Además, cada uno de ellos pelea con lo que la gente culta denominaría el mecanismo huésped.

—La cultura dominante —aventuró Mike.

—Es posible —dijo sir William—. Pero ¿qué domina? Es dominada por los grupos que pueden luchar y disolverse. Los fronterizos. Como nuestro amigo Piet en Sudáfrica; aquí, las diversas bandas pueden librar sus batallas. Nosotros solo tenemos la posibilidad de aceptar o rechazar cada batalla en particular.

—Napoleón dijo: «Quien dicta las condiciones de la batalla, dicta las condiciones de la paz».

—En efecto —respondió sir William—. Y, como el resto de la humanidad, no siguió su propio consejo y su gran ejército pereció en las nieves de Rusia.

—¿Y aquí? —dijo Mike.

—Aquí las nieves son las riquezas de su ciudad de comerciantes, que tentarán a los inmigrantes y los convencerán de que el camino más fácil para llegar al poder es lo indígena. En Sudáfrica, nuestro amigo Piet se escondía detrás de las rocas y nos atacaba igual que disparaba a una gacela.

»Aquí, sus inmigrantes roban y matan; tienen la franquicia local del pecado y venden licor, drogas y mujeres con licencia municipal. Los reformadores pueden llamarlo corrupción o sobornos, pero al final es una simple licencia.

»Los políticos que se oponen a ellos, los que no se dejan sobornar, si es que existe alguno, son asesinados. Con el tiempo, y puede que ya esté sucediendo, los irlandeses y los italianos se preguntarán: ¿por qué no somos nosotros los políticos? Y lo serán.

»Para entonces, como le enseñaría un soldado a otro, ya habrán aprendido la lección más importante: estudia el terreno. En ese momento ya no poseerán solo la franquicia del pecado, sino todos los demás bienes fungibles, servicios y permisos.

—¿Qué harán ustedes con el IRA? —preguntó Mike.

—Ahora mismo, lo único que podemos hacer es matarlos si los encontramos.

—¿Pueden ponerles coto?

Sir William negó con la cabeza.

—De vez en cuando podemos vetarles las armas. Por supuesto, irán a otro lugar, pero ahora mismo su arma predilecta la tienen ustedes...

En ese momento llegó el camarero con la cafetera.

—Sí, creo que sí —dijo sir William—. ¿Usted?

Mike respondió afirmativamente y el camarero sirvió el café y se

marchó.

—... la metralleta... —añadió sir William.

—¿Y las compran aquí? —dijo Mike.

—No pueden comprarlas aquí porque hay un embargo de armas. Las roban aquí.

—¿A quién?

—A su ejército.

—Estoy buscando a un irlandés que podría pertenecer al IRA —dijo Mike.

—Si da con él, espero que me avise.

—¿Puede ayudarme?

—Si pudiera, lo haría —dijo sir William—. Lo cual no es del todo cierto y, siendo ambos soldados, le debo la verdad. Y me duele rechazarlo. Quizá podría facilitarle una pista, pero estaría incumpliendo mi juramento del cargo. El IRA está implicado en el robo de esas armas en sus depósitos. Están aquí. Yo le aconsejaría que guardara las distancias. No dudarán en matarlo. Matarían a cualquiera.

Sir William se pasó una servilleta por los labios y se levantó.

—Bien —dijo—. Le haré un favor. Voy a darle una buena pista.

La buena pista guardaba relación con los automóviles desaparecidos. Los turismos fabricados en el North Shore eran robados, explicó sir William, y trasladados al este de Chicago. Después los subían en cargueros, viajaban por la esclusa de Sault Ste. Marie y St. Lawrence y luego emprendían una travesía transoceánica para ser vendidos en Europa, principalmente en Francia.

Un contingente de «observadores» británicos practicaría una redada en el próximo carguero que zarpase al mes siguiente. La redada y las posteriores detenciones las llevaría a cabo la Oficina de Investigación de Washington.

Ambos se levantaron y cruzaron el restaurante.

—¿Por qué les interesa que alguien esté robando coches? —preguntó Mike.

—Ah, no nos interesa —dijo sir William—. Pero eso nos lleva a los muelles, que, según nos cuentan algunos amigos, son los mismos muelles desde los cuales envían las armas nuestros queridos irlandeses.

36

JoJo había llamado, según dijo, porque tenía «una pista sobre el tema», y le había propuesto a Mike un encuentro en el Chez. Parlow insistió en acompañarlo y Mike preguntó por qué.

—Porque no confío en ese chivato —dijo Parlow.

—Puede que sea un chivato, pero es no combatiente —repuso Mike.

—Mira quién fue a hablar. Llévame contigo.

El cartel decía NUEVOS PROPIETARIOS, lo cual significaba, por supuesto, «los mismos propietarios», lo cual significaba, por supuesto, Dion O'Banion y el North Side.

El Chez Montmartre ahora se llamaba Place Pigalle. Seguían sirviendo el pésimo licor en tazas de café; seguían disputándose partidas de dados y póker en la trastienda; las chicas eran nuevas, pero intercambiables por las antiguas, y seguían sometidas a la supervisión del North Side.

Igual que antes, uno podía degustar una copa aceptable, platos comestibles y recargados, una chica y un espectáculo. La calidad de estos últimos dependía, como siempre, de los imperativos biológicos del gerente.

—Sé que necesitan acostarse con alguien —dijo Parlow—. Y, como aquí llevan ellos la batuta, apuntan a la presa fácil, las coristas, lo cual, aun no siendo un deporte, al menos es sexo; sin embargo, ¿qué relación existe, según tú, entre el gusto de los babosos por las chicas y la falta universal de talento de estas últimas?

La cantante se acomodó en una esquina del piano y entonó *Bye Bye Blackbird* como si fuera un lamento por todas las cosas buenas del mundo.

—Ni siquiera es atractiva —comentó Mike.

—Si eres Jimmy Flynn, sí que lo es —dijo Parlow—. Piénsalo: a esa chica, *mirabile dictu*, ni siquiera hay que pagarle para que se quite la ropa. Ya va totalmente desnuda.

Parlow señaló con la cabeza a la chica, que ahora se paseaba pellizcando la corbata a los clientes, besando alguna que otra calva y tocando un hombro que pasaba por allí con lo que, por cortesía, podía calificarse de mano lánguida. La cantante llegó al puente.

—Aquí nadie me ama ni me entiende. / Qué historias de infortunio me cuentan —cantó.

—El mejor puente que se ha escrito nunca —dijo Mike.

—No te lo discutiré —respondió Parlow.

La propiedad oficial del Chez había pasado por la viuda de Teitelbaum y había recaído nuevamente en O'Banion y su consorcio. Según los muchachos, se rumoreaba que Lita Grey tenía en su haber la piedra filosofal gracias a la cual dejaría de ser la Mujer Rechazada para convertirse en Dueña de Todo, pero esos rumores habían desaparecido con ella.

—Lita abrió la caja de Pandora —había dicho JoJo Lamarr—. ¿Que cómo lo sé? Porque la consumía por dentro. Vosotros lo visteis en Francia, como todo el mundo sabe.

—¿Qué vimos? —preguntó Mike.

—Antes de morir, los alemanes se colocaban una granada debajo del cuerpo; cuando vosotros llegabais y les dabais la vuelta buscando algún *souvenir*, bum.

—Estoy convencido de que ocurrían esas cosas —respondió Mike.

—¿Alguna vez te llevaste un *souvenir*? —preguntó JoJo.

—Un chupetón de una belga de quince años —respondió Mike—. Y un recuerdo de la Selva Negra: un abrecartas con el dibujo de un elfo.

—¿Ah, sí?

—¿Qué contenía la caja de Pandora?

—El secreto que puede matarte —dijo JoJo—. ¿En la Selva Negra se inventan los cuentos de hadas?

—Los hermanos Grimm —respondió Mike.

—Sí, los hermanos Grimm. Esas historias de fuerzas oscuras, bestias, etcétera.

—¿Qué estamos vendiendo? —preguntó Parlow.

—¿Cómo se inventaban esas historias? —dijo JoJo.

—Inventándoselas —respondió Parlow.

—Sí, eso ya lo sé. Pero ¿qué significa eso?

Mike miró a Parlow, que arqueó las cejas como si quisiera decir: «No sé si es la pregunta más estúpida que he oído nunca o la más inteligente».

—Simplemente escribían un montón de palabras que se les ocurrían — zanjó Mike.

JoJo asintió.

—¿Qué nos vendes? —dijo Parlow.

—Pero no puedo ser feliz —cantó la chica— hasta que te haga feliz a ti también.

El público prorrumpió en aplausos y la cantante hizo una media reverencia. El grupo se arrancó con un *two-step* y varios hombres sacaron a sus mujeres a la pista de baile.

Mike vio que el ladrón esquivaba la pregunta directa.

—¿Qué te trae por aquí? —le dijo.

—Lo que me trae por aquí es una copa y una ojeada a unas tetas al aire. Si alguno ha estado en la cárcel sabrá que ambas cosas siempre son pocas.

—Estoy seguro de que fue muy duro —terció Parlow.

—Oí algo —dijo JoJo— e inmediatamente pensé que podía interesaros.

Se volvió un momento para mirar a Mike.

—Vale —contestó Parlow—. Disculpadme.

Entonces se levantó de la mesa. JoJo lo observó dirigirse al guardarropa, donde entabló conversación con la empleada.

—Yo conocía a esa chica y a su padre, pero no recuerdo cómo se llama —dijo JoJo.

—¿Por qué has querido que nos citemos aquí? —preguntó Mike.

—... ¿Era policía? ¿Bombero? Algo. ¿En Hegewisch? Poli. Lo echaron y empezó a trabajar de chófer en Hyde Park. Se llamaba... No, se llamaba...

JoJo miró con inquietud por encima del hombro de Mike.

—Mierda —dijo este—. Venga, JoJo. ¿Me has tendido una trampa? ¿Me has tendido una puta trampa?

Mike escrutó la sala, pero no vio más músculos que los del portero apostado eternamente en la puerta.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa, Mike? No lo haría nunca y, si lo hiciera, ¿por qué iba a ser aquí?

—Entonces ¿qué cojones es esta farsa?

Mike notó un leve contacto en el hombro y al darse la vuelta vio a un hombre con esmoquin.

—Señor Hodge —dijo el desconocido—, si es tan amable de acompañarme.

La cantante terminó su actuación, hizo una reverencia y se fue acompañada de unas bailarinas semidesnudas. Después salió a escena el maestro de ceremonias.

—¿Ven el sentido del humor de esas chicas...? —preguntó—. Denles un aplauso.

El público aplaudió tal como se le había solicitado.

—Gracias —dijo el maestro de ceremonias, que se colocó bien la corbata—. Siempre me complace ver a los entendidos de esta espléndida y resplandeciente ciudad. Es un placer infrecuente ver tantas caras agradables que no exigen una pensión alimenticia. Beban, genios, porque si son capaces de emborracharse con agua y yodo, están ustedes en una situación favorable y tienen muy mala memoria. ¿Qué les parecen esas chicas, eh? ¿Quién quiere llevárselas a casa con mamá...? Voy a casarme con una de ellas. Me sorprendió mucho. Yo la llamo Louise. Cuando fue a pedir la licencia matrimonial, le dijeron: «Ponga su nombre real». Resultó que la habían bautizado «La Tercera por la Izquierda».

Mike apartó una cortina situada frente al escenario y pasó junto a las últimas bailarinas, que estaban quitándose los tocados y dejándolos en una repisa.

A Mike le llegaba el olor a sudor y maquillaje desde el camerino. Las chicas del coro iban desnudándose a toda prisa por el angosto pasillo. A Mike le indicaron que siguiera ese mismo pasillo y subiera una escalera estrecha.

La habitación estaba revestida de madera de nogal negra. Jimmy Flynn estaba sentado a la mesa que antaño habían ocupado Weiss y Teitelbaum, y se levantó cuando hicieron entrar a Mike.

—¿Le apetece tomar algo? —dijo.

—No, gracias —respondió Mike.

—Entonces tome asiento.

Mike se sentó en el sofá. Flynn bordeó la mesa, cogió una silla, le dio la vuelta y se sentó delante de Mike. Después se frotó la cabeza unos instantes.

—Mire, me saltaré el preámbulo —dijo—. Su trabajo nos repercute y está llevándolo a un lugar que no le conviene.

—Muy bien. ¿De qué estamos hablando? —preguntó Mike—. Porque

no pretenderá que cuelgue el hábito y me mude a Chicago o que me muera. ¿Para qué he venido, sino?

El hombre no medió palabra.

—Deme una pista —añadió Mike—. Ya sabe quién soy.

—Sé quién es —dijo Flynn—, y tiene fama de buena persona, lo cual está bien.

—Vale. Entonces ¿por qué no...? Permítame empezar de nuevo —dijo Mike—. Si no tiene intención de pegarme un tiro, explíqueme a qué se refiere y quizá podamos encontrar una solución.

—Estoy en una situación muy difícil. Nadie quiere ir contra usted. Esta mierda ya le ha hecho suficiente daño. Mire...

Mike salió del despacho y bajó las escaleras que conducían a la parte trasera del escenario y a la salida. El coro estaba cantando y bailando al son de *The Oceana Roll*.

—Ver el humo tan negro saliendo de la vieja chimenea. / Sube hasta el cielo y no volverá...

Mike se dio la vuelta y enfiló otra escalera situada al fondo del pasillo. El sonido del espectáculo se colaba entre los decorados amontonados detrás del escenario. Le habían hecho una advertencia y necesitaba sentarse.

Una puerta entreabierta daba a un pequeño taller de carpintería que estaba vacío. Mike entró y se sentó en el banco. La plancha de madera barata que había encima del banco estaba cubierta de dibujos a tiza para los decorados, y tenía clavados varios planos y alzados, además de amarillentas fotografías promocionales del coro.

«Esta mierda ya le ha hecho suficiente daño —pensó—. Esta mierda ya le ha hecho suficiente daño».

Le habían pedido educadamente que abandonara sus pesquisas sobre la muerte de Ruth Watkins y Jackie Weiss. Que él supiera, solo los relacionaba su proximidad con las joyas pertenecientes al difunto propietario del club.

Y la petición llegó del Chez, concluyó Mike, así que ambos asesinatos debían de estar relacionados con dicho local. Muy bien. Pero ¿estaban relacionados con él?

¿En qué le había hecho suficiente daño todo aquello? Solo en la pérdida de Annie Walsh.

Una voz de anciano preguntó:

—¿Qué está haciendo aquí?

Al volverse, Mike vio a un hombre, que obviamente era el carpintero encargado de construir los decorados. Era negro. Llevaba un mono de trabajo viejísimo que con los lavados y el paso de los años había adquirido la consistencia de la seda; en el bolsillo llevaba un lápiz plano de carpintero. Vestía una camisa azul limpia, con los botones del cuello y las muñecas abrochados, y una corbata de lazo con nudo simple que no se veía desde antes de la guerra. Debía de rondar los setenta años.

—¿Qué está mirando? —preguntó.

Hablaba con un deje sureño y cierta formalidad, como si antes hubiera llevado otra vida. Profesor, quizá, pensó Mike.

—Le pido disculpas —dijo Mike al levantarse.

—¿Qué está mirando? —insistió el hombre.

—No estaba mirando nada. Venía de la oficina, me he perdido.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Hodge —contestó Mike—. Soy periodista.

—¿Ha venido por ella? —preguntó inclinando la cabeza en dirección a la plancha de madera.

—¿Esperaba que viniera alguien preguntando por ella? —dijo Mike.

—Está muerta —respondió el hombre—. Se lo conté a la policía.

Estaba nervioso y mentía mal.

—No he venido por ella —dijo Mike.

Quienquiera que fuese «ella», pensó Mike, su intento de protegerla era patético. Se dio la vuelta para que el hombre se ahorrara la mentira y miró las imágenes promocionales del coro clavadas a la pared.

—Está muerta —dijo el hombre—. Está muerta y ella no lo hizo.

Luego pidió a Mike que se apartara de las fotos.

«De acuerdo —pensó Mike—. Alguien está muerto y su foto está clavada en la pared. Está muerta y ella no lo hizo. ¿Quién es?». Utilizó el truco del ladrón de fotos. La sección de local los enviaba a casa del doliente para que robaran una imagen del difunto o acusado aprovechando la confusión. Si había varias opciones, el ladrón debía preguntar: «¿Tiene una foto de su hijo?». Si había fotos de diversos candidatos probables, el ladrón esquivaba cualquier oposición diciendo «yo solo quiero saber cuál es él» y pasaba la mano por encima de las fotos. Cuando llegaba a la correcta, el familiar desafiante o reacio miraba hacia otro lado. «Siempre funciona —había dicho Poochy—. Siempre».

Mike se volvió de nuevo hacia las fotos de las coristas y el carpintero hizo lo propio. Las escrutó de izquierda a derecha. Al llegar a la penúltima, el carpintero bajó la mirada. En la foto aparecía una joven delgaducha y medio desnuda fingiendo desenfreno en una pose que denotaba alguna variante de baile improvisado.

—Ella no lo hizo —dijo el hombre.

—¿No hizo qué? ¿No hizo qué?

—No cogió nada de la caja fuerte —respondió el carpintero.

Mike miró la fotografía. Era una mujer blanca de poco más de veinte años con una sonrisa ladeada y victoriosa y ojos almendrados. Mike la había visto en la imagen de las «chicas de todas las naciones». Era la hawaiana del ukelele.

El pie de foto decía: «A papá. Con cariño, Lita Grey».

37

Había dos empresarios gordos en la sala del Ace of Spades y tres chicas revoloteando a su alrededor. Ralph, el pianista, estaba deleitando a la concurrencia con *Frankie and Johnnie*.

Johnnie era bollera.
Le dijo a Frankie, su hembra:
«Mira a esas tortilleras enamoradas.
No acabaremos como ellas».
Él era su hombre, pero lo había tratado mal.

Frankie bajó al bar
a por una bolsa de nieve.
Preguntó al camarero por Johnnie
y él le dijo: «No sé».
Él era su hombre, pero lo había tratado mal.

Peekaboo bajó la escalera. Los empresarios hicieron ademán de levantarse para fingir cortesía. Ella sonrió y se dirigió hacia ellos.

Mike se encontraba al otro lado de la puerta del salón y Peekaboo lo saludó inclinando ligeramente la cabeza mientras atendía sus obligaciones.

—¿Se han decidido, caballeros, o quieren que ponga la casa patas arriba y mande a alguien a buscar algo más acorde con sus gustos refinados o exóticos, a Topeka, por ejemplo?

Los empresarios soltaron una carcajada y Peekaboo siguió con su perorata.

Ralph cantó:

«No quiero venirme con cuentos,
no quiero hacerte daño,
pero vi a Johnnie hace una hora
con una chinita del brazo».
Él era su hombre, pero lo había tratado mal.

En ese momento entró Marcus con una bandeja de bebidas para los hombres de negocios y miró a Mike, que negó con la cabeza. Marcus dejó la bandeja encima de la mesita, hizo una reverencia y se fue.

Peekaboo aprovechó la interrupción para sacar a los hombres de allí. Eligió por ellos con el habitual «sé a quién está buscando» y, viendo que ya había concluido los emparejamientos, se despidió y fue al encuentro de Mike.

—Haciendo negocios, cariño —susurró, y Mike asintió.

Ralph cantó:

Frankie fue a la esquina.
No fue por diversión.
Con la nariz llena de rapé,
dentro del manguito
llevaba un Colt cuarenta y uno.

Mike siguió a Peekaboo hasta la cocina.

—Ruth Watkins —dijo.

—Sí, sé quién era —respondió Peekaboo.

Franquearon el umbral de la cocina y Peekaboo escrutó la sala.

—Últimamente, los forasteros no suben —se dijo a sí misma—. O les monto una exhibición, alguna idea nueva, o les cobro por el alquiler del sofá.

Luego se sorbió la nariz y se la frotó con el dorso de la mano.

Frankie echó la puerta abajo.
Johnnie dijo: «Frankie, por favor».
Frankie dijo: «Johnnie, ponte a rezar.
»Ya estás de rodillas».
Él era su hombre, pero lo había tratado mal.

Los empresarios se carcajearon como si hubieran oído un chiste verde en un club para hombres. Thelma aprovechó el momento para que se pusieran de pie y Peekaboo asintió en señal de aprobación.

Las chicas acompañaron a los dos hombres hacia la escalera. Florence, la que sobraba, se quedó quieta, y Ralph ladeó la cabeza en un gesto de comprensión.

Peekaboo y Mike desaparecieron de nuevo en la cocina mientras la

procesión subía la escalera.

Frankie sacó la pistola.
Los dejó a los dos secos.
Se sentó y encendió un porro,
y fumó hasta que llegó la policía.
Él era su hombre...

Peekaboo cerró la puerta batiente de la cocina.

—Ruth Watkins —dijo Mike.

—Te diré algo: sufrió un accidente porque, si juegas con fuego, acabas quemándote. Tenía un vínculo muy fuerte con la chica blanca, que sin duda la vendió.

—¿Qué provecho sacaba ella?

—Hum... —dijo Peekaboo—. A lo mejor eran tortilleras. Muchas lo son.

—¿Muchas quiénes? —preguntó Mike.

Peekaboo atravesó la cocina, empujó la puerta en dirección a la sala y observó a Marcus limpiar la alfombra con un cepillo especial.

—¿Muchas quiénes? —insistió Mike.

—¿Muchas quiénes qué, cariño?

—Has dicho que muchas eran bolleras.

—Así es —dijo Peekaboo.

—¿Muchas quiénes?

—Una cosa que aprendí muy pronto es que lo que te mata es sobre todo la incapacidad para dejar correr las cosas —dijo Peekaboo con un suspiro.

—Ya, pero no puedo dejarlo correr —repuso Mike.

—¿Y eso por qué?

—Porque provoqué la muerte de la chica.

—Cuéntamelo otra vez. ¿Cómo lo hiciste? —dijo Peekaboo.

Mike se pasó las manos por la cara y sacudió la cabeza como si quisiera despejársela.

—Para ya —dijo.

—Para tú con esa puta tristeza... No, eso ya no es tristeza, es un hábito. Si la vida no sigue adelante, ¿qué lo hace?

—¿Alguna vez mientes a los hombres?

—Constantemente —dijo Peekaboo.

—¿Blancos o negros?

—No hago distinciones —repuso ella—. Simplemente miento.

—¿A mí me has mentado alguna vez?

—¿Qué más me da a mí si eran bolleras o no? No es asunto mío y, por tanto, no siento la menor necesidad o deseo de saberlo. Sobre nadie.

—¿Conoces a la chica? ¿Ruth Watkins? Lizabeth —dijo Mike—. ¿La conocías bien?

—Debo pedirte que te mantengas al margen. Por favor.

—¿Por qué? ¿Para protegerme? —preguntó Mike—. ¿Para protegerme?

—Para protegerla a ella —dijo Peekaboo.

Al amanecer se sentaron en el salón. Ya no quedaba nadie, y Marcus cerró las puertas correderas para dejarlos solos frente a la menguante hoguera.

—Si algo he aprendido en esta vida es que la única manera de ayudar a una persona no sale gratis. Normalmente lo paga alguien. La mayoría de las veces, ese alguien eres tú: tienes que darle algo, ya sea dinero o «reserva», o incluso tienes que ser cruel. Te duele no solucionarles el problema, o pagarles una copa o prestarles dinero y dejar que lo solucionen por sí mismos. Tienes que contentarte con que piensen que eres cruel. O cuando despides a alguien, todo el mundo piensa: «Menuda zorra despiadada. Tan solo intentaba ganarse la vida». Puede que le cueste el trabajo a alguien, que tengas que cerrar el local; lo que sea.

»A veces conoces secretos. La naturaleza humana es convertirlos en oro, o en atención o en una deferencia de la policía, y acabas delatando a un competidor a la Brigada de Respuesta Rápida. A veces el precio es que alguien saldrá herido. La única pregunta es quién. Tú no pediste esa opción, pero te la dieron.

»Yo me gano la vida guardando secretos. Los hombres me pagan por eso. Yo pago a la policía. La policía paga al ayuntamiento —dijo encogiéndose de hombros—. Y aquí estamos, sentados a la mesa de la cocina.

—Lita Grey estaba en una situación crítica —dijo Mike.

Cuando oyó la puerta, Peekaboo miró por encima del hombro de Mike y, al darse la vuelta, este vio a Dolly haciendo ademán de entrar. Peekaboo la miró con cara de pocos amigos.

Mike se dio cuenta y Peekaboo vio que se había dado cuenta.

—¿Por qué no lo dejas ya? —dijo Peekaboo—. ¿... Mike...?

—Porque provoqué la muerte de la chica.

—Y si te cuento una cosa, ¿lo dejarás correr?

—¿Como favor? —preguntó Mike.

—Una mujer negra no puede hacer un favor a un hombre blanco. La

mujer pagará por ello. Pero podría ofrecerte un intercambio.

—¿Dónde está Lita Grey? —preguntó Mike.

—No lo sé —respondió Peekaboo—. Te lo digo de verdad. Pero, si dejas de indagar, puedo ofrecerte algo a cambio. ¿Trato hecho?

Mike no contestó.

—¿Trato hecho? —repitió Peekaboo—. De acuerdo. Te lo diré y tú decides.

—¿Qué es?

Peekaboo no dijo nada.

—Vale, ¿qué es?

—Tú no provocaste la muerte de esa chica irlandesa —dijo Peekaboo. Mike se acercó a la ventana—. No tuviste nada que ver.

—No lo entiendo —dijo Mike—. ¿Quién provocó su muerte?

—Su padre.

—Tendrás que explicármelo.

—Está a la vista de todos —dijo Peekaboo—, como la mayoría de las cosas que quieres ocultar. Provocó la muerte de Lita y Ruth, y te lo contaré si me prometes que se ha terminado, que dejarás que termine. Ese es el trato. ¿Sí?

—¿Yo no provoqué que la mataran?

—No.

—Entonces ¿qué? ¿Y cómo lo sabes?

—A los irlandeses les encanta contarse historias —dijo Peekaboo—. Se pasan la noche demostrando lo listos que son. Tú solo eres una negra idiota que recoge toallas. Y, si prestas atención, oyes cosas.

—¿Qué oíste y cómo?

—Me enteré por George White, de los baños Kedzie —dijo Peekaboo—. Y te lo cuento porque defendiste a su hermano.

Entonces le explicó la historia.

Y la historia era que O'Banion y los irlandeses habían estado vendiendo armas al IRA. Weiss y Teitelbaum se encargaban de las rutas y del transporte.

Se guiaban por el principio de que la mejor manera de esconder una actividad es desarrollarla a plena luz del día, y utilizaban la furgoneta roja de The Beautiful para trasladar las armas desde el depósito hasta un almacén y luego a los barcos.

Teitelbaum y Weiss se pasaron de listos y empezaron a afanar armas en cada envío para venderlas por su cuenta. Los descubrieron y los mataron. El

señor Walsh, propietario de las furgonetas de la floristería, dijo que el trabajo se había vuelto demasiado peligroso para él y su amada hija, así que el IRA la asesinó para eliminar esa objeción.

—¿Y Lita Grey? —preguntó Mike.

—Lita Grey estaba involucrada y Ruth también —dijo Peekaboo—. Y por eso están muertas. Ya lo tienes, y ese es el trato.

Pero no había trato, se dijo Mike, porque Peekaboo mentía. Y se dijo que, aunque le hubiera contado la verdad, la traicionaría, que había acertado en su valoración de un favor entre negros y blancos. Y que le importaba una mierda.

Porque, de reojo, había visto a Dolly mirar hacia otro lado cuando Peekaboo había asegurado que no sabía dónde estaba Lita.

Así que fue a buscarla, y sabía dónde. Lo había averiguado en la habitación de Dolly por la fotografía de las adolescentes negras en Benton Harbor, Michigan.

Encontró a Lita en un piso de una habitación situado en la manzana menos deteriorada de la zona negra de Benton Harbor. En la misma calle estaba la Iglesia Episcopal Metodista Africana, donde ella y Dolly habían asistido a catequesis para la confirmación. Muchos habitantes de la zona eran los profesionales negros de la ciudad o trabajaban para ellos.

La casa del pastor se encontraba justo al norte de la iglesia. Los dos dentistas negros de la ciudad, los tres médicos negros y los cinco miembros del Bar Negro vivían en la misma manzana de Pine Street.

Las viviendas más lujosas tenían trastero en la parte de atrás. La mayoría habían sido reconvertidos en cocheras y las dependencias del chófer, situadas en la segunda planta, en apartamentos.

El de Lita consistía en una habitación a la que se accedía desde el pasillo, que discurría entre otros tres pisos e iba desde el descansillo de la escalera hasta el único cuarto de baño.

Tenía los ojos violetas, el pelo leonado y la piel de marfil, y era

conocida como Nella Adolphe. Su nombre real era Berenice Mancuso y en Chicago actuaba bajo el seudónimo de Lita Grey.

Tenía veintiocho años, y el miedo la ayudaba a aparentar cuarenta. Iba enfundada en un sencillo y recatado vestido gris que le llegaba a los tobillos. Encima llevaba una chaqueta marrón, un abrigo fino y raído y una pañoleta.

Lita subió la escalera por delante de Mike y lo invitó a entrar en su habitación. Se disponía a cerrar la puerta, pero se frenó.

—Tenemos que dejarla abierta —dijo señalando la ventana, que daba a la vivienda principal—. El ama de llaves... Creo que no tiene otra ocupación que espiar a los inquilinos. Y sobre todo... —añadió pasándose las manos por delante para indicar su forma femenina—. Para poder verme. Así que me quedaré aquí.

Por la ventana entraba una luz mortecina. Mike se situó en el umbral con el sombrero en la mano y el abrigo puesto.

—Y no hay demasiada calefacción aquí —dijo Lita—. Lo cual es un cambio, incluso con respecto a Chicago. Aquellos apartamentos eran calientes...

—Ajá —dijo Mike.

—... en Lake Shore Drive. Pero es un tema triste. Quizá podría usted aconsejarme o ayudarme a volver.

—Quizá —respondió Mike.

—¿Cómo podría hacerlo? Porque creo que aquí estoy a salvo, pero... —Mike asintió—. Y, que yo sepa, solo tengo dos maneras de ganarme la vida.

—¿Cómo lo hace aquí? —preguntó Mike.

—Trabajo para un dentista. Y soy recepcionista. Mataron a Ruthie.

—Así es.

—Perder a alguien es terrible —dijo Lita.

—Cierto —repuso Mike.

—Entonces ya sabe a qué me refiero. Pero... —Lita miró por la ventana—. Y creo que yo fui la culpable de la muerte de Ruthie.

—¿Cómo es eso?

Lita se sentó en la cama y rompió a llorar.

—¿Cómo es eso? —insistió Mike.

—Porque mencioné que guardábamos una carta en la caja fuerte. Ruthie sabía que teníamos que irnos. El problema es que solo podía ir al centro con los nuestros. Pero sabían dónde buscarla, así que...

—Pero no sabían dónde buscarla a usted —dijo Mike.

—¿No es curioso quién jugaba con ventaja una vez más?

—Sí, es curioso.

Lita se levantó a mirar por la ventana.

—¿Quién les ha dicho que soy? —preguntó Mike.

—Les he dicho que es perito de una aseguradora y tiene que comprobar unos «recibos» que guardo en la habitación.

—Le he dicho que puedo ayudarla.

—¿En qué puede ayudarme? —preguntó Lita—. ¿A volver?

—Es posible —respondió Mike.

—¿Cómo? —dijo Lita.

—Voy... Voy a pedir un favor a una persona que podría acogerla.

—¿En Chicago?

Mike negó con la cabeza.

—En algún sitio.

Mike asintió.

—¿Haciendo qué? —dijo Lita.

Mike no contestó.

—Porque sé cantar.

—Sí —dijo Mike—, pero, si canta, podría llamar la atención. ¿Cuba, tal vez?

—Cuba —dijo Lita—. Cuba. Gracias.

—¿Me contará qué ponía en la carta guardada en la caja fuerte? —preguntó Mike—. Usted la leyó.

Lita asintió.

—¿Qué ponía?

El Depósito de Cadáveres del periódico nunca cerraba, por supuesto, pero, a causa de su nombre, a los periodistas siempre les parecía indecoroso frecuentarlo durante el día. Sin embargo, Mike estaba allí estudiando. La carpeta que tenía delante mostraba al ladrón de cajas fuertes asesinado. Poochy lo había fotografiado en el trayecto desde el furgón policial hasta la morgue de Chicago.

Allí estaba, sobre la camilla, recién sacado del agua y reconocible como ser humano. Los vestigios de su cara eran enjutos y alargados. Tenía el pelo ralo y mal cortado.

—Quiero ver las fotos del entierro de Teitelbaum —dijo Mike.

Poochy se agachó a coger la carpeta.

Mike observó al rabino junto a la tumba, las ofrendas florales y a la viuda llorando.

—Quiero ver la foto en la que aparecían los hombres al fondo —dijo Mike.

Poochy encontró la imagen y Mike se la quedó mirando.

—Amplíala todo lo que puedas —dijo—. Quiero verles la cara, si es posible.

Esperó a que Poochy ampliara la foto. Entonces pidió que volviera a hacerlo hasta que se apreció solo la forma desdibujada de dos rostros.

Eran los rostros de los dos hombres recios con abrigo. El de la derecha, bañado por la luz del sol, estaba vuelto hacia la cámara, como un cazador, y ocultaba parcialmente la cara de su compañero. Era el ladrón de cajas fuertes que había aparecido muerto en las dunas.

Mike cogió la lupa y examinó un buen rato la otra cara, que solo se veía a medias. Todo eran planos y sombras. Y era el hombre que había asesinado a Annie Walsh.

Al volverse, vio a Parlow inclinado hacia delante.

—Están vendiendo armas.

—... De acuerdo —dijo Parlow.

—Robaban armas del depósito y se las mandaban al IRA.

—¿Lo sabe la policía?

—Como habrás notado, muchos policías son irlandeses —dijo Mike.

—Por supuesto.

—La policía y el North Side.

—Por supuesto.

Mike sostuvo la lupa sobre la fotografía y Parlow observó el rostro.

—No iban a por mí —dijo Mike como si estuviera recitando un catecismo—. Solo querían matar a la chica.

—¿Qué había hecho? —preguntó Parlow.

—Era un mensaje para su padre.

Mike dejó la lupa encima de la mesa. Al lado había diez o doce recortes de prensa. Parlow se puso a leer:

—«Continuos robos en armerías de la Guardia Nacional».

Mike cogió un recorte.

El titular decía SAMUEL «NAILS» MORTON, HÉROE DE GUERRA, MUERTO EN LINCOLN PARK. En el recorte aparecían dos fotos. La de la derecha mostraba a un hombre con ropa de equitación que yacía muerto sobre la hierba y la de la izquierda, un caballo retorcido, y también muerto, en su establo, en la pared del cual habían apoyado visiblemente una metralleta Thompson.

—... Lo he leído todo —dijo Parlow.

—La metralleta —murmuró Mike—. A Nails Morton lo derriba su caballo. Luego va O'Banion y acribilla al caballo.

—Ojo por ojo —dijo Parlow.

—Por supuesto; y dejan el arma «mancillada» al lado del cuerpo del animal.

—Es fantástico. Es medieval.

—Sí, y un desperdicio —dijo Mike—. Jackie Weiss, Teitelbaum. Alguno de los dos pensó: «¿Nuestros amigos van dejando esas máquinas por ahí tiradas? Seguro que encuentro a alguien que las quiera».

—¿Jackie Weiss y Teitelbaum estaban conchabados? —preguntó

Parlow.

—... Se pasaron de listos. Habían desaparecido unas armas. ¿En quién pensaron primero los irlandeses? En los forasteros. En este caso, como de costumbre, los forasteros eran los judíos. Y en este caso tenían razón.

—¿Lo has averiguado en la casa de putas?

—No —dijo Mike—. Acabo de anotarlo en un trozo de papel.

Mike cogió la americana del respaldo de la silla, se la puso y, apoyándose en la mesa, empezó a vaciarse los bolsillos. Sacó el tabaco y el encendedor, su cuaderno de notas y una estilográfica, y guardó el pequeño conejo de celuloide en el bolsillo delantero.

—¿Dónde vas? —preguntó Parlow.

—Voy a saldar cuentas —repuso.

Después cogió la fotografía de los dos hombres con abrigo. Parlow señaló para indicar: «¿Con esos?».

—Ese está muerto —dijo Mike—. El ladrón de cajas fuertes —añadió mientras rompía la foto—. Y este... A este quiero verle la cara otra vez.

—¿Qué había en la caja fuerte? —preguntó Parlow.

—¿Y yo qué coño sé? —dijo Mike.

Pero lo sabía. La caja fuerte contenía la carta de Teitelbaum que detallaba la conspiración de los judíos del North Side de O'Banion para robar al IRA. Incluía también los nombres de los receptores de las armas robadas, que estaban siendo vendidas a las bandas judías de Detroit, los planes para su transporte y un resumen contable.

Ruth Watkins había respetado el secretismo de Jackie con respecto a la caja fuerte y una noche, supuestamente amorosa, y supuestamente ebria, se había situado detrás de él para abrazarlo mientras introducía la combinación.

Ruth conocía la combinación, Lita conocía la existencia de la carta; tras la muerte de Weiss, pusieron en común la información que tenían. Abrieron la caja fuerte, leyeron el contenido de la carta y huyeron.

Lita había contado al abogado de la señorita Weiss que tenía la carta en su haber, y esa confesión había desembocado en el intento del ladrón de cajas fuertes. El hombre informó de que la caja estaba vacía, lo cual era cierto, pero no lo creyeron. Lo asesinaron y a Ruth Watkins también. La carta provocó que el IRA los matara a todos.

Lita conservaba la carta y ofreció vendérsela a Mike.

Acordaron trescientos dólares, sus ahorros de toda la vida.

Mike pidió que le hicieran una transferencia y se reunió con Lita aquella

misma noche frente a la estación de trenes. Allí le entregó el dinero y ella le dio la carta.

Cuando anunciaron su tren, Mike fue al andén. En la sala de espera leyó un cartel que decía: SOLO PERSONAS DE COLOR. Lita Grey estaba allí sentada con una maleta al lado. No alzó la mirada.

40

El Hotel Hawthorne era el cuartel general de la mafia en Cicero. El estanco, ubicado junto al vestíbulo, era su sala de estar; quienes esperaban audiencia buscaban allí a los subalternos de Capone para presentar su caso. Los altos mandos, y en ocasiones el propio Capone, se dejaban caer por el estanco para saborear la camaradería, ahora forzada, que había reinado en sus primeros y difíciles días.

En el estanco había un sillón de barbero, un mostrador largo y, detrás de él, estanterías acristaladas que contenían la selección de tabacos, además de una silla junto a una ventana con barrotes. Siempre había como mínimo dos guardaespaldas. Uno se situaba al lado de la ventana, mirando hacia fuera, y el otro en la entrada, vigilando el vestíbulo.

Mike salió de la estación de trenes y entró en el hotel.

Vio a un guardaespaldas en cada una de las cuatro esquinas de la intersección e intuyó a los francotiradores agazapados en los edificios de enfrente. En el vestíbulo distinguió a otros cuatro, apostados en lugares visibles.

Lo recibió un gerente vestido con chaqué.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó.

—Traigo un mensaje para el señor Brown —respondió Mike.

—Aquí no hay ningún señor Brown —dijo el gerente.

—Qué lástima. A lo mejor el señor Brown del que hablo no ha llegado todavía.

—No, señor. En tal caso, yo lo sabría. Y lo tenemos todo completo.

—Quizá se hospeda en otro sitio —dijo Mike, que hizo ademán de

marcharse, pero se volvió de nuevo—. ¿Podría hacerme un favor?

—¿De qué se trata, señor?

—¿Podría guardarme esto?

Mike hizo una lenta demostración de su gesto, extendiendo elaboradamente la mano hacia el bolsillo superior del abrigo, y vio que el gerente inspeccionaba ansioso el vestíbulo. Mike metió dos dedos de la mano derecha en el bolsillo y sacó un pequeño sobre. Después se lo ofreció al gerente, que miró por encima del hombro de Mike.

—Por supuesto, señor —dijo—. Gracias. ¿Cuándo pasará a recogerlo?

—Dentro de un rato —respondió Mike.

—¿Desea que lo guarde en la caja fuerte?

—No —dijo Mike—. Solo tiene valor sentimental, pero le agradecería que me lo guardara. Detrás del mostrador está bien.

—Por supuesto, señor.

Mike asintió en señal de agradecimiento y se dio la vuelta.

Uno de los guardaespaldas había abandonado su puesto y se había plantado junto a la puerta giratoria. Cuando se acercó Mike, le indicó con la cabeza que se dirigiera al estanco.

Mike entró en el establecimiento.

Los guardaespaldas lo acompañaron a un pequeño salón. Uno de ellos le bajó el abrigo para inmovilizarle los brazos. Luego lo cacheó bruscamente, le quitó el abrigo, lo retorció y registró los bolsillos. No encontró nada. Acto seguido hizo lo mismo con la americana.

Cuando hubo terminado, señaló una silla que estaba en un rincón. Mike se sentó.

Transcurrido un cuarto de hora, según sus cálculos, entró Jake Guzik por la puerta del estanco. Llevaba en la mano la carta de Mike. La última vez que lo había visto estaba sentado delante de él en el Metropole.

—Bueno, aquí está otra vez —dijo Guzik—. ¿A qué cojones ha venido?

—Les he traído una cosa —respondió Mike.

Guzik sostuvo la carta en alto con aire inquisitivo.

—¿Sí? Como imaginará, ya sabemos qué es esto.

—No, se equivoca. Eso es solo la tarjeta de visita —dijo Mike.

—¿Y eso qué demuestra? —le espetó Guzik.

—Eso demuestra mis buenas intenciones.

—Bien, pues cuéntenos.

—Me gustaría hablar con el señor Brown —dijo Mike.

—Está hablando conmigo —repuso Guzik—. Es lo más cerca que estará de él, y solo porque le ha hecho reír. Una vez. Pero escúcheme: está cerca y, si se acerca más, o entra en nómina o acaba muerto. ¿Lo entiende?

—Sí, lo entiendo —dijo Mike.

—¿Qué es usted, un puto proxeneta que disfruta masajeando hombros?

—No —dijo Mike—. No. Una vez vine a hablarle de mi chica y fue usted muy amable.

Guzik fingió perplejidad.

—¿Es cierto o no? ¿Hemos terminado?

—No —respondió Mike—. Quiero hablar con él de los Duesenberg.

—¿De los Duesenberg?

—Eso es.

Guzik miró a su alrededor.

—No sé de qué me habla.

—Le hablo del negocio de los barcos —dijo Mike.

—¿Está escribiendo sobre el tema?

—No estoy escribiendo sobre el tema, no —repuso Mike—. Dios me libre. Pero estoy al corriente.

—¿Al corriente de qué?

—Sé que están enviando varios artículos a Inglaterra.

Guzik sacudió la cabeza, apenado.

—Está jugando con fuego...

—Y sé algo que ustedes no saben.

—¿De qué se trata?

—Los ingleses y el FBI están planeando una redada en los muelles del este de Chicago. El día 1.

Guzik no dijo nada.

—Quieren impedir que envíen coches robados a Inglaterra.

—¿Y a los británicos y los federales qué les importan unos cuantos coches?

—No les importan —dijo Mike—. Aprovechando que están allí, esperan encontrar armas irlandesas.

—¿Y a qué viene esa farsa? —preguntó Guzik.

—Están protegiendo a una fuente. Tienen ustedes un infiltrado. Eso es lo que he venido a decirles.

—¿Quién es?

—No lo sé —dijo Mike.

—No lo sabe, pero sí sabe todo esto —respondió Guzik.

—Soy periodista.

—Esto no me gusta una mierda. No me gusta. —Miró a Mike con cara de pocos amigos—. Colega, aquí nadie quiere hacerle daño.

—Lo entiendo —dijo Mike.

—Pero no sé a qué ha venido. ¿A «hacernos un favor»?

—No —repuso Mike—. Quiero algo a cambio.

—¿Qué quiere?

—Información sobre una persona.

—¿Información sobre una persona y ya está? —dijo Guzik.

—... Y quiero una licencia de caza.

La redada del FBI había sido un fracaso. No encontraron coches robados, ni tampoco armas robadas.

Quienes estaban presentes hablaban de consternación y luego furia por parte de las autoridades locales. Los federales profirieron numerosos insultos, en su mayoría relacionados con el nombre de Capone. Muchos juraron que lo harían desaparecer de forma inminente y se percibía rabia por su astucia, además de recelos del FBI y el cónsul británico hacia la policía de Chicago, que, a fin de cuentas, era irlandesa.

La historia no reflejaba mérito alguno, salvo de la banda de Capone, pero dicha historia gozaba de una aceptación limitada. Pocas personas habían presenciado la redada y esas pocas personas guardaban un silencio prudente, y cuando se hablaba de ella en los varios pubs de los muelles del este de Chicago, los testigos oculares se quedaban mudos y los parlanchines disimulaban con juiciosa discreción su ignorancia acerca de la verdadera naturaleza de los hechos. El guiño cómplice hallaba por respuesta una sabia inclinación de cabeza, y la vida continuaba.

La redada cimentó la buena relación de Mike con la mafia, que en este caso cumplió su parte del acuerdo.

Facilitaron a Mike el nombre y dirección de cierto irlandés que había participado en el envío de armas y en la ejecución de quienes presuntamente lo habían impedido.

Se llamaba Samuel Kerry. A la sazón vivía en un piso situado justo al sur de Division Street, en el canal de desagüe de Chicago, donde cada día al amanecer sacaba a pasear a su bull terrier atigrado.

Mike lo había visto hacerlo las tres últimas mañanas. Kerry se detenía a la entrada de su edificio y miraba a izquierda y derecha por el pequeño panel

de cristal de la puerta. Si pasaba un coche por allí, retrocedía hasta el portal.

A aquellas horas el tráfico era escaso. Pocos residentes tenían automóvil y el amanecer no era momento para repartos. Sin embargo, él no modificaba su rutina.

Si no había coches, salía con el perro atado con una correa y volvía la cabeza como si estuviera olisqueando el aire, pero en realidad estaba aguzando el oído, atento al sonido de un motor.

Una vez finalizadas las comprobaciones, echaba a andar con el perro.

En sus paseos doblaba a la derecha, después a la izquierda, y cruzaba la calle, pasaba por delante de los edificios de enfrente, recorría la pasarela y enfilaba el camino de sirga del canal.

O volvía sobre sus pasos, tomaba el sendero que lindaba con su edificio, iba al callejón trasero y después giraba a izquierda o derecha siguiendo un patrón impredecible.

Pero su perro hizo que lo mataran.

Porque, al final del paseo, fuera cual fuera la ruta elegida, se detenía siempre bajo el puente de Division Street y esperaba a que el animal se aliviara.

Al cuarto día, Mike estaba esperándolo.

El irlandés, protegido ahora del viento, soltó al perro. Luego metió la mano dentro del abrigo y sacó la bolsa de tabaco y la pipa. La cerilla resplandeció justo cuando Mike asomaba por detrás del contrafuerte empuñando la Luger.

Miró al hombre que estaba encendiendo la pipa.

El hombre que, la última vez que Mike lo había visto tan de cerca, estaba asesinando a Annie Walsh. El hombre no se movió. No se acobardó, no era resuelto. Simplemente se quedó allí quieto.

—Eres demasiado regular en tus hábitos —dijo Mike.

El hombre permaneció impasible. La cerilla seguía encendida.

Mike pensó: «Al final es solo un hombre». Y ya no deseaba dispararle.

Pero disparó de todos modos.

El irlandés cayó de espaldas en el canal.

Mike lanzó la Luger al agua.

El perro se fue ladrando por el camino de sirga.

Mike chutó el casquillo al canal.

LA FIESTA DE JUBILACIÓN

Una pareja de Chicago destruyó el récord del Maratón Nacional de Baile con veintidós horas y media de charleston. Un hombre no identificado vestido con vaqueros apareció en el fondo del río Chicago. De la cadena que lo inmovilizaba colgaba un ornamento del capó de un Duesenberg.

Leopold y Loeb, dos chicos trastornados, habían secuestrado y asesinado a un amigo de la escuela. Durante un año fue «el Crimen del Siglo». Clarence Darrow fue contratado como abogado defensor.

Primero declaró a los chicos no culpables, alegando extenuación de una índole hasta entonces no reconocida por la ley. Estaban, dijo, «trastornados por privilegio» y, por tanto, tenían derecho a la misma consideración que el tribunal dispensaba a los jóvenes pobres enloquecidos por la necesidad. Además, argumentaba Darrow, nunca se había ajusticiado a un menor de dieciocho años.

El caso apareció cada día en la prensa, en cada periódico, en cada edición, durante un año. Los editoriales trataban, según su sesgo político, temas como la extenuación, los motivos, el castigo, la justicia y la disuasión.

El *American* sostenía que la compasión debía imponerse a la justicia y que los chicos eran jóvenes. El *Daily News* opinaba que nadie disputaba su edad, que era un hecho, ni el crimen, que habían reconocido, pero que la ley solo aceptaba atenuantes para un asesinato premeditado en casos de locura.

A las tres semanas de juicio, Darrow optó por la declaración de culpabilidad.

El Sally Port lo debatió largo y tendido, y llegó a la conclusión de que esa decisión, aunque entretenida, no tenía posibilidad alguna de éxito, pues,

una vez estipulada la culpabilidad, solo quedaba pendiente el castigo, que ahora sería dirimido únicamente por un juez, y de que, siendo los hechos los que eran, ¿qué otra cosa podía dirimir el juez sino la muerte? Esto, protestaron todos, aun siendo interesante, carecía de sentido estratégico.

Sí, adujo Darrow, habían cometido el crimen, y no, no estaban locos, pero, aunque eran culpables, debían eludir la ejecución debido, en opinión de los periodistas, a una mezcla de excusas que en última instancia se reducían a lo siguiente: los había arruinado un exceso de privilegios.

La sorpresa de la mesa redonda por aquel burdo intento de desdeñar la costumbre y la razón se vio superado por su asombro cuando el juez aceptó el alegato.

El hecho de que Darrow se negara a declararlos No Culpables por Motivo De era un derecho que incluso el *Daily News* reconocía. Y, si así lo deseaba, podía plantearlo ante el jurado. Pero aquella chorrada, decían, era un desprecio monstruoso a la ley y la tradición.

Todos los bares, encuentros casuales, cenas, trayectos en ascensor, bodas o funerales estaban ocupados, en su totalidad o parcialmente, por el crimen y el caos que este había desatado. ¿Cómo habían podido matar aquellos niños ricos? ¿Por qué lo habían hecho? ¿Eran dos locos o simplemente malas personas? ¿Por qué Darrow, que ya estaba jubilado, había aceptado el caso?

Él, que era conocido como el Defensor de las Causas Perdidas (y, según apostillaban algunos, de los Casos Perdidos), aseguraba haber luchado toda su vida por los desfavorecidos, los rechazados y los ignorados.

Había defendido a asesinos, anarquistas y manipuladores de jurados. Él mismo había eludido por poco una condena por intentar condicionar a un jurado en el caso de un atentado anarquista en Los Ángeles.

Se le recordaba por haber dicho que la fortaleza de la fiscalía era siempre superior a la de la defensa y que, puesto que la fiscalía podía contratar a testigos expertos con un presupuesto inagotable, la defensa debía tener derecho a utilizar todo el dinero que pudiera conseguir de cualquier fuente. Y, dado que la fiscalía tenía compinches entre las fuerzas de la ley y el orden, la defensa, aunque no podía propinar palizas, debería poder utilizar el poder del dinero para orientar a tal o cual jurado o jurista hacia la Verdad.

Pero Chicago estaba en contra de Leopold y Loeb. Y Darrow y las familias llegaron a la conclusión de que declararlos *non compos mentis* y presentar el caso ante un jurado desembocaría en su muerte por electrocución.

Sí, la mejor solución, conjeturaron, era encomendarse a la Compasión del Tribunal. Pero ¿qué pasaba con las declaraciones falaces de que, aun no estando locos, se habían visto enturbiados de maneras inescrutables?

¿No se reducía todo al argumento de que era obvio que estaban desequilibrados en tanto que habían cometido un crimen? Y, por tanto, ¿de qué servía la ley?

Al menos eso pensaban en el Sally Port, donde Parlow había decidido citar a Kant, que decía que uno debía actuar siempre como si el postulado deducible de sus acciones pudiera ser adoptado universalmente.

Los chicos del Port lanzaron vítores cuando Parlow pronunció su discurso. Crouch dijo que él, como monaguillo, en una ocasión había sido el primer postulado. Cuando le preguntaron si había servido correctamente en misa, respondió afirmativamente y todos coincidieron en que, según Kant, todo estaba bien.

El caso estaba bastante claro y, por consiguiente, aunque era divertido como cotilleo, no inquietaba a los periodistas.

Los dos muchachos judíos eran unos consentidos. Habían enviado una nota exigiendo un rescate de diez mil dólares a los padres de su compañero de colegio. Antes y, al parecer, por motivos de seguridad, habían llevado al niño al pantano de Hegewisch y lo habían asesinado.

Los informes policiales no mencionaban, aunque era de dominio público entre los periodistas, algunos de los cuales habían visitado el despacho del forense, que el chico había sido mutilado genitalmente y sodomizado antes de morir.

El tono de la sala sostenía de manera unánime que esos detalles no eran apropiados para su consumo como noticia, pero estaba dividida en la cuestión de si esos hechos, en caso de darse a conocer, garantizarían la ejecución de los chicos por su condición de monstruos o excusarían su delito como un desequilibrio psicótico incuestionable.

Darrow y el juez habían conseguido que dicho argumento fuese irrelevante. No solo serían juzgados como menores, sino como menores que sufrían una maldición innombrable: no merecían una ejecución, sino comprensión. Ese fue el alegato de Darrow.

Pero ¿por qué lo había admitido el juez?

Últimamente, Parlow había pasado bastante tiempo en los juzgados y había seguido de cerca el caso de Leopold y Loeb.

Después de tres días de alegato por parte del abogado defensor, que

Parlow calificó de «Sarah Bernhardt Renacida», el juez había condenado a ambos a cadena perpetua más noventa y nueve años, sentencias que debían cumplir consecutivamente.

Fueron a Stateville encadenados.

Los interrogantes planteados por el juicio ocuparon su lugar entre otros imponderables de la vida.

La organización de Capone se había dado a la fuga. Un nuevo sentimiento de reforma y un flamante alcalde habían propiciado la marcha de Al a Florida.

En su ausencia, varios tiroteos habían diezmado a gran parte de la banda irlandesa; ahora, esas y otras represalias concomitantes se producían en la ciudad no como oleadas criminales o guerras de bandas, sino como perturbaciones recurrentes e inevitables que había que soportar igual que se soportaba el clima.

El presente pasó a formar parte del pasado, digerido como historia, habladuría, leyenda o desinformación.

El Ace of Spades había sido cerrado por la nueva reforma. Corría el rumor de que Peekaboo se había trasladado al sur.

Mike pasó casi un año entero en la cabaña del río Fox escribiendo su novela de guerra.

Crouch iba a jubilarse del periódico.

Parlow había enviado un telegrama a Mike rogándole que asistiera a la fiesta, y eso hizo.

Parlow fue a recogerlo a la estación del Noroeste. Cogió la bolsa de Mike y lo llevó a la parada de taxis para ir al hotel.

—Lo mejor —dijo Parlow.

—¿Qué? —preguntó Mike.

—Darrow y los niños. Tenía sus honorarios. ¿Las familias...?

—Sí, lo sé —respondió Mike.

—Todo el mundo, los judíos ricos, comprando justicia...

—Exacto.

—¿El colegio de abogados?

—Estipuló sus honorarios —dijo Mike—. Lo sé. ¿Cien...?

—Cien mil dólares.

—Eso no es noticia.

—Las familias se negaron a pagar —contestó Parlow.
—Esto tampoco es noticia.
—¿Por qué?
—¿Por qué qué? —dijo Mike.
—¿Por qué se negaron a pagar? Adivina.
—¿Porque son unos tacaños? —aventuró Mike.
—Están forrados de pasta —dijo Parlow—. Forrados de pasta. Eso para empezar. En segundo lugar, son judíos, y lo último que quieren es que la gente diga: «Los judíos no le pagaron».
—¿Y en tercer lugar? —preguntó Mike.
—En tercer lugar, presumiblemente, Darrow sacó a sus muchachos. Parlow se recostó y esbozó una sonrisa.
—Presumiblemente.
—No te quepa duda —dijo Parlow.
Mike pensó un momento.
—Me rindo —respondió—. Pero me gusta.
—La pregunta formulada pero no respondida. ¿Cuál es?
Mike negó con la cabeza.
—Espera.
—Nada es un misterio excepto una cosa —dijo Parlow.
—Vale. Y no son los chicos...
—No.
—¿Qué podría ser, entonces?
—Adivínalo.
—No, me rindo —dijo Mike.
—Es el juez.
—Vale, explícamelo.
Parlow sonrió.
—¿Por qué se tragó el juez esa pamplina de que no estaban locos pero tampoco cuerdos? Has estado fuera demasiado tiempo.
—¿Alguien le pagó? —preguntó Mike.
—Sí, bienvenido. Darrow, las familias, sobornaron al juez. Plántate allí a aguantar el escándalo, escucha a Darrow vocear sobre la «compasión humana» y condénalos a un manicomio privado.
—Pero los mandó a Stateville. Cadena perpetua más noventa y nueve años.
—¿Y por qué hizo tal cosa cuando le habían pagado? —preguntó

Parlow.

—Supongo...

—No supongas nunca.

—Ah, joder, he caído en la trampa —dijo Mike—. No lo averiguaste tú, te lo contó alguien.

—Cierto.

—Bueno, entonces ¿cuál es la historia?

—La historia es que Darrow va a hablar con el juez y le pregunta cuánto cuesta. «Por cien mil dólares, van al manicomio de Suiza», le dice el juez. Darrow habla con las familias y les dice: «Por cien mil dólares en efectivo, el juez aceptará». Reúnen el dinero y lo traen en un maletín de piel de cocodrilo.

»Darrow tiene el maletín de piel de cocodrilo y va camino del despacho del juez, pero tiene una inspiración. Se da un manotazo en la frente. Saca cincuenta de los grandes, le da al juez otros cincuenta y dice: “Es lo máximo que pueden ofrecer los judíos”.

»El juez acepta. Se pone filosófico. Pero al día siguiente está en la sauna del Club Monadnock con el jefe de cajeros del Banco Nacional LaSalle. “Es curioso —dice el hombre—. Juez, sé que no puede hablar del caso, pero ha venido un compañero de la oficina de Leopold y ha recogido, escúcheme bien, un maletín de piel de cocodrilo lleno de dinero. Lleno de dinero”.

»El juez le dice: “¿Por qué me lo cuenta?”. “Se lo cuento —dice el cajero—, porque, como ciudadano de a pie, se me ha ocurrido que quizá intentaban financiar una huida. Se puede financiar muy bien una huida con cien mil pavos”.

Mike se puso a reír.

—Joder, el juez está sentado ahí arriba y es el único que conoce la verdadera historia. Las familias, Darrow y los chicos creen que van a Suiza...

Parlow se echó a reír y golpeó a Mike en la rodilla.

El coche se había detenido delante del Red Star Inn, lugar donde se celebraba la fiesta de jubilación de Crouch.

Mike se disponía a salir del taxi.

—Espera —dijo Parlow—. Ahora, las putas familias quieren matar a Darrow. Hablaron con Capone, que les dijo: «Sí, cien mil dólares». Le pagaron y él se fue de pesca a Florida.

El portero del Red Star Inn abrió la puerta del taxi a dos hombres que estaban desternillándose.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no habría sido posible sin el entusiasmo y aliento de Pam Susemihl.

Estoy en deuda con David Vigliano, sin el cual el libro no se habría publicado.

NOTA

* Referencia a la obra *Lad: A Dog*, de Albert Payson Terhune, aparecida en 1919 y durante décadas muy popular entre el público infantil y juvenil. (*N. del t.*)

Table of Contents

PORTADILLA

CRÉDITOS

DEDICATORIA

CITA

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

SEGUNDA PARTE

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

LA FIESTA DE JUBILACIÓN

41

AGRADECIMIENTOS

NOTA